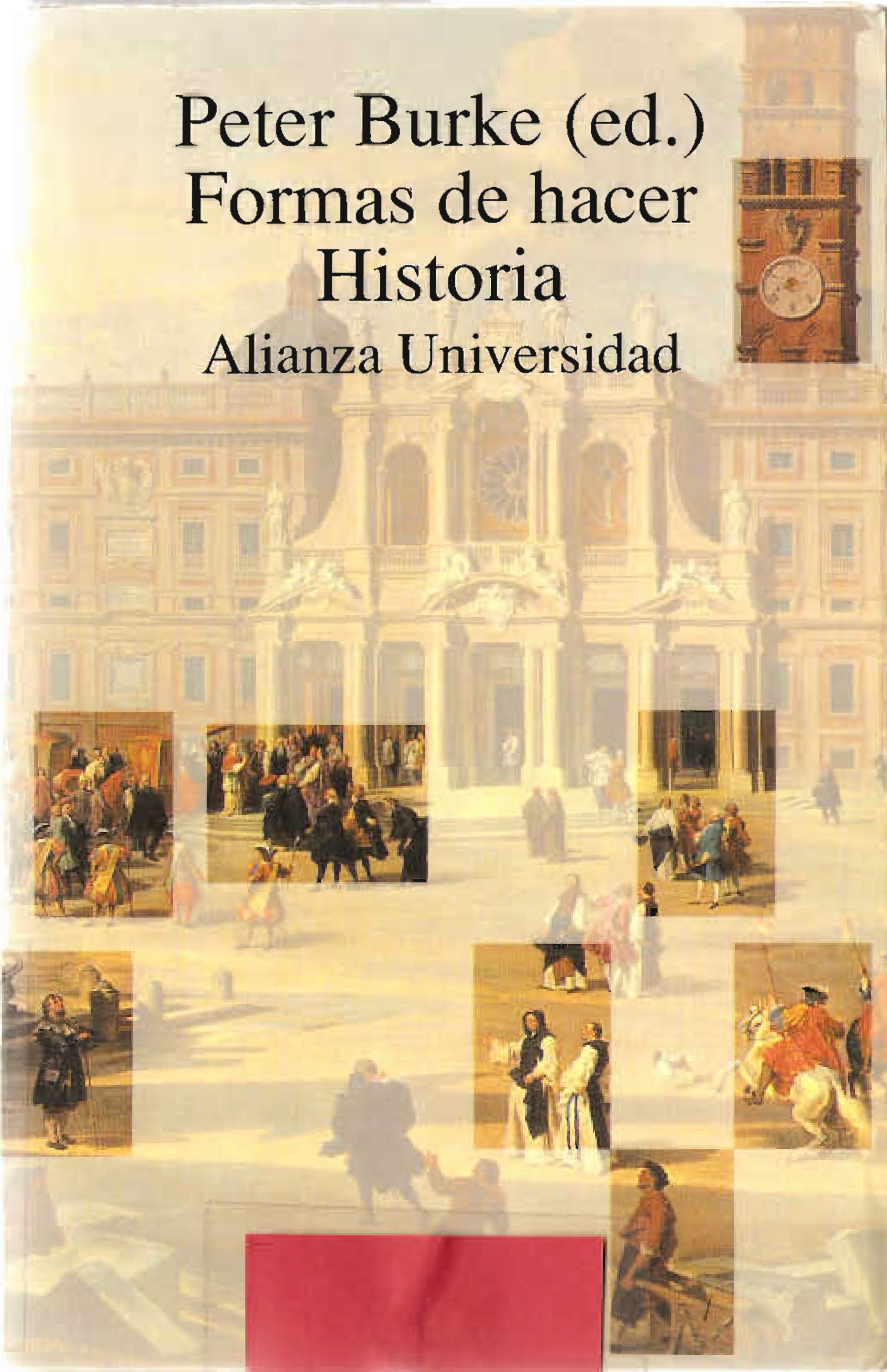


Peter Burke (ed.)
Formas de hacer Historia

Alianza Universidad

Alianza Universidad

Peter Burke, Robert Darnton, Ivan Gaskell,
Giovanni Levi, Roy Porter, Gwyn Prins,
Joan Scott, Jim Sharpe, Richard Tuck
y Henk Wesselings

Formas de hacer Historia

Versión española de
José Luis Gil Aristu



Alianza
Editorial

Título original: *New Perspectives on Historical Writing*. Esta obra ha sido publicada en inglés por Polity Press en 1991 por acuerdo con Basil Blackwell

Primera edición en "Alianza Universidad": 1993
Segunda reimpresión en "Alianza Universidad": 1996

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; teléf. 393 88 88
ISBN: 84-206-2765-8
Depósito legal: M. 30.686-1996
Compuesto en Fernández Ciudad, S. L.
Catalina Suárez, 19; 28007 Madrid
Impreso en Lavel. C/ Gran Canaria, 12. Humanes (Madrid)
Printed in Spain

ÍNDICE

COLABORADORES

Peter Burke es *Reader* de Historia Cultural en la Universidad de Cambridge y *Fellow* del Emmanuel College.

Jim Sharpe es *Senior Lecturer* de Historia en la Universidad de York.

Joan Scott es catedrática de Ciencias Sociales del Institute for Advanced Study de Princeton.

Henk Wesseling es catedrático de Historia de la Universidad de Leiden y director del Institute for the History of European Expansion.

Giovanni Levi es catedrático de Historia de la Universidad de Venecia.

Gwyn Prins es director de estudios de Historia y *Fellow* del Emmanuel College.

Robert Darnton es catedrático de Historia de la Universidad de Princeton.

Ivan Gaskell es *Margaret S. Winthrop Curator of Paintings* del Museo de Arte de la Universidad de Harvard.

Richard Tuck es *Lecturer* de Historia de la Universidad de Cambridge y *Fellow* del Jesus College.

Roy Porter es *Senior Lecturer* de Historia de la Medicina del Wellcome Institute de Londres.

Capítulo 1

OBERTURA: LA NUEVA HISTORIA, SU PASADO Y SU FUTURO

Peter Burke

En la última generación, aproximadamente, el universo de los historiadores se ha expandido a un ritmo vertiginoso [1]. La historia nacional, predominante en el siglo XIX, ha de competir ahora, para atraer la atención, con la historia mundial y la local (confiada en otros tiempos a anticuarios y aficionados). Hay muchos campos nuevos, sostenidos a menudo por revistas especializadas. La historia social, por ejemplo, se independizó de la económica para acabar fragmentándose, como algunas nuevas naciones, en demografía histórica, historia del trabajo, historia urbana, historia rural, etc.

A su vez, la historia económica se escindió en antigua y nueva. La nueva historia de la economía de las décadas de 1950 y 1960 (actualmente de una edad adulta, si no provecta) es demasiado bien conocida como para que necesitemos examinarla aquí [2]. También se ha producido un desplazamiento en el interés de los historiadores de la economía desde la producción al consumo, desplazamiento que difi-

---

[1] Este ensayo tiene mucho que agradecer a las conversaciones mantenidas durante muchos años con Raphael Samuel, a Gwyn Prins y a varias generaciones de estudiantes del Emmanuel College de Cambridge y, más recientemente, a Nilo Odália y a los interesados oyentes de mis clases en la Universidade Estadual de São Paulo en Araraquara, en 1989.

[2] Un ejemplo famoso (y discutible) en R. W. Fogel y S. Engerman, *Time on the Cross* (Boston, 1974) [hay ed. cast., *Tiempo en la cruz. La economía esclavista en los Estados Unidos,* Madrid, 1981]. D. C. Coleman, *History an the Economic Past* (Oxford, 1987) hace una evaluación juiciosa de la posición de la historia económica en la actualidad.

culta cada vez más la separación entre historia económica e historia social y cultural. La historia de la gestión empresarial es objeto de un nuevo interés que desdibuja e incluso borra las fronteras entre historia económica y administrativa. Otra especialización, la historia de la publicidad, tiene un pie en la historia de la economía y otro en la de la comunicación. Hoy en día, la identidad misma de la historia de la economía se ve amenazada por los envites lanzados por un empeño joven pero ambicioso, la historia del medio ambiente, conocida a veces con el nombre de ecohistoria.

La división afecta también a la historia política, escindida no sólo en las llamadas escuelas altas y bajas, sino también entre los historiadores preocupados por los centros de gobierno y los interesados por la política del hombre de la calle. El territorio de lo político se ha expandido en el sentido de que (siguiendo a teóricos como Michel Foucault) los historiadores tienden cada vez más a analizar la lucha por el poder en el plano de la fábrica, la escuela o, incluso, la familia. El precio de semejante expansión es, sin embargo, una especie de crisis de identidad. Si la política está en todas partes, ¿qué necesidad hay de historia política? [3] Los historiadores de la cultura se enfrentan a un problema similar al alejarse de la definición estrecha, pero precisa, de cultura en cuanto arte, literatura, música, etc, y acceder a una definición de su campo más antropológica.

En este universo en expansión y fragmentación se da una progresiva necesidad de orientación. ¿Qué es eso que se ha llamado nueva historia? ¿Hasta qué punto es nueva? ¿Es una moda pasajera o una tendencia a largo plazo? ¿Sustituirá —por voluntad o por fuerza— a la historia tradicional o podrán coexistir en paz ambas rivales?

El propósito del presente volumen es dar respuesta a estas cuestiones. Un repaso exhaustivo de las variedades de la historia contemporánea no habría permitido otra cosa que un análisis superficial. Por tal motivo se tomó la decisión de centrar la atención en unos pocos movimientos relativamente recientes [4]. Los ensayos dedicados a ellos se interesan en la práctica, al menos de forma implícita, por los mismos problemas fundamentales. Quizá sea útil comenzar abordando estos problemas y situándolos en el contexto de cambios a largo plazo en historiografía.

[3] J. Vincent, *The Formation of the British Liberal Party* (Londres, 1966).
[4] En J. Gardiner (ed.) *What is History Today?* (Londres, 1988) se contemplan otras variantes.

¿Qué es la Nueva Historia?

La expresión «la nueva historia» resulta más conocida en Francia que en cualquier otra parte. *La nouvelle histoire* es el título de una colección de ensayos dirigida por el ilustre medievalista Jacques Le Goff. Le Goff ha contribuido también a editar una masiva colección de ensayos en tres volúmenes sobre el tema «nuevos problemas», «nuevos enfoques» y «nuevos objetos» [5]. En estos casos está claro qué es la nueva historia: se trata de una historia «made in Ftance», el país de *la nouvelle vague* y *le nouveau roman*, por no hablar de *la nouvelle cuisine*. Más exactamente, se trata de la historia relacionada con la denominada *école des Annales*, agrupada en torno a la publicación *Annales: économies, sociétés, civilisations*.

¿Qué es esta *nouvelle histoire*? No es fácil dar una definición positiva; el movimiento recibe su unidad sólo de aquello a lo que se opone y las páginas siguientes demostrarán la diversidad de enfoques nuevos. Es, por tanto, difícil ofrecer algo más que una descripción vaga que caracterice la nueva historia como historia total (*histoire totale*) o estructural. Así pues, se trataría, quizá, de imitar a los teólogos medievales cuando abordaban el problema de la definición de Dios y optar por una *vía negativa*; en otras palabras, de definir la nueva historia en función de lo que no es o de aquello a lo que se oponen quienes la practican.

La nueva historia es una historia escrita como reacción deliberada contra el «paradigma» tradicional, según el término útil, aunque impreciso, puesto en circulación por Thomas Kuhn, el historiador americano de la ciencia [6]. Convendría describir ese paradigma tradicional como «historia rankeana», por el gran historiador alemán Leopold von Ranke (1795-1886), si bien él mismo estuvo menos constreñido por ella que sus sucesores. (Así como Marx no fue marxista, tampoco Ranke fue rankeano.) También podríamos dar a este paradigma el nombre de visión de sentido común de la historia, aunque no para elogiarla sino para recalcar que a menudo —demasiado a menudo— se ha supuesto que era *la* manera de hacer historia y no se consideraba una forma más de abordar el pasado entre otras varias

[5] J. Le Goff. (ed.), *La nouvelle histoire* (París, 1978); J. Le Goff y P. Nora (eds.), *Faire de l'histoire* (3 vols., París, 1974) [hay ed. cast., *Hacer la Historia*, 2 vol., Barcelona, 1985].
[6] T. S. Kuhn, *The Structure of Scientific Revolutions* (Nueva York, 1961) [hay ed. cast., *La estructura de las revoluciones científicas*, Madrid, 1990].

posibles. Por razones de sencillez y claridad podríamos resumir en siete puntos la oposición entre historia vieja y nueva.

1. Según el paradigma tradicional, el objeto esencial de la historia es la política. De acuerdo con la concluyente frase victoriana de sir John Seeley, Catedrático Regio de historia en Cambridge, «la historia es la política del pasado; la política es la historia del ptesente.» Se suponía que la política se interesaba fundamentalmente por el Estado; en otras palabras, era nacional e internacional, más que local. Sin embargo, también incluía la historia de la Iglesia en cuanto institución y lo que el teórico militar Karl von Clausewitz definía como «la continuación de la política pot otros medios», es decit, la guerra. Aunque el paradigma tradicional no excluyera del todo otros tipos de historia —como, por ejemplo, la historia del arte o la de la ciencia—, eran relegados en el sentido de considerarlos periféricos a los intereses de los «auténticos» historiadores.

La nueva historia, por su parte, ha acabado interesándose por casi cualquier actividad humana. «Todo tiene una historia», escribía en cierta ocasión el científico J. B. S. Haldane; es decir, todo tiene un pasado que, en principio, puede reconstruirse y relacionarse con el resto del pasado [7]. De ahí la consigna de «historia total», tan cara a los historiadores de los *Annales*. La primera mitad de este siglo fue testigo de la aparición de la historia de las ideas. En los últimos treinta años hemos visto un número notable de historias sobre asuntos que anteriormente se consideraban carentes de historia, por ejemplo, la niñez, la muerte, la locura, el clima, los gustos, la suciedad y la limpieza, la gesticulación, el cuerpo (como muestra Roy Porter más adelante, en el capítulo X), la feminidad (analizada por Joan Scott en al capítulo 3), la lectura (estudiada por Robert Darnton en el capítulo VII), el habla y hasta el silencio [8]. Aquello que antes se considetaba inmutable, se ve ahora como una «construcción cultural» sometida a variaciones en el tiempo y el espacio.

[7] J. B. S. Haldane, *Everything has a History* (Londres, 1951).

[8] P. Ariès, *L'Enfant et la vie familliale sous l'ancien régime*, Seuil, 1973 [hay ed. cast., *El niño y la vida familiar en el antiguo régimen*, Madrid, 1987]; P. Ariès, *L'Homme devant la mort*, Sevil, 1977 [hay ed. cast., *El hombre ante la muerte*, Madrid, 1987]; M. Foucault, *Histoire de la felie à l'âge classique*, Gallimard, 1976 [hay ed. cast., *Historia de la locura en la época clásica*, 2 vol., Madrid, 1979]; E. Le Roy Ladurie, *Times of Feast, Times of Famine* (trad. ingl., Nueva York, 1971); A. Corbin, *Le miasme et la jonquille, l'odorat et l'imaginaire social, 18e-20e siecles*, Aubier-Montaigne, 1982; G. Vigarello, *Le propre et le sale: l'hygiène du corps depuis le Moyen Age*, Seuil, 1987 [hay ed. cast. *Lo limpio y lo sucio· la higiene del cuerpo desde la Edad Media*, Alianza Editorial, Madrid, 1991]; J.-C. Schmitt (ed.), *Gestures*, número especial, *History and Anthropology* (1984); R. Bauman, *Let Your Words be Few* (Cambridge, 1984).

Merece la pena recalcar el relativismo cultural implícito en todo ello. El fundamento filosófico de la nueva historia es la idea de que la realidad está social o culturalmente constituida. El hecho de que muchos historiadores y antropólogos sociales compartan esta idea o hipótesis ayuda a explicar la reciente convergencia entre ambas disciplinas, de la que hablan más de una vez los capítulos que siguen (págs. 126 y 171). Este relativismo socava además la distinción tradicional entre lo central y lo periférico en historia.

2. En segundo lugar, los historiadores tradicionales piensan fundamentalmente la historia como una narración de acontecimientos, mientras que la nueva historia se dedica más al análisis de estructuras. Una de las obras históricas más famosas de nuestro tiempo, *El Mediterráneo*, de Fernand Braudel, se desinteresa por la historia de los acontecimientos (*histoire événementielle*), considerándola simplemente la espuma sobre las olas del mar de la historia [9]. Según Braudel, lo que verdaderamente importa son los cambios económicos y sociales a largo plazo (*la longue durée*) y los cambios geohistóricos a muy largo plazo. Aunque recientemente se ha producido cierta reacción contra este punto de vista (analizado en la pág. 290, *infra*) y los acontecimientos no se despachan con la ligereza habitual hasta el momento, siguen tomándose muy en serio los diversos tipos de historia de las estructuras.

3. En tercer lugar, la historia tradicional presenta una vista desde arriba, en el sentido de que siempre se ha centrado en las grandes hazañas de los grandes hombres, estadistas, generales y, ocasionalmente, eclesiásticos. Al resto de la humanidad se le asignaba un papel menor en el drama de la historia. La existencia de esta regla se revela en las reacciones que genera su transgresión. Cuando el gran escritor ruso Alexander Pushkin trabajaba en el relato de una rebelión campesina y su cabecilla, Pugachev, el comentario del zar Nicolás fue que «personas como ésa no tienen historia». Cuando, en la década de 1950, un historiador británico escribió una tesis doctoral acerca de un movimiento popular en la Revolución francesa, uno de

[9] F. Braudel, *La Méditerranée et le monde méditerranéen à l'époque de Philippe II*, Armand Colin, 1949 [hay ed. cast., *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*, México, 1976[2a]].

los examinadores le preguntó: «¿Por qué se preocupa Ud. por esos bandidos?» [10]

Por otra parte (según muestra Jim Sharpe en el capítulo II), cierto número de nuevos historiadores se interesan por la «historia desde abajo», es decir, por las opiniones de la gente corriente y su experiencia del cambio social. La historia de la cultura popular ha sido objeto de considerable atención. Los historiadores de la Iglesia comienzan a examinar su historia tanto desde abajo como desde arriba [11]. Igualmente, los historiadores del pensamiento han desviado su atención de los grandes libros o las grandes ideas —el equivalente a los grandes hombres—, dirigiéndola a la historia de las mentalidades colectivas o a la de los discursos o «lenguajes», por ejemplo, al lenguaje del escolasticismo o del derecho consuetudinario (cf. el ensayo de Richard Tuck, capítulo IX, *infra*) [12].

4. En cuarto lugar, según el paradigma tradicional la historia debería basarse en documentos. Uno de los mayores logros de Ranke fue su exposición de las limitaciones de las fuentes narrativas —llamémoslas crónicas— y su insistencia en la necesidad de basar la historia escrita en documentos oficiales procedentes de los gobiernos y conservados en archivos. El precio de este logro fue el olvido de otros tipos de prueba. El periodo anterior a la invención de la escritura quedó descartada como «prehistoria». Sin embargo, el movimiento de la «historia desde abajo» presentó, por su parte, las limitaciones de este tipo de documentación. Los registros oficiales expresan, por lo general, el punto de vista oficial. Para reconstruir las actitudes de herejes y rebeldes, tales registros requieren el complemento de otras clases de fuentes.

En cualquier caso, si los historiadores se interesan por una diversidad de actividades humanas mayor que la que ocupó a sus predecesores, habrán de examinar una variedad también mayor de pruebas. Algunas de éstas serán visuales; otras, orales (ver lo escrito por

[10] El nombre del examinador era Lewis Namier. R. Cobb, *The Police and the People* (Oxford, 1970), pág. 81.

[11] E. Hoornaert *et al.*, *Historia da Igreja no Brasil: ensaio de interpretação a partir do povo* (Petrópolis, 1977).

[12] J. G. A. Pocock, «The Concept of a Language», en: A. Padgen (ed.) *The Language of Political Theory* (Cambridge, 1987). Cfr. D. Kelley, «Horizons of Intellectual History», *Journal of the History of Ideas*, 48 (1987), págs. 143-69, y «What is Happening to the History of Ideas?» *Journal of the History of Ideas*, 51 (1990), págs. 3-25.

Ivan Gaskell y Gwyn Prins en los capítulos VIII y VI). Existe también la prueba estadística: las cifras del comercio, de población, de votantes, etc. El apogeo de la historia cuantitativa se dio, probablemente, en las décadas de 1950 y 1960, cuando algunos entusiastas pretendieron que los únicos métodos fiables eran los cuantitativos. Se ha producido una reacción contra estas pretensiones y, en cierta medida, también contra sus métodos, pero el interés por una historia cuantitativa más modesta sigue aumentando. En 1987 se fundó, por ejemplo, en Gran Bretaña una *Association for History and Computing*.

5. Según el paradigma tradicional, expuesto de forma memorable por el historiador y filósofo R. G. Collingwood, «cuando un historiador pregunta "¿Por qué Bruto apuñaló a César?", quiere decir "¿En qué pensaba Bruto para decidirse a apuñalar a César?"» [13] Este modelo de explicación histórica ha sido criticado por historiadores más recientes por varios motivos, principalmente porque no consigue dar razón de la variedad de cuestiones planteadas por los historiadores, interesados a menudo tanto por movimientos colectivos como por acciones individuales, tanto por tendencias como por acontecimientos.

Por poner un ejemplo, ¿por qué subieron los precios en la España del siglo XVI? Los historiadores de la economía no coinciden en sus contestaciones a esta pregunta, pero sus diversas respuestas (en función de las importaciones de plata, crecimiento demográfico, etc.) están muy lejos del modelo de Collingwood. En el famoso estudio de Fernand Braudel sobre el Mediterráneo en el siglo XVI, aparecido en 1949, sólo la tercera y última parte, dedicada a la historia de los acontecimientos, plantea cuestiones remotamente parecidas a la de Collingwood, e incluso allí el autor ofrece un tipo de respuestas muy diferente al hacer hincapié en las cortapisas a que estaba sometido su protagonista, Felipe II, y en la falta de influencia del rey sobre la historia de su tiempo [14].

6. De acuerdo con el paradigma tradicional, la historia es objetiva. La tarea del historiador es ofrecer al lector los hechos o, como decía Ranke en una frase muy citada, contar «cómo ocurrió realmen-

[13] R. G. Collingwood, *The Idea of History* (Oxford, 1946), págs. 213ss.

[14] Braudel (1949).

te». Su humilde rechazo de cualquier intención filosófica fue interpretado por la posteridad como un orgulloso manifiesto en favor de una historia no sesgada. En una famosa carta a su equipo internacional de colaboradores en la *Cambridge Modern History*, publicada a partir de 1902, el director de la edición, lord Acton, le pedía encarecidamente que «nuestro Waterloo satisfaga por igual a franceses e ingleses, alemanes y holandeses» y que los lectores no puedan decir dónde puso su pluma uno de los colaboradores y dónde la retiró otro [15].

En la actualidad este ideal se considera, en general, quimérico. Por más decididamente que luchemos por evitar los prejuicios asociados al color, el credo, la clase social o el sexo, no podemos evitar mirar al pasado desde una perspectiva particular. El relativismo cultural se aplica, como es obvio, tanto a la historiografía misma como a lo que se denominan sus objetos. Nuestras mentes no reflejan la realidad de manera directa. Percibimos el mundo sólo a través de una red de convenciones, esquemas y estereotipos, red que varía de una cultura a otra. En tal situación, nuestra comprensión de los conflictos se ve aumentada por la presentación de puntos de vista opuestos, más que por el intento de expresar un acuerdo, como en el caso de Acton. Nos hemos desplazado del ideal de la Voz de la Historia a la heteroglosia, definida como un conjunto de «voces diversas y opuestas» (*infra* pág. 296) [16]. Era, por tanto, muy pertinente que el presente volumen tomara forma de obra colectiva y que sus colaboradores hablaran distintas lenguas maternas.

La historia rankeana fue el territorio de los profesionales. El siglo XIX fue un tiempo de la profesionalización de la historia, con sus departamentos universitarios y sus publicaciones, como la *Historische Zeitschrift* y la *English Historical Review*. La mayoría de los principales nuevos historiadores son también profesionales, con la destacada excepción del difunto Philippe Ariès, a quien gustaba definirse como un «historiador dominguero». Una de las maneras de describir los logros del grupo de los *Annales* consiste en decir que han mostrado cómo las historias económica, social y cultural pueden estar a la altura

[15] Citado en F. Stern (ed.), *Varieties of History* (Nueva York, 1956), pág. 249.

[16] Tomo el término del famoso crítico ruso Mijail Bajtin, en su *Dialogic Imagination* (trad. ingl., Austin, 1981), págs. xix, 49, 55, 263, 273. Cfr. M. de Certeau, *Heterologies: Discourse on the Other* (trad. ingl., Minneapolis, 1986).

de las exigentes pautas establecidas por Ranke para la historia política.

Al mismo tiempo, su interés por toda la gama de la actividad humana les estimula a ser interdisciplinarios, en el sentido de aprender de antropólogos sociales, economistas, críticos literarios, psicólogos, sociólogos, etc., y colaborar con ellos. Los historiadores del arte, la literatura y la ciencia, que solían atender a sus intereses aislándose en mayor o menor medida del grupo principal de los historiadores, mantienen en la actualidad un contacto más habitual con ellos. El movimiento de la historia desde abajo refleja también una nueva decisión de adoptar los puntos de vista de la gente corriente sobre su propio pasado con más seriedad de lo que acostumbraban los historiadores profesionales [17]. Lo mismo vale para algunas formas de historia oral (*infra*, pág. 144). En este sentido, la heteroglosia es también esencial para la nueva historia.

¿Hasta qué punto es nueva la Nueva Historia?

¿Quién inventó —o descubrió— la nueva historia? La expresión se utiliza a veces para aludir a procesos ocurridos en las décadas de 1970 y 1980, periodo en que la reacción contra el paradigma tradicional se extendió a todo el mundo afectando a historiadores del Japón, la India, América Latina y cualesquiera otros lugares. Los ensayos recogidos en este libro se centran en ese periodo particular. No obstante, es indudable que la mayoría de los cambios ocurridos en historiografía en ambos decenios forman parte de una tendencia más larga.

Para muchos, la nueva historia está asociada a Lucien Febvre y Marc Bloch, que fundaron en 1929 la revista *Annales* para promocionar su enfoque, y a Fernand Braudel, en la generación siguiente. De hecho sería difícil negar la importancia del movimiento encabezado por estas personas en la renovación de la historia. Sin embargo, en su rebelión contra los rankeanos no estuvieron solos. En la Gran Bretaña de la década de 1930, Lewis Namier y R. H. Tawney rechazaron la narración de sucesos en cualquier tipo de historia estructural. En torno al año 1900, Karl Lamprecht se hizo impopular en Alemania

[17] Ver casi cualquier número de *History Workshop Journal*.

entre la profesión por su desafío al paradigma tradicional. La frase despectiva de *histoire événementielle*, «historia centrada en los acontecimientos», se acuñó en ese tiempo, una generación antes de la época de Braudel, Bloch y Febvre [18]. Expresa las ideas de un grupo de estudiosos en torno al gran sociólogo francés Émile Durkheim y su revista, el *Année Sociologique*, publicación que contribuyó a inspirar los *Annales*.

La misma expresión «nueva historia» tiene su propia historia. Por lo que yo sé, la más antigua del término data de 1912, cuando el académico James Harvey Robinson publicó una obra con este título. Los contenidos estaban a la altura de su etiqueta. «La historia», escribía Robinson, «incluye todo rastro y vestigio de cualquier cosa hecha o pensada por el hombre desde su aparición en la tierra». En otras palabras, Robinson creía en la historia total. En cuanto al método, «la Nueva Historia —cito otra vez a Robinson— se valdrá de todos los descubrimientos sobre el género humano realizados por antropólogos, economistas, psicólogos y sociólogos» [19]. Este movimiento en favor de una nueva historia no tuvo éxito en aquel momento en los Estados Unidos, pero el más reciente entusiasmo norteamericano por los *Annales* se entiende mejor si recordamos este trasfondo local.

No hay ninguna buena razón para detenernos en 1912, ni tan siquiera en 1900. Últimamente se ha defendido que la sustitución de una historia vieja por otra nueva (más objetiva y menos literaria) es un motivo recurrente en la historia de la historiografía [20]. Este tipo de exigencias fueron planteadas por la escuela de Ranke en el siglo XIX, por el gran estudioso benedictino Jean Mabillon, que en el siglo XVII formuló nuevos métodos de crítica de las fuentes, y por el historiador griego Polibio, quien ciento cincuenta años antes del nacimiento de Cristo denunció a algunos de sus colegas tachándolos de meros retóricos. En el primer caso, al menos, las pretensiones de novedad eran conscientes. En 1987 el gran historiador holandés Robert Fruin publicó un ensayo titulado «La nueva historiografía», donde defendía la historia científica, rankeana [21].

[18] Cfr. P. Burke, *The French Historical Revolution* (Cambridge, 1990), pág. 113.
[19] J. H. Robinson, *The New History* (Nueva York, 1912); cfr. J. R. Pole, «The New History and the Sense of Social Purpose in American Historical Writing» (1973, reimpreso en: *íd., Paths to the American Past* (Nueva York, 1979, págs. 271-98).
[20] L. Orr, «The Revenge of Literature», *New Literary History* 18 (1986), págs. 1-22.
[21] R. Fruin, De niuwe historiographie», reimpreso en: *Íd., Verspreide Geschriften* 9 (La Haya, 1904), págs. 410-18.

El empeño por escribir una historia que fuera más allá de los acontecimientos políticos se remonta también muy atrás. La historia económica se asentó en Alemania, Gran Bretaña y otras partes a finales del siglo XIX como alternativa a la historia del Estado. En 1860 el erudito suizo Jacob Burckhardt publicó un estudio sobre *La civilización del Renacimiento en Italia*, centrado en la historia cultural y que, más que narrar sucesos, describe tendencias. Los sociólogos del siglo XIX, como Auguste Comte, Herbert Spencer —por no mencionar a Karl Marx— se interesaron en extremo por la historia, aunque despreciaran a los historiadores profesionales. El objeto de su interés eran las estructuras y no los acontecimientos y la nueva historia tiene con ellos una deuda que frecuentemente no se reconoce.

Aquéllos, a su vez, son acreedores, a menudo sin aceptarlos, de algunos predecesores suyos: los historiadores de la Ilustración, entre ellos Voltaire, Gibbon (a pesar de la observación anteriormente citada por mí), Robertson, Vico, Möser y otros. En el siglo XVIII se produjo un movimiento internacional favorable a un tipo de historiografía no limitada a los acontecimientos militares y políticos sino interesada por las leyes, el comercio, la *manière de penser* de una determinada sociedad, sus hábitos y costumbres, el «espíritu de la época». En Alemania, en especial, surgió un vivo interés por la historia universal [22]. El escocés William Alexander y Christoph Meiners, profesor de la Universidad de Gotinga (centro de la nueva historia social de finales del siglo XVIII), publicaron estudios sobre historia de las mujeres [23].

Así, la historia alternativa analizada en la presente obra tiene una alcurnia razonablemente antigua (por más que sus tatarabuelos no pudieran, quizá, reconocer a sus descendientes). Lo nuevo no es tanto su existencia cuanto el hecho de que quienes la practican sean ahora extremadamente numerosos y rechacen ser marginados.

Problemas de definición

El propósito de este volumen no es hacer el panegírico de la nueva historia (a pesar de que sus colaboradores coincidan en la vali-

[22] M. Harbsmeier, «World Histories before Domestication», *Culture and History* 5 (1989) págs. 93-131.
[23] W. Alexander, *The History of Women* (Londres, 1779); C. Meiners, *Geschichte des Weiblichen Geschlechts* (4 vols., Hannóver, 1788-1800).

dez o, de hecho, en la necesidad de al menos algunas de sus formas), sino evaluar sus fuerzas y debilidades. El movimiento en favor de un cambio ha nacido de un amplio sentimiento de lo inadecuado del paradigma tradicional. Este sentimiento de inadecuación no se puede entender si no se mira, más allá del gremio de los historiadores, a las transformaciones producidas a lo ancho del mundo. La descolonización y el feminismo, por ejemplo, son dos procesos que han tenido, como es obvio, una gran repercusión en la historiografía reciente, según dejan cumplidamente claro los capítulos escritos por Henk Wesseling y Joan Scott. En el futuro, el movimiento ecologista tendrá, probablemente, una influencia creciente en la manera de escribir la historia.

De hecho, ya ha inspirado cierto número de estudios. Al publicarse, en 1949, la famosa monografía de Braudel sobe el Mediterráneo llamó la atención por el espacio dedicado al entorno físico —tierra y mar, montañas e islas—. Hoy, sin embargo, el cuadro de Braudel resulta curiosamente estático, pues su autor no tuvo seriamente en cuenta la forma en que se modifica el medio ambiente por la presencia, por ejemplo, del hombre como destructor de bosques para construir las galeras que ocupan un lugar tan destacado en las páginas de *El Mediterráneo*.

Algunos escritores nos han ofrecido una ecohistoria más dinámica. William Cronon ha escrito un excelente estudio de la Nueva Inglaterra colonial centrado en los efectos de la llegada de los europeos sobre las comunidades vegetales y animales de la región, señalando la desaparición de castores y osos, cedros y pinos de Weymouth y la creciente importancia de animales europeos de pasto. En una escala muy distinta, Alfred Crosby ha analizado lo que él denomina «la expansión biológica de Europa» entre el 900 y 1900 y la influencia de las enfermedades europeas en abrir camino al éxito de la instalación de «Neoeuropas», desde Nueva Inglaterra a Nueva Zelanda [24].

Por razones tanto internas como externas, no es disparatado hablar de la crisis del paradigma historiográfico tradicional. Sin embargo, el nuevo paradigma tiene también sus problemas: problemas de definición, de fuentes, de método y de exposición. Estos problemas

[24] W. Cronon, *Changes in the Land* (Nueva York, 1983); A. W. Crosby, *Ecological Imperialism* (Cambridge, 1986) [hay ed. cast., *Imperialismo ecológico*, Barcelona, 1988].

reaparecerán en los capítulos específicos, pero podría ser útil analizarlos brevemente aquí.

Se dan problemas de definición porque los nuevos historiadores se están introduciendo en un territorio desconocido. Como acostumbran a hacer los exploradores de otras culturas, comienzan con una especie de imagen en negativo de lo que buscan. La historia de Oriente ha sido considerada por los historiadores occidentales como lo opuesto a la propia, eliminando diferencias entre Oriente medio y lejano, China y Japón, etc. [25]. Como señala Henk Wesseling más abajo (capítulo IV), la historia universal ha sido vista —por los occidentales— como el estudio de las relaciones entre Occidente y el resto del mundo, ignorando las interacciones entre Asia y África, Asia y América, etc. A su vez, la historia desde abajo fue concebida en origen como la inversión de la historia desde arriba, poniendo la cultura «baja» en el lugar de la alta cultura. No obstante, a lo largo de sus investigaciones, los estudiosos se han ido dando cuenta más y más de los problemas inherentes a esta dicotomía.

Así, por ejemplo, si la cultura popular es la cultura «del pueblo», ¿quién es el pueblo? ¿Lo son todos, los pobres, las «clases inferiores» como solía llamarlas el intelectual marxista Antonio Gramsci? ¿Lo son los iletrados o las personas sin educación? Podemos dar por supuesto que las divisiones económicas, políticas y culturales coinciden necesariamente en una sociedad dada. Pero, ¿qué es la educación? ¿Es sólo la preparación proporcionada en ciertas instituciones oficiales, como escuelas o universidades? La gente corriente, ¿carece de educación o, simplemente, tiene una educación diferente, una cultura distinta de la de las elites?

No deberíamos suponer, desde luego, que todas las personas corrientes tiene idénticas experiencias, y la importancia de distinguir la historia de las mujeres de la de los hombres queda subrayada por Joan Scott en el capítulo III. En algunas partes del mundo, de Italia al Brasil, la historia de la gente corriente se suele denominar «la historia de los vencidos», asimilando así las experiencias de las clases inferiores de Occidente con la de los colonizados [26]. Sin embargo, las diferencias entre estas experiencias requieren también un análisis.

[25] Algunos comentarios agudos sobre este problema. en E. Sain, *Orientalism* (Londres, 1978).
[26] E. De Decca, *1930: O silêncio dos vencidos* (São Paulo, 1981).

La expresión «historia desde abajo» parece ofrecer una salida a estas dificultades, pero genera sus propios problemas. En contextos distintos, su significado cambia. Una historia política desde abajo, ¿debería debatir las opiniones y actos de cualquiera que esté excluido del poder o habría de tratar de la política en un plano local o en el de la gente corriente? Una historia de la Iglesia desde abajo, ¿debería considerar la religión desde el punto de vista de los laicos, fuera cual fuese su rango social? Una historia de la medicina desde abajo, ¿tendría que ocuparse de los curanderos, por oposición a los médicos profesionales, o de las experiencias y diagnósticos de los pacientes en relación con su enfermedad? [27] Una historia militar desde abajo, ¿habría de tratar las batallas de Agincourt o Waterloo de los soldados corrientes, como ha hecho de forma tan memorable John Keegan, o debería centrarse en la experiencia de la guerra de las personas civiles? [28] Una historia de la educación desde abajo, ¿tendría que olvidar a los ministros y teóricos de la educación y volverse a los maestros corrientes, como ha hecho Jacques Ozouf, por ejemplo, o presentar la escuela desde el punto de vista de los escolares? [29] Una historia económica desde abajo, ¿habría de centrarse en el pequeño comerciante o en el pequeño consumidor?

Una de las razones de la dificultad para definir la historia de la cultura popular es que la noción de «cultura» es incluso más difícil de definir que la de «popular». La definición de cultura calificada de «teatro de ópera» (en el sentido del gran arte, la gran literatura, etc.) era estrecha pero, al menos, precisa. Un elemento fundamental de la nueva historia es su noción amplia de cultura [30]. El Estado, los grupos sociales y hasta el sexo o la sociedad misma se consideran construidos culturalmente. Sin embargo, si utilizamos el término en un sentido amplio, habremos de preguntarnos, al menos, qué es lo que *no* cuenta como cultura.

Otro ejemplo de nuevo tratamiento que se ha topado con problemas de definición es la historia de la vida cotidiana, la *Alltagsgeschichte*, según la llaman los alemanes. La expresión en sí no es nueva: *la vie quotidienne* era el título de una serie lanzada por la editorial francesa Hachette en la década de 1930. Lo nuevo aquí es la importancia dada a la vida cotidiana en la historiografía contemporánea, en especial desde la publicación en 1967 del famoso estudio de Braudel sobre la «civilización material» [31]. La historia de la vida cotidiana, rechazada en otro tiempo por trivial, está considerada ahora por algunos historiadores como la única historia auténtica, el centro con el que debe relacionarse todo lo demás. Lo cotidiano se halla también en la encrucijada dc enfoques recientes en sociología (desde Michel de Certau a Erving Goffman) y en filosofía (tanto marxista como fenomenológica) [32].

Lo común a estas formas de abordar la cuestión es su interés por el mundo de la experiencia ordinaria (más que por la sociedad en abstracto) en cuanto punto de partida, junto con un empeño por considerar problemática la vida diaria, en el sentido de mostrar que el comportamiento o valores dados por supuestos en una sociedad se descartan en otra como evidentemente absurdos. Ciertos historiadores, al igual que los antropólogos sociales, intentan en la actualidad desvelar las reglas latentes de la vida cotidiana (la «poética» de cada día, en expresión del semiótico ruso Juri Lotman) y mostrar a sus lectores cómo se es padre o hija, legislador o santo en una determinada cultura [33]. En este punto, la historia social y cultural parecen disolverse la una en la otra. Algunos de quienes las practican se describen como «nuevos» historiadores de la cultura; otros, como historiadores «socioculturales» [34]. En cualquier caso, el impacto del relativismo cultural en la historiografía parece ineludible.

No obstante, según ha señalado el sociólogo Norbert Elias en un importante ensayo, la noción de lo cotidiano es menos precisa y más

[27] Cfr. R. Porter, «The Patient's View: Doing Medical History from Below», *Theory and Society* 14 (1985), págs. 175-98.

[28] Sobre los soldados rasos, ver J. Keegan, *The Face of Battle* (Londres, 1976) [hay ed. cast., *El rostro de la batalla*, Madrid, 1990].

[29] J. Ozouf (ed.), *Nous les maîtres d'école* (París, 1967) examina la experiencia de los maestros de escuela elemental c. 1914.

[30] L. Hunt (ed.), *The New Cultural History* (Berkeley, 1989).

[31] F. Braudel, *Civilisation matérielle et capitalisme* (París, 1967); ed. revisada: *Les structures du quotidien* (París, 1979) [hay ed. cast., *Civilización material, económica y capitalismo*, 3 vol., Alianza Editorial, 1984]. Cfr. J. Kuczynski, *Geschichte des Alltags des Deutschen Volkes* (4 vols. Berlín, 1980-2).

[32] M. de Certeau, *L'invention du quotidien* (París, 1980); E. Goffman, *The Presentation of Self in Everyday Life* (Nueva York, 1959); H. Lefebvre, *Critique de la vie quotidienne* (3 vols., París, 1946-81). Cfr. F. Mackie, *The Status of Everyday Life* (Londres, 1985).

[33] J. Lotman, «The Poetics of Everyday Behaviour in Russian Eighteenth-Century Culture», en: *The Semiotics of Russian Culture* ed. J. Lotman y B. A. Uspenskii (Ann Arbor, 1984), págs. 231-56. Un debate más amplio sobre el problema de la historiografía de las reglas culturales, en P. Burke, *Historical Anthropology of Earl Modern Italy* (Cambridge, 1987), págs. 5ss, 21ss.

[34] L. Hunt (ed.), *The New Cultural History* (Berkeley, 1989).

complicada de lo que parece. Elias distingue ocho significados en el término, desde la vida privada hasta el mundo de la gente corriente [35]. En lo cotidiano entran acciones —Braudel lo define como el reino de la rutina— y también actitudes que podríamos llamar hábitos mentales. Podría incluir hasta lo ritual. Lo ritual, un hito de las ocasiones especiales en la vida de individuos y comunidades, se define a menudo por oposición a lo cotidiano. Por otra parte, los visitantes forasteros advierten en la vida de toda sociedad ritos cotidianos —formas de comer, de saludarse, etc.— que los habitantes locales no logran percibir en absoluto como rituales.

Igual dificultad entraña la descripción o el análisis de la relación entre estructuras de cada día y cambio cotidiano. Visto desde dentro, lo cotidiano parece intemporal. El reto planteado al historiador social es mostrar cómo el relacionar la vida cotidiana con los grandes sucesos —como la Reforma o la Revolución francesa— o con tendencias a largo plazo —como la occidentalización o el nacimiento del capitalismo— forma, de hecho, parte de la historia. El famoso sociólogo Max Weber acuñó un término, también famoso, que podría utilizarse aquí: «rutinización» (*Veralltäglichung*, literalmente «cotidianización»). Uno de los focos de atención de los historiadores sociales podría ser el proceso de interacción entre acontecimientos y tendencias de mayor importancia, por un lado, y estructuras de la vida cotidiana, por otro. ¿Hasta dónde, por qué medios y durante qué periodo la revolución francesa o la rusa imbuyeron (por así decirlo) la vida diaria de los distintos grupos sociales, hasta qué punto y con cuánto éxito se les opuso resistencia?

Problemas de fuentes

Sin embargo, los mayores problemas de los nuevos historiadores son, sin duda, los de fuentes y métodos. Se ha sugerido ya que, cuando los historiadores comenzaron a plantear nuevas cuestiones sobre el pasado, a elegir nuevos objetos de investigación, hubieron de buscar nuevos tipos de fuentes que complementaran los documentos oficiales. Algunos se volvieron hacia la historia oral, analizada en el capítulo VI; otros, hacia las pruebas figurativas (capítulo VIII); otros, hacia las esradísticas. También se ha demostrado posible releer ciertos tipos de documentos oficiales de una manera nueva. Los historiadores de la cultura popular, por ejemplo, han hecho gran uso de los registros judiciales, en especial de los interrogatorios de sospechosos. Dos famosos estudios de historia desde abajo se basan en actas inquisitoriales: el *Montaillou* de Le Roy Ladurie (1975), analizado en el capítulo II, y *El queso y los gusanos*, de Ginzburg (1986).

[35] N. Elias, «Zum Begriff des Alltags», en: *Materiellen zur Soziologie des Alltags*, K. Hammerich y M. Klein (eds.) (Opladen, 1978), págs. 22-9.

Sin embargo, todas estas fuentes suscitan problemas engorrosos. Los historiadores de la cultura popular procuran reconstruir las ideas ordinarias y cotidianas partiendo de registros de sucesos que fueron extraordinarios en las vidas de los acusados: interrogatorios y juicios. Intentan reconstruir lo que la gente corriente pensaba en función de lo que los acusados, que podían formar un grupo no típico, estaban dispuestos a decir en la situación inusual (por no decir terrorífica) en que se hallaban. Es, por tanto, necesario leer los documentos entre líneas. Este intento de lectura entre líneas es perfectamente correcto, sobre todo cuando lo llevan a cabo historiadores de la sutileza de Ginzburg o Le Roy Ladurie.

A pesar de todo, los principios en que se basa esta lectura no son siempre claros. Es justo admitir que retratar a los socialmente invisibles (por ejemplo, las mujeres trabajadoras) o escuchar a quienes no se expresan (la mayoría silenciosa, los muertos) es un cometido que implica mayores riesgos que los habituales en la historia tradicional (si bien resulta necesaria como parte de la historia total). Pero no siempre es así. La historia política de la época de Carlomagno, por poner un caso, se basa en fuentes tan escasas y poco fiables, al menos, como las de la historia de la cultura popular en el siglo XVI [36].

Las pruebas orales han sido objeto de gran atención, por ejemplo en ciertos casos de historiadores de África como Jan Vansina, preocupados por la fiabilidad de las tradiciones orales mantenidas durante siglos, y en algunos otros de historiadores contemporáneos, como Paul Thompson al reconstruir la experiencia vital en la era eduardiana. Se ha debatido el problema de la influencia del historiador-entrevistador y de la situación de entrevista en las declaraciones del testigo [37]. Sin embargo, hay que tener la honradez de admitir que la

[36] Cfr. P. Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe* (Londres, 1978), cap. III.
[37] R. Samuel y P. Thompson (eds.), *The Myths We Live By* (Londres, 1990).

crítica de los testimonios orales no ha alcanzado la complejidad de la crítica documental, practicada por los historiadores desde hace siglos. Podemos hacernos cierta idea de la distancia recorrida en un cuarto de siglo —y del trecho que aún queda por andar— comparando la primera edición del estudio de Vansina sobre la tradición oral, publicado por primera vez en 1961, con la versión completamente reescrita de 1985 [38].

La situación es bastante similar en el caso de fotografías, imágenes y, más en general, pruebas de la cultura material. Algunas obras recientes sobre fotografía (y cine) han puesto en evidencia la pretensión de que la cámara es un registro objetivo de la realidad, haciendo hincapié no sólo en la selección realizada por el fotógrafo de acuerdo con sus intereses, creencias, valores, prejuicios, etc., sino también su deuda, consciente o inconsciente, con las convenciones pictóricas. Si algunas fotografías victorianas de la vida rural se parecen a los paisajes holandeses del siglo XVII, podría ser muy bien porque los fotógrafos conocían esa pintura y situaban sus personajes en consonancia, a fin de producir, como decía Thomas Hardy en el subtítulo de *Under the Greenwood Tree*, «un cuadro de la escuela holandesa». Los fotógrafos, como los historiadores, no ofrecen un reflejo de la realidad sino representaciones de la misma. Se han dado algunos importantes pasos hacia la crítica de fuentes de las imágenes fotográficas, pero también aquí queda un largo trecho por recorrer [39].

En el caso de las imágenes pictóricas, analizado más abajo por Ivan Gaskell, al clima de entusiasmo de la decodificación de su iconografía o iconología a mediados del siglo XX, la época de virtuosos como Erwin Panofsky y Edgard Wind, le ha sucedido un periodo de glaciación de relativo escepticismo. Los criterios para la interpretación de significados concretos latentes son realmente difíciles de formular [40]. Los problemas de la iconografía se hacen más penosos cuando los historiadores de otras materias intentan utilizar la pintura

[38] P. Thompson, *The Voice of the Past*, 1978 (ed. revisada, Oxford, 1988) [hay ed. cast., *La voz del pasado,* Valencia, 1988]; J. Vansina, *Oral Tradition* (trad. ingl., Londres, 1965) y *Oral Tradition as History* (Madison, 1985).

[39] P. Smith (ed.), *The Historian and Film* (Cambridge, 1976); A. Trachtenberg, «Albnms of War», *Representations* 9 (1985) págs. 1-32; J. Tagg, *The Burden of Representation: Essays on Photographies and Histories* (Amherst, 1988).

[40] E. Panofsky, *Essays in Iconology* (Nueva York, 1939) [hay ed. cast., *Estudios sobre iconología,* Alianza Editorial, Madrid, 1989[8]]; E. Wind, *Pagan Mysteries in the Renaissance* (Londres, 1958) [hay ed. cast., *Misterios paganos del Renacimiento,* Barcelona, 1972]. Un punto de vista más escéptico aparece expresado por E. H. Gombrich, «Aims and Limits of Iconology», en su obra *Symbolic Images* (Londres, 1972), págs. 1-22 [hay ed. cast., *Imágenes simbólicas,* Alianza Editorial, Madrid, 1990[3]].

para sus propios propósitos como prueba de actitudes religiosas o políticas. Es muy fácil caer en una argumentación circular, leyendo (por poner un caso) una imagen de Alberto Durero como síntoma de crisis espiritual y presentando luego la imagen como una prueba de la existencia de la crisis [41].

La cultura material es, por supuesto, el territorio tradicional de los arqueólogos que estudian épocas carentes de documentos escritos. Sin embargo no hay ninguna buena razón para restringir los métodos arqueológicos a la prehistoria y los arqueólogos han comenzado de hecho a estudiar la Edad Media, la primera revolución industrial y, más recientemente, un ámbito temporal más amplio, desde la América colonial hasta la actual sociedad de consumo [42].

Los historiadores comienzan a emularlos, si no excavando el pasado (Versalles y otros edificios importantes de la Edad Moderna no necesitan, por suerte, ser excavados), sí al menos prestando más atención a los objetos físicos. Los debates en torno al nacimiento del individualismo y la privacidad en la Edad Moderna se basan actualmente no sólo en las pruebas suministradas por los diarios sino también en cambios como la aparición de vasos individuales (en lugar de jarras comunes) y sillas (en lugar de bancos) y en el desarrollo de habitaciones especialmente destinadas a dormitorio [43].

En este caso, sin embargo, es difícil no preguntarse si la cultura material no está siendo utilizada como mera confirmación de una hipótesis fundada en primer lugar en pruebas literarias. ¿Puede aspirar a algo más la arqueología del periodo posterior a 1500 (al menos, en Occidente)? El difunto sir Moses Finley insinuó en cierta ocasión que «ciertos tipos de documentación hacen de la arqueología algo más o menos innecesario», arrojando así con una frase la arqueología industrial al cubo de la basura [44]. Su crítica merece una respuesta seria, pero todavía está por hacer una estimación a fondo del valor de las pruebas de la cultura material para la historia posterior a la Edad Media.

[41] C. Ginzburg, «Da Aby Warburg a E. H. Gombrich», *Studi medievali* 8 (1966), págs. 1015-65. Su crítica iba dirigido en particular contra Fritz Saxl. Sobre la iconografía para los historiadores de las mentalidades, ver M. Vovelle (ed.), *Iconographie et histoire des mentalités* (Aix, 1979).

[42] K. Hudson, *The Archaeology of the Consumer Society* (Londres, 1983).

[43] J. Deetz, *In Small Things Forgotten; the Archaeology of Early American Life* (Nueva York, 1977).

[44] M. I. Finley, *The Use and Abuse of History* (Londres, 1975), pág. 101 [hay ed. cast., *Uso y abuso de la historia,* Barcelona, 1984[2]].

Curiosamente, la historia de la cultura material, un campo que en los últimos años ha atraído un notable interés, se basa menos en el estudio de los artefactos mismos que en fuentes literarias. Los historiadores interesados por lo que se ha llamado la vida social de las cosas —o, más exactamente, por la vida social de grupos revelada por su uso de las cosas— confían en gran parte en pruebas como las descripciones de viajeros (que nos dicen mucho sobre la localización y funciones de objetos particulares) o inventarios de bienes, susceptibles de análisis por métodos cuantitativos [45].

La máxima innovación metodológica —y la más controvertida— en la última generación ha sido, seguramente, la aparición y expansión de los métodos cuantitativos, descritos a veces irónicamente como «Cliométrica», es decir, las medidas de la diosa de la historia. Naturalmente, este enfoque tiene una larga existencia entre los historiadores de la economía y los demógrafos históricos. Lo nuevo, entonces y ahora, es su extensión a otros tipos de historia en las décadas de 1960 y 1970. En EE UU, por ejemplo, existe una «nueva historia política» cuyos cultivadores cuentan los votos emitidos en las elecciones o en la actividad parlamentaria [46]. En Francia la «historia serial» (*histoire sérielle*), llamada así porque sus datos se disponen en series cronológicas, se ha extendido gradualmente del estudio de los precios (en la década de 1930) al de la población (en la de 1950) y al denominado «tercer nivel» de la historia, el de las mentalidades religiosas o seculares [47]. Un estudio famoso de la llamada «descristianización» de la Francia moderna deduce el meollo de su demostración del descenso de las cifras de la comunión pascual. Otro, centrado en la Provenza del siglo XVIII, investiga el cambio de actitudes ante la muerte según se revelan en tendencias expresadas en las fórmulas de 30.000 testamentos, observando la disminución de referencias a la «corte celestial», o en los legados para celebrar funerales complicados o misas de difuntos [48].

En los últimos años, las estadísticas, realizadas con ayuda de ordenadores, han penetrado incluso en la ciudadela de la historia rankeana: los archivos. Los American National Archives, por ejemplo, cuentan ahora con un «Departamento de datos de lectura mecánica» y los archiveros comienzan a lamentarse por la conservación y almacenamiento no sólo de manuscritos sino también de cintas perforadas. En consecuencia, los historiadores tienden más y más a considerar los archivos antiguos, como los de la Inquisición, como «bancos de datos» que pueden explotarse mediante métodos cuantitativos [49].

[45] A. Appadurai (ed.), *The Social Life of Things* (Cambridge, 1986).

[46] W. Aydelotte, *Quantification in History* (Reading, Mass., 1971); A. Bogue, *Clio and the Bitch Goddess: Quantification in American Political History* (Beverly Hills, 1983).

[47] P. Chaunu, «Le quantitatif au 3.e niveau» (1973; reimpreso en: *íd. Histoire quantitatif, histoire sérielle* (París, 1978).

[48] G. le Bras, *Études de sociologie religieuse* (2 vols., París 1955-6); M. Vovelle, *Piété baroque et déchristianisation* (París, 1973).

La introducción en el discurso histórico de una gran profusión de estadísticas ha llevado a polarizar a los profesionales en incondicionales y oponentes. Ambas partes han tendido a exagerar la novedad de los problemas planteados por la utilización de cifras. Se pueden falsificar las estadísticas, pero lo mismo ocurre con los textos. Es fácil malinterpretar las estadísticas, pero sucede otro tanto con los textos. Los datos de lectura mecánica no son de utilización grata, pero pasa exactamente lo mismo con muchos manuscritos casi ilegibles o a punto de desintegrarse. Lo que se necesitan son medios para discriminar, para descubrir qué tipos de estadísticas son más de fiar, en qué medida y para qué fines. La noción de serie, fundamental en la historia serial, requiere ser tratada como algo problemático, en especial cuando se estudian cambios a largo plazo. Cuanto más largo sea el periodo, menos probabilidades habrá de que las unidades de las series —testamentos, listas de cumplimiento pascual o cualesquiera otras— sean homogéneas. Ahora bien, si ellas mismas están sometidas a cambio, ¿cómo pueden utilizarse como medida de otros cambios?

En otras palabras, lo que necesitamos es una nueva «diplomática» (como en el caso de las fotografías y demás nuevas fuentes ya analizadas). Este fue el término empleado por Jean Mabillon, el estudioso benedictino, en su guía para la utilización de documentos oficiales en un momento (finales del siglo XVII) en que el recurso a ese tipo de pruebas era novedoso y despertaba las sospechas de historiadores más tradicionales [50]. ¿Quién será el Mabillon de la estadística, la fotografía o la historia oral?

[49] G. Hennigsen, «El "Banco de datos" del Santo Oficio», *Boletín de la Real Academia de Historia* 174 (1977), págs. 547-70.

[50] J. Mabillon, *De re diplomatica* (París, 1681).

Problemas de explicación

Ya hemos insinuado que la expansión del terreno del que se ocupan los historiadores implica repensar la explicación de la historia, pues las tendencias culturales y sociales no pueden analizatse de la misma manera que los acontecimientos políticos y requieren una presentación más estructural. Los historiadores, quieran que no, han de ocuparse en cuestiones que han interesado desde mucho tiempo atrás a sociólogos y otros científicos sociales. ¿Quiénes son los verdaderos agentes de la historia, los individuos o los grupos? ¿Pueden oponerse con éxito a las presiones de las estructuras sociales, políticas o culturales? ¿Son estas estructuras meras trabas de la libertad de acción o permiten a los agentes efectuar un mayor número de elecciones? [51]

En las décadas de 1950 y 1960 los historiadores de la economía y la sociedad se sintieron atraídos por modelos de explicación histórica más o menos deterministas, tanto si daban primacía a los factores económicos, como los marxistas, a la geografía, como Braudel, o a los movimientos demográficos (como en el caso del denominado «modelo malthusiano» de cambio social). Hoy, sin embargo, según sugiere Giovanni Levi en su capítulo dedicado a la microhistoria, los modelos más atrayentes son los que hacen hincapié en la libertad de elección de la gente corriente, sus estrategias, su capacidad para sacar partido a las inconsecuencias e incoherencias de los sistemas sociales y políticos, para descubrir rendijas por donde introducirse o intersticios donde sobrevivir (cfr. págs. 287 ss., *infra*).

La expansión del universo histórico ha tenido así mismo repercusiones en la histotia política, pues los acontecimientos políticos pueden explicarse también de varias maneras. Los historiadores que estudian la Revolución francesa desde abajo, darán probablemente un tipo de explicaciones bastante diferente a las de quienes se centran en los actos e intenciones de los dirigentes. Incluso estos últimos estudiosos divergen a veces de los modelos tradicionales de explicación histórica al apelar a los motivos tanto conscientes como inconscientes de los dirigentes, fundándose en que dichos modelos sobreestiman la importancia de la conciencia y la racionalidad.

[51] C. Lloyd, *Explanation in Social History* (Oxford, 1986) ofrece una visión general. Más accesible a los no filósofos es S. James, *The Content of Social Explanation* (Cambridge, 1984).

Así, por ejemplo, un grupo de los denominados psicohistoriadores, la mayoría de los cuales residen en EE.UU. (donde el psicoanálisis ha impregnado la cultura más profundamente que en cualquier otra parte) han intentado incorporar las intuiciones de Freud a la práctica de la historia. Estas personas van desde el psicoanalista Erik Erikson, que causó sensación en la década de 1950 con su estudio de los problemas de identidad del «joven Lutero», hasta el historiador Peter Gay, quien predica y practica la psicohistoria. Difícilmente sorprenderá descubrir que su manera de abordar la cuestión haya provocado controversia y que se les haya acusado de «empequeñecer la historia», es decir, de reducir las complejidades de un adulto (o de un conflicto entre adultos) a la relación de un niño con sus padres [52].

Para ilustrar las actuales controversias sobre la explicación histórica podría ser útil tomar el ejemplo de Hitler. Los debates anteriores como el mantenido por H. R. Trevor-Roper y A. J. P. Taylor acerca de la importancia relativa de los objetivos de Hitler a largo y corto plazo, daban por supuesta la validez del modelo tradicional de explicación histórica en función de la intención consciente. Sin embargo, en fechas más recientes, el debate se ha ampliado. En primer lugar, unos pocos historiadores, como Robert Waite, han ofrecido interpretaciones de Hitler en función de las intenciones inconscientes e, incluso, de la psicopatología, subrayando su sexualidad anormal, el trauma de la muerte de su madre (después de ser tratada por un médico judío), etc [53].

Otro grupo de historiadores dejan por completo de lado lo que llaman «intencionalismo», en el sentido de tratar el problema de los motivos o tendencias de Hitler como algo relativamente marginal. Según estos «funcionalistas», como se les ha denominado (o «historiadores estructurales», como preferiría describirlos), las explicaciones históricas de la política del Tercer Reich exigen centrarse en las personas que rodearon a Hitler, en la maquinaria del gobierno y de los procesos de toma de decisiones y en el nazismo como movimiento social [54]. Hay también historiadores que combinan los enfoques es-

[52] E. Erikson, *Young Man Luther* (Nueva York, 1958); P. Gay, *Freud for Historians* (Nueva York, 1985); D. Stannard, *Shrinking History* (Nueva York, 1980).

[53] R. G. L. Waite, *The Psychopathic God: Adolf Hitler* (Nueva York, 1977).

[54] Tomo la distinción entre «intencionalistas» y «funcionalistas» de T. Mason, «Intention and Explanation», en: *The Fuhrer State, Myth and Reality*, G. Hirtschfeld y L. Kettenacker (eds.) (Stuttgart, 1981), págs. 23-40. Agradezco a Ian Kershaw por haberme llamado la atención sobre este artículo.

tructurales con los psicohistóricos y se centran en explicar qué había en los nazis para empujarlos hacia Hitler [55].

Lo interesante y, al mismo tiempo, perturbador en el debate en torno a Hitler —como muchos otros debates históricos de los últimos años— es que ya no se atiene a las reglas. Se ha roto el consenso tradicional sobre lo que constituye una buena explicación histórica. ¿Se trata de una fase pasajera, que será reemplazada por una nueva conformidad, o es el carácter que adoptarán en el futuro los debates históricos?

Si se ha de producir un acuerdo de ese tipo, el área de lo que podría llamarse «psicología histórica» (psicología colectiva) llegará a ser de especial importancia al vincular, probablemente, los debates sobre la motivación consciente e inconsciente con los de las explicaciones sobre lo individual y lo colectivo. Resulta estimulante observar un interés progresivo en este terreno. Un puñado de recientes monografías se centra en la historia de la ambición, la cólera, la angustia, el miedo, la culpa, la hipocresía, el amor, el orgullo, la seguridad y otras emociones. A pesar de todo, están lejos de haber sido resueltos los problemas metodológicos que supone perseguir objetos de estudio tan esquivos como éstos [56].

Al intentar evitar el anacronismo psicológico o, en otras palabras, la hipótesis de que las personas del pasado pensaban y sentían lo mismo que nosotros, existe el peligro de caer en el extremo contrario y «desfamiliarizar» el pasado tan completamente que resulte ininteligible. Los historiadores se enfrentan a un dilema. Si explican las diferencias del comportamiento social en diversos periodos mediante discrepancias en las actitudes conscientes o las convenciones sociales, corren el riesgo de la superficialidad. Por otro lado, si explican las diferencias del comportamiento por la diversidad de la estructura profunda del carácter social, corren el riesgo de negar la libertad y la flexibilidad de los agentes individuales en el pasado.

Una posible manera de eludir esta dificultad es utilizar la noción de «hábito» de un determinado grupo social expuesta por el sociólo-

[55] P. Lowenberg, «The Psychohistorical Origins of the Nazi Youth Cohort», *American Historical Review* 76 (1971), págs. 1457-502.

[56] J. Delumeau, *La peur en Occident* (París, 1978) [hay ed. cast., *El miedo en occidente:* siglos XIV-XVIII, Madrid, 1989]; y *Rassurer et protéger* (París, 1989); P. N. y C. Z. Stearns, «Emotionology», *American Historical Review* 90 (1968), págs. 813-36; C. Z. y P. N. Stearns, *Anger* (Chicago, 1968); T. Zeldin, *France 1848-1945* (2 vols., Oxford, 1973-7).

go Pierre Bourdieu. Con el término «hábito» de un grupo social, Bourdieu se refiere a la propensión de sus miembros para seleccionar respuestas de entre un repertorio cultural particular de acuerdo con las demandas de una situación o campo concretos. A diferencia del concepto de «regla», el hábito posee la gran ventaja de permitir a quien lo utiliza reconocer el ámbito de la libertad individual dentro de ciertos límites impuestos por la cultura [57].

No obstante, los problemas subsisten. En mi opinión, los nuevos historiadores —desde Edward Thompson a Roger Chartier— han tenido un amplio éxito en desvelar la inadecuación de las tradicionales explicaciones materialista y determinista de la conducta individual y colectiva a corto plazo y en mostrar que en la vida cotidiana, y también en momenros de crisis, lo que cuenta es la cultura [58]. Por otro lado, no han puesto muy en duda la importancia de los factores materiales, del medio físico y sus recursos, a largo plazo. Todavía parece útil considerar que estos factores materiales determinan lo que se ha de hacer, los problemas a los que los individuos, los grupos y, metafóricamente hablando, las culturas intentan adaptarse o responder.

Problemas de síntesis

Aunque la expansión del universo de los historiadores y el diálogo creciente con otras disciplinas, desde la geografía a la teoría literaria, deberán ser, sin duda, bien recibidos, estos procesos tienen su precio. La disciplina de la historia está ahora más fragmentada que nunca. Los historiadores de la economía son capaces de hablar el lenguaje de los economistas; los historiadores del pensamiento, el de los filósofos, y los historiadores sociales, los dialectos de sociólogos y antropólogos sociales. Pero a estos grupos de historiadores les comienza a resultar cada vez más difícil conversar entre sí. ¿Tendremos que soportar esta situación o existe alguna esperanza de síntesis?

Es imposible ofrecer algo más que una opinión parcial y personal del problema. La mía propia puede resumirse en dos puntos opuestos, más complementarios que contradictorios. En primer lugar, la proliferación de subdisciplinas es virtualmente inevitable. Este movi-

[57] P. Bourdieu, *Outline of a Theory of Practice* (trad. ingl., Cambridge, 1977).

[58] El argumento es insólitamente explícito en G. Sider, *Culture and Class in Anthropology and History* (Cambridge y París, 1986).

miento no se limita a la historia. La profesión histórica ofrece, simplemente, un ejemplo entre muchos de la división creciente del trabajo en nuestra sociedad industrial (o postindustrial) tardía. La proliferación tiene sus ventajas: aumenta el conocimiento humano y fomenta métodos más rigurosos y niveles más profesionales.

Se producen tanto costos como beneficios, pero debemos hacer algo para mantener estos costos intelectuales lo más bajos posible. La incomunicación entre disciplinas o subdisciplinas no es inevitable. En el caso específico de la historia, hay signos estimulantes de acercamiento y hasta de síntesis.

Es cierto que, en el primer arrebato de entusiasmo por la historia estructural, la historia de los acontecimientos estuvo a punto de ser arrojada por la borda. De manera similar, el descubrimiento de la historia social se asoció a veces a un desprecio por la historia política, una inversión del prejuicio de los historiadores políticos tradicionales. Algunos nuevos campos, como el de la historia de las mujeres y de la cultura popular, se trataron en ciertos casos como si fueran independientes de la historia de la cultura erudita y de la historia de los hombres (y hasta opuestos a ellas). La microhistoria y la historia de la vida cotidiana fueron reacciones contra el estudio de las grandes tendencias sociales, de la sociedad sin rostro humano.

Actualmente es posible observar en todos los casos citados una reacción contra esta reacción, una búsqueda del centro. Los historiadores de la cultura popular se interesan más y más por describir y analizar las relaciones cambiantes entre lo alto y lo bajo, «la intersección de la cultura popular con la de las personas instruidas» [59]. Los historiadores de las mujeres han extendido su interés hasta incluir las relaciones entre sexos en general y la construcción histórica tanto de la feminidad como de la masculinidad [60]. La oposición tradicional entre acontecimientos y estructuras está siendo sustituida por una preocupación por sus interrelaciones y algunos historiadores experimentan con formas narrativas de análisis o formas analíticas de narración (ver *infra*, págs. 287 ss.).

Lo más importante de todo ello es, quizá, la eliminación final de la vieja oposición entre historiadores políticos y no políticos. La conocida definición de la historia social dada por G. M. Trevelyan

[59] A. Gurevich, *Medieval Popular Culture*, (trad. ingl., Cambridge, 1988).

[60] Editorial colectivo, «Why Gender and History?», *Gender and History* 1 (1989), págs. 1-6.

«como historia al margen de la políticas» es rechazada en la actualidad casi por todos. En cambio, descubrimos un interés por el componente social en la política y por los elementos políticos en la sociedad. Por un lado, los historiadores políticos no se limitan a la alta política, a los dirigentes, a las elites. Analizan la geografía y la sociología de las elecciones y la «república en la aldea» [61]. Examinan las «culturas políticas», las ideas sobre política que forman parte de la vida cotidiana pero difieren ampliamente de un periodo o región a otra. Por otro lado, sociedad y cultura se consideran ahora terreno de juego de las tomas de decisión y los historiadores debaten «la política de la familia», «la política del lenguaje» o la manera en que el ritual puede expresar poder y hasta, en algún sentido, crearlo [62]. El historiador norteamericano Michael Kammen podría tener razón al proponer que el concepto de «cultura» en su sentido amplio y antropológico, sirva de «posible base» para la «recombinación» de los diversos enfoques de la historia [63].

Todavía estamos lejos de la «historia total» preconizada por Braudel. De hecho, no sería realista creer que este objetivo pueda ser alcanzado alguna vez; pero se han dado algunos pasos más hacia él.

[61] M. Agulhon, *La République au village: les populations du Var, de la Révolution a la 2e République*, Seuil, 1979.

[62] M. Segalen, *Love and Power in the Peasant Family* (trad. ingl, Cambridge, 1983); O. Smith, *The Politics of Language 1791-1815* (Oxford, 1984); D. Cannadine y S. Price (eds.), *Rituals of Royalty* (Cambridge, 1987).

[63] M. Kammen, «Extending the Reach of American Cultural History», *American Studies* 29 (1984), págs. 19-42.

Capítulo 2

HISTORIA DESDE ABAJO

Jim Sharpe

El 18 de junio de 1815 se libró una batalla cerca del pueblo belga de Waterloo. Como sabrá cualquiera que haya estudiado la historia británica, el resultado de esta batalla fue que un ejército aliado a las órdenes del duque de Wellington, con un apoyo tardío aunque decisivo de las fuerzas prusianas dirigidas por Blücher, derrotó al ejército francés mandado por Napoleón Bonaparte, decidiendo así la suerte de Europa. En los días que siguieron a la batalla, uno de quienes contribuyeron a determinar el destino del continente, el soldado raso William Wheeler, del 51 regimiento de infantería británico, escribió varias cartas a su mujer:

> La batalla de tres días ha concluido. Estoy sano y salvo, que ya es bastante. Ahora, y en cualquier oportunidad, pondré por escrito los detalles del gran acontecimiento, es decir, lo que me fue dado observar... La mañana del 18 de junio amaneció sobre nosotros y nos encontró calados de lluvia, entumecidos y tiritando de frío... El año pasado me reñiste muchas veces por fumar en casa, pero debo decirte que, si no hubiera tenido una buena provisión de tabaco esa noche, habría muerto [1].

Wheeler continuaba ofreciendo a su mujer una descripción de la batalla de Waterloo desde una posición peligrosa: la experiencia de

[1] *The Letters of Private Wheeler 1809-1828*, B. H. Liddell Hart (ed.) (Londres, 1951), págs. 168-72.

soportar el fuego de la artillería francesa, la destrucción de un cuerpo de coraceros enemigos por una descarga de su regimiento, el espectáculo de montones de cadáveres de guardas británicos quemados en las ruinas del castillo de Hougoumont, el dinero saqueado al cadáver de un oficial de los húsares franceses, muerto por los disparos de un miembro del destacamento mandado por Wheeler. Los libros de historia nos dicen que Wellington ganó la batalla de Waterloo. En cierto sentido, William Wheeler y miles como él la ganaron igualmente.

Durante las dos décadas pasadas, varios historiadores que trabajaban sobre una gran diversidad de periodos, países y tipos de historia se dieron cuenta de la posibilidad de explorar las nuevas perspectivas del pasado que les ofrecían fuentes como la correspondencia del soldado Wheeler con su esposa y se han sentido atraídos por la idea de indagar la historia desde el punto de vista, por así decirlo, del soldado raso y no del gran comandante en jefe. Del Clasicismo en adelante, la historia se ha contemplado tradicionalmente como un relato de los hechos de las grandes personalidades. En el siglo XIX se desarrolló cierto interés por una historia social y económica de mayor alcance, pero el principal tema de la historia siguió siendo la exposición de la política de las elites. Hubo, por supuesto, cierto número de individuos descontentos con esta situación y ya en 1936 Bertolt Brecht, en su poema «Preguntas de un trabajador que lee», declaraba, probablemente de la manera más directa hasta el día de hoy, la necesidad de una perspectiva distinta de lo que podría calificarse de «historia de las personas principales» [2]. Pero quizá sea justo decir que una afirmación seria de la posibilidad de convertir en realidad esta opción no llegó hasta 1966, cuando Edward Thompson publicó en *The Times Literary Supplement* un artículo sobre «La historia desde abajo» [3]. A partir de ese momento el concepto de historia desde abajo se introdujo en la jerga común de los historiadores. En 1985 se publicó un volumen de ensayos titulado *History from Below* [4], mientras que en 1989 una nueva edición de un libro dedicado a la

[2] Bertolt Brecht, *Poems*, John Willet y Ralph Manheim (eds.) (Londres, 1976), págs. 252-3.

[3] E. P. Thompson, «History from Below», *The Times Literary Supplement*, 7 abril 1966, págs. 279-80. Para un análisis del trasfondo de las ideas de Thompson, ver Harvey J. Kaye, *The British Marxist Historians: an Introductory Analysis* (Cambridge, 1984) [hay ed. cast., *Los historiadores marxistas británicos: un análisis introductorio*, Zaragoza, 1989].

[4] *History from Below. Studies in Popular Protest and Popular Ideology*, Frederick Krantz (ed.) (Oxford, 1988). Se trata de la edición inglesa de una colección publicada primeramente en Montreal en 1985.

historiografía de las guerras civiles inglesas y sus consecuencias titulaba un capítulo sobre los últimos trabajos dedicados a los radicales de esa época «Historia desde abajo» [5]. De este modo, en los últimos veinte años, más o menos, se ha encontrado una etiqueta para esta perspectiva del pasado que nos ofrecen las cartas de William Wheeler.

Dicha perspectiva ha resultado de inmediato atrayente para los historiadores ansiosos por ampliar los límites de su disciplina, abrir nuevas áreas de investigación y, sobre todo, explorar las experiencias históricas de las personas cuya existencia tan a menudo se ignora, se da por supuesta o se menciona de pasada en la corriente principal de la historia. Aún hoy, una gran parte de la historia enseñada en Gran Bretaña en cursos preuniversitarios y universidades (y sospecho que también en instituciones similares de otros países) contempla la experiencia de la masa de la población del pasado como algo inaccesible o carente de importancia o no consigue considerarla como un problema histórico o, en el mejor de los casos, ve a la gente corriente como «uno de los problemas que el gobierno ha tenido que afrontar» [6]. En 1965 Edward Thompson planteó vigorosamente el punto de vista opuesto en el prólogo a una de las principales obras de la historia de Inglaterra:

> Intento rescatar a la calcetera pobre, al campesino ludita, al tejedor «anticuado» que trabaja con un telar manual, al artesano «utópico» y hasta a los seguidores burlados de Joanna Southcott del aire de enorme condescendencia con que los contempla la posteridad. Sus oficios y tradiciones pueden haber sido agónicos. Su hostilidad a la nueva industrialización fue, tal vez, retrógrada. Sus ideales comunitaristas fueron quizá pura fantasía; sus conspiraciones sediciosas, posiblemente temerarias. Pero ellos vivieron en esas épocas de extrema inquietud social y nosotros no [7].

Thompson, por tanto, no sólo discernía el problema general de la reconstrucción de la experiencia de un conjunto de personas «corrientes», sino que, además, comprendía la necesidad de intentar entender a esta gente en el pasado, en la medida en que el historiador moderno es capaz de llevar a cabo tal experiencia a la luz de la suya propia y de sus reacciones personales.

[5] R. C. Richardson, *The Debate on the English Revolution Revisited* (Londres, 1988), cap. X, «The Twentieth Century: "History from Below"».
[6] Thompson, «History from Below», pág. 279.
[7] E. P. Thompson, *The Making of the English Working Class* (Londres, 1965), págs. 12-13.

El objeto de este ensayo será explorar, refiriéndome en la medida de lo posible a lo que podría considerarse un conjunto de publicaciones clave, algunas de las posibilidades y problemas inherentes a la escritura de la historia desde abajo. Al hacerlo así deberé tener en cuenta dos temas diferentes, aunque en gran medida inextricables. El primero de ellos es el de introducir al lector en la absoluta diversidad de asuntos expuestos por las obras dedicadas a lo que podría describirse, en términos amplios, como tratamiento de la historia desde abajo. Esta diversidad abarca desde la reconstrucción de las experiencias de los pastores del Pirineo en la Edad Media a las de los ancianos que trabajaron en la industria, cuyos recuerdos constituyen la materia prima de la historia oral. El segundo es el de aislar algunas de las cuestiones referentes a pruebas, conceptos e ideología suscitadas por el estudio de la historia desde abajo. La idea de abordar la historia de este modo resulta muy atrayente, pero, como suele ocurrir, la complejidad de los problemas que implica el estudio del pasado aumenta con más rápidez de lo que podría parecer a primera vista.

La perspectiva de escribir la historia desde abajo, de rescatar las experiencias pasadas de la mayoría del olvido total por parte de los historiadores o de lo que Thompson denominaba «el aire de enorme condescendencia de la posteridad» es, pues, muy atractiva. Pero, como ya he insinuado, el intento de estudiar la historia de esta manera implica ciertas dificultades. La primera se refiere a las pruebas. Basta con leer el estudio de Thompson sobre los años de formación de la clase trabajadora inglesa para darse cuenta de que, al margen de las críticas que se puedan plantear a su interpretación del tema, no hay muchas dudas de que el material en que se basa constituye un cuerpo de fuentes masivamente amplio y rico. Sin embargo, por lo general, cuanto más atrás se remonten los historiadores en la reconstrucción de la experiencia de las clases bajas, tanto más se reducirá el ámbito de las fuentes disponibles. Según veremos, se ha realizado un trabajo excelente con materiales como los que quedan de periodos antiguos, pero el problema es bien real: antes de los últimos años del siglo XVIII escasean los diarios, memorias y manifiestos políticos a partir de los cuales poder reconstruir las vidas y aspiraciones de las clases bajas, con la excepción de unos pocos periodos (como las décadas de 1649 y 1650 en Inglaterra). En segundo lugar, existen varios

problemas de conceptualización. ¿Dónde se ha de situar, exactamente, ese «abajo» y qué habría que hacer con la historia desde abajo, una vez escrita?

Las complicaciones inherentes a la cuestión de quiénes son aquellos cuya historia se hace desde abajo queda claramente ilustrada en uno de los terrenos de crecimiento de la historia social de los últimos años: el estudio de la cultura popular en la Europa de la Edad Moderna. Por lo que yo sé, aparte de considerarla una especie de categoría residual, ningún historiador ha logrado dar todavía una definición que abarque plenamente lo que era en realidad la cultura popular en ese periodo [8]. La razón fundamental de ello es que «el pueblo», incluso remontándonos al siglo XVI, era algo más bien variado, dividido por la estratificación económica, la cultura de sus ocupaciones y el sexo. Tales consideraciones invalidan cualquier noción simplista de lo que podría querer decir «abajo» en la mayoría de circunstancias históricas [9].

Igual importancia tiene la cuestión relativa al significado o propósitos más generales de un tratamiento de la historia desde abajo. Quizá, la mejor manera de ilustrar estos problemas sea referirse a la obra de los historiadores que escriben desde la tradición marxista o la historia de las clases trabajadoras en Gran Bretaña. Como es obvio, la contribución de los historiadores marxistas ha sido enorme, tanto aquí como en otros países: de hecho, cierto filósofo marxista ha afirmado que cuantos escriben historia desde abajo lo hacen a la sombra de las ideas marxistas de la historia [10]. Aunque tal pretensión pueda parecer un tanto exagerada, debemos reconocer la deuda de los historiadores sociales con las ideas de Marx y los historiadores marxistas y, desde luego, no tengo la intención de unirme a la tendencia actualmente en boga de execrar una de las tradiciones intelectuales más ricas del mundo. No obstante, podría parecer que, antes de que otros autores que escribían desde rradiciones diferentes sugirieran la amplitud de temas que podría estudiar el historiador social, los historiadores marxistas habían tendido a restringir el estudio de la historia desde abajo a los episodios y movimientos en los que las masas emprendían una actividad política abierta o se comprometían en terrenos de desarrollo económico muy conocidos. Aunque habría de ir más allá de estas limitaciones, el punto de partida del ensayo publicado por Thompson en 1966 fue en gran medida éste mismo. El trasfondo histórico de esta corriente de pensamiento ha sido descrita más recientemente por Eric Hobsbawm. Hobsbawm mantenía que la posibilidad de lo que él denomina «historia de la gente corriente» no era una auténtica evidencia antes de 1789, poco más o menos. «La historia de la gente corriente en cuanto terreno específico de estudio», escribía, «comienza con la de los movimientos de masas en el siglo XVIII... Para el marxista, o más en general, para el socialista, el interés por la historia de la gente corriente se desarrolló al crecer el movimiento de los trabajadores». Según continuaba señalando, esta tendencia «impuso unas anteojeras bastante eficaces a los historiadores socialistas» [11].

A algo parecido a esas anteojeras aludía un libro publicado en 1957, que muy bien podría haberse subtitulado «la irrupción de la clase obrera inglesa»: la obra *The Uses of Literacy*, de Richard Hoggart. Al analizar las distintas maneras de abordar el estudio de la clase trabajadora, Hoggart aconsejaba cautela a los lectores de la historia de los movimientos de la clase obrera. La impresión que gran parte de estas obras históricas dejaban en Hoggart, como en muchas otras personas, era «que sus autores exageran el lugar de la actividad política en la vida de los trabajadores y no siempre tienen una idea adecuada de lo que es corriente en esas vidas» [12]. En 1966 Thompson observaba un cambio de rumbo en los antiguos intereses de los historiadores del mundo obrero por las instituciones trabajadoras y los dirigentes e ideología autorizados, aunque también advertía que este proceso tendía a privar de una parte de su coherencia a la historia de los trabaja-

[8] Ver, por ejemplo, las consideraciones de Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe* (Londres, 1978), págs. 23-64 [hay ed. cast., *La cultura popular en la Europa moderna*, Alianza Editorial, Madrid, 1991]; y Barry Reay, «Introduction: Popular Culture in Early Modern England», en *Popular Culture in Seventeenth Century England*, B. Reay (ed.) (Londres, 1985).

[9] Una manera de acometer el problema es examinar la experiencia de distintos sectores de las clases bajas, a veces mediante el estudio de casos aislados. Dos obras que recurren a este planteamiento y constituyen importantes contribuciones a la historia desde abajo, son: Natalie Zemon Davis, *Society and Culture in Early Modern France* (Londres, 1975) y David Sabean, *Power in the Blood: Popular Culture and Village Discourse in Early Modern Germany* (Cambridge, 1984).

[10] Alex Callinicos, *The Revolutionary ideas of Karl Marx* (Londres, 1983), pág. 89. Por otra parte, habría que señalar que no hay razón para que un enfoque marxista no genere una «historia desde arriba» auténticamente eficaz; ver los comentarios de Perry Anderson, *Lineages of the Absolutist State* (Londres, 1979), pág. 11 [hay ed. cast., *El estado absolutista*, Madrid, 1989[6]].

[11] E. J. Hobsbawm, «History from Below-Some Reflections», en *History from Below*, ed. Krantz, pág. 15.

[12] Richard Hoggart, *The Uses of Literacy: Aspects of Working-Class Life with special Reference to Publications and Entertainments* (Harmondsworth, 1958), pág. 15.

dores [13]. Al escribir a la luz de la posterior expansión de la historia del mundo obrero, Hobsbawm pudo hacer comentarios más centrados sobre este punto. El problema (según daba a entender Hoggart) era que los historiadores del movimiento obrero, marxistas o no, habían estudiado «no cualquier tipo de personas corrientes, sino aquellas que podrían considerarse antepasados de dicho movimiento: no los trabajadores en cuanto tales, sino más bien, los cartistas, los sindicalistas o los militantes obreros». La historia del movimiento obrero y otros procesos institucionalizados, declaraba, no debería «sustituir a la historia de la gente corriente» [14].

Otra limitación que la tendencia principal de la historia del mundo obrero impone a la historia desde abajo es la de restringirla a una época. Los lectores del primer ensayo de Thompson y de la última aportación de Hobsbawm podrían quedarse fácilmente con la impresión de que (a pesar de las intenciones de ambos autores) la historia desde abajo sólo puede escribirse para periodos posteriores a la Revolución francesa. Hobsbawm, según hemos señalado, pensaba que el desarrollo de los movimientos de masas a finales del siglo XVIII fue lo primero que puso sobre aviso a los estudiosos acerca de la posibilidad de escribir historia desde abajo y afirmó a continuación que «la Revolución francesa, especialmente desde que el jacobinismo fuera revitalizado por el socialismo y la Ilustración por el marxismo, fue el banco de pruebas de este tipo de historia». Al preguntarse un poco más adelante «por qué han surgido modernamente tantas obras de historia sobre gente corriente a partir del estudio de la Revolución francesa», Hobsbawm citaba la acción de masas del pueblo y los archivos creados por una «vasta y laboriosa burocracia» que documentaron las acciones de la gente corriente y posteriormente se dedicaron a clasificar y archivar sus informes «en provecho del historiador». Esta documentación resultó ser un rico filón para posteriores investigaciones y fue también, según señalaba Hobsbawm, «agradablemente legible, a diferencia de los garrapateados manuscritos de los siglos XVI o XVII» [15].

[13] Thompson, «History from Below», pág. 280.
[14] Hobsbawm, «Some Reflections», pág. 15.
[15] *Ibíd.*, pág. 16. A pesar del escepticismo perceptible en torno a la singularidad de la contribución de los historiadores de la Revolución francesa, está claro que las obras basadas en este periodo han intervenido de manera sustancial en la creación del canon de la historia desde abajo, desde estudios tan pioneros como el de Georges Lefebvre, *Les Paysans du Nord* (París, 1924) y *Le grande peur de 1798; les foules révolutionnaires* Armand Colin, 1988) [hay ed. cast., *El gran pánico de 1789. La Revolución francesa y los campesinos*, Barcelona, 1986], hasta la obra más reciente de Richard Cobb.

Sin embargo, la historia desde abajo no tiene como tema la historia política moderna más conocida tratada por historiadores incapaces de afrontar los retos de la paleografía. De hecho, aunque el concepto de historia desde abajo fue desarrollado fundamentalmente por historiadores marxistas ingleses que escribían dentro de los límites cronológicos tradicionales de la historia del movimiento obrero británico, el libro que ha recurrido a esta perspectiva del pasado y ha producido, quizá, el impacto más amplio fue escrito por un estudioso francés y tiene como tema una comunidad rural pirenaica en la Edad Media. La obra *Montaillou*, de Emmanuel Le Roy Ladurie, publicada por primera vez en Francia en 1975, disfrutó de mayor atención, mejor venta y un número de lectores más amplio que la mayoría de obras de historia medieval [16]. Como es natural, se ganó algunas críticas de la comunidad erudita y la metodología y tratamiento de las fuentes de Le Roy Ladurie han suscitado ciertos interrogantes [17]. Los historiadores que trabajan desde abajo deben, por supuesto, ser tan rigurosos en sus materias como cualquier otro, pero *Montaillou* surge como algo parecido a un hito en la historiografía escrita desde esta perspectiva. Como señalaba su autor, «aunque existen extensos estudios históricos sobre comunidades campesinas, se dispone de muy poco material que pueda considerarse testimonio directo de los campesinos mismos» [18]. Le Roy Ladurie resolvió este problema basando su libro en las actas inquisitoriales levantadas por Jacques Fournier, obispo de Poitiers, durante su investigación de un caso de herejía entre 1318 y 1325. A pesar de los inconvenientes, *Montaillou* demostró no sólo que la historia desde abajo podía resultar atractiva para los lectores en general, sino también que ciertos tipos de actas oficiales podían utilizarse para explorar el mundo intelectual y material de generaciones pasadas.

De hecho, los historiadores económicos y sociales se han ido acostumbrando progresivamente a servirse de tipos de documenta-

[16] Publicado en castellano como *Montaillou, aldea occitana de 1294 a 1324* (Madrid, 1981).
[17] Ver, por ejemplo, L. E. Boyle, «Montaillou Revisited»: *Mentalité* and Metodology», en: *Pathways to Medieval Peasants*, J. A. Raftis (ed.), (Toronto, 1981), y R. Rosaldo, «From the Door of his Tent: the Fieldworker and the Inquisitor», en: *Writing Culture: the Poetics and Polities of Ethnography*, J. Clifford y G. Marcus (ed.) (Berkeley, 1986).
[18] Le Roy Ladurie, *Montaillou*, pág. vi.

ción cuya verdadera utilidad como prueba histórica reside en el hecho de que sus compiladores no las registraban para la posteridad de forma deliberada y consciente. Imaginamos que muchos de estos compiladores se habrían sentido sorprendidos y, quizá, inquietos ante el uso dado por los historiadores recientes a casos judiciales, registros parroquiales, testamentos y compraventas de fincas rústicas registradas por ellos. Esta clase de pruebas puede ser un medio apropiado para indagar acciones e ideas explícitas o suposiciones implícitas y para suministrar un fondo cuantitativo a las experiencias del pasado. Según señalaba Edward Thompson:

> Se gravaba con impuestos a la población, y quienes se apropian de las listas de impuestos por fuegos no son los historiadores de la tributación sino los de la demografía. Se imponían diezmos a las personas, y los registros son utilizados como prueba por los historiadores de la demografía. Las personas eran aparceros consuetudinarios o enfitéuticos: sus arriendos se inscribían y presentaban en los registros del tribunal señorial; a estas fuentes fundamentales se dirigen los historiadores una y otra vez, buscando no sólo nuevas pruebas sino un diálogo en el que plantean preguntas nuevas [19].

Según sugiere esta cita, los materiales son muy variados. En ocasiones, como sucede con las fuentes en que se ha basado *Montaillou*, permiten al historiador acercarse a las palabras del pueblo casi tanto como una grabación magnetofónica de un historiador oral. La historia oral ha sido muy utilizada por los historiadores que intentan examinar la experiencia de la gente común, si bien, por supuesto, no existe un motivo evidente para que el historiador oral no registre los recuerdos de duquesas, millonarios y obispos, tanto como las de mineros y obreros industriales [20]. Con todo, el historiador oral se encuentra con problemas obvios al tratar con personas que o bien murieron antes de recogerse sus palabras o cuya memoria no se ha transmitido a sus sucesores, y el tipo de testimonio directo que le es posible obtener no está al alcance de los historiadores de periodos

[19] E. P. Thompson, *The Poverty of Theory and Other Essays* (Londres, 1978), págs. 219-20 [hay ed. cast., *Miseria de la teoría*, Barcelona, 1981]. Para un análisis más amplio de los tipos de registros en que podría basarse la historia desde abajo para Inglaterra, ver Alan Macfarlane, Sarah Harrison y Charles Jardine, *Reconstructing Historical Communities* (Cambridge, 1977).

[20] La lectura de las continuas informaciones suministradas por la obra en desarrollo contenida en *Oral History: the Journal of the Oral History Society*, aparecida desde 1972, permite hacerse idea del tipo de áreas temáticas cubiertas por los historiadores orales.

más antiguos. Pero, en cambio, según he indicado, hay fuentes que permiten a los historiadores de esos periodos aproximarse a las experiencias de las clases inferiores.

Le Roy Ladurie se sirvió de una de ellas: las actas de Jacques Fourier. Otra obra que muestra cómo puede utilizarse este tipo de registros legales para un tipo de historia desde abajo bastante distinta apareció en 1976, al publicarse la obra de Carlo Ginzburg *Le fromagie i vermi* [21]. El objetivo de Ginzburg no era reconstruir la mentalidad y forma de vida de una comunidad rural, sino indagar el mundo intelectual y espiritual de un individuo, un molinero llamado Domenico Scandella (apodado Menocchio), nacido el 1532 y que vivió en Friul, en el nordeste italiano. Menocchio se indispuso con la Inquisición (fue finalmente ejecutado, probablemente el 1600) y la voluminosa documentación que trata de su caso permitió a Ginzburg reconstruir gran parte de su sistema de creencias. El libro mismo es una obra notable y el prólogo de Ginzburg ofrece un provechoso análisis de los problemas conceptuales y metodológicos planteados por la reconstrucción de la cultura de las clases inferiores en el mundo preindustrial. En concreto, insistía en que «el hecho de que una fuente no sea "objetiva" (puestos a ello, tampoco lo es un inventario) no significa que sea inútil... En resumen: se puede dar buen uso incluso a una documentación escasa, dispersa y oscura» [22], y en que el estudio de los individuos con tal profundidad es tan valioso como los tratamientos globales más conocidos de la historia social. El problema sigue siendo, por supuesto, el de la tipicidad de dichos individuos, si bien, tratados de manera apropiada, esta clase de estudios de casos puede resultar inmensamente ilustrativa.

Sin embargo, en sus esfuerzos por estudiar la historia desde abajo, los historiadores se han servido de otros tipos de documentación oficial o semioficial distintos de una fuente única y rica. Un ejemplo de ello nos lo proporciona Barbara A. Hanawalt, que ha hecho un uso amplio de una de las grandes fuentes relegadas al olvido en la historia social de Inglaterra: las encuestas judiciales de muertes vio-

[21] Hay ed. cast., *El queso y los gusanos*, Barcelona, 1981. Otra obra de Ginzburg: *The Night battles: Witchcraft and Agrarian Cults in the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (Londres, 1983; edición italiana, 1966), muestra también cómo se han de utilizar las actas inquisitoriales para arrojar luz sobre las creencias populares.

[22] Ginzburg, *El queso y los gusanos*.

lentas o sospechosas (*coroner's inquests*) para reconstruir la vida familiar campesina [23]. Hanawalt mantiene que estos registros están libres de la tendenciosidad que se da en las actas de los tribunales reales, eclesiásticos o señoriales y destaca el hecho de que (volviendo a un tema anterior) los detalles de la vida material y actividades familiares registradas en ellas son accesorios para el propósito principal de las mismas actas y, por tanto, no es probable que se falseen. Como suele ocurrir cuaudo se manejan registros oficiales, su mayor utilidad se manifiesta cuando se emplean para fines en los que jamás soñaron sus compiladores. Hanawalt utilizó las encuestas judiciales para trazar un cuadro del entorno material, la economía doméstica, las etapas del ciclo vital, las pautas de educación infantil y otros aspectos de la vida cotidiana del campesinado medieval. En cierto sentido, su trabajo demuestra una estrategia diversa de la seguida por Le Roy Ladurie y Ginzburg: pasar por el cedazo un amplio cuerpo documental, más que construir un estudio de caso basado en una fuente excepcionalmente rica. El resultado final demuestra cómo es posible utilizar otro tipo distinto de documentación oficial para construir la historia desde abajo.

Esta expansión del ámbito cronológico de la historia desde abajo y el movimiento hacia una ampliación del alcance de los intereses históricos más allá de las acciones y movimientos políticos de las masas ha llevado a buscar modelos diferentes de los suministrados por el marxismo tradicional o el viejo estilo de la historia del trabajo. La necesidad de mantener un diálogo con los estudiosos marxistas es esencial, pero sigue estando claro que la aplicación de un concepto marxista tan básico incluso como el de clase es de problemática aplicación al mundo preindustrial, ya que se hace difícil imaginar una orientación netamente marxista en un proceso por difamación en el Yorkshire del siglo XVI o en una cencerrada en el Wiltshire del siglo XVII. Por desgracia, la búsqueda de un modelo diferente (aunque es cierto que apenas se ha iniciado) ha conseguido por el momento un éxito muy escaso. Muchos historiadores, en especial en la Europa

[23] Barbara A. Hanawalt, *The Ties that Bound: Peasant Families in Medieval England* (Nueva York y Oxford, 1986). Una exposición más breve de los objetivos de Hanawalt, en su artículo «Seeking the Flesh and Blood of Manorial Families», *Journal of Medieval History* 14 (1988), págs. 33-45.

continental, se han inspirado en la escuela francesa de los *Annales* [24]. No hay duda de que muchas de las diversas obras de escritores que trabajan en la tradición de los *Annales* no sólo han ahondado nuestro conocimiento del pasado sino que nos han proporcionado además inmensas perspectivas metodológicas tendentes a mostrar hasta qué punto se puede hacer un uso innovador de las formas de documentación conocidas y cómo es posible formular nuevas cuestiones acerca del pasado. Por otra parte, la forma en que los analistas han clarificado el concepto de *mentalité* ha resultado de un valor inestimable para los historiadores que han intentado reconstruir el mundo intelectual de las clases inferiores. Por mi parte, sin embargo, creo poder afirmar que la máxima contribución del enfoque de los *Annales* ha consistido en mostrar cómo construir el contexto en el que puede escribirse la historia desde abajo. Así, por ejemplo, el conocimiento de la tendencia de los precios del grano en una sociedad dada en un determinado período ayuda a suministrar el trasfondo fundamental para entender la experiencia de los pobres; sin embargo, no puede reducirse todo a este tipo de pruebas cuantificadas.

Otros han buscado modelos en la sociología y la antropología. También aquí, en manos hábiles y sensibles, los beneficios han sido grandes, si bien incluso en tales manos no han desaparecido ciertos problemas, mientras que, tocados por otras, se han producido algunos desastres. Podría aducirse que la sociología es de gran importancia para los historiadores de la sociedad industrial, en tanto que algunas de sus hipótesis no siempre han resultado demasiado directamente aplicables al tipo de microestudio preferido por quienes practican la historia desde abajo [25]. La antropología ha atraído a un grupo de historiadores que trabajan en temas medievales y de la Edad Moderna, si bien los resultados no han estado tampoco aquí exentos de problemas [26]. Algunas de las cuestiones han quedado ilustradas en la obra

[24] La mejor introducción a la obra de esta escuela es Traian Stoinavitch, *French Historical Method: the Annales Paradigm* (Ithaca y Londres, 1976).

[25] Reflexiones de carácter general sobre las relaciones entre las dos disciplinas, en Peter Burke, *Sociology and History* (Londres, 1980) [hay ed. cast., *Sociología e historia*, Alianza Editorial, Madrid, 1987] y Philip Abrams, *Historical Sociology* (Shepton Mallet, 1982).

[26] Dos exposiciones clásicas sobre la importancia de los posibles lazos entre historia y antropología: E. E. Evans-Pritschard, *Anthropology and History* (Manchester, 1961), y Keith Thomas, «History and Anthropology», *Past and Present* 24 (1963), págs. 3-24. Para una opinión más reticente, ver E. P. Thompson, «Anthropology and the Discipline of Historical Context», *Midland History* 3, nº 1 (primavera 1972), págs. 41-52.

de Alan Macfarlane sobre las acusaciones de brujería en Essex en la época de los Tudor y los Estuardo [27]. Macfarlane emprendió la tarea de escribir lo que podría definirse como una histotia de la brujería desde abajo. Anteriormente Hugh Trevor-Roper había acometido la interpretación de esta materia desde las personas encumbradas; en su estudio de la brujería en la Europa moderna, este autor declaraba su falta de interés por la «mera fe en las brujas: esa credulidad elemental pueblerina que los antropólogos descubren en todo tiempo y lugar» [28]. Macfarlan, en cambio, se sumergió en la «mera fe en las brujas» y publicó un libro que ha constituido un avance decisivo para nuestra comprensión del tema. Uno de los elementos más llamativos de su proyecto fue la aplicación de estudios antropológicos al material histórico. El resultado fue una profundización de nuestra visión de la función de la brujería en la sociedad rural y de cómo las acusaciones de brujería tenían su origen casi siempre en un conjunto de tensiones interpersonales perfectamente perfiladas. Sin embargo, el enfoque antropológico no ayudó mucho a los lectores a entender aquellos aspectos más amplios de la cuestión que se salían del ámbito de la comunidad rural: el por qué en 1563 se aprobó en el parlamento un estatuto que permitía perseguir la brujería maléfica y por qué en 1736 se sancionó otra legislación que hacía imposible la persecución legal de la misma. El tratamiento microhistórico propiciado por los modelos antropológicos puede oscurecer fácilmente el problema más general de la situación del poder en la sociedad en conjunto y la naturaleza de su actuación.

En el fondo de nuestro análisis acecha una cuestión fundamental: ¿es la historia desde abajo un *enfoque* de la historia o es un *tipo* diferenciado de historia? El asunto puede explicarse desde ambas direcciones. En cuanto enfoque, la historia desde abajo cumple, probablemente, dos importantes funciones. La primera es la de servir de correctivo a la historia de las personas relevantes, mostrar que la batalla de Waterloo comprometió tanto al soldado Wheeler como al duque de Wellington, o que en el desarrollo económico de Gran

[27] Alan Macfarlane, *Witchcraft in Tudor and Stuart England: a Regional and Comparative Study* (Londres, 1970). La obra de Macfarlane se deberá leer a una con la de Keith Thomas, *Religion and the Decline of Magic: Studies in Popular Beliefs in Sixteenth and Seventeenth-Century England* (Londres, 1971), obra de más alcance que toma un buen número de ideas de la antropología.

[28] H. R. Trevor-Roper, *The European Witch-Craze of the Sixteenth and Seventeenth Centuries* (Harmondsworth, 1967), pág. 9.

Bretaña, que en 1815 se hallaba en pleno apogeo, intervino lo que Thompson ha llamado «la pobre y sangrante infantería de la Revolución industrial, sin cuyo esfuerzo y capacidad no habría pasado de ser una hipótesis no comprobada» [29]. La segunda es que, al ofrecer este enfoque diverso, la historia desde abajo abre al entendimiento histórico la posibilidad de una síntesis más rica, de una fusión de la historia de la experiencia cotidiana del pueblo con los temas de los tipos de historia más tradicionales. Por otra parte, podría defenderse que los temas de la historia desde abajo, los problemas de su documentación y, posiblemente, la orientación política de muchos de quienes la practican, hacen de ella un tipo de historia diferente. En cierto sentido es difícil, por supuesto, trazar una división neta entre un tipo de historia y la manera de abordar la disciplina en general: la historia económica, la historia intelectual, la historia política, la historia militar, etc., son mínimamente eficaces cuando se confinan en cajas herméticamente selladas. Cualquier tipo de historia se beneficia de la amplitud de pensamiento del historiador que la escribe.

Parecería, pues, que la historia desde abajo alcanza su mayor efectividad cuando se sitúa en un contexto. De ese modo, en el primer número de una publicación dedicada en gran parte a este tipo de historia, el editorial colectivo de *History Workshop Journal* declaraba: «Nuestro socialismo determina nuestro interés por la gente corriente del pasado, sus vidas, su trabajo, su pensamiento y su individualidad, así como por las circunstancias y causas formadoras de su experiencia de clase», y continuaba diciendo: «igualmente, determina la atención que prestaremos al capitalismo» [30]. Según nos recuerdan esos sentimientos, el término «historia desde abajo» implica de hecho que hay por encima algo a lo que referirse. Esta hipótesis supone, a su vez, que, precisamente al tener en cuenta aspectos explícitamente políticos de su experiencia pasada, la historia de «la gente corriente» no puede divorciarse de la consideración más amplia de la estructura y el poder social. Esta conclusión nos lleva, por su parte, al problema de cómo se ha de encajar la historia desde abajo en las concepciones más amplias de la historia. Ignorar este punto al tratar la historia desde abajo o cualquier otro tipo de historia social equivale a correr el riesgo de una intensa fragmentación de la historiografía e incluso,

[29] Thompson, «History from Below», pág. 280.

[30] «Editorial», *History Workshop*, (1971), pág. 3.

quizá, de cierto tipo de anticuarismo de última hora. Los peligros fueron claramente expuestos por Tony Judt en 1979. No hace falta compartir por entero la postura de Judt para congeniar con su preocupación por «la ausencia de una ideología política en la mayor parte de la historia social moderna, como tampoco se dio en la sociología de la que deriva... la historia social, según he insinuado antes, se ha transformado en una especie de antropología cultural retrospectiva» [31].

El tipo de historia desde abajo plantea otra cuestión: la de ampliar la audiencia del historiador profesional, la de permitir acceder a la historia a un grupo de nivel profesional más extenso que el compuesto por los colegas del mundo académico y sus estudiantes. En su artículo de 1966 Thompson señalaba que Tawney y otros historiadores de su generación mantenían «una relación participativa desacostumbradamente amplia con una audiencia situada fuera del bosque de Academo» y lamentaba, como es lógico, que los historiadores más recientes no se encontraran en semejante situación [32]. Esta cuestión ha sido planteada recientemente por David Cannadine, que trabaja desde una posición ideológica bastante distinta de la de Thompson. Al observar la expansión masiva de la historia como disciplina universitaria en la Gran Bretaña de postguerra, Cannadine comentaba que

> gran parte de esta versión nueva y profesional de la historia británica fue completamente ajena a un amplio público profano en la materia, cuando en otras épocas la satisfacción de su curiosidad por el pasado nacional había sido la función primordial de la historia. Un resultado paradójico de este periodo de expansión sin precedentes fue que un número cada vez mayor de historiadores académicos escribieron historias más y más académicas leídas en realidad por un grupo de personas progresivamente menor [33].

Uno de los principales objetivos de quienes escriben historia desde abajo, sobre todo los que trabajan desde una posición historiográfica de carácter socialista u obrerista, fue intentar remediar esta situación ampliando su público y, si era posible, proporcionando una versión popular de esa nueva síntesis de nuestra historia nacional cuya desaparición lamentaba Cannadine. Hasta el momento, sus esfuerzos han tenido éxito y la historia de los grandes personajes parece ser lo que más agrada al público. El mismo Hobsbawm confesaba su perplejidad ante el gran número de lectores de biografías de personalidades políticas dirigentes [34].

Aun así, la idea de extender el acceso al conocimiento de nuestro pasado a través de la historia desde abajo sigue resultando atrayente. No obstante, persiste el peligro de caer en algo parecido a la fragmentación del conocimiento histórico y la despolitización de la historia que tanto criticó Judt. El interés popular por la historia desde abajo, como sabrá cualquiera que haya tenido que responder a preguntas sobre estos temas en las asambleas de la Historical Association, queda restringida a menudo a lo que podría calificarse de una visión de «señores y criados» de la sociedad del pasado y el problema se agudiza por ciertas características de lo que en la actualidad nos hemos acostumbrado a describir como historia pública. Ese punto de vista es consciente de que las personas actuaban en el pasado de forma distinta (y, por tanto, algo estrambótica) y que la mayoría de ellas padecía penurias materiales y soportaba condiciones de escasez, lo que nos permite comparar lo ingrato del pasado con nuestras condiciones actuales de mayor comodidad. Pero escasean los intentos de llevar las cosas más allá o abordar los problemas históricos en un plano muy superior al de la anécdota o la experiencia local aislada. Incluso quienes poseen una visión más evolucionada del pasado del pueblo no se han librado de las acusaciones de anticuarismo que los historiadores académicos lanzan con tanta complacencia contra sus hermanos conceptual o ideológicamente peor pertrechados. Así, Roderick Floud, al criticar la postura de un grupo con ideas muy definidas sobre la importancia de la historia del pueblo, podía afirmar que «a veces, en efecto, el estilo del History Workshop ha bordeado el anticuarismo de izquierdas, la recogida y publicación de episodios efímeros de la vida de la clase trabajadora» [35]. Aunque no sea posible

[31] Toby Judt, «A Clown in Regal Purple: Social History and the Historian», *History Workshop*, (1979), pág. 87.

[32] Thompson, «History from Below», pág. 279.

[33] David Cannadine, «British History: Past, Present-and Future», *Past and Present* 116 (1987), pág. 177. El escrito de Cannadine provocó unos «Comments» de P. R. Coss, William Lamont y Neil Evans, *Past and Present* 119 (1988), págs. 171-203. Las opiniones de Lamont, sobre todo las expresadas en las páginas 186-93, implican una nueva manera de abordar la historia nacional mediante la historia desde abajo, mientras que Evans, pág. 197, afirma explícitamente que «la historia británica... necesita moldearse desde abajo y llegar a la comprensión del Estado».

[34] Hobsbawm, «Some Reflections», pág. 13.

[35] Roderick Floud, «Quantitative History and People's History», *History Workshop* 17 (1984), pág. 116.

congeniar con la dirección general del alegato de Floud, no es posible dudar de que ha planteado un problema auténtico.

Una respuesta posible a estas críticas es, por supuesto, que mientras cierto «anticuarismo de izquierdas» no haya permitido constituir un conjunto sólido de materiales importantes, incluso mediante la recogida y publicación de episodios efímeros, no se pueden abrigar demasiadas esperanzas en el desarrollo de una síntesis madura o una visión más amplia y razonable. Otra respuesta, quizá más válida, podría ser que los estudios de casos aislados u otros similares pueden conducir, al contextualizarlos, a algo más significativo que el anticuarismo. En circunstancias apropiadas (el ejemplo del estudio de Carlo Ginzburg sobre Domenico Scandella parece suministrar un buen ejemplo), el escritor de la historia desde abajo puede beneficiarse en gran medida de la utilización de lo que los antropólogos calificarían de descripción densa [36]. Los historiadores sociales conocerán, sin duda, el problema intelectual planteado por tales técnicas: cómo situar un acontecimiento social en su circunstancia cultural plena de modo que pueda describirse en un plano más bien analítico que meramente descriptivo. Pero, como es obvio, este proceso puede invertirse y, una vez lograda una comprensión de la sociedad de la que se trate, el acontecimiento social o individual aislado (por ejemplo, un molinero friulano concreto pero bien documentado) puede servir para proporcionar un sendero que lleve a una comprensión más profunda de esa sociedad. El historiador no necesita asumir el concepto semiótico de cultura defendido por antropólogos como Clifford Geertz para apreciar la utilidad potencial de esta técnica. Por otra parte, el problema básico abordado por Geertz, el de cómo entender a personas culturalmente diferentes de nosotros y cómo traducir una realidad social a composiciones académicas en forma de libros, artículos o clases, resulta, sin duda, familiar a quien estudia la historia desde abajo.

Esperemos que las páginas anteriores hayan convencido, por lo menos, al lector de que el proyecto de escribir historia desde abajo ha demostrado ser insólitamente fructífero. Ha atraído la atención de historiadores que trabajan en diversas sociedades del pasado, geográficamente variadas y situadas, además, en un ámbito cronológico que

[36] Ver Clifford Geertz, *The Interpretation of Cultures* (Nueva York, 1973), cap. I, «Thick Description: Toward an Interpretative Theory of Culture» [hay ed. cast., *Interpretación de las culturas,* Barcelona, 1988].

va desde el siglo XIII al XX. Estos historiadores proceden de diferentes países, tradiciones intelectuales y posiciones ideológicas. Al escribir la historia desde abajo, dichos historiadores han buscado ayuda en formas tan variadas como la cuantificación asistida por ordenador y la teoría antropológica y sus hallazgos han aparecido en formas tan diferentes como el artículo técnico académico y el *bestseller.* Ha llegado el momento de sacar algunas conclusiones generales sobre los trabajos llevados a cabo en este fructífero y embrollado rincón de la viña de Clío.

Está claro, al menos, que cierto número de historiadores han conseguido superar los considerables obstáculos que obstaculizan la práctica de la historia desde abajo. Más en concreto, algunos estudiosos han reconocido la necesidad de dar un salto conceptual a fin de ampliar su comprensión de las clases inferiores en sociedades del pasado y han logrado a continuación realizar con éxito esa hazaña de gimnasia intelectual. Edward Thompson, Carlo Ginzburg, Emmanuel Le Roy Ladurie y otros, arrancando de diferentes puntos de partida y apuntando a objetivos históricos diversos, han sido capaces de demostrar cómo la imaginación puede colaborar con la práctica académica en ampliar nuestra visión del pasado. Por otra parte, la obra de estos y otros historiadores ha mostrado que la imaginación histórica puede aplicarse no sólo a la formación de nuevas concepciones de los temas de la historia sino, también, a plantear preguntas nuevas a los documentos y realizar con ellos cosas diferentes. Hace dos o tres décadas muchos historiadores habrían negado, por razones evidentes, la posibilidad de escribir historia seriamente sobre ciertos asuntos que ahora resultan familiares: el crimen, la cultura popular, la religión popular, la familia campesina. Desde los medievalistas, que intentan reconstruir la vida de las comunidades rurales, hasta los historiadores orales, que registran y describen la vida de generaciones pasadas del siglo XX, los historiadores que trabajan desde abajo han mostrado cómo la utilización imaginativa del material de la fuentes puede iluminar muchas zonas de la historia que, de lo contrario, podrían haberse visto condenadas a permanecer en la oscuridad.

Sin embargo, el significado de la historia desde abajo es de una profundidad mayor que la de proporcionar simplemente a los historiadores una oportunidad de mostrar su capacidad imaginativa e innovadora. Ofrece también el medio de restituir a ciertos grupos sociales una historia que podría haberse dado por perdida o de cuya

existencia no eran conscientes. Según hemos observado, la localización inicial de la historia desde abajo en la historia de la Revolución francesa o del movimiento obrero británico causa aquí algunos problemas, pero todavía sigue siendo cierto que los trabajos dedicados al estudio de las masas en el siglo XVIII o a la clase trabajadora del XIX constituye algunos de los ejemplos más vigorosos de cómo puede desvelarse la historia inesperada de sectores enteros de la población. Los propósitos de la historia son variados, pero uno de ellos consiste en proporcionar a quienes la escriben o leen un sentimiento de identidad, una idea de procedencia. En el nivel superior nos encontraríamos con el papel representado por la historia en la formación de una identidad nacional, al ser parte de la cultura de la nación. La historia desde abajo puede desempeñar una función importante en este proceso recordándonos que nuestra identidad no ha sido formada simplemente por monarcas, primeros ministros y generales. Este aspecto tiene implicaciones ulteriores. En un libro dedicado a la historia de un grupo que, innegablemente, estaba «abajo» (los esclavos negros de los Estados Unidos en el periodo anterior a la guerra civil), Eugene D. Genovese señalaba que su principal objetivo era indagar «la cuestión de la nacionalidad —de la "identidad"— [que] ha acompañado a la historia afroamericana desde sus inicios coloniales» [37]. Una vez más, como sucedió, por ejemplo, con la obra de Thompson sobre la clase trabajadora inglesa, es fundamental la utilización de la historia para ayudar a la propia identificación. Pero debería advertirse que el libro de Genovese lleva como subtítulo «El mundo que hicieron los esclavos». Para Genovese, los seres humanos objeto de su estudio, aunque eran sin duda socialmente inferiores, fueron capaces de constituir un mundo por sí mismos: de ese modo fueron *actores* históricos, *crearon* historia, y no un mero «problema» que contribuyó a que políticos y soldados blancos se vieran envueltos en una guerra civil y que los políticos blancos acabarían por «resolver». La mayoría de quienes han escrito historia desde abajo aceptarían, en términos generales, la idea de que uno de los resultados de haber abordado las cuestiones de ese modo ha sido demostrar que los miembros de las clases inferiores fueron agentes cuyas acciones afectaron al mundo (a veces limitado) en que vivieron. Volvemos a la afirmación de Edward

[37] Eugene D. Genovese, *Roll, Jordan, Roll: the World the Slaves Made* (Londres, 1975), pág. XV.

Thompson, para quien la gente corriente no era «uno de los problemas que el gobierno ha tenido que afrontar».

Pero, lamentablemente, hemos de admitir que, aunque esta concepción nos ha acompañado durante dos decenios, la historia desde abajo ha tenido hasta el momento comparativamente pocas repercusiones en la corriente principal de la historia o en la modificación de las perspectivas de los historiadores que se dejan llevar por dicha corriente. Contemplando el problema en uno de sus niveles básicos observamos que los manuales introductorios a la historia tienen poco que decir sobre el tema. La mayoría de los estudiantes que desean descubrir qué es la historia o cómo se ha de hacer se dirigen aún, o son dirigidos, a una obra que ha quedado ya bastante anticuada, el libro de E. H. Carr *What is History?* Allí encontrarán una visión más bien limitada de lo que debería ser la respuesta a esta intrigante cuestión. Más en concreto, descubrirán que Carr no tuvo el aliento imaginativo de otros historiadores posteriores, por lo que respecta al objeto de la historia, establecido por Braudel y otros escritores de la primera tradición de los *Annales* ya antes de que Carr escribiera su libro. Así, su afirmación de que «el vadeo por César de esa insignificante corriente del Rubicón es un hecho histórico, mientras que el paso del mismo río por millones de personas antes o después no interesa a nadie en absoluto» hace pensar que para él no ha existido la historia del transporte, las migraciones y la movilidad geográfica. De manera similar, sus problemas para aceptar como hecho histórico la muerte a patadas de un vendedor de pan de jengibre en Staylbridge Wakes en 1850 (sospecho que el vendedor en cuestión debió de haber tenido una visión del asunto más ajustada) demuestra que no ha considerado la historia del crimen como asunto digno de tratamiento [38]. Si se llega a escribir la obra que sustituya a la de Carr como texto básico de introducción a la historia, es evidente que su autor deberá adoptar una perspectiva más vasta del pasado, a la luz de la historia desde abajo y del mayor desarrollo de la historia social en los últimos tiempos.

Nuestra observación final habrá de ser, por tanto, que, por valiosa que pueda ser la historia desde abajo para ayudar a determinar la identidad de las clases inferiores, debería salir del gueto (o de la aldea rural, la calle de clase trabajadora, el tugurio o el bloque de vi-

[38] E. H. Carr, *What is History?* (Harmondsworth, 1961), págs. 11, 12.

viendas) y ser utilizada para criticar, redefinir y robustecer la corriente principal de la historia. Quienes escriben historia desde abajo no sólo nos han brindado un conjunto de obras que nos permite conocer más del pasado, sino que han dejado claro que en ese mismo lugar hay muchas más cosas que podrían llegarse a conocer y que gran parte de sus secretos está agazapada en pruebas aún no exploradas. Así, la historia desde abajo conserva su aura de subversión. Existe un peligro lejano de que, como sucedió con la escuela de los *Annales*, llegue a convertirse en una nueva ortodoxia, pero, de momento, todavía es capaz de hacerle un corte de mangas a la corriente principal. Habrá, sin duda, historiadores, tanto académicos como populares, que se las ingeniarán para escribir libros que nieguen explícita o implícitamente la posibilidad de una re-creación histórica significativa de las vidas de las masas, pero sus razones para ello serán cada vez más endebles. La historia desde abajo nos ayuda a quienes no hemos nacido con una cuchara de plata en la boca a convencernos de que tenemos un pasado, de que venimos de alguna parte. Pero, con el correr de los años, tendrá también un papel importante en la corrección y expansión de esa historia política principal que sigue siendo el canon aceptado en los estudios históricos en Gran Bretaña.

Capítulo 3

HISTORIA DE LAS MUJERES

Joan Scott *

> La posible historia de los estudios femeninos forma también parte del movimiento; no se trata de un metalenguaje y actuará como una tendencia conservadora o subversiva... no existe una interpretación neutra de la historia de los estudios de la mujer. La historia intervendrá aquí de manera configuradora [1].
>
> JACQUES DERRIDA, 1984

La historia de las mujeres ha surgido como terreno definible, principalmente en las dos últimas décadas. A pesar de las enormes diferencias en los recursos invertidos en ella, en su representación institucional y su posición en el currículum, en el rango otorgado por universidades y asociaciones disciplinarias, parece indiscutible que la historia de las mujeres es una práctica asentada en muchas partes del mundo. Mientras los EE UU podrían ser un caso singular, por el grado en que la historia de las mujeres ha alcanzado una presencia visible e influyente en el ámbito académico, hay también una evidencia clara —en artículos y libros, en la identificación con esta línea por parte de historiadoras que pueden encontrarse en conferencias internacionales y en la red informal que transmite las noticias del mundo

* Quisiera agradecer a Clifford Geertz por haber sido el primero en plantear algunas de las cuestiones que me llevaron a formular el presente artículo y por sus clarificadores comentarios a una primera versión del mismo. Donald Scott me ayudó a articular muchos puntos fundamentales y Elizabeth Weed me propuso inestimables sugerencias críticas. Agradezco así mismo los comentarios y consejos de Judith Butler, Laura Engelstein, Susan Harding, Ruth Leys y Mary Louise Roberts. Las críticas de Hilda Romer, Tania Urum y Karin Widerberg me plantearon retos difíciles que han mejorado y robustecido la argumentación. Les estoy muy agradecida por ellos.

[1] «Women in the Beehive: A seminar with Jacques Derrida», transcripción del Pembroke Center for Teaching and Research Seminar with Derrida, en *Subjects/Objects* (primavera 1984), pág. 17.

universitario— de la participación internacional en el movimiento de la historia de las mujeres.

Empleo el término «movimiento» de manera deliberada para distinguir el fenómeno actual de otros intentos anteriores de escribir sobre mujeres del pasado realizados por algunas personas de manera dispersa, para insinuar algo de la cualidad dinámica propia de los intercambios entre historiadoras de las mujeres en el plano internacional e interdisciplinario y para evocar asociaciones con lo político.

La vinculación entre historia de las mujeres y política es a la vez evidente y compleja. En una de las explicaciones convencionales sobre los orígenes de este campo, la política feminista aparece como el punto de arranque. Estas versiones sitúan el origen de dicho campo en la década de 1960, cuando las activistas feministas solicitaron una historia que proporcionara heroínas, pruebas de la actividad de las mujeres, explicaciones de la opresión y móviles para la acción. Según se dice, las feministas del mundo académico respondieron a la demanda de «historia femenina» dirigiendo sus conocimientos especializados hacia un programa de actividades más político; en los primeros tiempos hubo un nexo directo entre política y actividad académica. Posteriormente —en algún momento a mediados de los últimos años de la década de los setenta, continúa dicha explicación— la historia de las mujeres se alejó de la política. Amplió su campo de interrogantes documentando todos los aspectos de la vida de las mujeres en el pasado y adquirió así un impulso propio. La acumulación de monografías y artículos, la formación de debates internacionales y constantes diálogos interpretativos y la aparición de autoridades académicas reconocidas fueron los hitos familiares de un nuevo campo de estudio, legitimado, al parecer, en parte por su mismo distanciamiento de la lucha política. Finalmente (continúa la crónica), la vuelta al género femenino en la década de 1980 supuso una ruptura definitiva con la política, dando así a este campo la posibilidad de centrarse en sí mismo, pues el género es aparentemente un término neutro, desprovisto de propósitos ideológicos inmediatos. La creación de la historia de las mujeres como materia académica implica, según esta explicación, una evolución desde el feminismo a las mujeres, al género; es decir, de la política a la historia especializada, al análisis.

Indudablemente, esta exposición tiene variantes importantes, dependiendo de quién sea el narrador. En algunas versiones, la evolución se considera favorable, como si se hubiera rescatado la historia de una política de intereses estrechos, centrada con demasiada exclusividad en las mujeres, o de ciertos supuestos filosóficos ingenuos. En otras, la interpretación es desfavorable y la «retirada» al ámbito académico (por no hablar del género y de la teoría) se ve como signo de despolitización. «¿Qué le ocurre al feminismo cuando muere el movimiento de las mujeres?», se preguntaba recientemente Elaine Showalter. «Que se transforma en estudio de las mujeres: ni más ni menos que otra disciplina académica.» [2] Sin embargo, a pesar de las diferentes valoraciones, la crónica en sí es compartida por muchas feministas y críticos suyos, como si ésa fuera, sin discusión, la manera en que sucedieron las cosas.

Me gustaría aducir que la exposición requiere cierta reflexión crítica pues no sólo es demasiado simple sino que, además, es una equivocada presentación de la historia de la historia de las mujeres y de sus relaciones tanto con la política como con disciplina de la historia. La historia de este campo exige una exposición que no sea simplemente lineal sino más compleja, que tenga en cuenta la posición cambiante de la historia de las mujeres pero también del movimiento feminista y, así mismo, de la disciplina de la historia. Aunque la historia de las mujeres está asociada, sin duda, a la aparición del feminismo, éste no ha desaparecido ni del mundo académico ni de la sociedad en general, aunque hayan cambiado las circunstancias de su organización y existencia. Muchas de quienes emplean el término «género» se califican, de hecho, a sí mismas de historiadoras feministas. No se trata sólo de una lealtad política, sino de una perspectiva teórica que les lleva a ver el género como una mejor manera de conceptualizar la política. Muchas de quienes escriben historia de las mujeres se consideran implicadas en un esfuerzo, en gran medida político, dirigido a desafiar a las autoridades imperantes en la profesión y en la universidad y a cambiar la manera de escribir la historia. Y gran parte de la actual historia de las mujeres, aunque opere con conceptos de género, se dirige hacia las preocupaciones contemporáneas de la política feminista (entre ellas, en los EE UU de hoy en día, la seguridad social, el cuidado de los niños y el derecho al aborto). En efecto, hay tantos motivos para mantener que la evolución de la

[2] Citado en Karen Winkler, «Women's Studies After Two Decades: Debates over Politics, New Directions for Research», *The Chronicle of Higher Education*, septiembre 28 de 1988, pág. A6.

historia de las mujeres está intensamente relacionada con «la fuerza y legitimación crecientes del feminismo en cuanto movimiento político» [3] como para insistir en el distanciamiento cada vez mayor entre trabajo académico y política. Pero considerar la historia de las mujeres como un mero reflejo del desarrollo de la política feminista en la esfera extraacadémica es errar los tiros. Más que postular una simple correlación, necesitamos pensar en este campo como estudio dinámico de la política de la producción de conocimiento.

La palabra «política» se emplea actualmente en varios sentidos. En primer lugar, en su definición más típica, puede significar la actividad llevada a cabo por los gobiernos u otras autoridades con poder o en el seno de los mismos. Dicha actividad implica una invocación a la identidad colectiva, organización de los recursos, cálculo estratégico y maniobras tácticas. En segundo lugar, el término «política» se utiliza también en referencia a las relaciones de poder más en general y a las estrategias propuestas para mantenerlo o disputarlo [4]. En tercer lugar, la palabra «política» se aplica, aún con mayor amplitud, a ciertas prácticas que reproducen o critican lo que a veces se tacha de «ideología», aquellos sistemas de creencias o prácticas que determinan identidades individuales o colectivas que forman las relaciones entre individuos y colectividades y su mundo y que se consideran naturales, normativas o evidentes de por sí [5]. Estas definiciones corresponden a distintos tipos de acción y diferentes ámbitos de actividad, pero la utilización que yo hago de la palabra «política» para caracterizarlas a todas ellas sugiere una difuminación de las fronteras definitorias y espaciales y que cualquier empleo del término tendrá, sin remedio, múltiples resonancias. La historia de la historia de las mujeres que quisiera exponer depende de esas resonancias múltiples; es siempre una historia de la política.

[3] Nancy Fraser y Linda Nicholson, «Social Criticism Without Philosophy», manuscrito no publicado, 1987, pág. 29.

[4] «Política en sentido profundo, como el conjunto de relaciones humanas en su estructura real y social, en su capacidad para construir el mundo.» Roland Barthes, *Mythologies* (París, 1957), pág. 230. Ver también Michel Foucault, *Histoire de la sexualité 1. la volonté de savoir*, Gallimard, 1976 [hay ed. cast., *Historia de la sexualidad 1. La voluntad de saber*, Madrid, 1989[6]].

[5] Gayatri Chakravorty Spivak, «The Politics of Interpretation», en: W. J. T. Mitchell, *The Politics of Interpretation*, Chicago, 1983, págs. 347-66; Mary Poovey, *Uneven Developments: The Ideological Work of Gender in mid-Victorian England*, (Chicago, 1988). Ver también «ideology» en el glosario de Louis Althusser y Étienne Balibar, *Reading Capital*, (trad. Ingl. Londres, 1979), pág. 314.

«Profesionalismo» frente a «política»

El feminismo ha sido en las últimas décadas un movimiento internacional, pero posee características especiales regionales y nacionales. Me parece útil centrarme en los detalles del caso que mejor conozco —los Estados Unidos— para hacer algunas observaciones generales.

En los EE UU el feminismo reapareció en la década de 1960, estimulado en parte por el movimiento en favor de los Derechos Civiles y por la política del gobierno, interesado en otorgar poder a las mujeres en la sociedad en vistas a la expansión económica prevista, incluyendo a las profesionales del mundo académico. Esto hizo que su interés y justificación asumieran la forma de la retórica de igualdad, entonces predominante. En este proceso, el feminismo dio por supuesta y creó una identidad colectiva en las mujeres, personas femeninas que compartían un interés en poner fin a su subordinación, eclipse e impotencia, generando igualdad y adquiriendo el control de sus cuerpos y vidas.

En 1961, a demanda de Esther Peterson, directora del Women's Bureau del Departamento de Trabajo, el presidente Kennedy instituyó una Comisión para la Situación de las Mujeres. Su informe, presentado en 1963, documentaba el hecho de que a las mujeres americanas se les negaba la igualdad de derechos y oportunidades y recomendó la creación de cincuenta comisiones estatales. En 1964, al establecerse bajo la ley de Derechos Civiles la Comisión para la Igualdad de Oportunidades en el Empleo (EEOC), la discriminación por razones de sexo cayó bajo su jurisdicción (añadida por un legislador hostil en vistas a desacreditar el título VII de la ley). En 1966, algunos delegados a la tercera asamblea de la Conferencia Nacional de las Comisiones del Estado sobre la Situación de las Mujeres, rechazaron con su voto en contra una resolución que urgía a la EEOC a aplicar la prohibición contra la discriminación por razones de sexo con la misma seriedad con que lo hacía contra la discriminación racial. Las mujeres que habían presentado la enmienda derrotada se reunieron a continuación para tomar decisiones sobre la siguiente acción y formaron la Organización Nacional de Mujeres [6]. Más o me-

[6] Jo Freeman, «Women on the Move: Roots of Revolt», en: Alice S. Rossi y Ann Calderwood (eds.), *Academic Women on the Move* (Nueva York, 1973), págs. 1-37. Ver también los ensayos de Alice Rossi y Kay Klotzburger en ese mismo volumen.

nos por aquellas fechas, algunas mujeres jóvenes de Estudiantes para una Sociedad Democrática y el Movimiento por los Derechos Civiles comenzaron a dar expresión a sus quejas, solicitando el reconocimiento de las mujeres como participantes activos (e iguales) en los movimientos políticos que propugnaban un cambio social [7]. En el terreno de la política tradicional, las mujeres se han convertido en un grupo identificable (por primera vez desde el movimiento sufragista, a finales del siglo pasado).

También durante la década de 1960, las universidades y fundaciones comenzaron a animar a las mujeres a que se doctoraran en letras ofreciéndoles puestos de profesoras en los *colleges* y mucho apoyo verbal. «Es evidente», comentaba cierto autor, «que las mujeres constituyen una fuente importante y no alumbrada todavía para colegios y universidades que buscan huenos profesores e investigadores» [8]. Mientras autores tan diversos como presidentes de *colleges* y feministas del mundo académico reconocían la existencia de «prejuicios contra las mujeres entre las profesiones intelectuales», tendían a estar de acuerdo en que los obstáculos se eliminarían si las mujeres realizaran estudios superiores [9]. Es interesante advertir (a la luz de los posteriores debates teóricos) que de este modo se aceptaba la intervención de las mujeres. Se les pedía que, en cuanto agentes racionales y libres en su elección, ocuparan profesiones de las que anteriormente se las había excluido o en las que estaban infrautilizadas.

En el espacio abierto por el reclutamiento femenino apareció pronto el feminismo solicitando más recursos para las mujeres y denunciando la persistencia de desigualdades. Las feministas del mundo académico mantenían que los prejuicios contra las mujeres no habían desaparecido, aun cuando estuvieran en posesión de títulos académicos o profesionales, y se organizaron para pedir toda una serie de derechos que su titulación les permitía en principio reivindicar. En las asociaciones de disciplinas académicas, las mujeres formaron grupos para imponer el cumplimiento de sus demandas. (Entre éstas se hallaba una mayor representación en asociaciones y asambleas profesorales, una atención a las diferencias de salario entre hombres y mujeres y el fin de la discriminación en los contratos temporales y fijos y en el acceso a la promoción.) La nueva identidad colectiva de las mujeres en el mundo académico postulaba una experiencia compartida de discriminación basada en la diferencia sexual y suponía que las historiadoras, en cuanto grupo, tenían necesidades e intereses particulares que no podían englobarse en la categoría general de los historiadores. Al sugerir que las historiadoras etan diferentes de los bistoriadores y que el sexo influía en sus oportunidades profesionales, las feministas criticaban los términos unitarios y universales que habitualmente designaban a los profesionales y fueron acusadas de haber «politizado» organizaciones anteriormente apolíticas.

En 1969, en una atmósfera tensa y tempestuosa, el recién formado Comité de Coordinación de Mujeres Profesionales de la Historia ofreció un conjunto de resoluciones destinadas a mejorar la situación de las mujeres en la reunión de asuntos a tratar de la Asociación Histórica Americana (AHA). Estas reuniones, dedicadas habitualmente a debatir la política estatutaria y organizativa —los asuntos (pero no la política) de la asociación— solían ser un modelo de camaradería y buenas formas. Las desavenencias, cuando se producían, eran atribuibles a diferencias de opinión, gusto o, incluso, convicciones políticas individuales, a prioridades institucionales o regionales, pero ninguna de ellas era fundamental ni constituía la plataforma de un «interés» identificable en pugna con el conjunto. Las mujeres, por su tono, su sensación de estar asediadas y su pretensión de representar una entidad colectiva cuyos derechos se negaban sistemáticamente, dieron al traste con los procedimientos y se opusieron a que se diera por descontado que «todo seguiría como siempre». De hecho, lanzaron la acusación de que ese seguir como siempre era de por sí una forma de política, pues ignoraba y, por tanto, perpetuaba, la exclusión sistemática (por razones de sexo y raza) de profesionales cualificadas. El ataque a las trincheras del poder tuvo, por lo menos, dos resultados: logró arrancar concesiones a la AHA en forma de un comité *ad hoc* que examinara las cuestiones suscitadas (comité que emitió un informe en 1970), donde se reconocía el rango inferior de las mujeres y se recomendaba cierto número de medidas correctoras, entre ellas la creación de una comisión permanente sobre las mujeres) y tachó de no profesional la tutela ejercida sobre las mujeres.

---

7 Sara Evans, *Personal Politics* (Nueva York, 1979).

8 Cita de Barnaby Keeney, presidente de la Brown University, *Pembroke Alumnae* 27:4 (octubre 1962), pág. 1.

9 Keeney, *ibíd.*, págs. 8-9; Jessie Bernard, *Academic Women* (Cleveland, 1966); Lucille Addison Pollard, *Women on College and University Faculties: A Historical Survey and a Study of their present Academic Status* (Nueva York, 1977). Ver en particular, pág. 296.

La oposición entre «profesionalismo» y «política» no es natural, sino que forma parte de la definición que una profesión se da a sí misma como práctica adiestrada y fundada en la posesión compartida de conocimientos extensos adquiridos mediante educación. En la definición de una profesión hay dos aspectos distintos pero habitualmente inseparables. Uno implica la naturaleza del conocimiento generado; en este caso, lo que se considera historia. El otro, las funciones de control del acceso, que establecen e imponen las pautas mantenidas por los miembros de la profesión, en este caso, los historiadores. Para los historiadores profesionales del siglo XX, la historia es ese conocimiento del pasado al que se ha llegado a través de una investigación desinteresada e imparcial (el interés y la parcialidad son la antítesis de la profesionalidad) y que está universalmente al alcance de cualquiera que haya dominado los procedimientos científicos requeridos [10]. Por tanto, el acceso se funda en la competencia, en la posesión de lo que se supone ser evidente para quienes ya son profesionales y que sólo ellos pueden juzgar. La competencia no puede ser cuestión de estrategia o poder, sino sólo de educación y entrenamiento. La calidad de miembro de la profesión histórica confiere responsabilidad a los individuos, que se convierten en guardianes de ese conocimiento que constituye su territorio peculiar. La custodia y la competencia son, pues, la base de la autonomía y del poder de determinar qué se considera conocimiento y quién lo posee.

Y sin embargo, las profesiones y las organizaciones profesionales están, por supuesto, estructuradas jerárquicamente; las actitudes y normas contribuyen a aceptar a unos y excluir a otros como miembros del grupo. El «dominio de la materia» y la «competencia» pueden ser tanto juicios explícitos de capacidad *como* excusas implícitas de la parcialidad; de hecho, los juicios sobre la capacidad están imbricados a menudo con valoraciones de la identidad social del individuo que nada tienen que ver con la competencia profesional [11]. La manera de separar ambos juicios, si es que en realidad pueden separarse, es una cuestión no sólo estratégica sino epistemológica. La oposición entre «política» y «profesionalismo» ha contribuido a enturbiar la cuestión epistemológica.

[10] Peter Nobick, *That Noble Dream: The «Objectivity Question» and the American Historial Profession* (Nueva York, 1988).

[11] Sobre la cuestión del acceso, ver Mary G. Dietz, «Context is All: Feminism and Theories of Citienship»; Jill K. Conway, «Politics, Pedagogy, and Gender», y Joan W. Scott, «History and Difference»; todos ellos en *Daedalus* (otoño 1987), págs. 1-24, 137-52, 93-118, respectivamente.

Mujeres, negros, judíos, católicos y «personas no distinguidas» tuvieron durante años una escasa representación en la AHA [12]. Esta situación se señalaba y criticaba periódicamente y algunos historiadores hicieron esfuerzos concertados para corregir la discriminación, pero los términos y el estilo de la protesta eran diferentes de los utilizados a partir de 1969. En épocas anteriores, los historiadores críticos, renunciando a asistir a una reunión celebrada en algún hotel selecto o insistiendo en que las mujeres debían ser incluidas en los encuentros profesionales, sostenían que la discriminación basada en la raza, la religión, la etnia o el sexo impedían el reconocimiento de historiadores particulares, por lo demás muy cualificados. Al aceptar la concepción de lo que debía ser una profesión, mantenían que la política no tenía cabida en ella; su actividad, según su opinión, iba dirigida al cumplimiento de ideales auténticamente profesionales. En cambio, lo que presuponían las protestas de 1969 y posteriores era que las profesiones *son* organizaciones políticas (en los múltiples sentidos de la palabra «política»), por más respetable que fuera el comportamiento de sus miembros, y que sólo la acción colectiva podría cambiar las relaciones de poder imperantes. Durante la década de 1970 las mujeres de la AHA (y de otras asociaciones profesionales) vincularon sus luchas locales por el reconocimiento y la representación a las campañas nacionales de las mujeres, en especial la dirigida a introducir en la Constitución la Enmienda por la Igualdad de Derechos (Equal Rights Amendment), e insistieron en que las asociaciones profesionales adoptaran una postura conjunta sobre estas cuestiones nacionales. Rechazaron la insinuación de que la ERA careciese de importancia para los asuntos de la AHA basándose en que el silencio no significaba neutralidad sino complicidad con la discriminación. En el seno de las organizaciones, ciertas nociones como la de «relevancia académica» y «calidad intelectual» fueron atacadas al igual que muchas tapaderas del trato discriminatorio, que deberían ser sustituidas por medidas cuantitativas de acción eficaz. Las pautas profesionales de imparcialidad y ecuanimidad fueron echadas por tie-

[12] Howard K. Beale, «The Professional Historian: His Theory and His Practice», *Pacific Historical Review* 22 (agosto, 1953), pág. 235.

rra por intereses particularistas, o al menos así se lo pareció a quienes mantenían la opinión normativa.

Sin embargo, otra manera de contemplar el asunto consiste en tratar el reto de las mujeres como una cuestión de redefinición profesional, pues la presencia de mujeres organizadas ponía en tela de juicio la idea de que la profesión de historiador constituía un cuerpo unitario. Al insistir en la existencia de una identidad colectiva de las mujeres historiadoras contrapuesta a la de los hombres (sugiriendo al mismo tiempo que la raza dividía a los historiadores blancos de los negros), las feministas se preguntaban si era posible el reconocimiento imparcial de magisterio, dando por sobreentendido que se trataba de un simple gesto hegemónico de un punto de vista interesado. No rechazaban los criterios profesionales y, de hecho, continuaban defendiendo la necesidad de educación y juicios de calidad (estableciendo, entre otras cosas, concursos para premiar obras destacadas sobre historia de las mujeres). Aunque sin duda se pueden citar pruebas de tendenciosidad ente las historiadoras de la mujer que no caracterizaron al conjunto de ellas, esta actitud no era (ni es) exclusiva de las feministas. E, incluso, las tendenciosas no abogaban por un falseamiento deliherado de los hechos o la supresión de información en favor de la «causa» [13]. La mayoría de las historiadoras de las mujeres no rechazaban los esfuerzos por lograr maestría y conocimientos, razón última de cualquier profesión. De hecho, aceptaban las leyes del mundo académico y procurahan ser reconocidas como intelectuales.

[13] Esta cuestión se ha planteado de muy distintas maneras, últimamente en relación con el caso Sears. En el curso de un juicio contra la cadena comercial Scars Roebuck and Company por discriminación por razoncs de sexo, dos historiadoras de la mujer, Rosalind Rosenberg y Alice Kcssler-Harris, testificaron por cada una de las partes contrarias. El caso fue motivo de una tremenda controversia entre historiadores sobre las implicaciones políticas dc la historia de las mujercs y los compromisos políticos de las historiadoras feministas. Se lanzaron acusaciones de mala fe por ambas partes, pero los cargos más recientes (y los más rencorosos, con mucho), prescntados por Sanford Levinson y Thomas Haskell en defensa de Rosenberg, insisten en que Kessler-Harris distorsionó deliberadamente la historia en interés de la política, mientras que Rosenberg defendió valicntemente la «verdad». La oposición entre «política» y «verdad», «ideología» e «historia» cstructura su ensayo (y le otorga su tono aparentemente objctivo y desapasionado), al tiempo que les permite encubrir todas las dificultades epistemológicas suscitadas por el caso (y a las que aluden cn la nota a pie de página 136). Ver «Academic Freedom and Expert Witnessing: Historians and the Sears Case», *Texas Law Review*, 66:7 (Octubre, 1988), págs. 301-31. Sobre el caso Sears, ver también Ruth Milkman, «Women's History and the Sears Case», *Feminist Studies* 12 (verano 1986), págs. 375-400; y Joan W. Scott, «The Sears Case», en: Scotr, *Gender and the Politics of History* (Nueva York, 1988), págs. 167-177.

Recurrían a las reglas del lenguaje, la exactitud, las pruebas y la investigación que hacen posible la comunicación entre historiadores [14]. Y en este proceso, buscaron y consiguieron un alto nivel como profesionales en el terreno de la historia. No obstante, al mismo tiempo, desafiaron y trastocaron esas reglas criticando la constitución de la disciplina y las condiciones de su producción de conocimiento [15]. Su presencia puso en tela de juicio la naturaleza y efectos de un cuerpo uniforme e inviolable de pautas profesionales y de una figura única (blanco y varón) como representación del historiador.

En efecto, las historiadoras feministas insistían en la inexistencia de oposición entre «profesionalismo» y «política» proponiendo un conjunto de cuestiones profundamente inquietantes respecto a las jerarquías, fundamentos y supuestos que dominaban la tarea del historiador: ¿Quién es dueño de las pautas y definiciones de «profesionalidad» imperantes? ¿Entre quiénes se ha dado el acuerdo que éstas representan? ¿Cómo se llegó a tal acuerdo? ¿Qué otros puntos de vista quedaron excluidos o eliminados? ¿A quién pertenece la perspectiva que determina qué se considera una buena historia o, llegado el caso, simplemente historia?

«Historia» frente a «ideología»

La aparición de la historia de las mujeres como campo de estudio acompañó a las campañas feministas en favor de la mejora de su condición profesional y supuso la ampliación de los límites de la historia. Pero no fue una operación lisa y llana, no se trató simplemente de añadir algo anteriormente olvidado. El proyecto de la historia de las mujeres comporta, en cambio, una ambigüedad perturbadora pues es al mismo tiempo un complemento inofensivo de la historia instituida y una sustitución radical de la misma.

[14] Ellen Somckawa y Elizabeth A. Smith, «Theorizing the Writing of History or, I can't think why it should be so dull, for a great deal of it must be invention», *Journal of Social History* 22:1 (otoño, 1988), págs. 149-61.

[15] Sobre la capacidad de la historia de las mujeres para transformar la historia, ver Ann Gordon, Mari Jo Buhle y Nancy Schrom Dye, «The Problems of Women's History», en: Berenice Carroll (cd.), *Liberating Women's History* (Urbana, 1976); Natalie Zemon Davis, «Women's History in Transition: The European Case», *Feminist Studies* 3 (1976), págs. 83-103; Joan Kelly, *Women, History and Theory* (Chicago, University of Chicago Press, 1984); Carl Degler, «What the Women's Movement has done to American History», *Soundings* 64 (invierno, 1981), pág. 419.

Este doble filo se advierte en muchas de las declaraciones realizadas por quienes abogaban por el nuevo campo a comienzos de la década de 1970, pero nadie lo expresó mejor que Virginia Woolf en 1929. En *Una habitación propia*, Virginia Woolf trató la cuestión de la historia de las mujeres, como lo estaban haciendo muchas de sus contemporáneas en el periodo siguiente a la emancipación femenina en Inglaterra y Estados Unidos [16]. La autora reflexiona sobre las deficiencias de la historia existente, una historia que, según ella, requiere ser escrita de nuevo, pues «a menudo parece algo sesgada en su actual estado, una tanto irreal y desequilibrada», es decir, deficiente, insuficiente, incompleta. Apartándose, en apariencia, de la idea de escribir de nuevo la historia, propone lo que parece una solución distinta: «¿Por qué... no añadir un suplemento a la historia, bautizándola, por supuesto, con un nombre poco llamativo, de modo que las mujeres puedan figurar en ella decorosamente?» Al solicitar Vitginia Woolf un suplemento parece ofrecer una solución de compromiso, pero no es cierto. El delicado sarcasmo de sus comentarios sobre un «nombre poco llamativo» y la necesidad de decoro sugiere un proyecto complicado (lo califica de «ambicioso más allá de mis fuerzas») que, en el momento en que intenta delimitar sus dificultades, evoca sugerencias contradictorias [17]. Las mujeres son añadidas a la historia y, además, dan pie a que sea escrita de nuevo; proporcionan algo adicional y son necesarias para que llegue a su plenitud, son superfluas e indispensables.

El empleo de Virginia Woolf del término suplemento trae a la memoria el análisis de Jacques Derrida, que me ayudará a analizar la relación entre la historia de las mujeres y la historia. En su proyecto de deconstrucción de la metafísica occidental, Derrida ha indicado ciertos «hitos» que repugnan y desorganizan las oposiciones binarias «sin llegar a constituir un tercer término» o resolución dialéctica. Son destructivos por su falta de resolutividad: implican simultáneamente sentidos contradictorios no susceptibles de ser siquiera clasificados por separado. El suplemento es uno de esos elementos «irresolutivos». En español y en inglés significa tanto una adición como una sustitución. Es algo añadido, adicional, superfluo, por encima y más allá de lo que ya está plenamente presente; pero también es un sustitutivo de lo ausente, de lo olvidado, de lo que falta, por lo cual resulta necesaria para llegar a una consumación o integridad. «El suplemento no es ni un más ni un menos, ni un afuera ni el complemento de algo interior, ni accidente ni esencia.» [18] Es (en palabtas de Barbara Johnson) «superfluo y necesario, peligroso y redentor». «En el plano tanto del significante como del significado no es posible delimitar la distinción entre exceso y carencia, compensación y corrupción» [19].

[16] Entre ellas estuvieron Ivy Pinchbeck, *Women Workers and the Industrial Revolution 1750-1850* (Londres, 1930), y Mary Beard, *On Understanding Women* (Nueva York, 1931) y *America Through Women's Eyes* (Nueva York, 1934).

[17] Virginia Woolf, *A Room of One's Own* (Nueva York, 1929), pág. 47 [hay ed. cast., *Una habitación propia*, Barcelona, 1989²].

Quisiera exponer cómo, al pensar en función de la lógica contradictoria del suplemento, podemos analizar la ambigüedad de la historia de las mujeres y su fuerza política potencialmente crítica, una fuerza que desafía y desestabiliza los principios disciplinarios instituidos, pero sin ofrecer una síntesis o una resolución fácil. El malestar que acompaña a esta desestabilización ha provocado no sólo la oposición por parte de los historiadores «tradicionales», sino también que las historiadoras de las mujeres deseen una resolución. Sin embargo, no existe una resolución simple sino sólo la posibilidad de una atención constante a las circunstancias y significados en cuyo seno se formulan estrategias políticas subversivas. Sólo dentro de esta especie de marco analítico podremos entender mejor las disputas por el poder y el conocimiento que caracterizan la aparición del campo al que nos referimos.

La mayor parte de la historia de las mujeres ha buscado de alguna manera incluirlas como objetos de estudio, como sujetos de la historia. Se ha tomado como axioma la idea de que el sujeto humano universal podría incluir a las mujeres, ofreciendo pruebas e interpretaciones sobre las diversas acciones y experiencias de éstas en el pasado. Sin embargo, dado que el sujeto de la moderna historiografía occidental suele encarnarse la mayoría de las veces en un varón blanco, la historia de las mujeres se enfrenta inevitablemente al «dilema de la diferencia» (como lo llama la norteamericana Martha Minow, teórica del derecho) [20]. Este dilema surge por la construcción de diferencias «por medio de la estructura misma de nuestro lenguaje, que

[18] Jacques Derrida, *Positions*, Minuit, 1972 [hay ed. cast., *Posiciones*, Barcelona, 1976]. Ver también Derrida, *De la grammatologie*, Minuit, 1967.

[19] Barbara Johnson, introducción a su traducción de la obra de Derrida *Disseminations* (Chicago, 1981), pág. xiii.

[20] Martha Minow, «The Supreme Court 1986 Term: Foreword: Justice Engendered», *Harvard Law Review* 101, nº 1 (noviembre 1987), págs. 9-95.

inserta... puntos de comparación no expresos en el seno de categorías que ciegan su perspectiva e implican erróneamente una conformidad natural con el mundo» [21]. «Universal» implica comparación con lo específico o lo particular; varón blanco, con otros que no son blancos o varones; hombre, con mujer. Pero estas comparaciones se expresan y entienden así siempre como categorías naturales, entidades aparte y no como términos relacionales. Por tanto, reivindicar la importancia de las mujeres en la historia equivale necesariamente a manifestarse contra las definiciones de la historia y sus agentes establecidas ya como «verdaderas» o, al menos, como reflexiones precisas de lo que sucedió (o de lo que fue importante) en el pasado. Y equivale también a luchar contra normas fijadas por comparaciones nunca manifiestas, por puntos de vista que jamás se han expresado como tales [22].

La historia de las mujeres, que implica realmente una modificación de la historia, indaga la forma en que se ha establecido el significado de este término general. Critica la prioridad relativa concedida a la historia masculina («his-story») frente a la historia femenina («her-story»), exponiendo la jerarquía implícita en muchos relatos históricos. Y, lo que es aún más fundamental, pone en duda tanto la suficiencia de cualquier pretensión de la historia de contar la totalidad de lo sucedido, como la integridad y obviedad del sujeto de la historia: el Hombre universal. Aunque no todas las historiadoras de las mujeres planteen directamente estas cuestiones, están implícitas en su obra: ¿Cuáles son los procesos que han llevado a considerar las acciones de los hombres como norma representativa de la historia humana en general y que las acciones de las mujeres se hayan pasado por alto, se hayan dado por supuestas o se las haya relegado a un terreno menos importante y particularizado? ¿Qué comparaciones no expresas están implícitas en términos como «historia» o «historiador»? ¿De quién son los puntos de vista que sitúan a los hombres como principales agentes históricos? ¿Qué efecto tiene en las prácticas establecidas de la historia considerar los acontecimientos y acciones desde otras posiciones, por ejemplo, las de las mujeres? ¿Cuál es la relación del historiador/a con los temas sobre los que escribe?

Michel de Certeau plantea el problema de la siguiente manera:

[21] *Ibíd.*, pág. 13.

[22] Sobre la cuestión de las representaciones de la historia, ver Gayatri Chakravorty Spivak «Can the Subaltern Speak?», en: Cary Nelson y Lawence Grossberg, *Marxism and the Interpretacion of Culture* (Urbana, 1988), págs. 271-313.

Como es natural, el hecho de que la particolaridad del lugar donde se produce el discurso sea pertinente se advertirá mejor allí donde el discurso historiográfico trata asuntos que cuestionan al sujeto-productor de la historia: la historia de las mujeres, de los negros, de los judíos, de las minorías culturales, etc. En estos terrenos se puede mantener, por supuesto, que la condición personal del autor es una cuestión indiferente (en relación con el objetivo de su obra) o bien que el historiador o la historiadora confiere autoridad o invalidez al discurso (según que él o ella estén o no implicados). Pero, este debate tiene como requisito algo que ha quedado oculto por cierta epistemología: el impacto de las relaciones de sujeto a sujeto (mujeres y hombres, negros y blancos, etc.) sobre el uso de técnicas aparentemente «neutras» y sobre la organización de discursos que son, quizá, igualmente científicos. Por ejemplo: del hecho de la diferenciación de sexos, ¿habría que concluir que una mujer produce una historiografía diferente de la de un hombre? Naturalmente, no responderé a esta pregunta, pero afirmo que el interrogante cuestiona la posición del sujeto y requiere ser tratada de manera distinta a como lo ha hecho la epistemología que ha construido la «verdad» de la obra sobre los cimientos de la no pertinencia de quién sea el hablante [23].

Lo importante de las palabras de De Certau *no* es que sólo las mujeres pueden escribir historia de las mujeres, sino que esta historia abre de golpe todas las cuestiones sobre la competencia en la materia y la objetividad en que se basa la construcción de las normas disciplinarias. La demanda, aparentemente modesta, de suplementar la historia con información sobre las mujeres sugiere no sólo que la historia es incompleta en su estado actual, sino también que el dominio del pasado por los historiadores es necesariamente parcial. Y, lo que es aún más inquietante, deja abierta al examen crítico la naturaleza misma de la historia en cuanto epistemología centrada en un sujeto [24].

La discusión de estas inquietantes cuestiones filosóficas se ha desplazado, en su mayor parte, a otro terreno. Los historiadores llamados «tradicionales» han defendido su poder como guardianes de la disciplina (e, implícitamente, su dominio de la historia) invocando una oposición entre «historia» (conocimiento obtenido mediante una investigación neutral) e «ideología» (conocimiento falseado por consideraciones interesadas). Según su descripción, la «ideología» corrompe por su propia naturaleza y, por tanto, descalifica la labor intelectual. La etiqueta de «ideológico» asocia a las opiniones divergentes

[23] Michel de Certau, «History: Science and Fiction», en: *Heterologies. Discourse on the Other* (Minneapolis, 1986), págs. 217-18.

[24] Mary Hawkesworth, «Knower, Knowing, Known...», *Signs* (primavera 1989), págs. 533-557.

cierta noción de inaceptables y da a las ideas dominantes el rango de ley inatacable o «verdad» [25].

Norman Hampson nunca admitiría que su despectiva caracterización como «historia uterina» de un libro sobre las mujeres francesas del siglo XIX implicara en su caso una oposición a historia fálica; para él el polo opuesto era historia «auténtica». Y el ataque gratuito de Richard Cobb a Simone de Beauvoir en una reseña del mismo libro implicaba que las feministas no podían ser buenas historiadoras. Los diez mandamientos de Lawrence Stone para la historia de las mujeres aceptaban mucho mejor este campo en conjunto, pero insistían en los peligros de «falsear las pruebas» o «apoyar una ideología feminista moderna», como si el significado de prueba fuera unívoco y, por otra parte, no planteara problemas sobre la posición, punto de vista e interpretaciones de los historiadores. Con un rechazo similar de estas cuestiones, Robert Finlay ha acusado a Natalie Davis de pasar por alto la «soberanía de las fuentes» y transgredir «el tribunal de los documentos» con el propósito de fomentar una lectura feminista de la historia de Martin Guerte [26]. Casi no hace falta decir que los intentos de las feministas por exponer el «sesgo masculino» o la «ideología masculinista» inherentes a la historiografía han topado a menudo con la ridiculización o el rechazo por considerarlos expresión de una «ideología» [27].

Las desiguales relaciones de poder dentro de la disciplina hacen peligrosas las acusaciones de «ideología» para quienes buscan una categoría profesional y una legitimidad disciplinaria. Este hecho (y las reglas de la formación disciplinar) disuadieron inicialmente a muchas historiadoras de las mujeres de encarar las implicaciones epistemológicas más radicales de su obra; en vez de ello, insistieron en el papel de la mujer como materia histórica adicional olvidando su desafío a los supuestos metodológicos de la disciplina. (En ese momento procuramos aparecer como ciudadanas observantes de la ley, y no como agentes subversivas.) Así, por ejemplo, al defender la instauración de cursos nuevos sobre la mujer ante un comité de currículum universitario en 1975, mantuve que la historia de las mujeres era un terreno reciente de investigación en cuanto área de estudio o de relaciones internacionales [28]. En cierto modo se trataba de un recurso táctico (una estratagema política) que intentaba separar, en unas circunstancias específicas, los estudios sobre las mujeres de una asociación demasiado estrecha con el movimiento feminista. Y en parte nacía de la creencia en que la acumulación de suficiente información sobre las mujeres en el pasado lograría de manera inevitable su integración en la historia normativa. Este último motivo se vio estimulado por la aparición de la historia social, centrada en las identidades colectivas de una amplia gama de grupos sociales.

La existencia del campo relativamente nuevo de la historia social proporcionaba un vehículo importante a la historia de las mujeres; la asociación de un nuevo tema de estudio a un conjunto de enfoques distinto corroboraba la afirmación de la importancia o, al menos, legitimidad del estudio de las mujeres. Aunque apelaba a ciertos prejuicios disciplinarios sobre el análisis científico desinteresado, pluralizaba, no obstante, los objetos de la investigación histórica, otorgando a grupos como los campesinos, los trabajadores, los maestros y los esclavos el rango de sujetos históricos. En este contexto, las historiadoras de las mujeres pudieron referirse a la realidad de la experiencia vivida por éstas y dar por supuesto su interés e impottancia inherentes. Situaron a las mujeres en las organizaciones políticas y los puestos de trabajo y propusieron nuevos terrenos de acción e instituciones —familias y hogares— como temas dignos de estudio. Una parte de la historia de las mujeres intentó demostrar la similitud de la actividad de mujeres y hombres, otra subrayó la diferencia femenina; ambos planteamientos tomaron a las «mujeres» como una categoría social fija, una entidad aparte, un fenómeno conocido: se trataba de petsonas biológicamente femeninas que ocupaban o abandonaban

[25] «El éxito ideológico se consigue cuando sólo se consideran ideologías las opiniones contrarias; la que prevalezca será la verdad». Martha Minow, «Justice Engendered», *Harvard Law Review* 101 (noviembre, 1987), pág. 67.

[26] Norman Hampson, «The Big Store», *London Review of Books* (21 enero-3 febrero 1982), pág. 18; Richard Cobb, «The Discreet Charm of the Bourgeiosie», *New Yorker Review of Books* (diciembre 17, 1981), pág. 59; Lawrence Stone, «Only Women», *New Yorker Review of Books* (abril 11, 1985), págs. 21-27; Robert Finlay, «The Refasbioning of Martin Guerre», y Natalie Zemon Davis, «On the Lame», ambos en *American Historical Review* 93:3 (junio 1988), págs. 553-71 y 572-603 respectivamente.

[27] «Las dificultades del liberalismo occidental para acabar con las luchas por razones de sexo y raza... muestra algo que las feministas han reconocido muy bien: las reticencias de los individuos liberales -los hombres- ante las insinuaciones de incapacidad, sobre todo cuando tales insinuaciones están expresadas a través del género». Elizabeth Weed, introducción a *Coming to Terms: Feminism, Theory, Politics* (Nueva York, 1988), pág. 6 (de la transcripción mecanográfica).

[28] Testimonio de Joan Scott a la universidad de Carolina del Norte-Chapel Hill Curriculum Comittee, mayo 1975, citado en Pamela Dean, *Women on the Hill: A History of Women at the University of North Carolina* (Chapel Hill, 1987), pág. 23.

distintas situaciones y funciones y cuya experiencia cambiaba, aunque no cambiase su ser esencial —en cuanto mujeres— [29]. Así, las historiadoras sociales (yo entre ellas) documentaron los efectos de la industrialización en las mujeres, un grupo cuya común identidad dábamos por supuesta. (En aquellos tiempos nos preguntábamos bastante menos por la variabilidad histórica de la misma palabra «mujer», cómo había cambiado, como, por ejemplo, en el curso de la industrialización, la designación de «mujeres trabajadoras» en cuanto categoría distinta de «trabajadores» supuso una nueva comprensión de lo que se significaba ser mujer.) [30] Otras se volvieron hacia la cultura de la mujer en cuanto producto tangible de la experiencia social e histórica de las mujeres y tendieron, igualmente, a suponer que la categoría «mujeres» era homogénea [31]. En consecuencia, la categoría «mujeres» adquirió existencia como entidad social, al margen de su relación conceptual e históricamente situada con la categoría «hombres» [32]. La historia de las mujeres dedicó menos tiempo a documen-

---

[29] No pretendo subestimar las diversas formas de abordar la historia de las mujeres y las diferentes posturas interpretativas y teórieas adoptadas. En el seno de la historia de las mujeres hubo/hay considerables divergencias entre feministas marxistas, feministas liberales, las que recurren a las concepciones de divesas escuelas psicoanalíticas, etc. No me interesa aquí dar un repaso a la diversidad sino indicar algo del fondo común existente entre todas ellas —la preocupación por las mujeres en cuanto tema, con la identidad de las mujeres—, así como la relación de todo el campo en conjunto con la disciplina de la historia. En otro lugar he hecho un examen de esa diversidad. Ver Joan Scott, «Women's History: The Modern Period», *Past and Present* 101 (1983), págs. 141-57; y «Gender: A Useful Category of Historieal Analysis», *American Historical Review* 91:5 (diciembre 1986), págs. 1053-75.

[30] Como historias del trabajo de las mujeres, ver Louise A. Tilly y Joan W. Scott, *Women, Work and Family* (Nueva York, 1978; 1987); Aliee Kessler-Harris, *Out to Work: A History of Wage-Earning Women in the United States* (Nueva York, 1982; Thomas Dublin, *Women at Work: The Transformation of Work and Community in Lowell, Massachusetts 1826-60* (Nueva York, 1979); Sally Alexander, «Women's Work in Nineteenth-Century London: A Study of the Years 1829-50», en: Juliet Mitchell y Ann Oakley (eds.), *The Rights and Wrongs of Women* (Londres, 1976); Patricia A. Cooper, *Once a Cigar Maker: Men, Women, and Work Culture in American Cigar Factories 1900-1919* (Urbana, 1987).

[31] Linda Kerber, «Separate Spheres, Female Worlds, Woman's Place: The Rhetorie of Women's History», *Journal of American History* 75:1 (junio 1988, págs. 9-39.

[32] Esto no quiere decir que las historiadoras de la mujer no escriban sobre las mujeres en relación con los hombres —como mujeres, amantes, madres, hijas, obreras, pacientes, etc.—. Pero sí, que han tendido a no tener en cuenta la cuestión conceptual de que la «mujer» no tiene una definición intrínseca, sino únicamente contextual (critieada siempre en su idealización y concreción) y que, además, sólo puede elaborarse por contraste, habitualmente, con los «hombres». Sobre este punto, ver Denise Riley, *«Am I that name?» Feminism and the Category of «women» in History* (Londres y Minneapolis, 1988).

tar la victimización de las mujeres y más a afirmar la distintividad de la «cultura femenina», creando así una tradición histórica a la que las feministas podrían recurrir al buscar ejemplos de la actividad de las mujeres y pruebas de su capacidad para hacer historia [33].

La documentación de la realidad histórica de las mujeres se hizo eco del discurso de identidad colectiva que posibilitó el movimiento de las mujeres en la década de 1970 y contribuyó a él. Este discurso mostró una experiencia femenina compartida que, al tiempo que tenía en cuenta las diferencias sociales, subrayaba el denominador común de la sexualidad y las necesidades e intereses ligados a él. La toma de conciencia supuso descubrir la «verdadera» identidad de las mujeres, desprenderse de anteojeras, conseguir autonomía, individualidad y, por tanto, emancipación. El movimiento de las mujeres entrañaba la existencia de las mujeres como categoría social aparte y definible cuyos miembros sólo necesitaban ser movilizados (más que considerarlos como un conjunto dispar de personas biológicamente similares cuya identidad estaría en trance de ser creada por el movimiento). La historia de las mujeres confirmaba así la realidad de la categoría «mujeres», su existencia anterior al movimiento contemporáneo, sus necesidades, intereses y características intrínsecas, dándole una historia.

La aparición de la historia de las mujeres estaba, pues, imbricada con la de la categoría «mujeres» en cuanto identidad política y ello iba acompañado de un análisis que atribuía la opresión de las mujeres y su falta de visibilidad histórica a un desviación masculina. Al igual que las «mujeres», se consideró a los «hombres» un grupo de interés homogéneo cuya oposición a las demandas de igualdad se atribuían a un deseo premeditado de salvaguardar el poder y los recursos que su dominio les otorgaba. La atención prestada a la diversidad, la clase, la raza y la cultura produjo variaciones sobre el tema del patriarcado pero, no obstante, fijó la oposición hombre/mujer. Se prestó menos atención a los fundamentos conceptuales del «patriarcado», a la manera como la diferencia sexual se introdujo en el conocimiento cultural, que a los efectos de sistemas de dominio masculino sobre las mujeres y a la oposición de las mujeres al mismo. El antagonismo entre hombres y mujeres fue un foco central de la polí-

---

[33] Ver, por ejemplo, el simposio sobre «Cultura de la mujer» y política en: *Feminist Studies* 6 (1980), págs. 26-64.

tica y la historia, cosa que tuvo varios efectos: hizo posible una movilización política influyente y extendida, al tiempo que afirmaba implícitamente la naturaleza esencial de la oposición binaria entre macho y hembra. La ambigüedad de la historia de las mujeres pareció quedar resuelta por su franca oposición entre dos grupos de interés constituidos separadamente y enfrentados.

Paradójicamente, aunque este tipo de conflicto era un anatema para quienes concebían las profesiones como comunidades unificadas, resultó aceptable como caracterización de la historia. (Ello ocurrió, al menos en parte, porque el campo mismo estaba en proceso de cambio, sus enfoques modificaban el rumbo y las ortodoxias imperantes eran criticadas y relegadas.) De hecho, podría decirse que la historia de las mujeres logró cierta legitimidad como tarea histórica al afirmar la naturaleza diversa, la experiencia aparte de las mujeres, o lo que es lo mismo, cuando consolidó la identidad colectiva de las mujeres. Esto tuvo el doble efecto de garantizar un lugar a la historia de las mujeres en la disciplina y afirmar su diferencia frente a la «historia». La historia de las mujeres fue tolerada (debido, al menos en parte, a que la presión de historiadoras feministas y estudiantes hacían que mereciera la pena tolerarla) por algunos pluralistas liberales deseosos de conceder credibilidad al interés histórico de muchos temas; pero siguió estando fuera de los intereses dominantes de la disciplina y su reto subversivo quedó, al parecer, recluido en una esfera aparte.

«Política» frente a «teoría»

El ostensible bloqueo y segregación de la historia de las mujeres nunca fueron completos, pero en los últimos años de la década de 1970 comenzaron a verse socavados de forma evidente por un conjunto de tensiones, algunas de las cuales procedían de la disciplina misma y otras del movimiento político. Todas ellas concurrieron para amenazar la viabilidad de la categoría «mujeres» y presentaron la «diferencia» como un problema que había que analizar. La atención fijada en la diferencia puso de manifiesto una parte de la ambigüedad que siempre había estado implícita en la historia de las mujeres al señalar el significado consustancialmente relacional de las categorías de género. Además, sacó a la palestra ciertas cuestiones sobre los

lazos entre poder y conocimiento y demostró la conexiones entre teoría y política.

El objetivo de las historiadoras de las mujeres era integrar a éstas en la historia, al tiempo que fijaba su identidad separada. Y el impulso para la integración provino de fondos del gobierno y fundaciones privadas en la década de 1970 y primeros años de la de 1980. (Estos organismos se interesaban no sólo por la historia, sino también por la luz que los estudios históricos podrían arrojar sobre la política contemporánea con las mujeres.) La integración daba por supuesto no sólo el engarce de las mujeres en historias ya establecidas, sino la necesidad de su presencia para la corrección de la historia. Aquí entraban en acción las connotaciones contradictorias de la condición suplementaria de la historia de las mujeres. La historia de las mujeres —con sus compilaciones de datos sobre mujeres del pasado, su insistencia en que las periodizaciones admitidas no funcionaban cuando se tomaba en consideración a las mujeres, sus pruebas de que las mujeres influyeron en los acontecimientos y tomaron parte en la vida pública y su insistencia en que la vida privada poseía aspectos públicos y políticos— evocaba una insuficiencia fundamental: el sujeto de la historia no era una figura universal y los historiadores que escribían como si lo fuera no podían pretender estar contando toda la historia. El proyecto de integración hizo explícitas estas suposiciones.

La integración, acometida con gran entusiasmo y optimismo, resultó difícil de lograr. La situación parecía deberse más a la resistencia de los historiadores que a una simple tendenciosidad o prejuicio, aunque, indudablemente, esto formaba también parte del problema [34]. Las mismas historiadoras de las mujeres encontraron más bien difícil introducir a las mujeres en la historia y la tarea de escribirla de nuevo exigía un cambio de conceptos para el que en un principio no estaban preparadas o entrenadas. Se requería una manera de pensar la diferencia y el modo en que su construcción definía relaciones entre individuos y grupos sociales.

El término utilizado para teorizar la cuestión de la diferencia sexual fue el de «género». En EE UU la palabra se tomó prestada tanto de la gramática, con sus supuestos sobre convenciones o reglas de

[34] Susan Hardy Aikem, *et al.*, «Trying Transformations: Curriculum Integration and the Problem of Resistance», *Signs* 12:2 (invierno 1987), págs. 255-75. Ver también en el mismo número Margaret L. Anderson, «Changing the Curriculum in Higher Education», págs. 222-254.

uso lingüístico (hechas por el hombre), como de los estudios sociológicos sobre los papeles sociales asignados a mujeres y hombres. Aunque los usos del término «género» en sociología pueden tener ecos funcionalistas o esencialistas, las feministas decidieron insistir en las connotaciones sociales del mismo por oposición a las connotaciones físicas de la palabra «sexo» [35]. Subrayaron también el aspecto relacional de género: sólo era posible concebir a las mujeres definiéndolas en relación con los hombres, y a los hombres diferenciándolos de las mujeres. Además, dado que el género se definía como algo relacionado con contextos sociales y culturales, existía la posibilidad de pensar en función de diferentes sistemas de género y de las relaciones entre éstos y otras categorías, como raza, clase o etnia, así como tener en cuenta los cambios.

La categoría de género, utilizada por primera vez para analizar las diferencias entre los sexos, se extendió a la cuestión de las diferencias en el seno de la diferencia. La política de identidad de la década de 1980 dio origen a múltiples alianzas que amenazaron el significado unitario de la categoría «mujeres». De hecho, es difícil emplear el término «mujeres» sin alguna modificación: mujeres de color, mujeres judías, mujeres lesbianas, mujeres trabajadoras pobres, madres solteras son sólo algunas de las categorías expuestas. Todas ellas constituían una amenaza para la hegemonía de la clase media blanca heterosexual en el término «mujer», al aducir que la diferencia fundamental de experiencia hacía imposible pretender una identidad única [36]. A la fragmentación de una noción universal de «mujer» se-

[35] Ver, Gail Rubin, «The Traffic in Women: Notes on the Political Economy of Sex», en: Rayna R. Reiter (ed.), *Towards an Anthropology of Women* (Nueva York, 1975), Ver también, Joan W. Scott, «Gender: A Useful Category of Historical Analysis», *American historical Review* 91:5 (diciembre, 1986); y Donna Haraway, «Geschlecht, Gender, Genre: Sexualpolitik eines Wortes», en: *Viele Orte überall? Feminismus in Bewegung* (Festschrift für Frigga Haug), Kornelia Hauser (ed.) (Berlín, 1987), págs. 22-41.

[36] Teresa de Lauretis, «Feminist Studies / Critical Studies: Issues, Terms, and Contexts»; Cherrie Moraga, «From a Long Line of Vendidas: Chicanas and Feminism»; Biddy Martin y Chandra Talpade Mohanty, «Feminist Politics: What's Home Got to Do with It?», todos ellos en Teresa de Lauretis (ed.), *Feminist Studies / Critical Studies* (Bloomington, 1986), págs. 1-19, 173-190, 191-212, respectivamente. Ver también, The Combahee River Collective. «A Black Feminist Statement», en: Gloria T. Hull, Patricia Bell Scott y Barbara Smith (eds.), *But Some of Us are Brave: Black Women's Studies* (Nueva York, 1982); Barbara Smith (ed.), *Home Girls; A Black Women's Anthology* (Nueva York, 1983). Ver también Barbara Smith, «Toward a Black Feminist Criticism»; Deborah E. McDowell, «New Directions for Black Feminist Criticism»; Bonnie Zimmerman, «What has Never Been; An Overview of Lesbian Feminist Criticism», todos ellos en Elaine Showalter (ed.), *The New Feminist Literary Criticism: Essays on Women, Literature, Theory* (Nueva York, 1985), págs. 168-224; Nancy Hoffman, «White Women, Black Women: Inventing an Adequate Pedagogy», *Women's Studies Newsletter* 5 (primavera 1977), págs. 21-4; Michele Wallace, «A Black Feminist's Search for Sisterhood», *Village Voice*, julio 28, 1975, pág. 7; Teresa de Lauretis, «Displacing Hegemonic Discourses: Reflections on Feminist Theory in the 1980s', *Inscriptions* nºs 3/4 (1988), págs. 127-41.

gún raza, etnia, clase y sexualidad se sumaban importantes diferencias políticas dentro del movimiento de las mujeres sobre cuestiones que abarcaban desde Palestina a la pornografía [37]. Las diferencias cada vez más visibles y vehementes entre las mujeres ponían en cuestión la posibilidad de una política unificada y sugerían que los intereses de las mujeres no eran evidentes de por sí, sino un asunto controvertido y debatido. En efecto, las demandas de reconocimiento de las experiencias e historias de diversos tipos de mujeres agotaban la lógica de la suplementariedad, ahora en relación con la categoría universal de mujer, con la suficiencia de cualquier historia general de las mujeres y con la capacidad de cualquier historiadora de las mujeres para cubrir la totalidad del terreno.

El problema de las diferencias en el seno de la diferencia dio pie a un debate acerca de cómo se debía articular el género en cuanto categoría de análisis y si había que hacerlo. Una de estas articulaciones se apoya en el trabajo de las ciencias sociales en torno a los sistemas o estructuras de género; parte de la hipótesis de una oposición fija entre hombres y mujeres e identidades separadas (o roles) para los sexos que actúa de manera coherente en todas las esferas de la vida social. Supone así mismo una correlación directa entre las categorías sociales de macho y hembra y las identidades subjetivas de hombre y mujer y atribuye sus variantes a otras características sociales instituidas, como las de clase o raza. Amplía el objetivo de las mujeres prestando atención a las relaciones masculino/femenino y a ciertas cuestiones sobre cómo se percibe el género y cuáles son los pro-

[37] La fragmentación se produjo, en parte, a raíz de la derrota de la Enmienda a la Constitución de EE UU por la Igualdad de Derechos, campaña que dio lugar a un frente común entre diferentes grupos de feministas. Naturalmente, la misma campaña de la ERA mostró lo profundas que eran las diferencias entre feministas y antifeministas y puso en tela de juicio cualquier idea del carácter inherente de la solidaridad femenina. Algunas de las diferencias se atribuyeron a una «conciencia falsa», aunque no por entero. Sobre la campaña en favor de la ERA ver, Mary Frances Berry, *Why ERA Failed* (Bloomington, 1986); Jane Mansbridge, *Why We Lost the ERA* (Chicago, 1986); Donald G. Mathews and Jane Sherron de Hart, *ERA and the Politics of Cultural Conflict: North Carolina* (Nueva York, 1989).

cesos que establecen las instituciones genéricas y a las diferencias que la raza, la clase, la etnia y la sexualidad han generado en la experiencia histórica de las mujeres. El tratamiento del género en sociología ha pluralizado la categoría de «mujer» y producido un conjunto abigarrado de historias e identidades colectivas; pero también ha desembocado en una serie de problemas aparentemente insoluble, consecuencia del reconocimiento de las diferencias entre las mujeres. Si existen tantas diferencias de clase, raza, etnia y sexualidad, ¿qué constituye el fondo común sobre el que las feministas pueden organizar una actividad colectiva coherente? ¿Cuál es el nexo conceptual de la historia de las mujeres o de los cursos de estudios sobre las mujeres, entre los que parece darse una proliferación infinita de diferentes historias (de mujeres)? (Ambos problemas están ligados: ¿tienen las mujeres una identidad común y una historia común que podamos escribir?)

Algunas feministas han intentado abordar estas cuestiones analizando el género con procedimientos literarios y filosóficos que, a pesar de su diversidad, se agrupan conjuntamente bajo la rúbrica de postestructuralismo. En este caso se pasa de hacer hincapié en la comprobación de la oposición binaria masculino frente a femenino a preguntarse cómo se ha establecido dicha oposición; de suponer una identidad preexistente en las «mujeres» a investigar los procesos de su construcción; de atribuir un significado inherente a categorías como «hombre» y «mujer» a analizar cómo se afianza su significado. Este análisis considera la significación como su objeto propio y examina las prácticas y contextos en los que se producen los significados de la diferencia sexual. Se sirve a menudo de la teoría psicoanalítica (en especial, la lectura lacaniana de Freud) para debatir la complejidad e inestabilidad de cualquier identificación del sujeto. Masculinidad y feminidad se consideran posiciones subjetivas, no circunscritas necesariamente a los machos o hembras biológicos [38].

Especialmente importantes han sido los modos en que las feministas se han apropiado del postestructuralismo para pensar la diferencia. La diferencia reside en el corazón de las teorías lingüísticas del significado. Se dice que toda significación se produce de forma diferencial, por contraste u oposición, y jerárquica, mediante la asigna-

[38] Ver Judith Butler, *Gender Trouble: Feminism and the Subversion of Identity* (Nueva York, 1989).

ción de la primacía a un término y la subordinación a otro. Es importante tener en cuenta la interconexión de la relación asimétrica pues sugiere que el cambio es algo más que una cnestión de ajuste de los recursos sociales para un grupo subordinado, más que una cuestión de justicia distributiva. Si la definición del Hombre se basa en la subordinación de la Mujer, cualquier cambio en la situación de la Mujer requiere (y produce) un cambio en nuestro entendimiento del Hombre (un pluralismo simplemente acumulativo no funcionaría). La amenaza radical planteada por la historia de las mujeres consiste precisamente en este tipo de desafío a la historia establecida; las mujeres no pueden simplemente añadirse sin que se produzca un replanteamiento fundamental de los términos, pautas y supuestos de lo que en el pasado se consideraba historia objetiva, neutral y universal porque tal noción de historia incluía en su misma definición la exclusión de las mujeres.

Quienes se apoyan en las doctrinas postestructuralistas mantienen que el poder puede entenderse en función de procesos discursivos que producen diferencias. ¿Cómo se produce, se legitima y difunde la diferencia de conocimiento? ¿Cómo se construyen identidades y en función de qué? Las historiadoras feministas encuentran respuestas a estas cuestiones en casos particulares y definidos, pero no se limitan a presentar historias separadas. El terreno común político y académico tiene más bien la propiedad de que en él las feministas exponen análisis diferenciales y organizan la resistencia a la exclusión, el dominio o la marginalidad derivados de los sistemas de diferenciación.

Al contrario de lo que ocurre con el tratamiento de las ciencias sociales, que dan por supuesta la identidad y experiencia de las mujeres, el enfoque postestructuralista relativiza la identidad y la despoja de su base en una «experiencia» esencializada, dos elementos fundamentales en la mayoría de las definiciones corrientes de política para la activación de los movimientos políticos. Al problematizar los conceptos de identidad y experiencia, las feministas que recurren a análisis postestructuralistas han ofrecido interpretaciones dinámicas del género que hacen hincapié en la controversia, la contradicción ideológica y las complejidades de las relaciones cambiantes de poder. Su obra insiste en la variabilidad histórica y en una especificidad contextual mayor para los significados mismos de género y lo hace de muchas maneras y con más insistencia que los trabajos de quienes

se apoyan en los conceptos de las ciencias sociales. Pero los trabajos influenciados por el postestructuralismo acaban encontrándose con los mismos problemas planteados a quienes prefieren abordar esta materia desde los puntos de vista de las ciencias sociales. Si la categoría «mujer», y, por tanto, la identidad y experiencia de las mujeres, es inestable debido a su variabilidad histórica, como ha mantenido Denise Riley, ¿cuáles serán las razones para una movilización política? ¿Cómo escribir historia de las mujeres de forma coherente sin una noción fija y compartida de lo que ellas son? Riley responde, correctamente en mi opinión, que es posible pensar y organizar una política con categorías inestables y que, en realidad, así se ha hecho, pero la manera exacta de hacerlo requiere ser discutida. Sin embargo, curiosamente, en vez de reconocer la semejanza de los dilemas con que se enfrentaron las historiadoras feministas en la década de 1980, dilemas cuyo origen se halla en nuestra necesidad de pensar en política con nuevos planteamientos, se ha desarrollado un debate polarizado sobre la utilidad del postestructuralismo para el feminismo, debate que se contempla como un conflicto entre «teoría» y «política».

Las feministas contrarias al postestructuralismo han generalizado su crítica como denuncia de la «teoría» y la han motejado de abstracta, elitista y masculinista. En cambio, han insistido en que su posición es concreta, práctica y feminista y, por tanto, políticamente correcta. En esta oposición, todos los aspectos teóricos referentes al feminismo han sido rebautizados como «política» debido a que (según una exposición reciente) sus observaciones provienen «directamente de la reflexión sobre nosotras mismas, es decir, de la experiencia de las mujeres, de las contradicciones que sentimos entre los diferentes modos en que nos vemos representadas incluso ante nosotras mismas, de las desigualdades que durante mucho tiempo hemos experimentado en nuestra situación.» [39] Al considerar el problema en función de una oposición binaria irresoluble, esta formulación excluye la posibilidad de tener en cuenta las ventajas de diferentes planteamientos teóricos de la historia y la política feministas, así como la posibilidad de concebir teoría y política como elementos inextricablemente vinculados.

Creo que la oposición entre «teoría» y «política» es falsa e intenta

[39] Judith Newton, «History as Usual?: Feminism and the "New Historicism"», *Cultural Critique*, 9 (1988), pág. 93.

silenciar los debates que debemos plantearnos sobre *qué* teoría es la más útil para el feminismo, haciendo que sólo una teoría sea aceptable como «política». (En el lenguaje utilizado por quienes recurren a esa dicotomía, «política» significa en realidad buena teoría y «teoría» quiere decir mala política [40].) La «buena» teoría considera a las «mujeres» y su «experiencia» hechos evidentes de por sí, origen de identidad y acción colectivas. En efecto, quienes recurren a esta oposición (en un proceso inverso a la reacción de la historia ante la historia de las mujeres) hacen de la «política» una posición normativa que sería para algunas la comprobación ética de la validez del feminismo y de la historia de las mujeres. Y las historiadoras de las mujeres que rechazan la «teoría» en nombre de la «política» están, curiosamente, aliadas con los historiadores tradicionales que consideran el postestructuralismo (y la historia de las mujeres) antitético con los principios de su disciplina [41]. En ambos casos, estos historiadores defienden el concepto de «experiencia» rehusando problematizarla; al oponer «teoría» y «política» excluyen la «experiencia» de una indagación crítica y la protegen como la base fundamental y no problematizada de la explicación política e histórica [42].

Sin embargo, el concepto de experiencia se ha hecho problemático para los historiadores y requiere ser discutido críticamente. El postestructuralismo ha cuestionado si la experiencia posee un rango

[40] La oposición entre «teoría» y «política» sugiere también una oposición entre idealismo y materialismo que representa falsamente los problemas filosóficos debatidos actualmente. Sobre la no validez de la oposición idealismo/materialismo, ver Joan Scott, «A Reply to Criticism», *International Labor and Working Class History* 32 (otoño, 1987), págs. 39-45. La oposición entre «teoría» y «política» se refiere también de manera tangencial a la de la actividad humana, en la que insisten mucho los actuales historiadores. La teoría postestructuralista no niega que las personas actúen o tengan cierto control sobre sus acciones; más bien critica la teoría individual liberal que supone que los individuos son agentes plenamente autónomos, racionales y autocreadores. La cuestión no es la actividad *per se*, sino los límites de la teoría liberal de la actuación.

[41] La ironía es llamativa. Las historiadoras de las mujeres que han aceptado las nociones de universalidad de la disciplina (añadiendo la categoría universal de «mujer» a la ya existente de «hombre») y de competencia (dando por sentado que los historiadores pueden lograr un conocimiento desinteresado y completo del pasado), caracterizan, no obstante, su postura de «política» —término que indica su relación subversiva con la disciplina—. Pienso que estamos ante un ejemplo más de la lógica del suplemento y que las historiadoras de las mujeres (sea cual sea su posición epistemológica) no están ni del todo dentro ni del todo fuera de la profesión de la historia.

[42] Ver John Toews, «Intellectual History After the Linguistic Turn: The Autonomy of Meaning and the Irreducibility of Experience», *American Historical Review* 92 (octubre, 1987), págs. 879-907.

fuera de la convención lingüística (o de la construcción cultural), pero, además, el trabajo de las historiadoras de la mujer ha pluralizado y complicado, por su parte, la manera en que los historiadores han apelado convencionalmente a la experiencia. Por otra parte, y ello es de la máxima importancia para mi argumentación, el variado mundo del movimiento político feminista de la década de 1980 ha hecho imposible una definición única de la experiencia de las mujeres. Como siempre ha ocurrido, las cuestiones planteadas para la teoría son cuestiones relacionadas con la política: ¿Existe alguna experiencia femenina que trascienda las fronteras de clase y raza? ¿Cómo afectan las diferencias raciales o étnicas a la «experiencia de las mujeres» y a las definiciones de las necesidades e intereses femeninos en torno a los cuales podemos organizarnos o sobre los que escribimos? ¿Cómo podemos determinar qué es esta «experiencia» o qué fue en el pasado? Sin un pensamiento teórico sobre el pasado, los historiadores no pueden dar respuesta a estas preguntas; sin alguna manera de pensar teóricamente sobre la relación entre historia de las mujeres e historia, los efectos potencialmente críticos y desestabilizadores del feminismo se perderán con demasiada facilidad y renunciaremos a la oportunidad de transformar radicalmente el conocimiento constitutivo de la historia y política que practicamos.

El postestructuralismo no está libre de dilemas para las historiadoras feministas. Creo que quienes insisten en que el postestructuralismo no es capaz de tratar la realidad o que su polarización en los textos excluye las estructuras sociales olvidan la importancia de la teoría. Pero también creo que nos ofrece a los historiadores respuestas expeditas a algunos problemas que plantea: cómo apelar a la «experiencia» sin sostener implícitamente conceptos esencialistas; cómo describir la movilización política sin apelar a identidades esencializadas y ahistóricas; cómo representar la actividad humana reconociendo al mismo tiempo sus determinismos lingüísticos y culturales; cómo incorporar la fantasía y el inconsciente a los estudios del comportamiento social; cómo reconocer las diferencias y hacer de los procesos de diferenciación el centro del análisis político, sin desembocar ni en exposiciones múltiples e inconexas ni en categorías excesivamente generalizadoras, como la de clase o la de «los oprimidos»; cómo reconocer la parcialidad de la propia narración (en realidad, de todas las narraciones) y, a pesar de ello, exponerla con autoridad y convicción. Estos problemas no se resuelven descalificando la «teoría» o declarándola antitética de la «política»; más bien requieren un debate continuo y simultáneo (debate que será al mismo tiempo teórico y político), pues en definitiva se trata del problema de todas cuantas escriben historia de las mujeres, sea cual sea su manera de abordarla.

Son problemas comunes, pues derivan de la lógica de la suplementariedad que caracteriza la historia de las mujeres y le ha proporcionado su fuerza crítica. Cuando las historiadoras feministas emprendieron la tarea de generar nuevos conocimientos, pusieron por necesidad en tela de juicio la inadecuación no sólo de la sustancia de la historia existente sino también de sus fundamentos conceptuales y premisas epistemológicas. En este punto encontraron aliados entre los historiadores y otros estudiosos del campo de las humanidades y las ciencias sociales que discutían en su propio ámbito las cuestiones de la causalidad y la explicación, la actividad y la determinación. No obstante, la mayoría de las feministas no han sido consideradas participantes de pleno derecho en estos debates [43]. Su posición sigue siendo suplementaria incluso en estos discursos críticos: un ejemplo concreto de un fenómeno general *y*, al mismo tiempo, una ilustración radical de la (in)suficiencia de sus formulaciones y prácticas. La posición suplementaria está caracterizada por una indeterminación recurrente y una potencial desestabilización. Requiere una atención constante a las relaciones de poder, cierta vigilancia frente a los intentos de aplicar una u otra de sus posiciones contradictorias. Las historiadoras de las mujeres se ven constantemente a sí mismas protestando contra los intentos por relegarlas a posiciones meramente irrelevantes; también se oponen a razonamientos que descalifican lo que hacen considerándolo tan diferente que no serviría como historia. Sus vidas y su obra profesionales son, por tal razón, necesariamente políticas. En definitiva, no hay modo de separar la política —relaciones de poder, sistemas de creencia y práctica— del conocimiento y los

[43] Se puede encontrar un ejemplo de este olvido de las contribuciones feministas a los debates historiográficos en el foro especial sobre historia y teoría crítica presentado por la *American Historical Review* 94 (junio 1989). Ninguno de los artículos reconoce el impacto que la historia feminista (o la historia afroamericana o la gay o lesbiana) ha tenido en las cuestiones epistemológicas con que se enfrenta la disciplina. Ver David Harlan, «Intellectual History and the Return of Literature», David Hollinger, «The Return of the Prodigal: The Persistence of Historical Knowing», y Alan Megill, «Recounting the Past: «Description, Explanation, and Narrative in Historiography», págs. 581-609, 610-21 y 627-53, respectivamente.

procesos que lo producen; la historia de las mujeres es por tal razón un campo inevitablemente político.

En esta colaboración he recurrido a las operaciones de la lógica del suplemento con el fin de ayudarme a entender y analizar la naturaleza consustancialmente política del campo de la historia de las mujeres; para concluir diría que esa «teoría» es la que puede darnos luz sobre la política de nuestra práctica.

Capítulo 4
HISTORIA DE ULTRAMAR

Henk Wesseling

Esta colaboración está dedicada a la historia ultramar, un tema interesante y en absoluto fácil. En efecto: ¿qué *es* la historia de ultramar? Estrictamente hablando, no existe una definición apropiada de ella o, más bien, lo que hay depende de la posición de cada cual. Desde la perspectiva británica, por ejemplo, prácticamente toda la historia es historia de ultramar e incluye parte de la historia del mismo Reino Unido. Parafraseando una conocida expresión francesa: la historia de todos es historia de ultramar para algún otro. Naturalmente, no es esto lo que pensamos al utilizar el término. ¿Qué es, entonces? Podemos hallar una solución práctica a este problema examinando los contenidos de publicaciones que llevan esta expresión en su título. La publicación francesa *Revue française d'histoire d'outre-mer*, editada por la sociedad del mismo nombre, es en sustancia una publicación dedicada a la historia de la expansión colonial europea y, en especial, francesa y de las antiguas posesiones francesas. No tiene nada de llamativo, pues su nombre original era el de *Revue d'histoire des colonies*, del mismo modo como las *Académies des sciences d'outre-mer* francesa y belga solían conocerse como *Académies des sciences coloniales*. La serie en lengua alemana de los *Beiträge zur Kolonial- und Überseegeschichte* combina ambos términos, colonial y ultramar. Los británicos tiene la suerte de contar con su Commonwealth, razón de la existencia de un *Journal of Imperial and Commonwealth History*, una

combinación mucho más elegante que la de «Imperial and Overseas History». En Holanda, el Real Instituto Colonial cambió su nombre por el de Real Instituto Tropical, pero no se aceptó nada parecido a una «historia tropical».

No es difícil comprender qué ocurría con todo esto. A partir de 1945 el término «colonial» resultó cada vez más odioso y los institutos que deseaban continuar existiendo debieron encontrar nombres distintos (a poder ser, más neutros). Sin embargo, no se trataba simplemente de rebautizarlos. También se produjo un cambio de orientación e intereses. La historia de ultramar se desarrolló hasta convertirse en una campo mucho más amplio de lo que solía serlo la historia colonial. Trata no sólo de los sistemas coloniales y el encuentro entre europeos y no europeos en general, sino también de la historia económica, social, política y cultural de los pueblos no europeos. Aquí es, precisamente, donde surgen los problemas, pues la historia de ultramar se ha desarrollado, no sólo en teoría sino en la práctica, hasta convertirse en un asunto de tal vastedad que resulta inidentificable. Evidentemente, hay algunos elementos que dan cierta cohesión al campo. En primer lugar, el historiador ultramarino maneja normalmente dos tipos de fuentes; por un lado, europeas, en su mayoría archivísticas, y por otro, no europeas, escritas o, como sucede a menudo en la historia de África, no escritas. Debido a la falta de fuentes tradicionales, es necesario el auxilio de otras disciplinas; de ahí la función en la historia de ultramar de disciplinas como la arqueología, la lingüística y la antropología. Así pues, la historia de ultramar tiende a ser interdisciplinaria.

Además de esto, el historiador de ultramar debe familiarizarse con civilizaciones diferentes de la suya. Esto supone en genetal una educación más amplia que lo normal —y algo distinta—, así como una mayor exigencia de conocimientos lingüísticos. Esta es la razón de que los historiadores ultramarinos se encuentren a menudo en los departamentos orientalistas o africanistas, al menos en Europa (la situación es diferente en EE UU). E incluso cuando son contratados en departamentos de historia, estos historiadores sienten la necesidad de colaborar con otros especialistas de las mismas áreas, lingüistas, antropólogos o historiadores del arte. No ocurre así con los historiadores de Europa. Un especialista en historia francesa no trabajará, normalmente, en un departamento de estudios franceses ni sentirá la necesidad de asistir a conferencias sobre tales estudios. Al ser carac-

terístico de los historiadores de ultramar estudiar civilizaciones distintas de la suya, tendrán que colaborar con otras disciplinas para alcanzar una comprensión mejor de esa civilización o sociedad particular. Pero también han de mantenerse en contacto con otros historiadores a fin de entender lo que sucede en su propia disciplina. La tensión entre el tratamiento de su área y el disciplinario es un fenómeno bien conocido.

Hay otra razón por la que, históricamente hablando, existe cierta unidad en el campo de la historia ultramarina. La mayor parte del mundo de ultramar perteneció anteriormente al mundo colonial y ahora se supone que forma parte del Tercer Mundo. Esta es la razón de que en ciertos círculos se emplee la expresión de «historia del Tercer Mundo» [1]. Pero la idea misma de «Tercer Mundo» se halla actualmente en trance de desintegración y no refleja ya la realidad. Para una mirada retrospectiva parece incluso extraño haber considerado que países como la India e Indonesia formaban un mundo con Sudán y Malí por la mera razón de que todos habían sido antiguas colonias y son, en la actualidad, relativamente pobres. Equiparar la historia de ultramar con la del Tercer Mundo no parece ser, por tanto, una buena idea, sobre todo habida cuenta de que la historia de EE UU se incluye en la historia de ultramar y hasta en la colonial, pero no pertenece a la del Tercer Mundo.

Puede plantearse la cuestión de si la historia de ultramar, al suponerse que comprende la historia de todo el mundo excepto Europa (u «Occidente»), es en realidad un tema de estudio. Este problema es consecuencia del éxito de la historia de ultramar tras la Segunda Guerra Mundial, cuando el auge de dicha historia se debió, en cierta medida, a la reacción contra la anterior historia colonial. Había que solucionar muchas cuestiones pendientes y se dio un gran salto adelante. Las nuevas naciones reivindicaron su propio pasado nacional. La «gente sin historia» acabó encontrando una y el resultado de este proceso fue impresionante. La historia de ultramar ha alcanzado tal amplitud y variedad que no puede ya considerarse un campo histórico específico. Para sobrevivir, la historia de ultramar necesita algún nuevo tipo de conceptualización. Antes de analizar este punto deberíamos trazar un breve esbozo de la historia del tema.

[1] Ver, por ejemplo, M. Mörner y T. Svensson (eds.), *The History of the Third World in Nordic Research* (Göteborg, 1986).

Historia de la historia de ultramar: visión de conjunto

La historia se ha practicado de una u otra manera en la mayoría de las civilizaciones. En Indonesia, las crónicas o *babads* se remontan hasta muy atrás. En la India, los hindúes sintieron poco interés por la historia, mientras que los musulmanes se interesaron mucho más y con un sentido más fuerte de la cronología, aunque también ellos redactan sólo crónicas de acontecimientos. En Japón y China se practicó una historiografía comparable a la historia europea tradicional que, en su forma científica moderna, sólo se desarrolló en Occidente en el siglo XIX. Se caracteriza por el denominado «método histórico» (cronología, filología, crítica textual, hermenéutica), así como por un tipo especial de pensamiento histórico. Son característicos del mismo la conciencia de la singularidad de los sucesos, la noción de desarrollo y sucesión en el tiempo pero también la de que cada periodo posee un carácter específico con sus propios valores y normas. La escuela histórica alemana dsempeñó un papel importante en este proceso y, por tal motivo, algunos de los conceptos históricos más famosos son conocidos aún sobre todo en su forma germánica: *Historismus, Verstehen, Zeitgeist*.

La interpretación histórica resultante fue extremadamente eurocéntrica. La *Weltgeschichte* se redujo a la historia de Europa, pues en el marco de la historia general los pueblos no europeos no desempeñaban función alguna. Se los consideró pueblos sin historia (Hegel) o pueblos eternamente paralizados (Ranke). A excepción de las civilizaciones antiguas tradicionales, sólo aparecían en escena en el momento en que se sometían a los europeos y eran conquistados por ellos. Esto no significa que no hubiera interés alguno por civilizaciones distintas a la occidental, pues existía en forma de lo que se conoce como estudios orientales. La fuerza impulsora de estos estudios era, por un lado, la Biblia y, por otro, el colonialismo. Tras el Renacimiento, muchas universidades europeas crearon cátedras no sólo de griego y latín sino también de hebreo y árabe. Más tarde, de estas materias derivaron departamentos dedicados al Oriente Medio y/o a estudios árabes. La lingüística histórica y comparativa, tema muy de moda en el siglo XIX, estimuló el estudio del sánscrito, que a su vez dio origen a la aparición de cátedras e institutos para el estudio de la civilización india.

Un estímulo aún más importante provino del colonialismo. En el

siglo XIX la preparación de funcionarios civiles coloniales pasó a formar parte de la educación universitaria. En las carreras de historia imperial o colonial podían encontrarse cursos de lenguas y administración colonial. Estas carreras, al tiempo que se centraban sobre todo en el punto de vista europeo, prestaban también cierta atención a los pueblos de ulttamar. Es interesante observar que ya en 1897 una comisión de examen para una cátedra de historia de las Indias holandesas dio preferencia a un candidato por ser capaz de tener también en cuenta «el punto de vista indígena» [2]. Aparte de los mismos súbditos coloniales, otros pueblos de ultramar se convirtieron en objeto de estudio. En Holanda, por ejemplo, se estudió a los chinos debido a la importancia de la comunidad china en las Indias Orientales; a los japoneses, por el «peligro amarillo», y al Islam, por las amenazas del «fanatismo musulmán». El resultado de todo ello fue el nacimiento de dos grupos de historiadores: uno pequeño en departamentos de estudios orientales, que estudiaba civilizaciones ajenas por ellas mismas, y otro mucho mayor dedicado con más propiedad a la enseñanza de la historia, es decir, a la historia de Europa y sus colonias. Aunque residieran en la misma universidad, ambos grupos colaboraban en contadas ocasiones.

La situación cambió de forma drástica a partir de 1945, por razones en parte externas y en parte internas. Las razones externas son obvias: la descolonización, la decadencia de Europa, la aparición de nuevas superpotencias. Todo ello condujo a pensar de nuevo el papel de Europa en la historia mundial y a cuestionar los planteamientos eurocéntricos. La decadencia de Europa se convirtió en un tema de estudio tan importante como su auge. El historiador holandés Jan Romein proclamó el fin de la *Era europea* y el inicio del *Siglo asiático* [3].

Pero, además de las razones políticas e ideológicas, hubo también procesos internos, cambios en la manera de estudiar la historia. El periodo de postguerra fue testigo del auge de la historia social y económica. Los historiadores se interesaron menos por la historia política militar y más por temas como el de la civilización material, las *mentalités*, la vida cotidiana, el hombre corriente, etc. En este sentido, la historia europea no fue tan distinta, al menos hasta el siglo XVIII,

[2] Ver C. Fasseur, «Leiden and Empire: University and Colonial Office, 1825-1925», en: W. Otterpseer (ed.), *Leiden Oriental Connections, 1850-1940*.

[3] J. Romein, *Aera van Europa* (Leiden, 1954), y *De eeuw van Azië* (Leiden, 1956),

de la no europea. Bajo el impacto de la escuela de los *Annales* la historia fue menos teleológica, menos «liberal». La estructura sustituyó a la evolución en cuanto interés predominante. La continuidad pasó a ser tan importante como el cambio y, por tanto, la oposición entre Europa (cambio) y Asia (continuidad) se hizo menos pertinente. En este planteamiento el Estado nacional dejó de ser la unidad central del análisis histórico y por tal motivo la oposición entre metrópoli y colonia perdió importancia. El nuevo planteamiento se expresaba más desde el punto de vista de pueblos, ciudades, regiones y grupos sociales. Esto quitó hierro al antagonismo entre el enfoque colonialista y el nacionalista y se produjeron también cambios prácticos. Los historiadores norteamericanos ejercieron una creciente influencia, pues sus departamentos de historia siempre habían sido menos provincianos que los europeos y desempeñaron un papel cada vez más importante en la historia de Asia y África. Además, las antiguas colonias desarrollaron sus propios departamentos de historia. Los historiadores occidentales siguieron, sin duda, dominando el terreno por largo tiempo pues estaban mejor formados y tenían acceso fácil a fondos importantes conservados en archivos europeos. Las elites indígenas se interesaban por campos distintos del de la historia. La tarea de desarrollar la economía y construir la nación era más urgente —y más gratificante— que la de escribir historia.

El resultado fue una situación curiosa. Por un lado, el impacto de Europa en el concepto mismo de historia fue aún más fuerte que antes. Los historiadores de Asia y África acudían a menudo a Europa para estudiar historia o, al menos, para concluir su educación. Trabajaban en archivos occidentales y recurrían a modelos occidentales para aprender cómo se debía estudiar y escribir historia. Así, como ocurrió a los japoneses tras la revolución Meiji, aprendían historia de Occidente [4] y no encontraban referencias en su propia civilización. Por otra parte, su interpretación era, por supuesto, muy diferente y a veces fuertemente antioccidental. Las naciones jóvenes necesitaban un «pasado aprovechable», y «aprovechable» quería decir nacionalista y anticolonial [5]. De este modo, la cuestión no era sólo el enfrentamiento entre historiografía colonialista y nacionalista. Afectaba también al lugar ocupado por Occidente en la historia mundial en general. Los mismos historiadores europeos ponían también en tela de juicio el planteamiento eurocéntrico de la historia de ultramar. La discusión sobre los orígenes del subdesarrollo, surgida de la decepción provocada por el cambio poscolonial, dio un nuevo impulso a este debate. El optimismo originario ante un futuro nuevo y brillante al concluir el colonialismo se difuminó cuando se vio con claridad que los problemas económicos y sociales de las antiguas colonias eran permanentes (o estructurales) más que temporales. Parafraseando la feliz formulación de A. G. Hopkins, el optimismo liberal fue sustituido por un pesimismo radical [6]. Ahora la oposición no se daba entre colonialismo y nacionalismo, sino entre izquierda y derecha. La crítica neomarxista del colonialismo se hizo muy influyente en el mismo mundo occidental.

De este modo, el desarrollo de la historia de ultramar a partir de 1945 fue un proceso dialéctico. En primer lugar, se produjo un movimiento de emancipación en la historiografía no occidental que desembocó en una impresionante eclosión de investigaciones y trabajos históricos en Asia y África. Los países no europeos descubrieron su propio pasado y ofrecieron su interpretación del mismo, pero fue precisamente entonces cuando el problema de la historia de ultramar se manifestó en forma nueva. Hoy en día, todos aceptan que africanos y asiáticos tienen su propia historia, tan interesante y rica como la de Europa. La cuestión, sin embargo, es saber si podemos detenernos aquí y considerar simplemente la historia mundial como la suma de un gran número de historias regionales autónomas. La mayoría de los historiadores están de acuerdo en que deberíamos intentar hacer algo más y estudiar cómo, de una u otra manera, estas diversas civilizaciones se han interconectado, cómo ha nacido la actual situación mundial. El auténtico reto de la historia de ultramar está en ofrecer una forma moderna de historia mundial. Es un objetivo ambicioso pero, como ha dicho Fernand Braudel, necesitamos historiadores ambiciosos [7]. Su primer esbozo lo podríamos encontrar, quizá, en la nueva historia de la expansión europea desarrollada más o menos en

[4] L. Blussé, «Japanese Historiography and European Sources», en: P. C. Emmer y H. L. Weseling (eds.), *Reappraisals in Overseas History* (Leiden, 1979), págs. 193-222.

[5] Ver T. O. Ranger, «Towards a Usable African Past», en: C. Fyfe (ed.), *African Studies Since 1945: a Tribute to Basil Davidson* (Londres, 1976), págs. 17-29.

[6] Ver A. G. Hopkins, «European Expansion into West Africa: a Historiographical Survey of English Language Publications since 1945», en: Emmer y Wesseling, *Reappraisals*, pág. 56.

[7] F. F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (México, 1976[2a]).

las tres últimas décadas. Antes de examinar este punto habremos de considerar el espectacular desarrollo de la historia de Asia y África en el mismo periodo [8].

Historia de Asia y África

La historia en su forma científica moderna fue introducida tanto en la India como en Indonesia por el poder colonial. En la India, el punto de partida puede considerarse la fundación de la Sociedad Asiática de Bengala, en 1784. La historiografía oficial de la India fue considerablemente anglocéntrica. Según observaba en cierta ocasión Nehru refiriéndose a los ingleses: «La historia auténtica comienza para ellos con la llegada del hombre inglés a la India; todo lo anterior es, en cierto sentido místico, una preparación para esta consumación divina.» [9] Sin embargo, pronto comenzó a desarrollarse el interés por los estudios históricos entre los nuevos intelectuales indios. A mediados del siglo XIX, como reacción contra el tono más bien condescendiente de los historiadores coloniales, los historiadores indios desplegaron su propia historiografía y a finales del siglo XIX el auge del movimiento nacionalista le dio un fuerte impulso, de modo que para las décadas de 1920 y 1930 existía un notable grupo de historiadores profesionales. Son testimonio de ello los nombres bien conocidos de estudiosos como R. K. Mookerji y R. C. Majumdar. Así pues, al llegar la independencia en 1947, la historiografía profesional india se hallaba ya en una posición sólida. El traspaso de poderes estimuló así mismo los trabajos históricos y hubo una demanda de libros populares y textos escolares. El gobierno estimuló el estudio del pasado reciente y, en particular, del movimiento nacionalista. En 1952, el ministerio de Educación ordenó la compilación de una historia del movimiento de liberación de la India y R. C. Majumdar fue nombrado director del proyecto. Las conclusiones de Majumdar fueron muy diferentes de las que el gobierno había esperado, pero, no obstante, publicó su interpretación. El desenmascaramiento del mito nacionalista fue una

[8] Por motivos tanto teóricos como prácticos dejaremos de lado la historia de América y el Caribe. Por lo que respecta a Asia, nos ceñiremos a las dos antiguas colonias europeas donde la emancipación de una historiografía nacional ha sido más impresionante, es decir, la India e Indonesia.

[9] J. Nehru, *The Discovery of India* (Londres, 1956), pág. 28.

señal clara del alto nivel de profesionalidad alcanzado por los historiadores indios [10]. Aunque los historiadores británicos siguen interpretando un papel, si no *el* papel, protagonista en la historia de la India, la importancia de los historiadores indios ha ido en aumento. La *Cambridge Economic History of India* así como la *New Cambridge History of India* son demostraciones convincentes de este hecho.

En Indonesia el proceso fue algo distinto. En comparación con la India hubo allí en general menos personas con formación universitaria y no hubo en la práctica ni un solo historiador profesional durante el periodo colonial. El movimiento nacionalista era también más débil que en la India y los intelectuales nacionalistas expresaban sus sentimientos más en obras literarias que académicas. Así, antes de la independencia no hubo en la práctica historiadores profesionales indonesios. El gobierno de la República estimuló el estudio del pasado, pero desde una perspectiva claramente política (las presiones ideológicas fueron fuertes). En 1975, se celebró el primer congreso nacional de historiadores. En él se vio claramente la escasez de investigaciones realizadas, pero a partir de entonces ha ido progresando la historia como disciplina académica. La figura principal en este terreno fue Sartono Kartodirdjo, quien introdujo una forma nueva de historia, inspirada en las ciencias sociales, que presta una especial atención a la historia rural [11].

Mientras tanto, las historia indonesia ha encabezado un debate interesante sobre un nuevo enfoque asiocéntrico de la historia de Asia. En su lección inaugural en Kuala Lumpur en 1959 dedicada al «Estudio de la historia moderna de Asia suroriental», John Bastin estimuló considerablemente el debate [12], pero la cuestión en sí había sido planteada mucho antes. Había sido expuesta por J. C. van Leur en 1934 [13]. Van Leur, muerto muy joven, a la edad de treinta y cuatro años, en la batalla del Mar de Java, habría de ejercer una perdurable

[10] Ver S. Ray, «India: After Independence», *Journal of Contemporary History* 2 (1967), págs. 125-42.

[11] H. A. J. Klooster, *Indonesiërs schrijven hun geschiedenis, De ontwikkeling van de Indonesische geschiedbeoefening in theorie en praktijk, 1900-1980* (Leiden, 1985).

[12] J. Bastin, *The Study of Modern Southeast Asian History* (Kuala Lumpur, 1959). Ver también, *íd., The Western Element in Modern Southeast Asian History* (Kuala Lumpur, 1963).

[13] J. C. Van Leur, *Eenige beschouwingen betreffende den ouden Aziatischen handel* (Middelburg, 1934). Se puede encontrar traducción al inglés de este y otros esritos suyos en J. C. Van Leur, *Indonesian Trade and Society: Essays in Asian Social and Economic History* (La Haya/Bandung, 1955).

influencia en la historia indonesia y, en realidad, en la historia de Asia en general. La originalidad de su obra reside en dos aspectos: el abandono del punto de vista eurocéntrico y la aplicación de categorías sociológicas. Van Leur reaccionó contra los planteamientos exclusivamente coloniales que constituían una perspectiva distorsionada e ignoraban extensas áreas de la realidad histórica. «La mayoría de los historiadores», escribía, «ven el mundo asiático con los ojos del gobernante holandés: desde la cubierta del buque, el muro de la fortaleza o la galería alta del centro comercial» [14].

Sin embargo, la crítica de Van Leur es al mismo tiempo más general y más fundamental. Cuestiona la periodización de la historia y el lugar atribuido en ella a Asia. En un artículo muy conocido, examina, por ejemplo, por qué se aplican a la historia indonesia rúbricas de periodización como «el siglo XVIII» y llega a la conclusión de que carecen de significado, pues en el pasado de Indonesia no puede rastrearse ninguno de los grandes cambios que caracterizaron la historia europea de esta época. Hasta 1800 Indonesia es, simplemente, parte de Asia [15].

Esto nos lleva a la segunda gran característica del planteamiento histórico de Van Leur, la aplicación de conceptos tomados de la sociología, en especial de Max Weber. Sirviéndose de la noción weberiana de tipo ideal —por ejemplo, los de «cultura campesina», «estados patrimoniales burocráticos», «comercio ambulante»— intenta describir la historia de Asia como parte de la historia universal, pero con sus características propias. De este modo es posible hacer justicia a las peculiaridades de distintas culturas sin englobarlas por entero en una eonjunto demasiado abstracto y general de categorías ni analizarlas como meramente exóticas e incomprensibles.

La cuestión del papel de Europa en la historia de Asia fue, por supuesto, de importancia vital para la historiografía posterior a la independencia. En este sentido, se pueden distinguir dos escuelas. La minimalista y la sentimentalista. La escuela minimalista minimiza la importancia del factor occidental en la historia de Asia y la declara virtualmente inexistente, mientras que la escuela sentimentalista maximiza los crímenes y fechorías de Occidente. Aunque, lógicamente hablando, los dos puntos de vista parecen contradictorios, a veces

[14] J. C. Van Leur, *Indonesian Trade and Society*, pág. 162.
[15] *Ibid.*, págs. 286-89.

pueden encontrarse en la obra de un estudioso (por ejemplo, el sociólogo holandés W. F. Wertheim o el historiador indio K. M. Panikkar) [16]. De este modo, el debate no fue en absoluto claro y los mismos conceptos resultaron ambiguos. Pero esas dos cuestiones: «¿Fue la influencia occidental buena o mala? ¿Fue su impacto grande o pequeño?», son todavía intensamente discutidas hoy en día y se entiende que lo sean. Como veremos más adelante, resultan de vital importancia para nuestra interpretación del pasado, así como para nuestra comprensión del presente.

En el siglo XIX, la manera europea de abordar la historia de Asia estuvo cada vez más dominada por sentimientos de superioridad de Europa y la convicción de un atraso de Asia. Esto, no obstante, era un fenómeno muy reciente, pues los historiadores europeos habían mostrado tradicionalmente un gran respeto por las antiguas civilizaciones asiáticas. Esta actitud era muy diferente de la adoptada por los europeos hacia África, que siempre se había considerado un continente ahistórico y el pueblo africano un pueblo sin civilización y, por tanto, sin historia. La formulación más famosa de esta opinión puede encontrarse en las lecciones de Jena dadas por Hegel en 1830-1831 y publicadas con el título de *Filosofía de la historia*. En ellas escribía: «En este punto dejamos África para no mencionarla más, pues, en efecto, no forma parte histórica del mundo; no muestra movimiento ni desarrollo... Lo que entendemos propiamente por África es el Espíritu Ahistórico y No Desarrollado, sometido a las condiciones de la mera naturaleza que aquí deberemos presentar únicamente en el umbral de la historia universal» [17].

Hegel tuvo, naturalmente, una gran influencia sobre Karl Marx y los escritos clásicos del marxismo reflejan esa misma línea de pensamiento. Un eco tardío de esta actitud puede encontrarse en la obra de Endre Sik, historiador húngaro marxista de África, quien en 1966 escribía:

> Antes de su encuentro con los europeos, la mayoría de los pueblos africanos llevaba todavía una vida primitiva, bárbara, y muchos de ellos se hallaban en el nivel más bajo de la barbarie. Algunos vivían en aislamiento completo o casi completo; en

[16] K. M. Panikkar, *A Survey of Indian History* (Londres, 1947); W. F. Wertheim, «Asian History and the Western Historian, Rejoinder to Professor Bastin», *Bijdragen tot de Taal-, Land-, en Volkenkunde* 119 (1963), págs. 149-60.
[17] G. W. F. Hegel, *Lecciones sobre filosofía de la historia universal*, Alianza Editorial, Madrid, 1989[5].

cuanto a los demás, los contactos, si existían, no pasaban de ser escaramuzas dispersas con los pueblos vecinos. El *Estado*, tomado en el sentido auténtico de la palabra, era una noción desconocida para la mayoría de los pueblos de África y tampoco existían las clases. O más bien, ambos existían pero sólo en embrión. No es, pues, realista hablar de su «historia» —en el sentido científico de la palabra— antes de la aparición de los invasores europeos [18].

No hay duda de que este tipo de opiniones no era, en absoluto, monopolio de los historiadores marxistas. Justamente un año antes de la aparición del libro de Sik, el catedrático regio de Historia Moderna en Oxford, H. R. Trevor-Roper, comparaba las historias de Gran Bretaña y África describiendo a esta última como poco más que «las evoluciones infructuosas de tribus bárbaras en rincones del globo pintorescos pero carentes de importancia» [19].

¡Cuánto han cambiado las cosas en veinte años! Nadie en su sano juicio mantendría ya, ni siquiera en Oxford, la inexistencia de la historia de África. El desarrollo de la historia de África ha sido espectacular. Quizá se trata del terreno de la historia más vivo, dinámico e innovador desde la aparición de la nueva historia social y económica en las décadas de 1920 y 1930. Podríamos asegurar que el *Journal of African History* ha sido la publicación más renovadora desde la fundación de los *Annales*. De hecho, los dos procesos son comparables en cierta medida. Los historiadores sociales, como los de los *Annales* y otros, comenzaron a hacerse preguntas no planteadas anteriormente y a las que no se aludía en las fuentes tradicionales. Era necesario descubrir fuentes nuevas y desarrollar nuevas técnicas para reexaminar las antiguas fuentes bajo una luz distinta. La misma situación se da en el caso de la historia de África. Las fuentes, al menos las tradicionales, escasean. Por razones culturales los africanos han producido menos material escrito sobre la historia de África que los europeos y por razones de clima es poco lo que ha llegado hasta nosotros. Esto significa que la mayoría de las fuentes son exógenas. Provienen de extranjeros, bien sean viajeros griegos, romanos o árabes, geógrafos, comerciantes o administradores europeos. Técnicamente hablando, gran parte de la historia de África es prehistoria o protohistoria (o etnohistoria, como a veces se la ha llamado) [20].

[18] E. Sik, *The History of Black Africa* (2 vols., Budapest, 1966), vol. I, pág. 17.
[19] H. Trevor-Roper, *The Rise of Christian Europe* (Londres, 1965), pág. 9.
[20] H. Brunschwig, «Un faux problème: l'ethnohistoire», *Annales E. S. C.* 20 (1965), págs. 291-300.

La misma escasez de las fuentes ha dado un enorme estímulo al desarrollo de nuevas técnicas y métodos. Es necesario interrogar al pasado con otros medios. Vuelve a ser aquí pertinente la comparación con los *Annales* y su *nouvelle histoire*. En ambos casos se ha recurrido a la arqueología, la cartografía, la lingüística y la onomástica. La antropología ha cumplido también una función importante en la historia de África. De hecho, la distinción entre el antropólogo y el historiador no es en modo alguno muy neta.

La técnica más famosa desarrollada para proporcionar nuevas fuentes a la historia de África fue, naturalmente, el estudio de la tradición oral. Aquí, la publicación en 1961 de la obra de Jean Vansina *De la tradition orale. Essai de méthode historique* hizo época. El libro, traducido rápidamente al inglés (*Oral tradition*, 1965), causó un tremendo impacto en la historia de África [21]. A medias entre la ingenuidad y el escepticismo, Vansina desarrolló un método para utilizar la tradición oral de forma crítica y emplearla, por tanto, en la historiografía seria. Dividió la tradición oral en cinco categorías (fórmulas, poesía, listas, cuentos y comentarios), cada una de ellas con varias subdivisiones. Mantenía Vansina que la tradición oral no debería aceptarse según se presentaba y que sólo habría de utilizarse tras un análisis crítico que prestase atención al impacto del significado social, los valores culturales y la personalidad de los escritores. En la medida de lo posible habría de confrontarse, también, con otras fuentes, por ejemplo hallazgos arqueológicos o documentos escritos. Algunos historiadores (y antropólogos) fueron más escépticos con la tradición oral y creyeron, con los debidos respetos hacia Vansina, que había sobrevalorado sus posibilidades, pero es innegable que su obra y sus ideas han tenido una gran influencia en la historia de África [22].

Sean cuales sean las posibilidades ofrecidas por la tradición oral y otras fuentes heterodoxas, el hecho es que África carece en buena medida de documentos escritos. Es cierto, desde luego, que tal afirmación se aplica también a ciertos periodos de la historia europea, para la que los documentos son también muy escasos, así como a la América precolombina, a la Australia anterior a Cook, etc., y que por tanto, la historia de África es excepcional, pero no única. En cualquier caso, parece imposible una historiografía de África comparable

[21] J. Vansina, *De la tradition orale, Essai de méthode historique* (Tervueren, 1961).
[22] En algunas de sus últimas obras, el mismo Vansina parece ser más escéptico que antes. Ver P. Salmon, *Introduction à l'histoire de l'Afrique* (Bruselas, 1986), 126ss.

a la de Europa. Se pueden estudiar procesos a largo plazo, pero a menudo es imposible una historia estrictamente factual o *événementiel*. En este momento, los planteamientos estructurales o a largo plazo están también en boga en la historia europea, pero esto es una cuestión de elección. En África la historia estructural no es una opción sino la única posibilidad. No estamos seducidos por ella sino condenados a ella [23].

En las últimas décadas han aparecido en los foros internacionales cierto número de historiadores africanos y su papel es cada vez más destacado. De todos modos, hay que reconocer que el gran salto adelante en la historia de África se debió sobre todo a historiadores europeos y norteamericanos, en especial a los británicos. El *Journal of African History* —cuyo primer número se publicó en 1960— fue, como ha dicho Terence Ranger, «una combinación de manifiesto, credencial, programa y escaparate para el campo de estudio» [24]. El seminario de Roland Olivier en la London School of Oriental and African Studies ha sido denominado «el primer marco del mundo para la exposición de nuevos trabajos sobre el pasado de África» [25]. La *Short History of Africa* de Oliver y Fage se vendió en más de un millón de ejemplares y fue probablemente el libro suelto más influyente sobre la historia de África.

Los historiadores franceses han tenido también una gran importancia, aunque más modesta. En 1961 Henri Brunschwig, antiguo alumno de Marc Bloch y Lucien Febvre en Estrasburgo, fue invitado por Fernand Braudel para exponer la historia de África en la École des Hautes Études. Su seminario se convirtió en lugar de encuentro para los estudiosos franceses y africanos. Yves Person, autor de una historia monumental e innovadora de Samori, y Catherine Coquery-Vidrovitch no sólo escribieron libros importantes sino que, además, introdujeron la materia en la universidad de París [26]. Otras universidades (Aix, Burdeos) ofrecieron también cursos y seminarios de historia de África y un gran número de estudiantes africanos presentó tesis doctorales en universidades francesas.

[23] Ver H. Brunschwig, «Une histoire de l'Afrique noire est-elle possible?», en: *Mélanges en l'honneur de Fernand Braudel* (2 vols. Toulouse, 1973), vol. I, págs. 75-87.

[24] Ver T. Ranger, «Usable Past», pág. 17.

[25] *The Blackwell Dictionary of Historians* (Oxford, 1988), pág. 308, s.v. Oliver, R.

[26] C. Coquery-Vidrovitch, *Le Congo au temps des grandes compagnies concessionnaires* (París, 1972); Y. Person, *Samori: une Révolution dyula* (3 vols., Dakar, 1968, 1970, 1976). Sobre cste punto ver también: H. Brunschwig, «French Historiography Since 1945 Concerning Black Africa», en: Emmer y Weselingm *Reappraisals*, págs. 84-97.

La contribución de las universidades norteamericanas, en especial la de las tres grandes escuelas de Yale, UCLA y, sobre todo, Madison (Wisconsin), fue importante. Los historiadores norteamericanos con un papel protagonista en la segunda y tercera generación de historiadores africanistas fueron en su mayoría antiguos alumnos de Curtin y Vansina en Madison. En este momento existen también importantes escuelas históricas en diversas universidades de la misma África (Nigeria, Kenia, Zaire). El periodo del predominio europeo está claramente superado.

Mirando hacia atrás, gran parte del debate sobre las posibilidades e imposibilidad de la historia de África y Asia parece más bien fútil, no sólo por la atenuación del sentimiento europeo de superioridad sino también por los cambios en el estudio mismo de la historia. El antagonismo entre colonialistas y nacionalistas cobra sentido en el marco de la historia política, pero en otros terrenos encontramos un planteamiento diferente. La historia social se estudia en el nivel del pueblo, la región o el grupo étnico. La historia cultural se analiza a una escala muy superior que la de la del Estado nacional. Aquí son pertinentes conceptos como civilización hindú o javanesa o «mundo del Islam». La historia económica opera con unidades amplias como el océano Indico o Asia suroriental o, incluso, con la de economía mundial. En este tipo de tratamiento, la oposición de colonial frente a anticolonial no tiene mucho sentido.

¿Significa esto el fin del impacto del colonialismo en la historia de ultramar y que las actitudes tanto occidentales como no occidentales han encontrado un equilibrio completo? No necesariamente, pues existe aún predominio occidental en dos aspectos. En primer lugar, como resultado de la expansión colonial, una gran cantidad de libros, documentos y otros materiales relativos al mundo de ultramar ha sido trasladado a Europa y actualmente se halla disponible en archivos y bibliotecas europeas. Esto quiere decir que, para estudiar su propio pasado los historiadores no europeos tendrán que seguir acudiendo a Europa. En segundo lugar, y también en gran medida a consecuencia del colonialismo, una larga tradición se ha cimentado en el mundo occidental en el campo de los estudios no occidentales y sigue desempeñando en él una función importante. Por otro lado, no existen en la práctica historiadores africanos o asiáticos que estu-

dien la historia y la sociedad europeas. Mientras Occidente tenga sus orientalistas y el Este no disponga de «occidentalistas» no puede haber auténtico equilibrio.

En conclusión, podemos decir que el desarrollo de la historia de África y Asia fue un fenómeno natural y necesario. Pero al mismo tiempo nos plantea un problema. Si bien es cierto que la historia africana y asiática es en gran medida autónoma, es también verdad que, desde aproximadamente el año 1500, la historia de África y Asia ha estado conectada con la de Europa. La historia de Asia es mucho más que la prolongación de la de Europa, pero tampoco puede aislarse por entero de la historia europea. El principal proceso de la historia moderna es la creciente interconexión e imbricación de diversas civilizaciones y economías antes aisladas. La consecuencia de ello es el «moderno sistema mundial» *(Wallerstein)* y la «civilización de la modernidad» *(Eisenstadt)* que hoy tenemos. No puede entenderse este proceso considerando sólo partes aisladas de la historia pues ello sería pasar por alto el tema central de la moderna historia universal. La historia universal no puede considerarse idéntica a la historia europea u occidental ni tampoco concebirse como una serie de procesos aislados. La empresa principal de la historia de la expansión europea tal como se ha desarrollado en el periodo poscolonial consiste en acometer este problema.

Expansión y reacción

El estudio de la expansión europea estuvo también influido por factores tanto externos como internos. La rápida caída de los imperios coloniales, por ejemplo, llevó a cuestionar su aparente estabilidad anterior. El auge del imperio norteamericano, un impetio sin colonias, animó a pensar de nuevo las técnicas informales y formales del imperialismo. La aparición de China condujo a una revaloración de las posibilidades científicas y navales del país y, por tanto, a plantear nuevas preguntas sobre las diferencias entre la expansión china y la europea en sus primeros momentos.

Por otra parte, ciertos factores internos cambian además la naturaleza de los estudios de la expansión y en este terreno se manifestó igualmente la tendencia general favorable a la historia social y económica. Las cuestiones acerca de la monetarización, la navegación, el

oro y la plata, los beneficios del imperio, etc., se plantearon de forma nueva y a menudo encontraron respuestas con la ayuda del ordenador [27]. Lo social pasó a ser un tema de moda, estimulando el estudio de la emigración, el comercio de esclavos, las relaciones raciales, la urbanización y las *mentalités.* Las ciencias políticas influyeron en la historia política sugiriendo el estudio de materias como la toma de decisiones, la opinión pública, la función de grupos de interés particulares, etc.

Aunque en el plano teórico se puso en tela de juicio la distinción tradicional entre primera y segunda fase de expansión, en la práctica real sigue siendo patente la división de trabajo entre los estudiosos de la historia moderna y la contemporánea. Tradicionalmente, en la expansión de la Edad Moderna se insiste en los grandes descubrimientos, la flota y la navegación, las compañías y el comercio, la emigración, los sistemas de plantación y las sociedades esclavistas. Charles Boxer y J. H. Parry escribieron con éxito libros dedicados a presentar una visión de conjunto de los imperios marítimos [28]. La colección publicada en Minnesota sobre historia de «Europa y el mundo en la época de la expansión» (*Europe and the World in the Age of Expansion*) ofreció así mismo una serie de libros de texto sobre estas materias. En muchos de esos campos se ofrecían nuevos enfoques, se planteaban cuestiones nuevas y se aplicaban nuevas técnicas. Glamann, Steensgaard y Chaudhuri publicaron estudios pioneros sobre las compañías de la India; Curtin escribió una obra precursora acerca del comercio de esclavos; Chaunu, sobre el mundo atlántico; Baylin, sobre la emigración, y aún podríamos mencionar a muchos más [29]. Gran parte de las cuestiones analizadas aquí están estrechamente re-

---

[27] Un informe útil sobre este tema, en T. Lindblad, «Computer Applications in Expansion History: A Survey», *Second Bulletin of the ESF-Network on the History of European Expansion.* Suplemento a *Itinerario* 12 (1988), págs. 2-61.

[28] C. R. Boxer, *The Portuguese Seaborne Empire, 1418-1825* (Nueva York, 1969); C.R. Bower, *The Dutch Seaborne Empire, 1600-1800* (Londres, 1965); J. H. Parry, *The Spanish Seaborne empire* (Nueva York, 1966).

[29] K. Glamann, *Dutch-Asiatic Trade 1620-1740* 2ª ed. (La Haya, 1980); N. Steensgard, *The Asian Trade Revolution of the 17th Century. The East India Companies and the Decline of the Caravan Trade* (Chicago/Londres, 1974); K. N. Chaudhuri, *The Trading World of Asia and the English East India Company, 1660-1760* (Cambridge, 1978); P. Curtin, *The Atlantic Slave Trade: a Census* (Madison, Wis., 1969); P. y H. Chaunu, *Séville et l'Atlantique, 1504-1650* (12 vols., París, 1956-60); B. Bailyn, *Voyagers to the West; Emigration from Britain to America on the Eve of the Revolution* (Londres, 1987). Una síntesis reciente en G. V. Scammell, *The First Imperial Age: European Overseas Expansion, c 1400-1715* (Londres, 1989).

lacionadas con los temas principales de debate en la historia europea, como las teorías acerca de los orígenes del capitalismo, las «fases I y II», la depresión general del siglo XVII, la revolución de los precios, etc. Sin embargo, hemos de reconocer que no se expuso ninguna teoría general de la expansión europea. Mientras en la historia de la expansión de los siglos XIX y XX los debates estuvieron dominados por el concepto de imperialismo, en los estudios sobre la primera expansión no se dio nada semejante, al menos basta que Immanuel Wallerstein expuso su teoría sobre el sistema del mundo moderno.

El sistema mundial de Wallerstein

Immanuel Wallerstein, sociólogo de la universidad de Columbia, fue el primero en estudiar la descolonización de África y los problemas del desarrollo. Su forma de pensar estos temas se vio influida por las teorías de la dependencia y el subdesarrollo. No obstante, Wallerstein recurrió a la historia pues creía que los problemas del subdesarrollo sólo pueden entenderse plenamente en su contexto global y en una perspectiva histórica. El trabajo histórico que le resulta más próximo es el del grupo de los *Annales*, en especial el de Fernand Braudel. De hecho hay una fuerte semejanza ente las ideas de Wallerstein y el marco conceptual del tercer volumen de la obra de Braudel sobre *Civilización material, economía y capitalismo* [30]. La principal publicación de Wallerstein hasta el momento es un estudio (programado) en cuatro volúmenes de lo que él denomina *El sistema del mundo moderno* (*The Modern World System*). El primer volumen, aparecido en 1974, ofrecía el marco analítico del proyecto [31]. Fue una fuente de inspiración para muchos otros estudiosos y llevó a un interesante debate sobre los orígenes de la expansión europea y el capitalismo.

Wallerstein mantiene que la economía mundial actual se remonta a finales del siglo XV. Allí encontramos los inicios de un sistema mundial que se desarrolló plenamente en los siglos XVI y XVII y estaba ya maduro antes de la revolución industrial. El «momento decisivo» puede situarse en la resolución de la crisis del feudalismo, ocurrida aproximadamente entre 1450 y 1550. En el periodo de 1550-1650 existían ya todos los mecanismos básicos del sistema mundial capitalista. En vista de ello, la revolución industrial, en torno a los años 1760 a 1830, no puede seguir considerándose un punto crítico en la historia de la economía mundial capitalista.

[30] F. Braudel, *Civilisation matérielle, économique et capitalisme, XVe-XVIIIe siècle* (París, 1979) [hay ed. east., *Civilización material, economía y capitalismo, ss. XV-XVIII*, Alianza Editorial, Madrid, 1984].

[31] I. Wallerstein, *The Modern World System: Capitalist Agriculture and the Origins of the European World-Economy in the Sixteenth Century* (Nueva York, 1974) [hay ed. cast., *El moderno sistema mundial 1. La agricultura capitalista*, Madrid, 1984[2]].

El sistema mundial se caracteriza, según Wallerstein, por un orden económico internacional y una división internacional del trabajo. Consta de un núcleo, una semiperiferia y una periferia cuya situación cambia con el tiempo (unas regiones pueden ascender al núcleo o descender a la periferia). La historia moderna es, en realidad, la historia de la constante integración en este sistema mundial de un número de partes del mundo cada vez mayor. El sistema mundial actúa de modo que el centro reciba los beneficios, explotando así a la periferia. Esta situación está generada por el comercio internacional, considerado como un juego de todo o nada: los beneficios de una parte equivalen a las pérdidas de la otra. Los beneficios del comercio internacional hicieron posible la revolución industrial, que a su vez se limitó a confirmar las relaciones desiguales existentes y reforzó el desarrollo del subdesarrollo.

La obra de Wallerstein fue bien recibida por los sociólogos pero de forma más crítica por los historiadores, quienes le reprocharon la gran importancia concedida en el modelo al comercio internacional. Algunos mantuvieron que las economías preindustriales no eran capaces de producir unos excedentes tan significativos como para posibilitar un comercio internacional de importancia. Antes del barco de vapor, las posibilidades de transporte eran muy limitadas. En torno a 1600, el total de las flotas mercantes de los Estados europeos sumaban sólo el tonelaje de uno o dos superpetroleros actuales (en torno a 1800, el de siete u ocho) [32]. Incluso en las naciones comerciales por excelencia, como Gran Bretaña y la República de Holanda, el comercio de exportación representaba un porcentaje muy pequeño del PNB (y la exportación a la periferia, únicamente un reducido porcentaje del total del comercio ultramarino) [33]. El capital acumulado en Gran Bretaña a consecuencia del comercio en ultramar no

[32] Ver J. de Vries, *The Economy of Europe in an Age of Crisis, 1600-1750* (Cambridge, 1976), págs. 192-3 [hay ed. cast., *La economía de Europa en un período de crisis, 1600-1750*, Cátedra, Madrid, 1987[3]].

[33] Ver R. Floud y D. McCloskey (eds.), *The Economic History of Britain since 1700* (2 vols., Cambridge, 1981), vol. I, págs. 87-92.

puede haber representado más del 15 por ciento de los gastos brutos generados durante la revolución industrial [34]. En términos generales, los efectos de la expansión europea en las regiones de ultramar no fue muy importante. En Asia el impacto del comercio ultramarino fue sólo regional. Tanto en India (tejidos) como en Indonesia (cultivos para el consumo en fresco) las regiones afectadas por la demanda europea fueron reducidas. Por lo que respecta a África, el comercio de productos fue muy limitada. Mucho más importante fue la trata de esclavos en la región del Atlántico. No obstante, investigaciones recientes tienden a minimizar sus consecuencias demográficas a largo plazo. El impacto de la expansión europea fue máximo en América y el Caribe, no tanto por el comercio cuanto por el declive demográfico de la población autóctona.

Un aspecto interesante de la teoría de Wallerstein es su cuestionamiento de la idea misma de tevolución industrial y, por tanto, de la distinción entre colonialismo preindustrial e industrial. Esta distinción era el argumento fundamental en la teoría clásica del imperialismo que ha dominado la historiogtafía de la expansión europea a finales del siglo XIX y en el siglo XX.

Imperialismo

Aunque la palabra imperialismo existe desde la década de 1860, el imperialismo como concepto histórico no apareció hasta la publicación de la obra de J. A. Hobson *Imperialism: a Study*, publicada en 1902 [35]. Para explicar el imperialismo, Hobson mantenía que, a consecuencia del sistema capitalista, la economía británica sufrió una reducción en el consumo. Esto significaba que el excedente de capital no podía invertirse con beneficios en la misma Inglaterra. Así pues, según sus famosas palabras, los capitalistas «buscaban mercados externos e inversiones en el extranjero para obtener bienes y capital que no podían vender o utilizar en el país» [36]. Así nació la teoría del imperialismo capitalista.

La teoría de Hobson fue enseguida aceptada, adaptada y refinada

[34] Ver P. O'Brien, «European Economic Development: The Contribution of the Periphery», *Economic History Review* 35 (1982), pág. 9.

[35] J. A. Hobson, *Imperialism. a Study* (Londres, 1902).

[36] *Ibíd.*, pág. 85.

por los pensadores marxistas, sobre todo por los alemanes, como Karl Hilferding y Rosa Luxemburg. Al hacerlo así, estos autores modificaron también la argumentación de Hobson. Mientras que para Hobson la huida de capital era una consecuencia típica, pero no necesaria, del capitalismo, para los marxistas el imperialismo se convirtió en algo inevitable. La fórmula más famosa se encuentra en Lenin, quien en 1916 denominó al imperialismo «la fase superior del capitalismo». Aunque las diferencias entre Hobson y Lenin son evidentes, pronto fue un tópico referirse a la «tesis de Hobson-Lenin», que de hecho se convirtió en explicación normal del imperialismo europeo durante las décadas de 1920 y 1930.

El debate sobre el imperialismo no se reanudó hasta la década de 1960. Es evidente que la descolonización y el auge del imperio económico americano tuvieron mucho que ver en todo ello. En 1961 los historiadores británicos J. Gallagher y R. Robinson publicaron un libro que habría de ser la revisión más influyente del imperialismo británico: *Africa and the Victorians* [37]. El año anterior, Henri Brunschwig había publicado *Mythes et réalités de l'imperialisme colonial français, 1871-1914*, ensayo que marcó la pauta a todos los estudios posteriores sobre el imperialismo francés [38]. Le siguieron nuevas interpretaciones del imperialismo belga, alemán, italiano, portugués y, finalmente, holandés. Podríamos hablar de una revolución historiográfica cuyas conclusiones pueden resumirse aquí muy brevemente en lo que respecta a las dos mayores potencias implicadas.

Gallagher y Robinson, continuando las líneas desarrolladas en su artículo «The Imperialism of Free Trade» [39], mantenían que el denominado periodo imperialista (1880-1914) sólo se diferenció del anterior periodo de libre comercio supuestamente antiimperialista, a mediados de la época victoriana, por sus medios y no por sus fines: los ingleses de la época victoriana media podían actuar sin medidas políticas; los victorianos tardíos debieron formalizar su imperio. Esta formalización fue provocada por crisis locales y situaciones frontetizas que crearon vacíos políticos que debían ser llenados por los británi-

[37] R. Robinson, J. Gallagher (con A. Denny), *Africa and the Victorians: the Official Mind of Imperialism* (Londres, 1961).

[38] H. Brunschwig, *Mythes et réalités de l'imperialisme colonial français, 1871-1914* (París, 1960).

[39] R. Robinson, J. Gallagher, «The Imperialism of Free Trade», *Economic History Review* 6 (1953); págs. 1-15.

cos. Sus acciones tenían un trasfondo estratégico y no económico y su política es esencialmente defensiva y desganada. En resumen, Gallagher y Robinson echaron abajo el concepto de un periodo imperialista así como la explicación económica tradicionalmente ligada a él.

Aunque sus conclusiones eran similares en ciertos aspectos, la revisión de Brunschwig del imperialismo francés fue bastante diferente. Brunschwig aceptaba que en el caso de Francia hubo un periodo imperialista bien definido, aproximadamente entre 1880 y 1914, lo cual, en realidad, apenas puede negarse. Pero, mientras el autor era tradicional en este aspecto, fue revolucionario en la interpretación del fenómeno. Tras un cuidadoso examen de los intereses económicos de los colonialistas franceses así como del balance económico del imperialismo francés, llegó a la conclusión de que sería un mito explicarlo en función de la economía. El imperio no era rentable, no había vínculos entre proteccionismo e imperialismo y los imperialistas franceses no tenían intereses ni motivos económicos. En consecuencia, la explicación debía ser distinta. Según Brunschwig, la explicación se ha de encontrar en el auge del nacionalismo en la Tercera República, profundamente herido por la derrota de 1870. De este modo, al igual que Gallagher y Robinson, su libro es fundamentalmente una refutación de la teoría económica del imperialismo.

Los libros mencionados más arriba dieron el adiós a la explicación tradicional simple del imperialismo en función de necesidades económicas, aunque no ofrecieron un análisis de sus aspectos económicos. Para abordar esta inmensa cuestión es necesario no sólo resolver un gran número de problemas teóricos y metodológicos, sino, también, recabar y analizar una enorme cantidad de datos. Una vez más, la informática lo ha hecho posible. Dos historiadores norteamericanos, L. Davis y R. Huttenback, muy oportunamente relacionados con el Instituto de Tecnología de California, lo llevaron a efecto en lo que respecta al imperialismo británico. Ambos autores reunieron una enorme cantidad de datos y los analizaron con métodos muy complejos. Su libro *Mammon and the Pursuit of Empire* [40] parece ofrecer la respuesta definitiva a la vieja y famosa cuestión: ¿mereció la pena el imperio? La respuesta, un tanto decepcionante es: ¡No! A partir de 1880 las tasas de beneficio, inicialmente muy elevadas, obtenidas

[40] L. A. Davis y R. A. Huttenback, *Mammon and the Pursuit of Empire: the Political Economy of British Imperialism, 1860-1912* (Cambridge, 1986).

de las inversiones en las colonias, cayeron por debajo de los ingresos comparables provenientes de otros destinos en ultramar e incluso en Gran Bretaña. Así, Hobson y Lenin se equivocaban en cuanto a la relación entre excedente de capital y necesidad de expansión colonial. Las colonias dependientes no fueron los principales destinatarios del capital de la City. Indudablemente, esta respuesta no es completa, pues Davis y Huttenback mantienen también que para algunos capitalistas esas inversiones estuvieron muy lejos de ser marginales [41].

En Francia, bajo la influencia de los argumentos de Brunschwig, hasta los autores marxistas han aceptado su interpretación de que los aspectos económicos del imperialismo francés fueron insignificantes. En un intento por rescatar la interpretación marxista han mantenido que el imperialismo francés podía encontrarse en otras partes, en Rusia, en el imperio otomano, etc. Este ejercicio dialéctico concluía que el colonialismo francés no fue imperialista ni el imperialismo francés colonial [42]. Para encontrar una respuesta más empírica a la cuestión de la economía y el imperio, la profesora Catherine Coquery-Vidrovitch tomó la iniciativa de establecer un banco de datos del comercio colonial francés (1880-1960). Su colega en París, Jacques Marseille, fue el primero en hacer un uso amplio de esta rica documentación en su tesis doctoral *Empire colonial et capitalisme français: histoire d'un divorce* [43]. La conclusión de Marseille es que se dio una ruptura en la relación entre capitalismo y colonialismo. En el periodo inicial, 1880-1930, la industria francesa necesitaba la salida del mercado colonial protegido y el matrimonio entre colonialismo y capitalismo fue feliz. En el segundo periodo, 1930-1960, el proteccionismo se convirtió en un obstáculo para la modernización industrial, urgentemente necesitada. El divorcio fue inevitable. Pero la descolonización estaba ya en marcha. El fin del imperio fue una bendición par el capitalismo.

Esto, por lo que se refiere a Europa. Pero, ¿cuál fue el impacto del imperialismo en el mundo de ultramar? Se trata de un asunto complicado sobre el que se ha mantenido un debate apasionado desde el mismo momento en que se planteó la cuestión. Son pocos los

[41] Ver también los artículos de P. J. Cain y A. G. Hopkins sobre este tema en *Economic History Review* 33 (1980); págs. 463-90; 39 (1986), págs. 501-525 y 40 (1987) págs. 1-26.

[42] Ver J. Bouvier y R. Girault (eds.), *L'Impérialisme français d'avant 1914* (París/La Haya, 1976).

[43] J. Marseille, *Empire colonial et capitalisme français: histoire d'un divorce* (París, 1984).

puntos en que los contendientes están de acuerdo, pero es innegable un hecho : el impacto real de Occidente sobre los territorios ultramarinos tuvo lugar después de la revolución industrial. ¿Cuáles fueron sus efectos? Como es natural, el colonialismo estaba organizado para fomentar los intereses de la potencia colonial. Esto, por supuesto, implicaba cargas de varios tipos para los pueblos colonizados. Sin embargo, más allá del ámbito de verdades básicas como ésta, hay una amplia zona de problemas a los que no se puede dar una respuesta simple. Es el caso del fenómeno bien comprobado de la desindustrialización (sobre todo en la industria textil india). También, el problema de la especialización en productos agrícolas de consumo en fresco. Por otra parte, se dan procesos a largo plazo, consecuencia de inversiones en infraestructura (minería, carreteras, puertos), reforma de la administración, educación, salud. Es extraordinariamente difícil realizar un balance económico del colonialismo, no sólo por la falta de datos sino también por los problemas teóricos.

Si, según ha demostrado convincentemente la investigación moderna, no es aceptable la simple explicación de que el imperialismo fue el resultado del capitalismo, sigue en pie la pregunta: ¿Cuál *fue* la razón? ¿Por qué hubo «una época del imperialismo»? Por lo que respecta a Gran Bretaña, la respuesta a este interrogante fue dada también por Gallagher y Robinson, quienes mantuvieron que no la hubo. El concepto mismo de época del imperialismo (1880-1914) es una falacia. Considerar este periodo como el cénit del imperialismo británico es no entender su auténtica naturaleza. El número creciente de zonas bajo dominio británico en el mapa durante las décadas de 1880 y 1890 podría parecer sugerir un aumento progresivo del poder de Gran Bretaña. Sin embargo, en realidad aquello no era una señal de fuerza sino de debilidad. Gran Bretaña fue más poderosa en los primeros años del siglo XIX, cuando imperaba con medios informales, que en los últimos, de dominio político formal [44].

El concepto de imperio informal es muy atractivo y sugerente, pues explica un gran número de fenómenos importantes. Da además un sentido mucho más amplio al término imperialismo. En este tipo de análisis, el imperialismo existe en periodos y formas diferentes. La tarea del historiador consiste en explicar la transición de una forma a otra. En la argumentación de Gallagher y Robinson, las razones no se

[44] R. Robinson, J. Gallagher, «The Imperialism of Free Trade», (ver nota 39).

han de encontrar en los políticos europeos —que preferían en cualquier caso un imperio informal— sino en los cambios de situación en ultramar. El imperialismo se considera un sistema de colaboración entre fuerzas europeas y no europeas. Las formas cambiantes de imperialismo son el resultado de modificaciones en las formas de colaboración [45]. Es obvio que en este tipo de análisis la descolonización pierde también gran parte de su importancia como momento crítico. Si existe un imperialismo informal antes del imperio, lógicamente puede también haber un imperialismo informal después de aquél [46]. Aquí, el debate sobre el imperialismo está vinculado a los de la descolonización y el subdesarrollo.

La descolonización y el periodo posterior

La descolonización no ha sido tema de análisis y debate histórico hasta fechas recientes. Es cierto que ya se había escrito mucho sobre ella, pero todo tenía un carácter *événementiel* y la perspectiva adoptada era claramente ideológica. Por todas partes se interpretaba la misma música. Los pueblos colonizados deseaban independizarse. Acabada la Segunda Guerra Mundial combatieron a sus opresores y se sacudieron el yugo del imperio colonial. Durante mucho tiempo parecía que no hubiese nada más que decir. Recientemente se han publicado varios estudios colectivos y comparativos que ofrecen interpretaciones nuevas y plantean nuevas cuestiones. La descolonización surge finalmente como un tema de análisis histótico más que como un acto divino o el resultado de las leyes de la naturaleza [47].

Las cuestiones debatidas son básicamente muy simples. ¿Por qué se produce la descolonización en el momento en que se produce y por qué adoptó las difetentes formas en que se dio? La descolonización no se describe ya como la historia de los actos de líderes políticos en un lapso de tiempo corto (1947-62). También se presta atención a sus aspectos estructurales y coyunturales a largo plazo. El

[45] R. Robinson, «Non-European Foundations of European Imperialism: Sketch for a Theory of Collaboration», en: R. Owen y B. Sutcliffe (eds.), *Studies in the Theory of Imperialism* (Londres, 1972), págs. 117-40.

[46] Ver W. J. Mommsen y Osterhammel (eds.), *Imperialism and After: Continuities and Discontinuities* (Londres, 1986).

[47] Ver H. L. Weseling, «Towards a History of Decolonization», *Itinerario* 11 (1987), págs. 94-106.

análisis de las diferentes formas de descolonización se centra en las tres fuerzas operantes: la potencia colonial, la situación en la colonia y el factor internacional. La interacción de estas fuerzas decidió las formas pero no el resultado del proceso pues, fueran cuales fuesen las diferencias, el resultado era siempre el mismo: la independencia. Pero también aquí vuelve a plantearse una pregunta. ¿Qué significó realmente la independencia? El final del imperio, ¿fue también el del imperialismo o su continuación por medios distintos? Aquí el tema de la descolonización está vinculado a otro asunto: la teoría de la dependencia.

La teoría de la «dependencia» fue expuesta por primera vez por el economista argentino Raúl Prebish en 1947 y desarrollada más tarde en la década de 1960 por los estudiosos latinoamericanos y norteamericanos interesados por la América Latina. La teoría nació de la observación de la persistencia de los problemas de Latinoamérica: pobreza, desigualdad, barrios de chabolas, deuda externa, predominio del capital extranjero, en una palabra, dependencia. La teoría de la dependencia sostiene que esta situación no es resultado de la falta de desarrollo sino del subdesarrollo. La teoría, nacida de los estudios sobre América Latina, fue elaborada y refinada para adquirir carácter universal y aplicable no sólo a Latinoamérica sino a todo el Tercer Mundo. El Tercer Mundo se contempla como la periferia de un sistema económico mundial cuyo centro, es decir, Occidente, acumula los beneficios y mantiene la periferia en una situación de dependencia permanente. Así, el subdesarrollo no es una situación sino un proceso. El Tercer Mundo no está subdesarrollado, sino que es subdesarrollado por Occidente. André Gunder Frank propuso su formulación más pegadiza: «el desarrollo del subdesarrollo» [48].

La teoría de la dependencia se aplicó pronto a diversas partes del Tercer Mundo, en especial a África. Samir Amin escribió extensamente sobre el tema y Walter Rodney publicó su libro de éxito acerca del mismo con el llamativo título de *Cómo Europa subdesarrolló a África* (*How Europe Underdeveloped Africa*) [49]. El problema de la teoría

[48] A. G. Frank, «The Development of Underdevelopment», en: R. I. Rhodes (ed.), *Imperialism and Underdevelopment: a Reader* (Nueva York y Londres, 1960), págs. 5-16. Sobre este punto ver L. Blussé, H. L. Wesseling y G. D. Winius (eds.), *History and Underdevelopment* (Leiden y París, 1980).

[49] W. Rodney, *How Europe Underdeveloped Africa* (Londres, 1972).

es que para explicar el particular (sub)desarrollo de África tiene que hacer depender al continente de influencias foráneas durante la mayor parte de su historia. Esta línea de pensamiento contradecía un tanto la tendencia principal elaborada para la historia de África por las mismas fechas, que insistía en la autonomía de la historia africana. Los africanos no se consideraban ya meras víctimas de la expansión europea, sino dueños, en gran medida, de su propio destino. Mientras los neomarxistas acogían la teoría de la dependencia, los historiadores y antropólogos marxistas clásicos insistían en la autonomía de la historia de África e intentaban incluso descubrir un «modo de producción africano» [50].

Tanto la teoría de la dependencia como el concepto de imperio informal fueron de gran valor heurístico, pues cuestionaron algunas de las hipótesis básicas de la historia de ultramar, cambiando así nuestra interpretación. El concepto mismo de época del imperialismo, con un comienzo y un final bien delimitados puede ser objeto de debate, al menos por lo que respecta a Gran Bretaña. El cénit del imperio británico se sitúa ahora a veces en el siglo XVIII, y su decadencia comenzaría en el XIX. No es sorprendente que se haya llegado a plantear la pregunta de «Por qué duró tanto el imperio británico» [51]. El peligro de este tipo de conceptos y teorías es que su significado se sobrestima y se convierten en una nueva ortodoxia. Un correctivo útil para las interpretaciones existentes es relativizar la importancia de momentos críticos como el de comienzo del imperialismo o el de transferencia de poderes, pero no debemos tampoco infravalorar su importancia histórica. La pérdida y recuperación final de la independencia política son cesuras históricas de suficiente importancia y no es conveniente dejar que su significación histórica concreta se desvanezca en una concepción más bien abstracta de dependencia. Con conceptos como éste, nos enfrentamos aquí a otro problema: están formulados de manera tan abstracta que se aplican a cualquier tipo de dominación. La reciente contribución de Ronald Robinson a la teoría del imperialismo, la teoría «excéntrica», con o sin imperio, padece de este defecto. En este modelo, el último ex-

[50] Sobre este tema hay una amplia literatura. Una introducción breve, en A. G. Hopkins, «Clio-Antics: A Horoscope for African Economic History», en: Fyfe, *African Studies*, págs. 31-48.

[51] P. M. Kennedy, «Why Did the British Empire Last So Long?», en: P. M. Kennedy, *Strategy and Diplomacy, 1870-1945· Eight Studies* (Londres, 1983), págs. 197-218.

puesto por él, el imperialismo se concibe en «función del juego de mercados internacionales económicos y políticos en los que ciertos grados de monopolio y competitividad en las relaciones mundiales, metropolitanas y locales deciden su necesidad y utilidad» [52]. La afirmación es probablemente correcta, pero también una descripción bastante abstracta del imperialismo. A lo largo de la historia encontramos asimetría de poder y cambios en las formas de colaboración. Quizá sea de mayor utilidad situarse algo más cerca de los procesos bistóricos concretos y prestar plena atención a los aspectos específicos y singulares de la expansión europea. Esto nos retrotrae a la cuestión inicial: «¿Qué es la historia de ultramar?», o mejor, «¿Qué será en el futuro?»

Conclusión

Cuando, en 1979, P. C. Emmer y yo publicamos un volumen de ensayos titulado *Reappraisals in Overseas History* tuvimos que plantearnos también la pregunta «¿Qué es la historia de ultramar?» Entonces sostuvimos que era un concepto mucho más amplio que la historia de la expansión de Europa, pues «trata no sólo de los encuentros entre europeos y no europeos, sino también de los sistemas económicos, sociales, políticos y culturales de los no europeos» [53]. Sin duda es así. Tal como hemos visto en esta colaboración, hay, de hecho, dos formas diferentes y claramente distintas de historia de ultramar: la historia autónoma de Asia y África y la historia de la expansión europea. Pero, como también hemos observado, esta situación no es satisfactoria. Si existen historias autónomas de África, Asia, América, Australia, etc., no hay razón para meterlas todas ellas en un cesto por la sola razón de no ser europeas, y darles el nombre de «historia de ultramar.» El motivo de que esto ocurriera fue que después de 1945 la historia de ultramar tuvo que buscar un nuevo foco de interés y los historiadores coloniales y sus estudiantes se aplicaron a la historia de Asia y África. Estos campos habían demostrado su derecho a la existencia algún tiempo antes. Entre tanto, la expresión «historia de ultramar» sirvió de cobertura neutral y, por tanto, conveniente a sus actividades. Esta forma de historia ultramarina puede considerarse, pues, como un movimiento emancipatorio. Podría comparase a la aparición de la historia de las mujeres o de los negros, o, en un periodo anterior, a la de las clases trabajadoras, los campesinos, etc. En cuanto la emancipación concluye, el objeto cambia de carácter. Desde el punto de vista del historiador profesional continuará existiendo como especialización, como un campo de interés particular, pero para el público mayoritario se convierte en parte de la historia «general».

[52] R. Robinson, «The Excentrie Idea of Imperialism, With or Without Empire», en: Mommsen y Osterhammel, *Imperialism and After*, págs. 267-89.

[53] P. C. Emmer y H. L. Wesseling, «What is Overseas History?», en: Emmer y Wesseling, *Reappraisals*, pág. 3.

Esto es lo que ocurre, sin duda, con la histotia de África y Asia. Han demostrado su derecho a la existencia, del mismo modo que la historia de Europa o América. Así, esta rama particular de la historia de ultramar está abocada a diluirse en la historia de África, Asia, etc. Pero hay también otra faceta. De la misma manera que una parte de la historia de Europa, pero no toda, puede entenderse como historia autónoma, así sucede también con el mundo de ultramar. En los cinco últimos siglos, aptoximadamente, las historias de las diversas partes del mundo han quedado interconectadas y las distintas civilizaciones han ejercido una influencia mutua. Este es el otro tema de la historia de ultramar y la importancia de este aspecto de la historia moderna se comprende cada vez mayor. La historia de ultramar ha conseguido bajo esta forma un lugar definido en el campo de la historia moderna, no como una disciplina o subdisciplina especial, sino como una forma particular de la historia universal.

En este momento hay, al parecer, dos planteamientos, dos modos de tratar el problema de la historia mundial. Uno de ellos podría calificarse quizá de macrosociología. Este tipo de historia se caracteriza por una orientación sociológica. Destaca un fenómeno o un tema social específico, como la formación del Estado, la evolución o la dictadura, y lo analiza en situaciones históricas diversas. De ese modo podemos distinguir similitudes y desemejanzas entre, por ejemplo, acontecimientos de la Europa del siglo XVI y de la China del XX. El propósito del juego es aprender más sobre los procesos sociales en general [54]. El otro planteamiento es más tradicional, por cuanto intenta distinguir ciertos modelos en el desarrollo de la historia moder-

[54] Ver T. Skocpol y M. Somer, «The Uses of Comparative History in Macrosocial Inquiry», *Comparative Studies in Society and History*, 22 (1980), págs. 174-97.

na y considera la historiografía como descripción de procesos y acontecimientos históricos concretos. La historia se estudia también según el modo comparativo, pero dentro del marco de procesos cronológicos. Hay más interés por las diferencias entre diversos procesos y la unicidad de ciertos acontecimientos que por sus semejanzas. El marco conceptual es el de la unificación del mundo como consecuencia de la expansión de Europa y del auge de Occidente [55]. Ambos planteamientos se caracterizan por un fuerte deseo de superar las fronteras tradicionales, los puntos de vista localistas y las parcialidades nacionalistas. En última instancia persiguen el mismo objetivo: hacer aplicable a la historia del mundo la disciplina específicamente occidental de la historia. Esto es necesario porque «nuestra civilización es la primera en tener como pasado propio el pasado del mundo y nuestra historia la primera en ser historia universal.» Estas palabras fueron escritas por Huizinga hace más de medio siglo. [56]. Todavía hoy nos enfrentamos al reto de extraer las consecuencias derivadas de ellas.

[55] Sobre este punto son importantes, además de Wallerstein, Eric R. Wolf, *Europe and The People Without History* (Berkeley, 1982) y P. Curtin, *Cross Cultural Trade in World History* (Cambridge, 1985), así como W. McNeill, *The Rise of the West: a History of the Human Community* (Chicago, 1963).

[56] J. Huizinga, «A Definition of the Concept of History», en: R. Kiblansky y H. J. Paton (eds.), *Philosophy and History* (Oxford, 1936), pág. 8.

Capítulo 5
SOBRE MICROHISTORIA

Giovanni Levi

Una duda sin fin no es siquiera una duda.

L. Wittgenstein, 1969.

No es casual que el debate sobre de la microhistoria no se haya basado en textos o manifiestos teóricos. La microhistoria es por esencia una práctica historiográfica, mientras que sus referencias teóricas son múltiples y, en cierto sentido, eclécticas. El método, de hecho, se interesa ante todo y sobre todo por los procedimientos concretos y detallados que constituyen la obra del historiador, por lo que la microhistoria no es susceptible de definirse por relación con las microdimensiones de sus temas. El lector de este artículo se verá quizá sorprendido por su naturaleza un tanto teórica. De hecho, muchos historiadores que practican la microhistoria han mantenido constantes intercambios con las ciencias sociales y han establecido teorías historiográficas sin haber sentido, no obstante, ninguna necesidad de referirse a algún sistema coherente de principios propios. La microhistoria no posee un cuerpo de ortodoxia establecida en el que apoyarse al igual que cualquier otro trabajo experimental. La amplia diversidad de materiales generados demuestra claramente lo reducido del ámbito de elementos comunes. Sin embargo, en mi opinión, esos pocos elementos comunes existentes en microhistoria son decisivos y constituyen el objeto que intentaré examinar aquí.

Se dan en microhistoria ciertas características distintivas que nacen en el periodo de su aparición en la década de 1970 a partir

de un debate político y cultural más general. No hay en ello nada especialmente raro, pues las décadas de los setenta y los ochenta fueron casi de manera universal años de crisis para la creencia optimista predominante según la cual el mundo se transformaría con rapidez y de forma radical de acuerdo con una orientación revolucionaria. En ese tiempo, muchas de las esperanzas y mitologías que habían guiado anteriormente la mayor parte de los debates culturales, incluido el campo de la historiogtafía, demostraron ser más que inválidas, inadecuadas frente a las consecuencias impredecibles de los acontecimientos políticos y las realidades sociales —acontecimientos y realidades que estaban muy lejos de ajustarse a los modelos optimistas propuestos por los grandes sistemas marxistas o funcionalistas—. Todavía estamos viviendo plenamente las impresionantes fases iniciales de este proceso y los historiadores se han visto forzados a plantearse nuevas cuestiones acerca de sus propias metodologías e interpretaciones. Ante todo, ha quedado socavada la hipótesis del automatismo del cambio. Más en concreto: lo que se ha puesto en duda ha sido la idea del progreso constante a través de una serie uniforme y predecible de etapas en las que, según se pensaba, los agentes sociales se ordenaban de acuerdo con solidaridades y conflictos que, en cierto sentido, estaban dados y eran inevitables.

El aparato conceptual con que los sociólogos de todo tipo de orientación interpretaban los cambio actuales o del pasado estaba lastrado por la herencia de una pesada carga de positivismo. Las predicciones del comportamiento social resultaron ser probadamente erróneas y este fracaso de los sistemas y paradigmas existentes requirió no tanto la construcción de una nueva teoría social general, cuanto una revisión completa de los instrumentos de investigación utilizados. Por más trivial y simplista que pueda parecer tal afirmación, este sentimiento de crisis es tan general que debería bastar con recordarla de la manera más elemental.

No obstante, las posibles reacciones a la crisis eran varias y la misma microhistoria no pasa de ser una fracción de hipotéticas respuestas que insiste en redefinir conceptos y analizar en profundidad las herramientas y métodos existentes. Simultáneamente se propusieron otras soluciones, mucho más drásticas, que a menudo viraban hacia un relativismo desesperado, hacia un neoidealismo o, incluso, hacia la vuelta a una filosofía trufada de irracionalidad.

Los historiadores que tomaron partido por la microhistoria [1] solían hundir sus raíces en el marxismo y tenían una orientación política de izquierda y una profanidad radical, poco proclive a la metafísica. A pesar de que estas características se manifestaran en formas muy diversas, cteo que sirvieron para confirmar a dichos historiadores en la idea de que la investigación histórica no es una actividad puramente retórica y estética.

Su obra se centró siempre en buscar una descripción más realista del comportamiento humano, recurriendo a un modelo de la conducta humana en el mundo basado en la acción y el conflicto y que reconoce su —relativa— libertad más allá, aunque no al margen, de las trabas de los sistemas prescriptivos y opresivamente normativos. Así, toda acción social se considera resultado de una transacción constante del individuo, de la manipulación, la elección y la decisión frente a la realidad normativa que, aunque sea omnipresente, permite, no obstante, muchas posibilidades de interpretación y libertades personales. La cuestión que se plantea es, por tanto, la de definir los límites —por más estrechos que puedan ser— de la libertad garantizada al individuo por los intersticios y contradicciones existentes en los sistemas normativos que lo rigen. O, en otras palabras, una indagación de hasta dónde llega la naturaleza de la voluntad libre en la estructura general de la sociedad humana. En este tipo de investigación, el historiador no se interesa sólo por la interpretación de las opiniones sino, más bien, por la definición de las ambigüedades del mundo simbólico, la pluralidad de interpretaciones posibles del mismo y la lucha entablada por los recursos tanto simbólicos como materiales.

La microhistoria ocupa, pues, una posición muy específica en la denominada nueva historia. No se trataba simplemente de corregir aquellos aspectos de la historiografía académica que al parecer ya no funcionaban. Aún más importante era refutar el relativismo, el irracionalismo y la reducción de la obra del historiador a una actividad puramente retórica que interpreta los textos y los acontecimientos mismos.

«Una duda sin fin no es siquiera una duda», según Wittgenstein [2]. El problema reside en encontrar una manera de reconocer los

[1] La obra se centra en dos publicaciones: las *Microstorie*, serie publicada en Turín dsde 1981, y, en parte, la revista *Quaderni Storici*, publicada por Il Mulino de Bolonia.

[2] L. Wittgenstein, *Sobre la certeza*, Barcelona, 1987.

límites del conocimiento y la razón, al tiempo que se construye una historiografía capaz de organizar y explicar el mundo del pasado. Por tanto, el principal conflicto no se da entre la historia nueva y la tradicional sino, más bien, en el sentido de la historia considerada como práctica interpretativa [3].

La microhistoria en cuanto práctica se basa en esencia en la reducción de la escala de observación, en un análisis microscópico y en un estudio intensivo del material documental. Esta definición da pie ya a posibles ambigüedades: no se trata simplemente de atender a las causas y efectos de que en todo sistema social coexistan aspectos diferentes, en otras palabras, al problema de describir estructuras sociales de gran complejidad sin perder de vista la escala del espacio social de cada individuo y, por tanto, de las personas y su situación en la vida. La cuestión no es, por tanto, conceptualizar la idea de escala en cuanto factor inherente a todos los sistemas sociales y como característica importante de los contextos de interacción social que incluyen aspectos cuantitativos y espaciales diversos. Este problema ha sido ampliamente debatido entre antropólogos, que han expuesto el concepto de escala precisamente desde esta perspectiva: la escala como objeto de análisis que sirve para medir los distintos aspectos en el campo de las relaciones. Para Fredrik Barth, por ejemplo, que organizó sobre este tema un seminario fundamental, el problema reside en nuestra «capacidad para describir diferentes combinaciones de escala en distintas organizaciones sociales empíricas, para medir el cometido que desempeñan en los diferentes sectores de las vidas que configuran» [4]. Para la microhistoria, la reducción de escala es un procedimiento analítico aplicable en cualquier lugar, con independencia de las dimensiones del objeto analizado.

Quisiera examinar por un momento más de cerca este problema,

[3] No estoy, por tanto, de acuerdo con la postura adoptada por Joan Scott («History in Crisis? The Others' Side of the Story», en *American Historical Review* 94 (1989), págs. 680-92), quien considera provechosa cualquier obra histórica de vanguardia. Su artículo concluye pidiendo una fase de renovación sin uiguna perspectiva particular: «Si las múltiples historias diferentes del pasado, basadas en distintas experiencias históricas, son de hecho irreconciliables, ¿existe, no obstante, nna manera de pensar el pasado coherente y sistemáticamente?... Sólo se puede responder a estas cuestiones si aceptamos la idea de que la historia es en sí misma una disciplina eambiante» (págs. 691-2). Pero, ¿cuál es la respuesta a las «preguntas creativas»?

[4] F. Barth (ed.), *Scale and Social Organization* (Oslo, Bergen, Tromso, 1978), pág. 273.

pues la idea de que la escala es un objeto de estudio es para muchos fuente de malentendidos en los debates sobre microhistoria. A menudo se da por supuesto, por ejemplo, que las comunidades locales se pueden estudiar adecuadamente como objetos pertenecientes a sistemas de pequeña escala, pero que para revelar nexos entre comunidades dentro de una región, entre regiones en el seno de un país, etc., deberían utilizarse escalas mayores. En realidad es obvio, por supuesto, que hasta la acción más nimia —el que alguien compre una rebanada de pan— implica de hecho al sistema mucho más amplio del conjunto de los mercados mundiales de cereales. Sólo por una contradictoria e importante deformación de perspectiva se podría proponer que la vida comercial de un pueblo carece de interés más allá de su sentido en la escala local. Una divertida diatriba de Franco Venturi contra los estudios de comunidades y, en particular, contra la microhistoria, nos permite observar una perspectiva de este tipo [5]:

> El estudio de las crónicas de un pueblo como suele hacerse demasiado a menudo en nuestros tiempos carece por completo de sentido. El deber del historiador es estudiar los orígenes de las ideas que conforman nuestras vidas, no escribir novelas. Me basta con citar un ejemplo: se habla mueho boy en día de la necesidad de volver al mercado. ¿Quién inventó el mercado? Los hombres del siglo XVIII. Y en Italia, ¿quiénes se interesaron por él? Genovesi y Verri, los pensadores de la Ilustración. Es importante situar firmemente en el centro de nuestros estudios las raíces de nuestra vida moderna.

Podríamos replicar a Venturi parafraseando a Geertz: «Los historiadores no estudian pueblos, estudian en ellos» [6].

Nadie duda de la importancia de describir en los fenómenos sociales combinaciones de escala diferentes, aunque coherentes, si bien sólo como medio para asignar aspectos internos al objeto de análisis. Sin embargo, es evidente de por sí, e incluso una trivialidad, afirmar que los aspectos particulares del objeto de análisis no reflejan necesariamente la escala distintiva del problema propuesto. La idea de que la escala tiene su existencia propia en la realidad es aceptada incluso por quienes consideran que el microanálisis opera meramente por ejemplos, es decir, como un proceso analítico simplificado —la selec-

[5] F. Venturi, «Lumi di Venecia», *La Stampa* (Turín, 27 de enero 1990).

[6] El texto completo dice: «Los antropólogos no estudian pueblos (tribus, localidades, vecindarios...); estudian en los pueblos». Ver C. Geertz, *The Interpretation of Cultures* (Nueva York, 1973), pág. 22 [hay ed. east., *La interpretación de las culturas,* Barcelona, 1988].

ción de un punto específico de la vida real, a partir del cual se ejemplificarían conceptos generales—, y no como punto de partida de un movimiento más amplio hacia la generalización. Lo que demuestran los aspectos de los mundos sociales de diferentes categorías de personas y campos de relaciones diversamente estructurados es la naturaleza precisa de la escala que actúa en la realidad. Por tanto, en este sentido la segmentación de sociedades complejas se efectúa sin recurrir a hipótesis y marcos apriorísticos, pero este enfoque es sólo capaz de construir una generalización más metafórica que lo que se ha defendido, una generalización basada meramente en la analogía. En otras palabras, pienso que deberíamos analizar el problema de escala no sólo como la de la realidad observada, sino como una escala variable de observación dirigida a fines experimentales. Es natural y justo que la irreductibilidad de los individuos a las reglas de los sistemas de gran escala haya situado el problema de la escala en el centro del debate. Es importante resaltar, contra un funcionalismo ultrasimplista, la función de las contradicciones sociales en la génesis del cambio social o, por decirlo de otra manera, insistir en el valor explicativo tanto de las discrepancias entre las trabas impuestas por los diversos sistemas normativos (entre, por ejemplo, las normas estatales y las familiares) como del hecho de que, además, todo individuo mantiene un conjunto diferente de relaciones que determinan sus reacciones y elecciones respecto de la estructura normativa.

Aunque la escala, en cuanto característica inherente de la realidad, no sea un elemento extraño en el debate sobre la microhistoria, sí que es un factor tangencial [7]; en efecto, el auténtico problema reside en la decisión de reducir la escala de observación con fines experimentales. El principio unificador de toda investigación microhistórica es la creencia de que la observación microscópica revelará factores anteriormente no observados. Algunos ejemplos de este procedimiento intensivo son los siguientes: reinterpretar el proceso contra Galileo como una defensa de las ideas aristotélicas de sustancia y de la Eucaristía contra un atomismo que habría hecho imposible la transformación del vino y el pan en sangre y carne [8]; centrarse en un cuadro particular e identificar lo que representa, como medio de investigar el mundo cultural de Piero della Francesca [9]; estudiar las estrategias matrimoniales entre consanguíneos en una aldea de la región de Como a fin de revelar el universo mental de los campesinos del siglo XVII [10]; analizar la introducción del telar mecánico, tal como la observamos en una pequeño pueblo dedicado a la actividad textil, para explicar el asunto general de la innovación, sus ritmos y efectos [11]; investigar las compraventas de tierra en un pueblo para descubrir en acción las reglas sociales del intercambio comercial en un mercado que tenía que estar ya despersonalizado [12].

Examinemos brevemente este último ejemplo. Se ha debatido considerablemente la comercialización de la tierra y es opinión ampliamente mantenida que la precocidad y frecuencia de las compraventas llevadas a cabo en muchos países de Europa occidental y de la América colonial indican la presencia temprana del capitalismo y el individualismo. Dos elementos han impedido una valoración correcta de este fenómeno. En primer lugar, muchas interpretaciones se han basado en datos heterogéneos y esto ha hecho imposible examinar los hechos concretos de las compraventas mismas. En segundo lugar, los historiadores ha sido inducidos a error por su propia mentalidad mercantil moderna que les condujo a interpretar las cantidades masivas de las transacciones monetarias de tierra descubiertas en escrituras notariales contemporáneas como prueba de la existencia de un mercado autorregulado. Es curioso que nadie haya advertido ni valorado el hecho de que los precios en cuestión eran extremadamente variables, incluso teniendo en cuenta las diferentes calidades de la tierra. Así, los precios de ésta y el mercado general se relacionaron habitualmente con la hipótesis no cuestionada de la impersonalidad de las fuerzas del mercado. Sólo la reducción de la escala de observación a un área extremadamente localizada permitió ver que el precio de la tierra variaba según la relación de parentesco entre las partes contratantes. También fue posible mostrar que para tierras de dimensiones y cualidades iguales se pedían precios variables. Así, se pudo

[7] G. Levi, «Un problema di scala», en *Dieci interventi di Storia Sociale* (Turín, 1981), págs. 75-81.

[8] P. Redondi, *Galileo eretico* (Turín, 1983) [hay ed. cast., *Galileo herético,* Alianza Editorial, Madrid, 1990].

[9] C. Giznburg, *Indagini su Piero: Il battesimo, Il ciclo di Arezzo, La flagellazione di Urbino* (Turín, 1981) [hay ed. cast., *Pesquisa sobre Piero,* Barcelona, 1984].

[10] R. Merzario, *Il paese stretto. strategie matrimoniali nella diocesi di Como secoli XVI-XVIII* (Turín, 1981).

[11] F. Ramella, *Terra e telai: sistemi di parentela e manifattura nel Biellese dell'Ottocento* (Turín, 1984).

[12] G. Levi, *L'eredità immateriale: carriera di un esorcista nel Piemonte del Seicento* (Turín, 1985) [hay ed. cast., *La herencia inmaterial,* Madrid, 1990].

determinar que el objeto de observación era un mercado complejo en el que las relaciones sociales y personales tenían una importancia determinante para establecer el nivel de precios, los vencimientos temporales y las formas en que la tierra pasaba de unas manos a otras. Este ejemplo me parece especialmente revelador de la manera como procede generalmente la microhistoria. Ciertos fenómenos que anteriormente se consideraban suficientemente descritos y entendidos, se revisten de significados completamente nuevos al alterar la escala de observación. En ese momenro es posible utilizar estos resultados para extraer generalizaciones mucho más amplias, aunque las observaciones generales se hubieran hecho en el marco de dimensiones relativamente reducidas y a manera más bien de experimento que de ejemplo.

A pesar de hundir sus raíces en el terreno de la invesrigación hisrórica, muchas de las características de la microhistoria demuestran los lazos íntimos que ligan la historia con la antropología —en especial esa «descripción densa» que Clifford Geertz considera la perspectiva propia del trabajo antropológico— [13]. Este punto de vista, más que partir de una serie de observaciones e intentar imponer una teoría a modo de ley, arranca de un conjunro de signos significativos y procura encajarlos en una estructura inteligible. La descripción densa sirve, pues, para registrar por escrito una serie de sucesos o hechos significativos que, en caso contrario, resultarían evanescentes, pero que son susceptibles de interpretación al insertarse en un contexto, es decir, en el flujo del discurso social. Este procedimiento logra con éxito utilizar el análisis microscópico de los acontecimientos más nimios como medio para llegar a conclusiones de mucho mayor alcance.

Esre es, según Geertz, el procedimiento adoptado por los etnólogos, cuyos objetivos son a un tiempo extremadamente ambiciosos y muy modestos. Ambiciosos en el sentido de que la autoridad del etnólogo para interpretar el material es prácticamente ilimitada y la mayoría de las interpretaciones constituyen la esencia del trabajo etnográfico. Los escritos de los antropólogos son obras imaginativas en las que las dotes del autor se miden por su capacidad para ponernos en

[13] C. Geertz, «Thick Description: Toward an Interpretive Theory of Culture», en Geertz, *Interpretation of Cultures*, págs. 3-31.

contacto con las vidas de personas extrañas y fijar sucesos o discursos sociales de tal modo que podamos examinarlos con claridad. El poder del intérprete resulta así infinito, inconmensurable, no susceptible de falsificación [14]. Es inevitable que aparezcan aspectos difíciles de evaluar racionalmente y que van desde una especie de fría simpatía hasta una habilidad comunicativa de carácter literario.

El escaso lugar concedido a la teoría acentúa, más que minimiza, el peligro del relativismo. Para Geertz es inútil buscar leyes y conceptos generales, pues la cultura está constituida por un tejido de significantes cuyo análisis no es una ciencia experimental que busque a tientas leyes universales, sino una ciencia interpretativa a la búsqueda de significado. ¿Cuál es, entonces, la función de la teoría? Geertz niega que el enfoque interpretativo haya de renunciar a formulaciones expresamente teóricas. Sin embargo, añade de inmediato, «los términos en que pueden plantearse tales formulaciones son casi, si no del todo, inexistentes... La interpretación cultural posee un conjunto de características que dificultan más de lo habitual su desarrollo teórico» (pág. 24). En primer lugar está «la neccsidad de que la teoría esté más pegada a la realidad de lo que suele ocurrir con las ciencias con mayor capacidad para entregarse a la abstracción imaginativa» (pág. 24). «Las formulaciones teóricas planean tan bajo sobre las interpretaciones regidas por ellas que, separadas de éstas, no tienen mucho sentido ni interés» (pág. 25). Así, las teorías son legítimas pero poco útiles, «pues la tarea esencial de la construcción de teorías no consiste en codificar regularidades abstractas sino en posibilitar descripciones densas, no en generalizar más allá de los casos sino en hacerlo en el seno de los mismos» (pág. 26). Se da aquí algo parecido a la inferencia médica: no se trata de amoldar casos observados a una ley sino, más bien, de trabajar a partir de signos significativos —que, en el caso de la etnología, son actos simbólicos— organizados «dentro de un marco inteligible» a fin de permitir al análisis del discurso social «entresacar la importancia no evidente de las cosas». No se trata, pues, de elaborar instrumentos teóricos capaces de generar predicciones sino de establecer una esrructura teórica «capaz dc continuar produciendo interpretaciones defendibles a medida que los fenómenos sociales aparecen a la vista... Las ideas teóricas no se crean como algo completamente nuevo en cada estudio...; se adoptan de otros es-

[14] J. Clifford, «On Ethnographic Authority», *Representations* I (1983), págs. 122-39.

tudios correlacionados y se refinan al aplicarse a problemas interpretativos nuevos» (págs. 26-7). «Nuestra doble tarea consiste en descubrir las estructuras conceptuales que informan los actos de nuestros sujetos, lo "dicho" en el discurso social, y construir un sistema de análisis en función del cual lo genérico en estas estructuras, lo que pertenece a ellas por ser lo que son, destacará sobre el fondo de otros determinantes de la conducta humana. En etnografía, el cometido de la teoría es suministrar un vocabulario en el que se pueda expresar aquello que la acción simbólica haya de decir acerca de sí —o sea, acerca de la función de la cultura en la vida humana—.» De este modo, la teoría es «un repertorio de conceptos y sistemas de conceptos de corte académico muy generales... entretejidos en el cuerpo de la etnografía de descripciones densas, con la esperanza de convertir los meros sucesos en algo científicamente elocuente» (pág. 28). Así pues, los conceptos son instrumentos fríos tomados del bagaje de la ciencia académica: son útiles para la interpretación, pero sólo en esta función adquieren realidad y especificidad concreta. Las teorías no surgen de la interpretación. La teoría sólo tiene un pequeño papel ancilar respecto del papel mucho más amplio del intérprete. Los sistemas de conceptos generales pertenecientes al lenguaje académico se insertan en el cuerpo vivo de la descripción densa con la esperanza de dar expresión científica a sucesos simples y no con el fin de crear conceptos nuevos y sistemas teóricos abstractos. La única importancia de la teoría general es, por tanto, la de formar parte de la construcción de un repertorio de material densamente descrito y en continua expansión que resultará inteligible al ser contextualizado y servirá para ampliar el universo del discurso humano.

En mi opinión la antropología interpretativa y la microhistoria tienen tanto en común como la historia y la antropología en general. No obstante, quiero subrayar aquí dos importantes diferencias: una derivada de la utilización, tradicionalmente más enérgica en antropología, de investigaciones intensivas a pequeña escala, y otra derivada de un aspecto que intentaré explicar más adelante y que definiría como cierto tipo de limitación autoimpuesta, presente en el pensamiento de Geertz. Estas dos diferencias atañen a la manera de actuar de la racionalidad humana en la práctica y a la legitimidad de la generalización en las ciencias sociales.

Examinemos en primer lugar la distinta manera como se contem-

pla la racionalidad. Al negar la posibilidad de un análisis específico de los procesos cognitivos, la antropología interpretativa acepta la racionalidad como un dato, como algo imposible de describir fuera de la acción humana, del comportamiento humano visto como una acción significativa y simbólica o de la interpretación. Hasta aquí podemos estar de acuerdo. Sin embargo, Geertz deduce de estas reflexiones unas conclusiones extremas. Lo único que podemos hacer es intentar captar y explicitar a continuación, mediante una descripción densa, los probables significados de las acciones. Los partidarios de este enfoque no creen necesario cuestionar las limitaciones, posibilidades y mensurabilidad de la racionalidad misma. Suponen más bien que cualquier limitación o cortapisa así inherente está impuesta por el juego infinito de interpretaciones esencialmente imposibles de evaluar y que oscilan entre el idealismo y el relativismo, en vez de ser valoradas por la pauta de alguna concepción definida de la racionalidad humana.

Podríamos ir más allá y afirmar que las ideas de Geertz se manifiestan en ciertas características tomadas de Heidegger [15], en especial el rechazo de la posibilidad de una explicitación total y el intento de construir una hermenéutica de la escucha; de la escucha del lenguaje poético, o, en otras palabras, del lenguaje empeñado en el esfuerzo de forjar nuevos significados [16]. De hecho, según Geertz, es imposible formular sistemas intelectuales sin recurrir a la guía de modelos de emoción públicos y simbólicos, de manera que tales modelos son elementos esenciales utilizados para dar sentido al mundo. Además, estos modelos simbólicos no se pueden encontrar en cualquier lenguaje humano, pues éste ha degenerado en general hasta convertirse en mero medio de comunicación. Geertz, al igual que Heidegger, descubre esos modelos simbólicos en el lenguaje quintaesenciado de la poesía, que representa la expresión más acendrada de la experiencia humana de la realidad. Geertz se refiere específicamente al lenguaje del mito, el rito y el arte: «Para formar nuestras mentes debemos saber qué sentimos de las cosas; y para saber qué sentimos de las cosas necesitamos las imágenes públicas del sentimiento que sólo el rito, el mito y el arte pueden proporcionarnos» [17]. Según la

[15] M. Heidegger, *Holzwege* (Fráncfort, 1950).
[16] G. Vattimo, *Introduzione a Heidegger* (Bari, 1985) [hay ed. cast., *Introducción a Heidegger*, Barcelona, 1986].
[17] C. Geertz, «The Growth of Culture and the Evolution of Mind», en J. Scher

postura clara y lúcida de Geertz el repertorio infinito de posibilidades simbólicas de las mentes humanas nos permite abordar la realidad mediante una serie de pasos infinitamente pequeños, aunque sin llegar nunca al final del trayecto. Esta opinión concuerda con la teoría antihegeliana de Heidegger según la cual el sujeto cognoscente no disolvería la existencia de los otros en sí mismo sino que, más bien, la función propia del pensamiento en cuanto «clasificador hermenéutico» consistiría en permitir a los demás que sigan siendo otros. Pienso que este nexo con Heidegger es esencial para comprender tanto el rigor y sutileza de las interpretaciones del mundo en la antropología interpretativa de Geettz como su relativa debilidad en las explicaciones del mismo. Geertz consigue así evitar el problema de la racionalidad y sus límites que se definen por mucho más que una simple posibilidad de acceder a la información de manera diversificada. La diferencia es la existente entre el «pensamiento auténtico» y el pensamiento regido por el principio de «razón suficiente». En vista de esto podría parecer que el etnólogo debería quizá darse por satisfecho con detener su investigación en el nivel de las descripciones de sentido.

No hay duda de que debemos aceptar que desde un punto de vista biológico todas las personas poseen inteligencias sustancialmente iguales pero que para su funcionamiento la inteligencia depende por completo de los recursos culturales. Esta insistencia en la cultura permite evitar cualquier teoría de la superioridad del hombre civilizado sobre el primitivo. También evita la idea de que la cultura surgió en determinados puntos según fases evolutivas. La cultura, definida como la capacidad para el pensamiento simbólico, forma parte de la misma naturaleza humana; no es un complemento sino un componente intrínseco del pensamiento humano. No obstante, según Geertz, el problema de evitar un relativismo cultural «absoluto» —para poder así establecer comparaciones entre culturas— no puede resolverse y ni siquiera debería plantearse. Geertz se limita a definir la función de la inteligencia como una «búsqueda de información»: una elaboración emotiva que utiliza los materiales comunes a los miembros de una cultura específica. «En resumen, el intelecto humano, en el sentido específico de razonamiento direccional, depende de manipular ciertos tipos de recursos culturales para conseguir que

(ed.), *Theories of the Mind* (Glencoe, 1962), págs. 713-40; reimpreso en Geertz, *Interpretation of Cultures*, págs. 55-85.

el organismo produzca (descubra, seleccione) los necesarios estímulos ambientales —para cualquier fin—; se trata de una búsqueda de información» (pág. 79) y, por tanto, de una recogida selectiva de información. De hecho, los seres humanos necesitan constantes estímulos afectivos e intelectuales pero, al mismo tiempo, esos estímulos requieren un continuo control cultural que los organiza en un orden con sentido e inteligible. Por tanto, lo que aquí se da no es sólo una recogida de información sino la organización emotiva de la misma. El proceso, sin embargo, no es individual, pues el significado de los símbolos se funda en el hecho de ser compartidos y, por tanto, comunicables entre los miembros de un grupo pequeño o grande: en primera instancia el pensamiento se organiza de acuerdo con las estructuras simbólicas públicas disponibles y sólo después adquiere privacidad. Geertz, no obstante, no es capaz de ir más allá de estas reflexiones, pues una investigación más específica del funcionamiento de la razón implicaría inevitables amenazas de jerarquización cultural.

Geertz defiende la función del relativismo cultural para la destrucción del etnocentrismo, actitud con la que no podemos menos de estar de acuerdo. Sin embargo, llega a identificar el relativismo cultural con el relativismo en general y considera el antirrelativismo como una peligrosa propensión a creer que algunas culturas son jerárquicamente superiores a otras. En un artículo revelador publicado en 1984 [18], «Anti anti-relativism», Geertz identifica cualquier antirrelativismo con la «postura según la cual, más allá del espacio y el tiempo, la diversidad cultural equivale a una serie de expresiones... de una realidad instituida y subyacente, la naturaleza esencial del hombre». En esta idea de la diversidad superficial superpuesta a una homogeneidad fundamental Geertz observa una confianza en ciertas teorías acerca de la mente y la naturaleza humanas que él rechaza y que en su opinión llevarían inevitablemente a restablecer conceptos erróneos de «pensamiento primitivo» y «aberración social», en otras palabras, a la hipótesis de una jerarquía de creencias y formas de conducta ordenadas según diferentes niveles de racionalidad. Así, la afirmación neorracionalista que admite la posibilidad de identificar, de alguna manera, constancias formales (universales cognitivos), cons-

[18] C. Geertz, «Anti Anti-Relativism, *American Anthropologist* 86 (1984), págs. 263-78.

tancias evolutivas (estados cognitivos) y constancias operativas (procesos cognitivos) no hace otra cosa que restar valor al poder de determinados conceptos que subrayan acertadamente la diversidad cultural y la otreidad. «Sería una gran lástima que, ahora que comienzan a hacer mella en nosotros un distanciamiento constatado y unas diferencias espaciales localizadas y a cambiar nuestro sentido del sentido y nuestra percepción de la percepción, hayamos de volver a la antigua copla» (pág. 276). Geertz no se declara relativista, sino más bien anti-antirrelativista, en el sentido de un estadio, quizá transitorio, en el que sólo son posibles la descripción densa y la elaboración de un repertorio de significados. No me parece, sin embargo, que sea sostenible su reducción de cualquier argumento racionalista a un posible resurgir de conceciones jerárquicas acerca de la cultura; de hecho, es difícil considerar a Gellner, Lévi-Strauss, Needham, Winch, Horton y Sperber, a quienes se refiere Geertz, como exponentes de un ordenamiento jerárquico de las culturas. ¿Por qué los procesos o los universales cognitivos habrían de desembocar tan sólo en el etnocentrismo? ¿Por qué una descripción de procesos racionales en términos formales, o una idea de las limitaciones de la racionalidad, habrían de aparecer como obstáculos para una descripción no jerárquica de la cultura? ¿Por qué la formalización y la generalización, que permiten la comparación entre culturas, implicarían necesariamente la destrucción de la otreidad? Ese peligro existe, por supuesto, pero, ¿sería realmente su solución aceptar la paralizante amenaza irracionalista del relativismo como precio para eludir el etnocentrismo, espectro que, de todos modos, quedó conjurado hace ya tiempo? Creo, más bien que lo que nos permite aceptar la relatividad cultural es el reconocimiento mismo de la existencia de procesos cognitivos uniformes, al tiempo que rechazamos el relativismo absoluto de quienes limitan nuestras posibilidades de conocer la realidad, con el resultado de enredarnos en el juego sin fin y gratuito de interpretar las interpretaciones.

Pienso que una de las principales diferencias de perspectiva entre la microhistoria y la antropología interpretativa es que ésta ve un significado homogéneo en los signos y símbolos públicos, mientras que la microhistoria intenta definirlos y medirlos por referencia a la multiplicidad de representaciones sociales que generan. El problema, por tanto, no es simplemente el funcionamiento de la inteligencia.

Hay también un peligro en perder de vista la naturaleza socialmente diferenciada de los significados simbólicos y, en consecuencia, de su cualidad ambigua en parte. Esto nos lleva también al problema de definir las diferentes formas de funcionamiento de la racionalidad humana en el contexto de situaciones específicas. Tanto la cantidad de información necesaria para organizar y definir una cultura como para actuar son históricamente cambiantes y socialmente variables. Este es, por tanto, el problema que se ha de afrontar, pues el marco de las estrucruras públicas y simbólicas es una abstracción. En efecto, en un contexto de condiciones sociales diversas, estas estructuras simbólicas producen una multiplicidad fragmentada y diferenciada de representaciones y ellas habrán de ser el objeto de nuestro estudio.

Tanto la cantidad de información disponible como las posibilidades de observación empírica son, probablemente, mucho más amplias y complejas en las sociedades contemporáneas que en las sociedades sencillas o en las del pasado. No obstante, el problema principal es siempre el que Foucault planteó de forma extraordinariamente clarificadora [19]: el de la selección entre la gama de posibles significados alternativos que deberá imponer un sistema dominante de clasificación; por no mencionar aquella selección de información que podríamos llamar de autoprotección y que nos permite dar sentido al mundo y funcionar con efectividad. La cantidad y cualidad de tal información no es, sin embargo, socialmente uniforme y, por esa razón, es necesario examinar la pluralidad de formas de la limitada racionalidad que opera en la realidad particular objeto de nuestra observación. Esta pluralidad existe, entre otras cosas, como resultado de mecanismos protectores utilizados frente al exceso de información, mecanismos que nos permiten eludir la mera cantidad de información a fin de poder tomar decisiones. Pensemos, por ejemplo, en los procesos de simplificación de causas y en el recurso a consignas simplificadas en las opciones políticas, en los sistemas etiológicos utilizados en la medicina popular o en las técnicas de persuasión utilizadas por la industria de la publicidad.

Pienso, por tanto, que no basta con establecer un debate general sobre el funcionamiento simbólico partiendo de la base de una definición de cultura en cuanto búsqueda infinita de información, según

[19] M. Foucault, *Les Mots et les choses: archéologie des sciences humaines* (París, 1966).

propone Geertz. Creo que es necesario intentar medir y formalizar los mecanismos de una racionalidad limitada —con unos límites cuya localización varía según las diversas formas de acceso a la información— a fin de permitir una comprensión de las diferencias existentes en las culturas de los individuos, los grupos y las sociedades en distintos tiempos y lugares. La cualidad un tanto alusiva del sistema de Geertz, importante pero incompleto, pasa por alto este objetivo.

La prueba de su improcedencia aparece ejemplificada en la abundancia de relativismos autobiogtáficos aparecidos en la escena científica en estos últimos años, disfrazados de antropología interpretativa (la obra de Rabinow *Reflections on Fieldwork in Morocco* [20] me parece un ejemplo excelente). Una demostración más de lo mismo es el hecho de que el repertorio de descripciones densas no tiene un propósito comparativo sino que se queda en simple repertorio del que extraer casos ilustrativos según reglas no especificadas. En consecuencia, la interpretación ha seguido siendo a menudo una posibilidad abierta, imponderable y limitada. Ciertos ejemplos de esta imponderabilidad se dan más en los seguidores de Geertz que en él mismo. Un ejemplo clásico de esta situación es para mí la *Great Cat Massacre* de Robert Darnton [21].

Un segundo aspecto que ya hemos mencionado es la renuncia a cualquier intento de construir modelos y establecer las reglas formales del juego de la interpretación y la comunicación. En sus conclusiones, Geertz propone recurrir a modo de intento a la conceptualización académica general con el único fin de revitalizar los conceptos en los ejemplos concretos de las descripciones densas. De este modo se entreteje un repertorio de conceptos con otro de sucesos interpretados, en la esperanza de que actúen en combinación de manera que los sucesos simples puedan convertirse en científicamente elocuentes y que, por otra parte, de la densidad de hechos simples se puedan sacar conclusiones de largo alcance. Este método tiene a menudo

[20] P. Rabinow, *Reflections on Fieldwork in Morocco* (Berkeley y Los Angeles, 1977).

[21] R. Darnton, *The Great Cat Massacre and other Episodes in French Cultural History* (Nueva York, 1984), Ver también su artículo «The Symbolic Element in History», *Journal of Modern History* 58 (1986), págs. 218-34, y R. Chartier, «Text, Symbols, and Frenchness», *Journal of Modern History* 57 (1985), págs. 682-95, así como G. Levi, «I pericoli del Geertzismo», *Quaderni Storia* 20 (1985), págs. 269-277.

como resultado una historia cultural sin análisis social o un análisis social cxtremadamente estereotipado, derivado de una historia cultural investigada de forma intensiva. La acción se examina en profundidad, pero sin una reconceptualización compleja y formal de los mecanismos sociales que intervienen en ella, por lo que el análisis se queda corto y no va más allá del umbral mismo de la historia social, como si tuviera miedo de hacerlo. Así, por ejemplo, el carisma y el simbolismo del poder en las ceremonias de coronación parece hablar un mismo lenguaje a todos los miembros de una sociedad socialmente indiferenciada [22]. O, por poner otro ejemplo, las peleas de gallos se presentan como si tuvieran una importancia única y universal para toda la sociedad, aunque las formas de las apuestas sean socialmente diversas [23].

La microhistoria, por otra parte, no ha renunciado a tener en cuenta la diferenciación social como lo ha hecho la antropología interpretativa, sino que la considera esencial para llegar a hacer una lectura lo más formal posible de acciones, conductas, estructuras sociales, roles y relaciones. En otras palabras, aunque las costumbres y la utilización de símbolos son siempre polisémicos, asumen, no obstante, connotaciones más precisas a partir de diferenciaciones sociales móviles y dinámicas. Los individuos crean constantemente su propia identidad y los grupos se definen de acuerdo con conflictos y solidaridades que, sin embargo, no pueden ser asumidas *a priori* sino que derivan dc la dinámica que constituye el objeto del análisis.

Quisiera ahora contemplar otra característica común al mundo de los microhistoriadores: el prohlema de la comunicación con el lector —el problema del relato—. No deberíamos ver el renacimiento del relato como una mera opción entre historia cualitativa, individualizada, e historia cuantitativa, cuya ambición es determinar leyes, regularidades y un comportamiento colectivo formal. La microhistoria ha abordado específicamente el problema de la comunicación y ha tenido una conciencia clara de que la investigación histórica no coincide sólo con la comunicación de resultados en un libro. Se trata de un punto fundamental descuidado cn un artículo muy conocido de

[22] C. Geertz, *Local Knowledge: Further Essays in Interpretative Anthropology* (Nueva York, 1983), págs. 121-46.

[23] C. Geertz, «Deep Play: Notes on the Balinese Cockfight», *Daedalus* 101 (1972), págs. 1-37, reimpreso en Geertz, *Interpertation of Cultures*, págs. 412-54.

Stone [24]. Los problemas de prueba y demostración en historia mediante el recuento de ejemplos concretos tienen, en general, una relación íntima con las técnicas de exposición. No se trata de una mera cuestión de retórica, pues el significado de la obra histórica no puede reducirse a ella, sino de un problema específico de comunicación con el lector, quien nunca es una *tabula rasa* y siempre plantea, por tanto, un problema de recepción [25]. Pienso que la función concreta del relato se puede resumir en dos características. La primera es el intento de demostrar, mediante una relación de hechos consistentes, el verdadero funcionamiento de ciertos aspectos de la sociedad que resultarían distorsionados por la utilización independiente de la generalización y la formalización cuantitativa, ya que tales operaciones acentuarían de manera funcionalista el papel de los sistemas de reglas y los procesos mecánicos del cambio social. En otras palabras, se muestra una relación entre los sistemas normativos y esa libertad de acción que proporcionan al individuo los intersticios siempre existentes y las incongruencias internas que son parte constitutiva de cualquier sistema de normas y de todos los sistemas normativos. La segunda característica es la de incorporar al cuerpo principal del relato los procedimientos de la misma investigación, las limitaciones documentales, las técnicas de convencimiento y las construcciones interpretativas. Este método rompe claramente con la forma tradicional impositiva, autoritaria, del discurso adoptado por los historiadores, quienes presentan la realidad como objetiva. En microhistoria, en cambio, el punto de vista del investigador se convierte en parte intrínseca del relato. El proceso de investigación se describe de manera explícita y las limitaciones de la evidencia documental, la formulación de hipótesis y las líneas de pensamiento seguidas no se ocultan ya a la vista de los no iniciados. El lector entra en una especie de diálogo y participa en la totalidad del proceso de construcción del razonamiento histórico. (Un ejemplo ilustrativo de este proceso

[24] L. Stone, «The Revival of Narrative: Reflections on a New Old History», *Past and Present* 85 (1979), págs. 3-24.

[25] Recuerdo la polémica entre A. Momigliano («La retorica della sotria e la storia della retorica: sui tropi di Hayden White», en Momigliano, *Sui fondamenti della storia antica* (Turín, 1984), págs. 464-476) y H. White (*Metahistory* (Baltimore, 1973)), donde, sin embargo, Momigliano insiste demasiado en la oposición entre verdad y retórica. Como sostengo en el texto, los problemas de la teoría argumentativa tienen importancia en la historiografía práctica y no son incompatibles, como afirma White, con una referencia realista a hechos históricos.

es el libro de Ginzburg y Prosperi) [26]. Henry James adoptó un enfoque similar en su relato *In the Cage* [27], una especie de extraordinaria metáfora del trabajo del historiador. En su relato, James describe todo el proceso de interpretación de la realidad construida por una telegrafista en su retirado puesto de trabajo en un distrito londinense. Su materia prima es la documentación escasa y fragmentaria presentada por el texto de los telegramas diarios intercambiados por sus clientes de la aristocracia.

El enfoque microhistórico aborda el problema de cómo acceder al conocimiento del pasado mediante diversos indicios, signos y síntomas. Es un procedimiento que toma lo particular como punto de partida (particular que es a menudo altamente específico e individual y sería imposible calificar de caso típico) y procede a identificar su significado a la luz de su contexto específico.

Sin embargo, contextualización puede querer decir muchas cosas. La teoría más coherente del contexto es la funcionalista, cuyo aspecto más característico es, quizá, el de centrarse en el contexto para explicar la conducta social. Para el funcionalismo, el objeto del análisis no son tanto las causas de las conductas en sí cuanto la normalización de una forma de comportamiento en el seno de un sistema coherente que explica dicho comportamiento, sus funciones y su modo de actuar. El modelo durkheimiano de contextualización insiste en la naturaleza vinculante de algunos de nuestros conceptos generales, pero la contextualización es un elemento funcionalista, aunque se limite a subrayar el ajuste entre una institución, una forma de conducta o un concepto y ese sistema del que son parte. Según señala Gellner [28], el mismo Wittgenstein era «seguidor y sucesor» de Durkheim por el hecho de «suponer (que) las categorías adquieren validez por ser parte de una "forma de vida"».

Quisiera destacar que, a diferencia de la insistencia del funcionalismo en la coherencia social, los microhistoriadores se han centrado en las contradicciones de los sistemas normativos y, por tanto, en la fragmentación, contradicciones y pluralidad de puntos de vista que

[26] C. Ginzburg y A. Prosperi, *Giochi di pazienza: un seminario sul «Beneficio di Cristo»* (Turín, 1975).

[27] H. James, *In the Cage* (Londres, 1898).

[28] E. Gellner, «Concepts and Society», en B. R. Wilson (ed.), *Rationality* (Oxford, 1970), págs. 28-49, en especial pág. 24.

hacen a todos los sistemas fluidos y abiertos. Los cambios se producen mediante estrategias y elecciones mínimas e infinitesimales que actúan en los intersticios de sistemas normativos contradictorios. Estamos ante un auténtico giro de perspectiva, pues acentúa las acciones más nimias y locales para mostrar las brechas y espacios abiertos por las complejas incoherencias de todo sistema. En definitiva, volviendo al ejemplo anteriormente mencionado, es más funcionalista considerar el significado de la pelea de gallos en el contexto de un sistema coherente de cultura balinesa que considerar los múltiples significados socialmente fragmentados de la pelea de gallos en sí misma como medio para interpretar la cultura balinesa en general, con todas sus inconsecuencias [29].

De hecho, aunque pensemos en un repertorio de culturas locales incomparables entre sí y del que sólo de forma puramente arbitraria pueden deducirse reglas generales más o menos abstractas, sigue siendo aún posible que este enfoque dé pie a una interpretación muy funcionalista, si se piensa que la cultura local es un todo coherente, homogéneo y sistemático. Hay, por tanto, dos posibles maneras de leer un contexto social: viéndolo como un lugar que atribuye significado a casos particulares «extraños» o «anómalos», revelando su significado oculto y, consecuentemente, su ajuste a un sistema, o descubriendo el contexto social en el que un hecho aparentemente anómalo o carente de significación cobra sentido al revelarse las incoherencias ocultas de un sistema social aparentemente unificado. La reducción de escala es una operación experimental debido precisamente a este hecho de suponer que el perfil del contexto y su coherencia son aparentes y saca a la luz esas contradicciones que sólo aparecen al alterar la escala de referencia. Esta clarificación puede también darse incidentalmente, como ha observado correctamente Jacques Revel [30], aumentando la escala. La elección de microdimensiones surgió como resultado directo de la preponderancia tradicional de la interpretación macrocontextual, frente a la cual era la única dirección experimental posible que podía tomarse.

Otro concepto de contextualización es el que entiende el contexto cultural como un proceso de situación de una idea dentro de los límites fijados por los lenguajes disponibles. Pienso aquí, por ejemplo, en la historia intelectual de los contextualistas ingleses [31]. Esta teoría considera que el contexto está dictado por el lenguaje y las hablas disponibles y utilizadas por un grupo particular de personas en una situación concreta para organizar, pongamos por caso, sus luchas por el poder. Esta escuela de pensamiento ha tenido una gran influencia en la teoría social misma y ha dado pie a tantos debates que me parece superfluo volver a exponer sus razonamientos. Con todo, la perspectiva de la microhistoria es, una vez más, diferente, pues da una importancia primordial a las actividades, formas de comportamiento e instituciones que proporcionan el marco en el que las hablas particulares pueden entenderse adecuadamente y permiten un debate significativo de aquellos conceptos y creencias que, de lo contrario, permanecerían herméticamente cerrados en sí mismos sin la adecuada referencia a la sociedad —aunque el discurso se conceptualice como acción más que como reflexión.

La contextualización puede tener un tercer significado consistente en situar formal y comparativamente un suceso, forma de conducta o concepto en una serie de otros similares, aunque puedan hallarse separados en el tiempo y el espacio. Esta contextualización presupone la posibilidad de comparar estructuras formalizadas y explícitas, pero no sólo se interesa por agrupar los elementos individuales caracterizados por uno o más aspectos comunes, sino también por la clasificación basada en similitudes «indirectas» por medio de la analogía. Aquí el contexto implica no sólo la identificación de un conjunto de cosas que comparten ciertas características, sino que también puede operar en el plano de la analogía —es decir, en el ámbito donde la similitud perfecta se da, más que entre las cosas mismas, que pueden ser muy diversas, entre las relaciones que vinculan las cosas—. La similitud se da entre sistemas de relaciones que abarcan diferentes elementos. Es, por decirlo así, una identificación de parecidos de familia. (Me refiero aquí en particular a la postura de Needham [32].)

La microhistoria ha demostrado la falibilidad e inconsecuencia

[29] Geertz, «Deep Play»; ver nota 23.

[30] J. Revel, «L'histoire au ras du sol», introducción a G. Levi, *Le Pouvoir au village* (París, 1989), págs. i-xxxiii.

[31] Ver J. G. A. Pocock, *The Machiavellian Moment: Florentine Political Thought and the Atlantic Republican Tradition* (Princeton, 1975) y *Virtue, Commerce, and History: Essays on Political Thought and History, chiefly in the Eighteenth Century* (Cambridge, 1985). Ver también Q. Skinner, «Hermeneutics and the Role of History», *New Literary History* 7 (1975-6), págs. 209-32, y el libro de Skinner *The Foundations of Modern Political Thought: the Renaissance* (Cambridge, 1978).

[32] R. Needham, *Reconnaissances* (Toronto, Buffalo, Londres, 1980).

de los contextos sociales en su definición convencional: fijémonos por ejemplo en las críticas planteadas por M. Gribaudi [33] acerca de la delimitación social de los vecindarios de clase trabajadora. Gribaudi muestra que las solidaridades pueden basarse no tanto en la similitud de la posición social cuanto en la semejanza que se da en el interior de sistemas de relaciones. Otro ejemplo es el análisis de las reglas de matrimonio y los efectos de la consanguinidad en la región de Como en el siglo XVII [34]; en este análisis, una fuerte contextualización social y una reducción de escala revelan la importancia de las reglas abstractas formales de matrimonio como base de categorizaciones sociales. Otro ejemplo podría ser el estudio dedicado por Ago a la investigación de un feudo [35].

Estas observaciones plantean nuevos problemas que será necesario examinar brevemente. En primer lugar, el problema de la contraposición entre conocimiento individualizante y generalizador —un debate recurrente entre historiadores sociales—. Bástenos recordar la polémica sobre historia cualitativa o cuantitativa de la familia o, en un contexto más amplio, la crisis que en la década de los sesenta sacudió la creencia muy extendida en la posibilidad de cuantificar los casos sociales y formular leyes rigurosas de conducta social. Quiero centrarme aquí sólo en un aspecto que, aunque sea quizá único, sirve para ilustrar un problema importante. Quisiera examinar qué se pretende decir al hablar de historia cuantitativa o, más bien, las características de la cuantificación implícitas en el concepto mecanicista de realidad social.

La microhistoria intenta no sacrificar el conocimiento de los elementos individuales a una generalización más amplia y, de hecho, insiste en las vidas y acontecimientos de los individuos. Pero, al mismo tiempo, intenta no rechazar todas las formas de abstracción, pues los hechos mínimos y los casos individuales pueden servir para revelar fenómenos más generales. En una ciencia débil en la que, si bien no es imposible la experimentación, sí queda excluida aquella faceta del experimento que implica la capacidad de reproducir causas, las disonancias más nimias aparecen como indicadores de sentido que pueden tener carácter general. Edoardo Grendi ha definido esta perspectiva como la atención prestada a lo «excepcionalmente normal» [36]. La alternativa de sacrificar lo particular a lo general o centrarse sólo en la unicidad de lo particular es, por tanto, una distinción inapropiada. El problema reside más bien en cómo podríamos elaborar un paradigma que gire sobre el conocimiento de lo particular sin renunciar a la descripción formal y al conocimiento científico de ese mismo particular [37]. No obstante, las comparaciones entre cuantitativo y cualitativo, entre suceso y serie, entre particular y general, han llevado a una idea equivocada sobre cuáles son las herramientas adecuadas para la formalización. La historia social se ha considerado tradicionalmente capaz de aplicar modelos rígidos a la historia y a servirse de un tipo de formalización cuantitativa en la que el concepto de causalidad no quedaría debilitado por prestar atención a las elecciones personales, a las incertidumbres, a las estrategias individuales y de grupo que recuerdan supuestamente una perspectiva menos mecanicista. Debido a que esta tendencia a identificar fotmalización con cuantificación ha prevalecido durante largo tiempo, la historia ha quedado paradójicamente rezagada tras las demás ciencias sociales. En mi opinión, la microhistoria avanza con más firmeza hacia las ramas no cuantitativas de la matemática a fin de suministrar representaciones más realistas y menos mecanicistas, ampliando así el campo de indeterminación sin rechazar necesariamente elaboraciones formalizadas. Resulta increíble que en el debate sobre la denominada historia cuantitativa se hayan pasado por alto ciertos problemas como los relacionados con los gráficos de redes relacionales, las decisiones en situaciones de incertidumbre, el cálculo de probabilidades y los juegos y las estrategias. Si deseamos trabajar con una representación diferente, más compleja y realista, de la racionalidad de los actores sociales y consideramos la naturaleza fundamentalmente interconexa de los fenómenos sociales, nos resultará inmediatamente necesario desarrollar y utilizar nuevos instrumentos formales de abstracción. El

[33] M. Gribaudi, *Mondo operaio e mito operaio: spazi e percorsi sociali a Torino nel primo Novecento* (Turín, 1987).
[34] Merzario, *Il paese stretto*, 1981.
[35] R. Ago, *Un feudo esemplare: immobilismo padronale e astuzia contadina nel Lazio del'700* (Roma, 1988).

[36] E. Grendi, «Microanalisi e storia sociale», *Quaderni Storici* 7 (1972), págs. 506-20, y *Polanyi: dall'antropologia economica alla microanalisi storica* (Milán, 1978).
[37] C. Ginzburg, «Spie: radici di un paradigma indiziario», en A. Gargani (ed.) *Crisi della ragione* (Turín,1979), págs. 59-106, reimpreso en el libro de Ginzburg *Miti Emblemi Spie: morfologia e storia* (Turín, 1986), págs. 158-209.

terreno sigue estando ampliamente abierto a la exploración de los historiadores.

Estas son, pues, las cuestiones y posiciones comunes que caracterizan la microhistoria: la reducción de escala, el debate sobre la racionalidad, el pequeño indicio como paradigma científico, el papel de lo particular (sin oponerse, sin embargo, a lo social), la atención a la recepción y al relato, una definición específica de contexto y el rechazo del relativismo. Estos elementos característicos son similares, de muchas maneras, a los señalados por Jacques Revel en un reciente artículo sobre microhistoria que es, quizá, el intento más coherente hasta la fecha de interpretar este trabajo experimental [38]. Revel [39] define la microhistoria como el intento de estudiar lo social no como objeto dotado de propiedades inherentes, sino como conjunto de interrelaciones cambiantes existentes entre configuraciones en constante adaptación. La microhistoria es para él una respuesta a las limitaciones obvias de ciertas interpretaciones de la historia social que en su búsqueda de la regularidad dan preeminencia a indicadores excesivamente simples. La microhistoria ha intentado construir una conceptualización más fluida, una clasificación menos perjudicial de lo que constituye lo social y lo cultural y un marco de análisis que rechaza las simplificaciones, las hipótesis dualistas, las polarizaciones, las tipologías rígidas y la búsqueda de características típicas. «¿Por qué hacer que las cosas sean simples si podemos complicarlas?» (pág. xxiv), es el lema que propone Revel para la microhistoria. Con él quiere decir que el verdadero problema de los historiadores es conseguir expresar la complejidad de la realidad, aunque esto implique utilizar técnicas descriptivas y formas de razonamiento mucho más intrínsecamente críticas consigo mismas y menos imperiosas que las anteriores. El problema consiste, pues, en seleccionar áreas de examen importantes: la idea de ver a los sujetos de la historia tradicional en una de sus variantes locales es análoga a la de leer entre líneas un documento concreto u observar por entre los personajes de un cuadro con el fin de discernir significados que anteriormente eludieron cualquier explicación; o a la de descubrir la verdadera importancia de lo que anteriormente parecía haber surgido meramente de las circunstancias o de la necesidad, o el papel activo del individuo que antes parecía simplemente pasivo o indiferente.

[38] C. Ginzburg y C. Poni, «Il nome e il come: scambio ineguale e mercato storiografico», *Quaderni Storici* 14 (1979), págs. 181-90: un breve manifiesto inicial que, al leerlo hoy, parece haber quedado superado en gran medida por los posteriores trabajos en el terreno práctico de la microhistoria.

[39] Revel, «L'histoire au ras du sol», en Levi, *Le Pouvoir au village*, 1989.

Refiriéndome a la definición de Revel, he intentado subrayar más claramente la tendencia antirrelativista de la microhistoria y las aspiraciones de formalización que caracterizan, o según creo deberían caracterizar, la obra del microhistoriador. Esto tiene su importancia, porque los conceptos que utilizamos en historia y ciencias sociales son a menudo imprecisos y se utilizan metafóricamente. El concepto mismo de configuración, por ejemplo, la fórmula oportuna e intuitiva de Elias, me parece algo típico, en el sentido de que es poderosamente expresiva pero sigue siendo alusiva y no se encamina hacia un objetivo que, según he intentado mostrar en este artículo, creo posible expresar en términos más formales.

No sé si esta exposición de la microhistoria es digna de confianza. He pretendido presentar en términos caracterizados con relativo vigor un grupo de personas que se han visto envueltas realmente en muchos y múltiples debates dentro de la historia social italiana en las décadas de 1970 y 1980. Quizá debería haber explicado más plenamente las diversas opiniones en cuestión y las referencias a un debate histórico que iba mucho más allá del marco italiano. Debo, pues, aclarar este punto informando al lector de que los principios que me han guiado son decididamente personales; se trata más bien de un autorretrato que de un retrato de grupo. No podría habet obrado de otra manera y aprovecho la ocasión para advertir a ese mismo lector de que las cosas son como son.

Capítulo 6

HISTORIA ORAL

Gwyn Prins

Los historiadores de las sociedades industriales modernas, y con alto índice de alfabetización (es decir, la mayoría de los historiadores profesionales) suelen mostrarse en general bastante escépticos sobre el valor de las fuentes orales en la reconstrucción del pasado. «Sobre este tema, soy un escéptico casi total», comentó A. J. P. Taylor sarcásticamente. «¿Vejestorios que recuerdan embobados su juventud? ¡No!» Puede que actualmente muchos se mostraran un poco más generosos, y admitieran a la historia oral (la historia escrita a partir de la evidencia recogida de una persona viva, en vez de a partir de documentos escritos) como agradables y útiles casos ilustrativos, pero pocos estarían dispuestos a aceptar que tales materiales puedan llegar a ser fundamentales para el estudio de sociedades modernas y documentadas. Piensan que las «historias del pueblo» de Studs Terkel sobre la Depresión y la Segunda Guerra Mundial no podrán nunca originar grandes hipótesis históricas sobre aquellos acontecimientos.

Los criterios convencionales se muestran pesimistas ante la posibilidad de una historia válida para aquellas sociedades que no posean documentación escrita, ya que se considera implícitamente que la debilidad de las fuentes orales es un fenómeno universal e irreparable. En un extremo, Arthur Marwick en *The Nature of History* admite que: «la historia basada exclusivamente en fuentes no documentadas, como, por ejemplo, la historia de una comunidad africana,

puede ser una historia más rudimentaria, menos satisfactoria que aquella obtenida a partir de documentos, pero, de todas formas, es historia». En el otro, hasta que no haya documentación, no existe la historia como tal. Desde el principio de la historia (es decir, historia escrita según el método de Ranke), se ha considerado a África como el continente ahistórico por excelencia. Esta visión se ha mantenido, empezando por el juicio de Hegel en 1831 de que «no constituye parte histórica del mundo», y terminando por la notoria observación de Hugh Trevor-Roper en 1965 de que África no poseía historia, sino simplemente las poco gratificantes andanzas de tribus bárbaras [1], obervación que ha venido levantando ampollas durante una generación entre los clanes de africanistas anticolonialistas, en rápida proliferación por aquel entonces. Y esta visión no se limitaba únicamente a África, ni era exclusivamente de la derecha. Las aldeas hindúes, ejemplos del modo de producción asiático, se limitaban a achicharrarse bajo el sol, reproduciéndose de forma improductiva, «sin que las tocaran los nubarrones de tormenta del cielo político», según la famosa frase de Marx. Los simpatizantes marxistas de los movimientos anticolonialistas se han venido estrujando el cerebro desde entonces, tratando de explicar que el Viejo no quiso realmente decir lo que evidentemente dijo.

Pero, tanto en los casos favorables, como en los hostiles, se utiliza la prueba básica según el criterio de Ranke. Siguiendo la jerarquía establecida por él, se han de preferir las fuentes oficiales escritas, de hallarse disponibles. En caso de que no lo estén, habrá que conformarse con lo que haya, e ir a llenar nuestro cubo con agua procedenre de sitios más alejados del manantial cristalino que es el texto oficial. En estos términos, la información oral representa, sin ninguna duda, la segunda o tercera opción, por tanto, su papel se limita a facilitar historias de segunda catergoría sobre comunidades con pobres fuentes de información. De acuerdo con estos criterios, Hegel, Trevor-Roper y Marx meramente se limitaron a ser escrupulosos.

Ha habido dos tipos de respuesta a este escepticismo, una de ellas quisquillosa y la otra algo menos. La primera corresponde a Paul Thompson, figura señera en el «movimiento» de la historia oral (autodescripción que ya de por sí tiene una resonancia militante),

[1] Para una visión de un camino diferente, pero que empieza en este mismo punto, véase Henk Wesseling, *What is Overseas History*, págs. 67-92.

movimiento que reivindica el valor de las fuentes orales en la moderna bistoria social como forma de proporcionar presencia histórica a aquellos cuyos puntos de vista y valores han sido oscurecidos por «la historia desde arriba». Thompson escribió airadamente en su manifiesto *La voz del pasado:*

«La realidad es que la oposición a la evidencia oral se basa tanto en apreciaciones personales como en principios. Los historiadores de la vieja generación que ocupan la cátedra y tienen las llaves en sus manos son instintivamente reacios a la introducción de nuevos métodos. Lo cual implica que ya no controlan todas las técnicas de su profesión. De aquí los comentarios despectivos acerca de los jóvenes que patean la calle con grabadoras.» [2]

Por tanto, en la batalla sobre las fuentes orales en la historia contemporánea, el lenguaje visceral revela que nos hallamos ante pasiones profundas por ambas partes. Pero, al hablar del papel de las fuentes orales para la historia de las sociedades ágrafas, Jan Vansina, el más distinguido exponente de la historia oral en África, reconoció de buena gana en *su* manifiesto *Oral Tradition as History,* el argumento de Marwick:

«Cuando no existe la escritura, o prácticamente no se halla presente, las tradiciones orales han de llevar el peso de la reconstrucción histórica. Pero no lo harán de la misma forma que las fuentes escritas. La escritura es un milagro tecnológico... Hay que comprender plenamente las limitaciones que tiene la tradición oral para evitar la decepción que se puede producir cuando, después de un gran período de tiempo dedicado a la investigación, se obtiene únicamente una reconstrucción que aún no es muy detallada. La reconstrucción a partir de las fuentes orales puede muy bien poseer un grado bajo de fiabilidad, si no se cuenta con fuentes independientes para contrastar.» [3]

Fijémonos que el acuerdo se limita a aquellas circunstancias en que las fuentes orales son las únicas disponibles; como Vansina muestra (en ese libro y en sus muchas monografías), que éste no suele ser el caso, el punto principal de su argumentación se vuelve, de hecho, más convincente. La relación entre las fuentes escritas y las orales no es «semejante a la de la diva y su suplente en la ópera: cuando la estrella no puede cantar se le concede una oportunidad a ésta, es decir, cuando la escritura no existe, se acude a la tradición. Esto es una concepción errónea. Las fuentes orales ayudan a corregir otras perspectivas, de la misma forma que las otras perspectivas la corrigen a ella.»

[2] P. Thompson, *La voz del pasado. Historia oral,* Valencia, 1988, págs. 83-84.
[3] J. Vansina, *Oral Tradition as History,* Madison, Wisconsin, 1985, págs. 199.

¿Por qué ha de ser tan polémica la utilización de las fuentes orales? Paul Thompson ha sugerido que a los viejos profesores no les gusta aprender nuevas técnicas y que se resisten a lo que para ellos constituye una depreciación del status especial del método de Ranke. Esto puede ser cierto, pero tengo mis sospechas de que existen razones más profundas y menos llamativas. Los historiadores viven en sociedades que cuentan con la palabra escrita, y, como muchos de sus habitantes, tienden a considerar inconscientemente la palabra hablada con desprecio. Es el corolario de nuestro orgullo por la escritura y de nuestro respeto por la palabra escrita. ¿Y por qué no? Como ha señalado Vansina, la comunicación a través del lenguaje escrito simbólico representa una maravillosa conquista, cosa que los pueblos con lenguaje escrito tienden a olvidar. Los maoríes de Nueva Zelanda proporcionan un ejemplo triste, pero esclarecedor, de un hecho corriente durante la expansión europea: un pueblo ágrafo que observó e hizo suy este instrumento de poder, pero que, no obstante, fracasó en lograr su control.

Los hechos en sí mismos son en extremo interesantes. En 1833 quizás sólo 500 maoríes podían leer; al año ya eran 10.000. En 1840, cuando por el Tratado del Waitangi los jefes maoríes perdieron sus tierras (u obtuvieron el beneficio de la anexión británica, todo depende del punto de vista), un viajero expresó sus temores por la salud de los maoríes, preocupación poco corriente en un «pakeha» (blanco) de la época. En vez de dedicarse a la actividad física, como correspondía a nobles salvajes, se habían vuelto sedentarios, «habiendo adquirido el hábito de la lectura». En 1837, el impresor William Colenso, perteneciente a una famosa familia misionera, completó la primera edición del Nuevo Testamento en maorí; y para 1845, misioneros protestantes ya habían distribuido un número de Nuevos Testamentos en maorí correspondiente a la mitad de la población. En 1849 el gobernador George Gray creía que la proporción de población alfabetizada era superior a la de cualquier parte de Europa. ¿Cuál era el poder de la escritura que los maoríes vieron y trataron de conseguir con tanto ahínco?

Era un triple poder, pero, como muchos pueblos recién conquistados y recién y parcialmente llegados a la escritura, los maoríes únicamente lograron apropiarse de una pequeña parte de ella. La primera faceta del poder de la escritura era totémica. Los maoríes analfabetos llevaban libros, de cualquier tipo, a la iglesia, o se introducían hojas escritas en los lóbulos de las orejas. Era un intento, muy observado en las primeras etapas del encuentro colonial, de obtener poder mediante la asociación. La segunda faceta era manipuladora. El mismo Colenso (utilizando los mismos caracteres que para el Nuevo Testamento) imprimió en 1840 el texto del Tratado de Waitangi. En la negociación previa, no logró persuadir al gobernador de que, aunque los maoríes podían escuchar, y algunos leer, las palabras traducidas del borrador inglés, no podían y, de hecho, no lograron captar el significado legal, ni tampoco compartían el concepto intrínseco de propiedad ni podían comprender las consecuencias de la firma. Don McKenzie argumenta que los maoríes sufrieron una derrota más contundente y de mayor duración en su batalla por el control de la tierra, precisamente porque su grado de alfabetización en la década precedente daba la impresión de que aceptaban las reglas del juego que establecían los tratados, cuando en realidad eran incapaces de manipular con éxito la palabra escrita [4].

La tercera faceta del poder es formal y activa. Es el poder de exteriorizar, de acumular y fijar el conocimiento. Los maoríes no lo adquirirían a escala políticamente significativa hasta la siguiente generación. Constituye la pura esencia del milagro de la escritura y, en todas las comunidades, ha sido el poder cruzar el umbral entre pasividad y actividad, entre ser la víctima de la palabra escrita o su dueño, lo que ha tenido consecuencias más revolucionarias, pero a la vez ha resultado más difícil de conseguir.

En las increíbles pinturas de la cueva de Lascaux, en Francia, entre las imágenes de animales se pueden ver series de parejas de puntos. Estas pueden muy bien ser los ejemplos más tempranos de comunicación simbólica: comunicación que hace el individuo, pero que existe independientemente de él en el tiempo y en el espacio. La habilidad para hacer esto es el criterio principal para distinguir a Homo Sapiens, el hombre sabio, de sus predecesores biológicos, la primera gran divisoria en la historia humana. Los puntos de Lascaux pueden ser, tanto como las hachas de piedra pulimentada, el anuncio de la revolución neolítica, base de todas las civilizaciones siguientes.

[4] D. F. McKenzie, «The Sociology of a Text: Oral Culture, Literacy and Print in Early New Zealand», en P. Burke y R. Porter eds., *The Social History of Language*, Cambridge, 1987, págs. 161-197.

En Oriente Medio se domesticaron el trigo, los animales y el hierro [5]. También fue allí donde tuvo lugar la principal invención que iba a posibilitar la escritura. La escritura simbólica era de importancia fundamental para permitir al hombre trascender la impermanencia del habla, pero todavía era tosca. Fue la creación de un sistema alfabético lo que facilitó el desarrollo posterior de una sociedad caracterizada por un alto índice de utilización de la palabra escrita, que iba a florecer por primera vez en Grecia durante el siglo VII a.C. Bertrand Russell dijo que el auge de la civilización en Grecia era el fenómeno más difícil de explicar, y el más sorprendente en toda la historia. Ciertamente era otro momento decisivo, quizás no tan significativo como había sido la revolución neolítica, ni merecedor de tan caluroso aplauso.

Jack Goody dice, en *The Domestication of the Savage Mind*, que para tratar de entender el poder de la palabra escrita, resulta útil, adaptando la terminología de Marx, distinguir entre dos partes dentro del modo de comunicación: los medios y las relaciones de comunicación, es decir, las dimensiones físicas y las socioculturales respectivamente. Además opina que siempre deben considerarse conjuntamente. En estos términos, Grecia puede colocarse en un contexto.

Nos encontramos ante una sociedad de alfabetización masiva, que posee un sistema alfabético de escritura. Mirando retrospectivamente podemos distinguir tres modos de comunicación:

1. Culturas orales, donde el lenguaje posee únicamente una forma puramente oral. Están tipificadas por lenguajes locales; son en la actualidad, y desde hace mucho tiempo, relativamente pocas.
2. Culturas escritas, cuyos lenguajes poseen únicamente forma escrita, porque su forma oral se ha extinguido. Están tipificados por las lenguas clásicas.
3. Culturas de tipo mixto, donde los lenguajes asumen tanto formas orales como escritas para toda o sólo una parte de la pobla-

[5] El hierro también fue domesticado en Tailandia de forma independiente, y, probablemente, en la zona de los Grandes Lagos en África Central. La importancia de su descubrimiento en el Cercano Oriente radica en su combinación con los cereales y el caballo.

ción. Nos vemos obligados a categorizar aún más y a distinguir entre «culturas de alfabetización universal», como las que solemos con demasiada facilidad considerar como obvias, pero que en realidad son históricamente poco corrientes, y «culturas de alfabetización restringida», donde la mayoría de la población vive en los bordes de la palabra escrita, pero bajo su dominio.

De hecho, hoy en día todos los grandes idiomas universales existen dentro de culturas de tipo mixto. En gran parte del mundo islámico, las personas son individualmente analfabetas o semianalfabetas, pero se hallan bajo el dominio del libro, como los maoríes del siglo XIX; o, en el nuevo mundo de la comunicación electrónica masiva, las personas se hallan en una nueva esfera más allá de la palabra escrita: bajo el dominio de la radio, la televisión y el teléfono. Pero los historiadores pertenecen, en especial, al mundo de la palabra escrita, que para ellos es primordial. Establece sus criterios de valor y sus métodos. Subestima a la palabra hablada, a la que se considera utilitaria y vulgar en comparación con el significado concentrado de un texto. No se contemplan los diversos tipos ni las variaciones sutiles de significado de la información oral.

Una de las consecuencias de vivir en una cultura dominada por la palabra escrita es el proceso de cauterización contra la palabra hablada, a través de su menosprecio. Podemos tener una percepción muy completa de muchos lenguajes escritos especiales y complejos; por ejemplo, el inglés, a través del tiempo, posee las formas de Chaucer y de Shakespeare, o el registro especial de la Biblia del Rey Jaime (su correspondiente en español fue la Biblia de Casiodoro de la Reina y Cipriano de Valera) o del Libro Común de Rezos, todos los cuales perviven. Pero, al considerar una cultura oral o mixta, debemos realizar un esfuerzo consciente para tratar de aminorar nuestra velocidad de percepción, con el fin de poder considerar el testimonio oral como poseedor de la misma complejidad potencial que el escrito. Hemos de saber reconocer las distinciones entre el habla importante y la meramente intrascendente, de la misma forma que Thomas Hardy hace a su heroína Tess cambiar del dialecto de Dorset al inglés culto, según quien sea su interlocutor; o los rastafaris del Caribe reservan un sonsonete especial para sus cantos religiosos.

La tradición coránica oral, el *hadith,* es uno de los ejemplos más antiguos y mejor conocidos de cómo los lenguajes especiales del registro oral y escrito se entremezclan en una cultura. En su magnífico estudio, Ernest Gellner ha mostrado cómo la *baraka* o autoridad carismática de los hombres santos de las montañas del Atlas marroquí procede, para sus oyentes iletrados, de su exposición oral de la *sharí'a.* Pero la *sharí'a* es una ley escrita, y estos hombres santos pueden incluso ser analfabetos. No obstante, su carisma deriva de su asociación con el poder de la palabra del libro.

Los historiadores tradicionales, obsesionados por la documentación, se interesan en sus fuentes por tres cualidades que no posee la información oral. Insisten en la precisión formal. Resulta importante ver la naturaleza estable de la evidencia. Un documento es un objeto. No existen dudas sobre lo que el testimonio, físicamente, es, ya que la forma se encuentra fijada. También puede comprobarse de varias maneras: físicamente (otra vez), pero también comparativa, textual, estructuralmente, etc., esto le proporciona la segunda cualidad buscada, la precisión cronológica.

Los historiadores piensan de acuerdo con el tiempo cronológico, tal como lo mide el calendario y el reloj. Los documentos pueden proporcionar detalles escrupulosos en esta dimensión y, por tanto, se pueden extraer sutiles argumentaciones. La objetividad que reivindican los miembros más tradicionales de la profesión histórica descansa en gran parte sobre la fuerza de deducción extraída de un estudio meticuloso de la lógica narrativa. Pero, como podremos ver muy pronto, el tiempo cronológico no es la única clase de tiempo que utilizan los hombres, y existen otras cosas que explicar, además del cambio.

En tercer lugar, una vez que se alcanza la etapa de la escritura, ésta resulta fácil y, como deja huellas fijas, vivimos inmersos en un océano de mensajes escritos. Pensamos que entenderemos el mensaje de un texto gracias a la lectura de textos adicionales. «Testis unus, testis nullus»: un solo testigo no es testigo. Demostramos mediante la multiplicación. Bajo cualquiera de estos tres aspectos, la evidencia oral, sin otros apoyos, se acredita pobremente. La forma no se encuentra fijada; la cronología, con frecuencia, es imprecisa; la comunicación se encuentra muchas veces sin otras fuentes de referencia. Para aquellos historiadores a los que no les gusta la historia oral, éstas constituyen razones suficientes para desdeñarla. Pero además, se podrían añadir otros dos motivos, que tienen que ver con los objetos de su estudio. Uno, ya mencionado al principio de este artículo, es que la historia oral se ocupa, de forma autocomplaciente, de temas

tangenciales. El otro motivo se halla implícito en la poca importancia de la pequeña escala.

Pienso que la crítica general, a partir de ptemisas metodológicas sobre la precisión, consiste en que la información oral no puede explicar el cambio, y el cambio es el objetivo principal de estudio de los historiadores. Pero esto no resulta completamente cierto, y en algunos casos, especialmente en sociedades ágrafas o en un estado intermedio, la continuidad es un fenómeno mucho más interesante, y más difícil de explicar, que el eambio. La crítica sobre la autocomplacencia refleja o un prejuicio contra la historia desde abajo o el miedo de que, como la información oral se presenta en la escala de las percepciones del individuo, el historiador se quede atrapado en esa pequeña escala, posiblemente extraviado y, por tanto, sea incapaz de extrapolar eficientemente. En resumen, nos limitaríamos a encontrarnos en un embrollo de informaciones sin ninguna utilidad práctica. Es decir, la historia oral se limitaría a decirnos cosas triviales sobre gente importante, y cosas importantes sobre gente trivial (y esto según su propio criterio de importancia).

¿Resulta esta crítica correcta? Desde luego, fue para combatir este tipo de juicios despectivos que se trajo al campo de batalla a la artillería pesada de «movimiento de la historia oral». Puede que en las primeras escaramuzas los cañones se hubieran disparado alegremente, pero las cuestiones en disputa son reales y se hallan estrechamente relacionadas con las funciones de la memoria y los fines de la historia en sociedades con modos diferentes de comunicación. Se han de aplicar otros criterios diferentes a los utilizados por Ranke.

Para poder calibrar el peso de estas acusaciones, y ver quiénes están colando de rondón exactamente qué tipo de presunciones sobre los fines del historiador, debemos ser ptecisos a la hora de definir los términos, si es que queremos evitar los errores de categorización. Por lo tanto, paso inmediatamente a distinguir dos tipos, y dentro de uno de ellos, siguiendo a Vansina, cuatro formas distintas de información oral. Tenemos que estar preparados para encontrar diferentes argumentos sobre cada uno de ellos en diferentes tipos de sociedades.

¿Qué se entiende exactamente por evidencia oral? Al principio, la definí como aquella evidencia que se obtiene de personas vivas, en contraposición a aquélla obtenida a partir de fuentes inanimadas, pero ya no es una definición suficientemente precisa. Existe la tradición oral. En *De la Tradition Orale,* el libro que más que ningún otro ha revolucionado nuestra concepción sobre ella, Jan Vansina la definió como «el testimonio oral transmitido verbalmente *de una generación a la siguiente, o a más de una generación*» (las cursivas son mías). Este material es la parte fundamental con la que contamos para reconstruir el pasado de una sociedad con una cultura oral. La tradición oral se vuelve cada vez menos pronunciada a medida que una cultura evoluciona hacia la alfabetización masiva, aunque una parte puede persistir en un entorno mayoritariamcnte alfabetizado.

El otro tipo de fuente oral es el recuerdo personal. Se trata del una evidencia oral específica basada en las experiencias propias del informante, y no suele pasar de generación en generación excepto en formas muy abreviadas, como, por ejemplo, en el caso de las anécdotas privadas de una familia. Hacia 1870, mi abuelo materno ttabajaba como aprendiz de jardinero en una gran casa de Cornualles. El mayordomo era un sádico que acostumbraba a encerrar gatitos en el horno caliente de la cocina para disfrutar contemplando su agonía. Cosa comprensible, mi abuelo no olvidó nunca esta conducta, e, incluso, por causa de este hombre dejó esa casa para ir a trabajar en una mina de estaño, según me contó mi madre. Los recuerdos personales directos forman la inmensa mayoría de la evidencia utilizada por Paul Thompson y el movimiento de historia oral.

La tradición oral se distingue del recuerdo también de otra manera. La transmisión de grandes cantidades y formas específicas de información oral de generación en generación requiere tiempo y un esfuerzo mental considerable; por lo tanto debe tener un propósito. Generalmente se piensa que este propósito es de carácter estructural. Algunos teóricos, como Durkheim, consideran que el propósito en la creación y transmisión de la ttadición oral se halla sistemática y dependientemente relacionado con la reproducción de la estructura social. Otros autores opinan que tiene propósitos cognitivos más amplios y autónomos. Pero, independientemente de esto, y antes de entrar en más consideraciones, hemos de distinguir cuatro tipos de tradición oral [6]:

[6] He recogido este esquema de J. Vansina, «Once upon a Time: Oral Traditions as History in Africa», en *Daedalus,* n.º 2 (Primavera 1971), pág. 451.

		Aprendido de memoria	**ESTILO**	**No aprendido de memoria**
		Congelado		Libre
FORMA	congelada	POESÍA (INCLUYENDO CANCIONES) Y LISTAS		ÉPICA
			Y	
	libre	FÓRMULAS (nombres, refranes, etc.)		NARRATIVA

Si un relato se aprende de memoria, entonces sus palabras pertenecen a la tradición. Si la forma de la actuación se halla prefijada, entonces la estructura pertenece a la tradición. Procederé a explicar cada categoría.

Los materiales aprendidos de memoria y cuya forma se halla congelada o prefijada son los que en realidad presentan al historiador los menores problemas para su comprobación, ya que un estudio crítico riguroso de distintas versiones nos dará el núcleo común de forma y palabras. Es posible identificar las reglas de forma y lenguaje. Los poemas africanos de alabanza, de los que los mejor conocidos son los «isibongo» zulús, son buenos ejemplos del género. Palabras, forma y entonación se hallan estrictamente definidos. Con frecuencia, los poemas de alabanza describen las relaciones entre gobernantes y gobernados: sirven de enlace en una relación que no podría llevarse a cabo en el lenguaje coloquial. Por tanto, su estructura refleja su propósito. El siguiente es un extracto de un poema de alabanza lozi, que recogí en el oeste de Zambia. Está en luyana, el idioma arcaico, que se halla tan alejado de la lengua cotidiana, el siLozi, como el anglosajón del inglés moderno:

«Aunque estoy cerca de ti, no puedo hablar contigo. Pero no me preocupa, porque sé de dónde procede mi parentela. Yo vengo de una línea de parentesco que está ligada contigo. Cada canción tiene su origen...

»Cuando el Rey está en la corte, él es como un elefante entre la maleza espinosa, como un búfalo en el bosque espeso, como un huerto de maíz en un altozano de la llanura del Zambeze. ¡Gobierna bien al país! Si muere el país, tú serás el responsable. Si prospera, el país se sentirá orgulloso de ti y te aclamará.»

El material del tipo «fórmula» es especialmente útil cuando intentamos descubrir las dimensiones de una cultura popular. Frecuentemente un estudio de los refranes resulta una forma eficaz de empezar a realizar un estudio semejante, tanto para el presente como para el pasado de una cultura oral o de tipo mixto. Esto se explica porque no resulta fácil alterar las palabras, o lo observaríamos claramente si hubieran sufrido una alteración. Doy otro ejemplo, también relacionado con los reyes lozi de Zambia. El siglo del colonianismo en África ha sido, con independencia de todo lo demás, agitado. Como la mayoría de las otras sociedades, la de los lozi se ha visto afectada por grandes fuerzas de cambio. Por tanto, si encontramos elementos que han permanecido constantes, a pesar de tales presiones, se ha de tratar de casos particularmente interesantes, como en este ejemplo.

En 1974 me encontraba viviendo en Bulozi, y solía recoger refranes en una libreta, al principio simplemente por curiosidad. Uno corriente se refiere, por analogía, a la realeza. Está en luyana:

Nengo minya malolo wa fulanga, musheke ni mu ku onga. (El hipopótamo [Rey] mueve las aguas más profundas del río; las blancas arenas de los bajíos traicionan su presencia.)

Lo encontré otra vez algunos años más tarde pero en un contexto diferente, convertido en un canto antifonal que formaba parte de un culto con fines curativos. Mezcla el moderno siLozi con el arcaico luyana.

Sanador (en sonsonete): Mezi mwa nuka ki tapelo! (¡El agua del río es una oración!)
Sanador (canta): Kubu, mwana lilolo (Hipopótamo, hijo del remolino).
Coro: Itumukela mwa ngala! (¡Sale a la superficie en medio del río!)
Sanador: Musheke ni mu konga (La arena traiciona su presencia).
Coro: Itumukela mwa ngala!

Así que aquí tenemos dos variantes, que comparten el mismo tema principal, y ambas pertenecientes a la época postcolonial. Este ejemplo muestra claramente cómo algunos núcleos de palabras permanecen inalterables en un caleidoscopio cambiante de estructuras adaptadas a propósitos concretos.

Se puede observar la fuerza del material de tipo formular si colocamos estas versiones modernas al lado del mismo refrán, pero bajo formas recogidas por un misionero francés al principio de la experiencia colonial, hacia 1890: «wa fulanga meyi matungu, musheke ni mu kong'a» y «Mbu ku mwan'a lilolo, wa twelanga matungu, musheke ni mu k'onga» [7]. Un ejemplo tan claro de persistencia de una forma en una fuente oral es testigo de su reproducción continuada en la cultura popular, y esto, a su vez, nos indica que debe poseer alguna función cultural persistente [8]. Y por tanto, aparece la cuestión de la memoria selectiva en las fuentes orales, de la que hablaremos a continuación.

Algunos materiales de tipo formular son menos propicios para la memoria selectiva. Por ejemplo, la identidad personal dentro de nuestra propia cultura viene dada con frecuencia por medio de una descripción semiótica de fronteras físicas. Por tanto, una vez que se haya procedido a su decodificación, el paisaje geográfico en torno al hogar que describe un migrante puede demostrar, de forma muy viva, la reproducción cultural. Un estudio africano de caso, *Siyaya: the Historical Anthropology of an African Landscape* muestra brillantemente este aserto, al realizar esta decodificación y usarla para desafiar la presunción convencional de que la migración lleva a la ruptura de relaciones [9].

Los ptincipales problemas sobre los riesgos que puede implicar la utilización de la tradición oral están relacionados con las tradiciones que no se han aprendido de memoria, es decir, las épicas y narrativas. La fórmula fijada de épica implica que la mayoría de la épica africana es narrativa bajo este esquema. Entiendo por «épica» la homérica: poesía heroica compuesta oralmente, de acuerdo a ciertas reglas. Desde luego, los poemas fueron escritos posteriormente, y no podemos saber hasta qué punto se vieron alterados, ni si esto ocurrió en el momento de su escritura o después, pero la estructura es lo

[7] Para una exposición más amplia de lo visible y lo oculto en la historia lozi, véase G. Prins, *The Hidden Hippopotamus Reappraisal in African History: the Early Colonial Experience in Western Zambia*, Cambridge, 1980.

[8] Para una discusión más detallada de la importaneia y utilidad de los refranes, véase J. Obelkevich, «Proverbs and Social History», en Burke y Porter eds., *The Social History of Language*, págs. 43-72.

[9] David W. Cohen y E. S. Atieno Odhiambo, *Siyaya, the Historical Anthropology of an African Landscape*, Londres, 1988, y una reseña en *African Affairs*, n.° 188 (octubre 1989), págs. 588-589.

bastante fuerte para sobrevivir a este proceso. Es una colcha de retales, una rapsodia, es decir, literalmente «cosida junta» (del verbo griego). Así que la repetición de una fórmula juega un papel en la formación de la obra, tanto para el bardo como para el público. Casi un tercio de la Ilíada consiste en versos o bloques de versos que se repiten más de una vez. Lo mismo ocurre con la Odisea. En los primeros 25 versos de la Ilíada aparecen 25 expresiones prefijadas. Por ejemplo, la aurora se describe casi siempre como «la de rosados dedos», Atenea es la de «ojos de lechuza», la isla de Itaca se encuentra siempre «rodeada por el mar», Aquiles es el «saqueador de ciudades», y la más famosa, el mar es «de color de vino». Pero no se trata de una repetición monótona. Se dan 36 epítetos diferentes para describir a Aquiles, escogidos y empleados siguiendo reglas establecidas [10]. Por tanto, a partir de este material, el bardo elabora una nueva obra, aunque los fragmentos aislados puedan ser viejos y conocidos por todos. Pero esta categoría y este método vuelven a suscitar cuestiones obvias sobre la limitación en cuanto a la cantidad de conocimiento que la tradición oral es capaz de contener o transimitir. ¿No nos encontramos ante una limitación agobiante?

Incluso con una gama de alternativas, este tipo de composición oral no puede contener más que un cierto grado de conocimiento o precisión. Se encuentra limitado por el carácter no permanente de la palabra hablada, y por la capacidad limitada de la memoria humana, incluso cuando se ve ayudada por recursos nemotécnicos: por tanto, las culturas orales son incapaces de innovar y deben olvidar. Este es el punto de vista que subyace a la argumentación del profesor Jack Goody en *The Domestication of the Savage Mind*. La mente «salvaje» se «domestica» cuando los *medios* de comunicación posibilitan el cambio de *modo:*

«La escritura, y especialmente su forma alfabética, posibilitaron el análisis del discurso de una forma diferente, al darle a la comunicación oral una forma semipermanente; este análisis favoreció la ampliación del ámbito de la actividad crítica, y, por tanto, de la racionalidad, el escepticismo, y la lógica. Aumentó la potencialidad de la crítica porque la escritura colocó el discurso delante de nuestros ojos de una forma diferente; al mismo tiempo incrementó la potencialidad para el conocimiento acumulativo, especialmente el de tipo abstrac-

[10] M. I. Finley, *The World of Odysseus*, Penguin ed., 1962, pág. 34 [hay ed. cast., *El mundo de Odiseo*, Madrid, 1980[2].

to... El problema del almacenamiento de la memoria dejó de obsesionar la vida intelectual del hombre. La mente humana quedó libre para estudiar un texto estático en vez de encontrarse limitada por la participación en el dinamismo del habla.» [11]

Pocos hostoriadores orales estarían en desacuerdo con Goody cuando habla de la liberación intelectual que supuso la escritura, pero muchos, y especialmente Vansina en *Oral Tradition as History,* discutirían su afirmación de que las tradiciones orales también deben ser homeostáticas: es decir, que se olvida lo que no resulta conveniente o lo que deja de tener significación funcional. Sugiere que las culturas orales sufren una amnesia estructural, al verse obligadas a ser selectivas por las limitaciones de la memoria, por lo que las tradiciones no pueden proporcionar una información histórica sólida.

De hecho, ese tipo de amnesia estructural llega a ser total en muy pocos casos. Vansina, en muchos de sus primeros trabajos, que culminan en su obra maestra sobre la historia precolonial del África Ecuatorial Central, *Paths in the Rain-forest* [12], muestra cómo se pueden desenredar y decodificar los diversos hilos de la madeja de la tradición, presentes en el último eslabón de la cadena transmisora. Hay que comparar diversas variantes y contrastar las fuentes orales con otras de diversa procedencia. Es mny conocida la técnica de la comparación interna de textos como medio de derrotar a la homeóstasis. Los eruditos islámicos evalúan las distintas versiones de la *hadith,* sopesando el valor de cada uno de los eslabones de la cadena *(isnâd),* y no aceptan ninguna tradición para la que no exista información, de forma razonablemente completa. Pero incluso si se puede vencer a la homeóstasis y llegar a establecer qué tradiciones se hallan presentes en un testimonio, es decir, si se busca la precisión en la forma, ¿cómo podremos resolver el problema de la datación?

La segunda de las tres cualidades que buscan los historiadores obsesionados por la documentación es la precisión cronológica. Los casos más graves de utilización incorrecta de la información oral han ocurrido al intentar cumplir este requisito, para alcanzar así el manto de la respetabilidad. El problema es fácilmente ilustrable.

La categoría narrativa contiene frecuentemente tres clases de transmisión: las tradiciones del origen, las historias dinásticas y los relatos sobre la organización social. Ahora bien, estas tres clases no existen dentro de los mismos conceptos de tiempo; para complicar aún más las cosas, la información puede venir toda revuelta, como los diferentes tipos de carne que se encuentran en un embutido.

[11] J. Goody, *The Domestication of the Savage Mind,* Cambridge, 1977, pág. 37 [hay ed. cast., *La domesticación del pensamiento salvaje,* Madrid, 1985].

[12] J. Vansina, *Paths in the Rain-forest,* Madison, Wisconsin, 1990.

TIEMPO NO ESTRUCTURADO
  Tradiciones del origen

TIEMPO «TRADICIONAL» (con secuencias pero no sincrónico)
  Historias dinásticas
    Relatos de la estructura del estado

TIEMPO SINCRÓNICO

Edward Evans-Pritchard, el gran antropólogo que estudió al pueblo nuer del sur del Sudán antes de la II Guerra Mundial, escribió un ensayo fundamental describiendo lo que llamó «tiempo oecológico», esto es, el tiempo cíclico que se puede observar en la sucesión de las estaciones y no en el paso de los años. El historiador social E. P. Thompson, ampliando este punto, adujo que el abandono de un concepto de tiempo que venía medido por la realización de una lavor específica (por ejemplo, la media hora que cuesta hervir el arroz en Madagascar, los 15 minutos para asar el maíz en el oeste de Nigeria, el par de Credos en el Chile católico del XVII) para asumir la disciplina general del reloj, culturalmente autónoma y con un propósito determinado, fue parte de la aparición de la conciencia social característica de la sociedad industrial, siendo simultáneamente condición básica para su desarrollo y producto de ella [13]. Salta inmediatamente a la vista, por tanto, los abusos cometidos con la información oral: los historiadores partidarios de lo escrito han tratado de extraer cronologías del tiempo sincrónico a partir de tradiciones existentes en el tiempo «tradicional». En éste, la importancia pasada o presente de un tema puede afectar su ubicación. Por ejemplo, se puede decir que cosas importantes son muy viejas, o muy nuevas, según el contexto y los objetivos actuales.

Pero los historiadores exploradores, en pos de la precisión crono-

[13] E. E. Evans-Pritchard, *The Nuer,* Oxford, 1940; E. P. Thompson, «Time, Work discipline and Industrial Capitalism», en M. W. Flinn y T. C. Smout eds., *Essays in Social History,* Oxford, 1974, págs. 40-41. *Véase también* Jacques Le Goff, «Au Moyen Age: Temps de l'Eglise et Temps du Marchand», en *Annales,* n.º 15, 1960, págs. 417-433.

lógica, con el ardor y la dedicación de aquellos caballeros coleccionistas del XIX, no se paraban a tomar este hecho en consideración. Cogían, por ejemplo, una leyenda sobre reyes. Contaban el número de reyes mencionados. Calculaban que pot cada generación transcurría un espacio de, digamos, 33 años. Multiplicaban una cosa por la otra parte y ¡he aquí, como por arte de birlibirloque, fechas para las culturas orales! Un historiador en particular, David Henige, ha hecho saltar por los aires estas simplezas. *The Chronology of Oral Tradition,* subtitulada significativamente *Quest for a Chimera* (En Busca de una Quimera), abarca desde reinos africanos hasta listas de reyes asirios; y, además de una dosis de iconoclastia y escepticismo, nos trae también cierta esperanza [14]. Por una vez, podemos entender qué clase de tiempo tenemos entre manos y qué tipo de fines han sido los que han servido para conservar la tradición y la memoria. Podemos tomar, en cierta manera, medidas defensivas. Un conocimiento de este tipo es casi siempre contextual.

Una medida resulta más importante que las otras. Henige titula «La historia como política del presente» a uno de los capítulos más interesantes de su libro. El reconocimiento de la invención de la tradición ha sido una de las innovaciones más creativas y demoledoras de la última generación de académicos. Creemos que la utilización de este concepto (por ejemplo, por David Cannadine para reexaminar los mitos de la monarquía británica) ha sido una aportación metodológica importante que la historiografía europea ha tomado de la historia no europea, en la que requisitos interdisciplinarios y lingüísticos más severos han impulsado grandes avances en los últimos años [15].

La invención de la tradición no es un fenómeno ni sorprendente ni deshonesto, especialmente en aquellas culturas en las que no existe un único criterio para la verdad. Recuerda a la autodefensa del prisionero que se hace pasar por tonto o mudo y que Alexander Solzhenitsyn describe tan vívidamente en *Un Día en la Vida de Iván Denisovitch.* Las situaciones coloniales presentan características similares, al estar marcadas también por extremos de poder e impotencia. En ciertas circunstancias especiales puede darse la imposibilidad de

[14] D. Henige, *The Chronology of Oral Tradition: Quest for a Chimera,* Oxford, 1974.

[15] D. Cannadine, «The Context, Performance and Meaning of Ritual: the British Monarchy and the "invention of tradition"», en T. O. Ranger y E. Hobsbawm eds., *The Invention of Tradition,* Cambridge, 1983, págs. 101-164. Wesseling utiliza el mismo argumento en la pág. 76.

la recuperación; en situaciones totalitarias, puede que la misma secuencia temporal se haya distorsionado; en contextos coloniales, los relatos de la estructura social y de la tradición doméstica generalmente se reinventan.

Hay ciertos tipos de memoria que no podrán jamás recuperarse, debido a la forma misma en que se han perdido. Esto es lo que sostiene el escritor italiano Primo Levi, sobreviviente de Auschwitz, en relación al genocidio judío. Su último libro, *Los hundidos y los salvados,* es uno de los más impresionantes testimonios sobre la naturaleza de la vida y el funcionamiento sicológico de los campos de exterminio. No obstante, Levi hace hincapié en la índole personal de sus recuerdos y, por tanto, del consiguiente carácter imperfecto de su interpretación. Como indica su título, se sentía incapaz de recuperar la memoria sumida en las profundidades donde la mayoría de sus compañeros se había ahogado. Ninguno había logrado regresar, excepto Levi, que fue uno de los pocos que lo consiguieron. Al final, se diría que para él, como para Bruno Bettelheim, el gran sicoanalista freudiano, la carga de la supervivencia fue excesiva; ambos, ya ancianos, se suicidaron. Quizás, para ellos, no se podía ni reinventar ni comunicar el pasado. Era literalmente impronunciable [16].

La reconstrucción de los hechos se encuentra un paso más cerca de nosotros que el silencio. El historiador de la experiencia soviética, Geoffrey Hosking, ha ilustrado la vida bajo el totalitarismo con anécdotas orales, en muchas de las cuales aparece la mítica Radio Armenia. Por ejemplo, le preguntan a Radio Armenia: «¿Se puede predecir el futuro?» Respuesta: «Sí, eso no es un problema. Sabemos exactamente cómo será el futuro. Nuestro problema es el pasado, que sigue cambiando» [17]. Desde los tiempos de la *glasnost* en la URSS, la batalla por el control de la memoria ha sido muy dura. Un grupo incluso se llama Pamyat (Memoria); otro, totalmente opuesto al ferviente nacionalismo eslavo y antisemitismo del primero, tiene por nombre Memorial, y fue promovido por el académico Andrei Sajarov, con el fin de rescatar del olvido a las víctimas de Stalin. La recuperación de la memoria popular, perdida en la Siberia de la mente, se ha conver-

[16] Primo Levi, *Los hundidos y los salvados,* Barcelona, 1989; Michael Ignatieff, «A Cry for Help - or of Release», en *Observer,* 1 de abril de 1990 (acerca del suicidio de Bruno Bettelheim el 12 de marzo de 1990).

[17] Geoffrey A. Hosking, «Memory in a Totalitarian Society: the Case of the Soviet Union» en Thomas Butler ed., *Memory,* Oxford, 1988, pág. 115.

tido en una actividad política destacada en la segunda Revolución Rusa. Las fuerzas reformistas impulsaron la creación de una comisión, que informó al pleno del Congreso de los Diputados del Pueblo, en 1989, sobre el rescate y reinterpretación de un hecho crucial, el pacto entre Hitler y Stalin [18].

También en Gran Bretaña se ha desarrollado una feroz controversia sobre la naturaleza de la historia. En 1985, la Inspección de Su Majestad publicó su visión de lo que consideraba que los niños deberían aprender. El «Libro Azul» sintetizó muchas de las mejores innovaciones de los últimos 20 años, tales como el proyecto de Historia del Consejo de Escuelas, que enseñaban a los niños entre los 11 y los 14 años a discriminar entre la evidencia buena y la mala, a reconocer la legitimidad de muchas clases de fuentes, incluyendo la oral, a poner en cuestión todas las verdades recibidas y a sentirse solidarios con las vicisitudes de la gente del pasado como estímulo esencial para la imaginación histórica [19]. Al igual que los modernos revolucionarios en la URSS, los Inspectores entendían perfectamente la importancia política del estudio de la historia, por lo que colocaron en la contraportada del libro las siguientes palabras de Nikita Kruschev: «Los historiadores son gente peligrosa. Son capaces de trastornar todo.»

El gobierno de la sra. Thatcher abolió el Consejo de Escuelas. Le siguió un intento violento, largo y sin éxito por parte de ella y de la derecha radical para conseguir en 1990 que el Grupo de Trabajo Saunders Watson, en sus recomendaciones al Departamento de Educación y Ciencia sobre el Curriculum Nacional, se centrara exclusivamente en un programa de historia política y constitucional británica de inspiración whig, obsesionado por la documentación, triunfalista y localista, que hiciera énfasis en el aprendizaje memorístico de fechas y «hechos», además de mostrar una animadversión a la imaginación histórica. También se negaba la legitimidad de la historia oral.

El Grupo de Trabajo informó en términos similares a como lo había hecho la Inspección en 1985, pero se vio rechazado por el

[18] «On the Political and Legal Assessment of the Soviet-German Non-Aggression Treaty of 1939». Informe de Alexander Yakovlev, Presidente de la Comisión al Segundo Congreso de Diputados del Pueblo (23 de diciembre de 1989), Moscú, 1990.

[19] History in the Primary and Secondary Years: an HMI View, Londres, 1985.

«fiat» ministerial cuando el Sr. Kenneth Clarke, recién estrenado el cargo, impuso los puntos de vista que habían sido rechazados por el Grupo de Trabajo, los profesores y el Libro Azul. En el momento de escribir. este artículo (febrero de 1991), existe confusión y resentimiento entre los profesores de historia ante esta acción [20].

Estas anécdotas intentan resaltar dos puntos. La Siberia de la mente no es únicamente la tierra del silencio muerto sino también la de la negación viviente de la legitimidad, ya que deja inermes a los sin voz frente a la esterilizadora condescendencia y la hegemonía excluyente de los gobiernos actuales. Por esto, el debate británico nos trae los ecos helados del caso soviético. En segundo lugar, queda patente la fragilidad y maleabilidad del pasado ante las presiones del presente. La escala de tales invenciones puede ser grande.

El pueblo tiv de Nigeria Central no estaba compuesto por caballeros. A principios de siglo luchaban contra los soldados blancos que tendían las líneas del telégrafo a través de sus tierras, ganándose así la reputación de ser forajidos y traicioneros y, claro está, profundamente paganos. Y lo que aún era peor, de ellos se desprendía un tufillo de anarquía, ya que no contaban con una jerarquía clara de jefes. Cuando en 1907, el Residente británico, Charles Forbes Gordon describió por primera vez esta sociedad, dejó constancia del carácter segmentado de sus clanes. Pero, durante la I Guerra Mundial, la administración británica en Nigeria, escasa de recursos para controlar un país tan grande, encontró conveniente dejar de considerar a los tiv como un pueblo y los englobó con sus vecinos más numerosos, los hausas. De forma muy servicial, los jefes tiv asumieron un «disfraz» hausa ante los ojos coloniales: hablaban hausa, se vestían como los hausas, etc. En 1930-31, los tiv fueron visitados y estudiados por R. C. Abraham, un antropólogo del gobierno, y por R. O. Downes, oficial de distrito.

El informe Abraham-Downes ofrecía una nueva visión de los tiv. Consideraba a la sociedad acéfala descrita por Forbes Gordon en términos relativamente jerarquizados, describiendo un nuevo conjunto de consejos a diferentes niveles. Al legitimar a estos consejos y a sus jefes, se dejaba a la joven generación, alfabetizada, de los tiv sin acceso a un futuro patronazgo político. A su vez, ellos se hicieron abande-

[20] Martin Kettle, «The Great Battle of History», *Guardian*, 4 de abril de 1990, pág. 23 (repasando la tormenta política sobre el History Working Group Report, publicado después de un largo retraso el 3 de abril de 1990).

rados de una nueva causa, la del Tor Tiv, un jefe supremo por encima de los consejos, y que, por curiosa coincidencia, correspondía al modelo «normal» de autoridad nativa, preconizado por los funcionarios británicos de la escuela de gobierno indirecto de Lord Lugard. Otra investigación antropológica, en 1940, decidió que, en realidad, los tiv estaban gobernados por patriarcas que constituían una pirámide jerárquica. ¿Quizás, después de todo, existía un jefe nativo supremo? En el transcurso de 40 años, la concepción existente sobre la estructura social de los tiv se había trastornado por completo. Finalmente, a fines de los años 40, aparecieron dos antropólogos más, los Bohannan, y su estudio clásico de los tiv como una sociedad de linaje segmentado, tal como había sido descrita la primera vez, todavía sigue vigente.

Cada investigador europeo buscó a los «verdaderos» tiv, y, cada vez que aparecían extraños con una nueva imagen, alguna aldea tiv, que veía alguna posibilidad de provecho, reinventaba cortésmente su pasado. Conocemos esta historia sólo porque un historiador, D. C. Dorward, se dio cuenta de que los investigadores habían sido parte de la interacción histórica, y porque sabía que existía la posibilidad de la invención de la tradición [21]. Esta es precisamente la vía de defensa contra la tradición inventada: no hay que confiar ni en la fiabilidad del testimonio oral que no cuente con otros apoyos, ni en la de nuestros predecesores en la investigación, a no ser que hayan dado muestras de ser conscientes del problema. Y, desde luego, no se trata de un problema que sea exclusivo de la historia otal.

Otra ejemplo, también de África, nos confirma la objeción que hace Vansina a la metáfora de la diva de ópera y su suplente. Muestra cómo una creencia demasiado confiada en fuentes escritas que no cuenten con otros apoyos, unida a un respecto excesivo por los historiadores, puede resultar una combinación igualmente engañosa. Mediante la aplicación de la duda sistemática, Julian Cobbing ha puesto en cuestión tres cuestiones fundamentales de la historia sudafricana: la imagen popular de los matabele de Zimbabwe como cultura guerrera, los alzamientos de 1836 como el antecedente directo del nacionalismo de Zimbabwe, mito principal del nacionalismo del país (con raíces importantes en los estudios del británico T. O. Ranger, historiador obsesionado por la documentación escrita). Y, por último, la importancia e incluso la misma existencia de la «Mfecane», la dispersión de pueblos que se creía había sido consecuencia de la destrucción del estado zulú a mitad del siglo XIX [22]. En el caso de los alzamientos, como el moderno Zimbabwe es una cultura de tipo mixto, la interpretación nacionalista de Ranger ha penetrado en el registro oral de las personas analfabetas, convirtiéndose en la respuesta que se suele dar a las preguntas sobre estos hechos, en detrimento de otras tradiciones. Resulta interesante comprender los motivos por los que se inventa la tradición, pero también es triste perder toda posibilidad de construir una versión fidedigna de hechos importantes, a consecuencia de técnicas historiográficas incorrectas. Aunque Ranger habla, en otra de sus obras, de la «historia utilizable» [23], no debe servir de excusa la necesidad que de ella pueda tener una comunidad de este tipo.

El reconocer que los historiadores obsesionados por la documentación escrita también pueden caer en naufragios semejantes, ayuda a conceder sus proporciones correctas al temor a la mala utilización de la información oral en la búsqueda de una cronología. En ambos casos, la solución consiste en la utilización de fuentes múltiples, convergentes e independientes, es decir, aquella técnica que Vansina ofreció como alternativa al rechazar la metáfora de la diva. En cuanto a la cronología es posible extraer, mediante el análisis interno, una secuencia histórica (lo que no implica necesariamente una historia con fechas muy precisas) a partir de las tradiciones orales formales. Para mayor precisión, resulta necesario huscar la correlación con fuentes externas. Los restos arqueológicos, los eclipses de sol o de luna, las calamidades naturales, etc., pueden servir como puntos comunes de referencia. Los mitos del origen, las historias dinásticas, las historias de familia de la gente corriente, los refranes, la poesía laudatoria, la épica y la narrativa nos pueden proporcionar acceso al interior de un tiempo y cultura determinados. Si utilizamos las fuentes

[21] D. C. Dorward, «Ethnography and administration: the Stndy of Anglo-Tiv "Working Misunderstanding"», *Journal of African History*, núm. 15, 1974, págs. 457-477.

[22] J. Cobbing, «The Evolution of the Ndebele Amabutho», *Journal of African History*, n.º 15, 1974, págs. 607-631; *ídem*, «The Absent Priesthood: Another Look at the Rhodesian Risings of 1896-97», *Journal of African History*, n.º 18, 1977, págs. 61-84; *ídem*, «The Mfeeane as Alibi: Thoughts on Dithakong and Mbolompo», *Journal of African History*, núm. 29, 1988, págs. 487-519; T. O. Ranger, *Revolt in Rhodesia, 1896-97*, Londres, 1979.

[23] T. O. Ranger, «Towards a Usable African Past», en C. Fyfe ed., *African Studies since 1945: A Tribute to Basil Davidson*, Londres, 1976, págs. 17-30.

externas para contrastar, nos podremos defender de la tradición inventada, obtener algunas fechas del tiempo cronológico, y de este modo, podremos reconstruir este tipo de pasado.

Queda una clase de narrativa a considerar. La he colocado deliberadamente en una categoría por sí misma, porque se preocupa del individuo aislado y de sus experiencias. Este tipo de recuerdos personales constituye la principal fuente de información utilizada por aquellos historiadores orales que estudian sociedades bajo el dominio de la palabra escrita. Su alcance se extiende desde el umbral de la posibilidad biológica (aproximadamente unos 80 años) en adelante.

El recuerdo personal puede ser la principal fuente de información oral, pero no es la única posible en sociedades con dominio de la escritura. La tradición formal, en el sentido que acabamos de comentar, perdura. La obra de Iona y Peter Opie, *The Lore and Language of Schoolchildren,* nos proporciona un ejemplo clásico. Los autores demuestran cómo una adivinanza infantil puede conservarse intacta a través de una larga cadena de transmisión. Debido a que una generación de niños es más corta que la de los recitadores lozi de proverbios reales que ya hemos mencionado, una adivinanza transmitida durante 130 años habrá pasado por 20 generaciones de niños, digamos unos 300 individuos, lo que es equivalente a un período de más de 500 años entre adultos [24]. Este cálculo nos recuerda con fuerza que la continuidad, apoyada en la energía de una renovación continua, requiere mayor explicación que el cambio. El matrimonio Opie logró todavía encontrar, en los años cincuenta, 108 de las 137 cancioncillas infantiles recopiladas en 1916 por Norman Douglas en *London Street Games.* En el caso de unos versos sobre un granadero, los Opie pueden mostrar versiones que remontan su núcleo principal hasta 1725. A la inversa, el recuerdo personal se halla también presente en las sociedades ágrafas, pero es su rol en las sociedades que sí poseen el dominio de la escritura lo que constituye nuestro interés principal. ¿Consisten los recuerdos personales en mera cháchara de viejos sobre los buenos tiempos pasados? Sí y no.

Muchas de las críticas de los historiadores obsesionados por la documentación escrita dicen que los recuerdos personales son muy dados, en el caso de personas famosas, a autojustificaciones muy útiles a posteriori, y, entre la gente poco importante, a lapsus de memoria. En ambos casos, se acusa a la memoria de poca fiabilidad, de ser un archivo que no admite comparación con los montones de documentos escritos, inmutables al paso de los años. El primer argumento es muy convincente, como podemos ver en las estanterías llenas de autobiografías políticas; el segundo no lo es tanto, porque las fuentes documentales escritas no se nos han legado de manera tan inocente como podríamos creer.

[24] I. y P. Opie, *The Lore and Language of Schoolchildren,* Oxford, 1959, pág. 8.

Aquellos días en que el quinto conde de Rosehery podía confiar sus secretos más íntimos a su diario, cuando las deliberaciones del gobierno se reflejaban en las notas manuscritas de un grupo reducido y perfectamente identificable de personas, cuando el historiador podía, con razonable seguridad, confiar en encontrar y leer estos documentos, y creer que podía creer en ellos, han acabado hace un siglo. Desde entonces, el volumen de papeles oficiales se ha desbordado. Se ha tenido que seleccionar para proceder a la conservación, por lo que los expurgadores han puesto manos a la obra; el contenido de los archivos, ya sea de forma deliberada o por una simple selección errónea, puede inducir al error tanto como pudiera hacerlo cualquier otra fuente. Un ejemplo muy interesante lo constituye el contraste entre la política cada vez más secretista y arhitraria de los ministerios británicos y la disponibilidad de los documentos relativos a los asuntos británicos en los archivos de Estados Unidos, gracias a la Freedom of Information Act. Por ejemplo, durante la Guerra de las Malvinas, en 1982, se retiraron súbitamente de consulta ciertos documentos con discusiones antiguas sobre las islas, especialmente una opinión expresada por el Foreign Office en los años treinta, que ponía en duda la solidez legal de la soberanía británica. Pero un historiador vigilante, y, como iba a resultar, acertadamente suspicaz, había logrado copiar a lápiz este informe, que fue a continuación entregado a la prensa, con gran cólera de la sra. Thatcher.

El juicio de Oliver North, el ayudante del presidente Reagan y artífice del turbio asunto del Irangate, nos proporciona un sensacional ejemplo del colapso de la concepción que tienen los historiadores tradicionales sobre la documentación escrita. Un tribunal boquiabierto escuchó el relato sobre las sesiones de destrucción de papeles a altas horas de la noche, de cómo la seductora Fawn (Cervatilla) Hall, la secretaria de increíble nombre del sr. North, sacaba de contrabando del Pentágono los documentos incriminatorios, escondidos en sus botas y ropa interior, y de los intentos de North para no dejar

ningún indicio, utilizando redes informáticas para enviar sus mensajes. Desgraciadamente para él, se lograron recuperar los mensajes que habían sido borrados de los bancos de datos. Sencillamente, se ha producido un regreso al mensaje oral, a través de la tecnología informática, para la toma de decisiones fundamentales. Cuando, de hecho, sobreviven documentos, y se pueden leer, se refieren frecuentemente a decisiones tomadas en el transcurso de conversaciones telefónicas.

A veces, la diferencia entre el original oral y el texto oficial, escrito posteriormente, surge a la luz por casualidad. Este es el caso de las deliberaciones de un comité británico sobre finanzas durante la Gran Depresión, ampliamente citadas en todos los trabajos clásicos sobre la época, por ejemplo, *Politicians and the Slump,* de Robert Skidelsky [25]. Montagu Norman, gobernador del Banco de Inglaterra, era un testigo particularmente importante ante el comité, pero la versión pública de su testimonio no corresponde a lo que, de hecho, dijo. Se ha sabido, por puro accidente, que sus palabras sufrieron muchos retoques. Aunque la copia literal que existía en el Public Record Office fue destruida, otro ejemplar se conservó en los archivos del Banco, donde un historiador económico, que buscaba otra cosa, la encontró por azar.

En los Estados Unidos, es muy conocido hasta qué punto el testimonio del gran guerrero de la guerra fría y secretario de Estado, Foster Dulles, tuvo que ser retocado por los funcionarios de su departamento, cuyos informes desdeñaba. No se consideraba diplomático que el Congressional Record recogiera comentarios sabrosos sobre los aliados, como su respuesta al Appropriations Committee: «todos los franceses tenían amantes y vendían postales pornográficas» pero que, no obstante, «Francia era una útil propiedad inmobiliaria». (Sus *obiter dicta* sobre Alemania y Gran Bretaña también son dignos de una antología.)

Vemos así cómo el argumento sobre la fiabilidad se puede convertir en un arma arrojadiza. Se podría alegar que, de hecho, el testimonio oral, ya sea recogido en magnetofón (sin lagunas nixonianas) o mediante un trabajo de campo entre tribus de almirantes y secretarios de Estado, se halla más cercano al manantial. Evidentemente es susceptible de presentar problemas tan graves como los que afectan a

[25] R. Skidelsky, *Politicians and the Slump. the Labour Gobernment of 1929-31,* Londres, 1967.

las fuentes documentales modernas, pero éstos son diferentes. Ambos tienen en común que pueden verse afectados por la invención de la tradición (como lo demostró la retirada del informe sobre las Malvinas del Public Record Office), pero posiblemente los problemas que conlleva la mala utilización de la información oral son más fáciles de localizar y resolver.

Además de la mala utilización, fácil de evitar, existen dos problemas que afectan a la fuentes de testimonio oral y que no se pueden soslayar. El primero es la influencia inconsciente de lo escrito en las culturas de tipo mixto, donde se puede producir la reinserción hermenéutica de una opinión escrita en el testimonio oral de una persona analfabeta. Este fenómeno suele ocurrir con mayor frecuencia en contextos con una gran carga emotiva, como en un encuentro colonial. Ya hemos mencionado la reinserción de la interpretación de Ranger en la cultura oral de Zimbabwe. Existe también un segundo aspecto de esta influencia, pernicioso de diferente manera, que encontramos cuando el predominio de lo escrito erosiona y finalmente borra las formas orales de recuerdo. Los mejores ejemplos son musicales. Ralph Vaughan Williams, Percy Grainger y Benjamin Britten son sólo unos pocos de los muchos compositores que, a principios de siglo, recogieron y/o utilizaron canciones folklóricas en sus propias composiciones, que reelaboraban las canciones originales en el momento mismo de su extinción. Algunos de los recopiladores modernos más conocidos, como Ewan McColl, que ha salvado y dado nuevo vigor a un gran número de canciones de trabajo y baladas de obreros y campesinos del norte de Inglaterra y Escocia, eran también compositores, y, hoy en día, resulta difícil distinguir, tanto al público como a los músicos, entre las canciones nuevas y las tradicionales. Así que, lo que actualmente se puede escuchar, en un bar de Kerry o Galloway, seguramente habrá pasado por el ciclo de la reinserción hermenéutica. Una técnica crítica puede, con un poco de cuidado, preveer fácilmente estos problemas, lo que puede ser más complicado en el caso de fuentes documentales escritas. El río de Ranke queda contaminado por la invención de la tradición, incluso antes de brotar del manantial. El recuerdo general de la vida de un informante, estructurado por lo que él mismo considera de importancia, constituye quizás el tipo de documentación más puro que podemos encontrar.

La bioquímica de la memoria se encuentra todavía muy poco

comprendida. Pero los estudios sobre sus diferentes tipos tienden a coincidir en que la memoria a largo plazo, especialmente en individuos que han entrado en la fase llamada por los sicólogos de «revisión de vida», puede ser increíblemente precisa. Las personas adquieren un «depósito de información» que rellenan con las relaciones personales. Se halla circunscrito por el contexto social, forma obviamente la identidad personal y posee una notable estabilidad. Según observa David Lowenthal, esto es especialmente cierto en los recuerdos intensos e involuntarios de la niñez, cuando vemos y recordamos lo que tenemos delante de nuestros ojos, y no, como en el caso de los adultos, lo que esperamos ver [26]. La revisión de vida es el producto terminal de toda una vida de recuerdos. Una narrativa estable de revisión de vida en el depósito de información es el comienzo de la tradición oral a largo plazo. El fragmento que he citado anteriormente sobre las vivencias de mi abuelo en la gran casa de Cornualles es uno de ellos.

Precisamente ha sido la utilización de este tipo de recuerdos lo que ha constituido la mayor contribución de historiadores como Paul Thompson. Son historiadores sociales y utilizan la información oral para dar voz a los sin voz. Aunque no se trata de un instrumento radicalizador en sí mismo, la información oral en la sociedad contemporánea ha sido muy utilizada por historiadores con un propósito radical, ya que, como señala el mismo Thompson en las primeras líneas de *La voz del pasado:* «Toda Historia depende en última instancia de su propósito social», y la historia oral reconstruye minuciosamente los detalles de las vidas de la gente común. Sigue la tradición de Mayhew, que dejó constancia de las vidas de los pobres de Londres hacia 1850, de Charles Booth, que estudió la vida y trabajos de los londinenses entre 1889 y 1903, y de la obra de Seebohm Rowntree acerca de la pobreza en York en 1901. Este propósito ha figurado de forma destacada en la práctica de la historia oral, como lo demuestra también el uso de los recuerdos personales en la historia italiana moderna [27].

[26] D. Lowenthal, *The Past is a Foreign Country,* Cambridge, 1985, págs. 202-203.

[27] G. Levi, L. Passerini y L. Scaraffini, «Vita Quotidiana in un Quartiere Operaio di Torino fra le Due Guerre l'Opporto della Storia Orale», págs. 209-224; L. Bergonzini, «Le Fonti Orale come Verifica della Testimonianze Scritte in una Ricerca sulla Antifascismo e la Resistenza Bolognese», págs. 263-268, ambos en B. Bernardi, C. Poni y A. Triulzi eds., *Fonti Orale: Antropologia e Storia,* Milan, 1978.

Los recuerdos personales permiten aportar una frescura y una riqueza de detalles que no podemos encontrar de otra forma. Posibilita historias en pequeña escala, ya sean de grupos, como el trabajo de Williams sobre los judíos de Manchester, ya sean de orden geográfico: historias locales de aldea o de barrio. Pone en manos de los historiadores los medios para realizar lo que Clifford Geertz ha llamado «descripción sustanciosa»: relatos con la profundidad y los matices necesarios para permitir un análisis antropológico serio.

Pero, dejando aparte la afinidad ideológica y el potencial para el análisis estructural, incluso si la historia oral se muestra en toda su utilidad en el campo de la historia social, los escépticos se siguen formulando, de todas formas, la pregunta que he mencionado al principio de artículo. Puede que sirva de ayuda, puede que sea ilustrativa, incluso que sea históricamente liberadora, pero ¿es capaz de ofrecer una explicación? El testimonio oral permite una evocación descriptiva tan conmovedora sobre lo que representa ser un mejicano pobre, como la obra maestra de Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez,* pero, de todas formas, al final se encuentra atrapada en la pequeña escala, y no es ahí donde se encuentran las fuerzas formadoras de las teorías de los historiadores [28].

Una buena prueba de esta afirmación la tenemos en la monografía de Paul Thompson, *The Edwardians* [29], que constituye un intento de recrear la vida en la Inglaterra de los años inmediatamente anteriores a la Gran Guerra. Se trata de un periodo que en la memoria popular se encuentra rodeado de un romanticismo rosa, cuando todavía se tomaba miel con el té, cuando el reloj de la torre de la iglesia de Grantchester todavía estaba parado a la tres menos diez, cuando Dios estaba en el cielo y todo estaba bien en un mundo a punto de ser destrozado en pedazos por la guerra. Pero, lo que Thompson nos quiere recordar, es que solamente era así para unos pocos.

El núcleo principal del libro lo constituye una serie de cinco viñetas formadas por recuerdos de infancias eduardianas, escogidas para representar a todos los niveles de la sociedad, desde los más ricos a los más pobres. Se encuentran estrechamente ligadas a la documentación de archivo debido a la técnica de muestreo utilizada en la selección de los individuos. Los relatos resultan muy vivos, pero

[28] Oscar Lewis, *Los hijos de Sánchez,* México, 1964.

[29] P. Thompson, *The Edwardians: the Remaking of British Society,* London, 1975.

no llevan el peso de la teoría de Thompson sobre estos años, a los que considera como los de la crisis eduardiana: la de las clases conservadoras sobre la cuestión de Irlanda y de malestar laboral profundo y extendido entre 1911 y 1914. Pero aunque las viñetas proporcionan ejemplos espléndidos, el análisis que hace Thompson sobre las desigualdades sociales, su opinión acerca de las causas principales de la crisis y toda la informción a gran escala sobre la que se apoya este nivel de su libro, procede de la utilización inteligente de las fuentes escritas.

Así que, en este sentido, acepto los puntos de vista de los ·crítícos. *The Edwardians* no constituye una justificación de las reivindicaciones más exageradas hechas a favor de la historia oral a partir de los recuerdos personales. Igual que en el caso de la tradición oral, las reivindicaciones exageradas se derrumban. La fuerza de la historia oral es la de cualquier historia que tenga una seriedad metodológica. Esta fuerza procede de la diversidad de las fuentes consultadas y de la inteligencia con que se han utilizado. No se trata de una obligación a exigir únicamente a los historiadores orales, considerados como personas que practican un arte menor. Ya he señalado anteriormente que la evolución actual hacia una cultura más allá de la palabra escrita, nueva y global, con los recursos electrónicos de tipo oral y visual de que dispone, deshace la autoestima profesional de la historiografía tradicional, obsesionada por la documentación escrita. Todos los historiadores nos encontramos ante este mismo desafío.

El recuerdo personal permite al historiador dos cosas. En primer lugar, algo que resulta obvio: ser un historiador completo, capaz de utilizar las fuentes adecuadas para estudiar las diversas problemáticas de la historia contemporánea. Ningún historiador de la política moderna, sumergido en la documentación oficial, puede esperar fiabilidad si no emplea las fuentes orales (e incluso podríamos añadir, fuentes fotográficas y cinematográficas), al igual que le podría ocurrir a un historiador social interesado en el mundo gitano. Como ha señalado Vansina, la información oral sirve para comprobar la fiabilidad de otras fuentes, de la misma forma que éstas son su garantía. También nos pueden proporcionar detalles minuciosos que de otro modo serían inaccesibles, pudiendo así servir de estímulo e inducir al historiador a analizar otras informaciones bajo una nueva luz. Este es el caso del análisis de las clases sociales que hace Thompson en *The Edwardians*. Esto es lo que sucedió cuando el Sr. Donald Regan, jefe de los asesores del presidente Reagan en la Casa Blanca, publicó su relato justificatorio al dejar el cargo. El relato de sus enfrentamientos con la sra. Nancy Reagan reveló, entre otras cosas, que la intervención del astrólogo personal de la primera dama fue decisica para fijar la fecha de la firma del Tratado de Fuerzas Nucleares de Alcance Limitado, en la cumbre de diciembre de 1987, hecho que no se encuentra en los papeles oficiales. Y esto es lo que está ocurriendo en el estudio, próximo a aparecer, de Christopher Lee sobre la política británica de defensa desde 1945.

En este tema, los archivos oficiales británicos siguen cerrados, según la regla que fija un plazo de 30 años para la consulta de documentación oficial, plazo que puede ampliarse a discreción del gobierno, si considera que se trata de asuntos de índole confidencial, como por ejemplo, los temas de defensa. Se dice que la sra. Thatcher opina que no se debe publicar nada relativo a las actividades de inteligencia de agentes británicos en la Rusia zarista, no sea que se dé auxilio y consuelo al enemigo. Ella y las enmiendas que hizo aprobar a la Official Secrets Act, en 1989, reforzaron el cerrojazo. Los muchos años de Lee como encargado de los temas de defensa en la BBC le permiten conocer y tener la confianza de sus informantes. Las transcripciones de sus entrevistas con los principales actores de la obra se convertirán, por sí mismas, en una fuente documental de importancia primordial. Un libro así no podía ser escrito por un historiador academicista. Dará una visión diferente del periodo en que Gran Bretaña dejó de ser una superpotencia. La documentación oral entra, de forma más inmediata que otras fuentes, en lo que el profesor Hexter denomina «el segundo archivo». La capacidad de Lee para rastrear, leer e interpretar el «primer archivo» se basa decisivamente en su posesión de un «segundo archivo» muy específico y poco usual [30]. Este hecho no le convierte en un nuevo tipo de historiador, más bien lo contrario. Muchos historiadores del siglo XIX eran «amateurs», en el sentido de que escribían y vivían fuera del mundo académico. Tanto en el pasado como en el presente, el trabajo de campo es un ayudante invaluable del trabajo en los archivos.

En segundo lugar se da el efecto contrario. La posesión de un «segundo archivo» rico y variado (por ejemplo, a través de la expe-

[30] C. R. Lee, *Whitehall Warriors: Postwar Defence Policy Decision-making*, próximo a aparecer.

riencia personal en lugar de las entrevistas) puede convertir a personas corrientes en historiadores. Los historiadores del ferrocarril constituyen un excelente ejemplo. Adrian Vaughan trabajó como guardavía en la histórica línea, trazada por Brunel, de Londres al oeste de Inglaterra. Vivió el período de crisis de los años sesenta, fue testigo del estrangulamiento de las formas antiguas de trabajo y del desprecio por las antiguas destrezas artesanales, fue despedido en varias ocasiones, hasta que, finalmente, decidió dejar constancia de un mundo que se estaba perdiendo. Sus primeras obras, *Signalman's Morning* y *Signalman's Twilight,* eran fruto de sus recuerdos. Pero, a medida que iba adquiriendo el dominio de sus nuevas herramientas como historiador, su capacidad de análisis se profundizaba y escribía una interesante biografía sobre Brunel, a la que ha enriquecido su propia experiencia ferroviaria [31].

Otro ejemplo, como conclusión, también originado por la cólera ante la destrucción del mundo artesanal, lo constituye un asombroso libro sobre arquitectura, escrito por un carpintero ensamblador. Roger Coleman procede de una familia de expertos artesanos de norte de Londres. Se convirtió en maestro carpintero en el momento que el proceso de descualificación laboral llegaba al mundo de la construcción; se sintió indignado ante la arrogancia e incompetencia técnica de los arquitectos en cuyas obras trabajó, y que nunca se molestaron en hacer uso de su experiencia. Así comenzó un enfrentamiento sordo, similar a las polémicas coloniales sobre la tradición inventada, en el que el artesano simulaba ignorancia y los arquitectos, de formación teórica y sin callos en sus manos, dictaban las órdenes.

¿Había sido siempre así? Empujado por su «segundo archivo», Coleman empezó una larga investigación sobre la relación existente entre el mundo del arte y el del trabajo, mientras adquiría por el camino las destrezas convencionales de la crítica y la historia del arte. En su apasionado libro, *The Art of Work: an Epitaph to Skill,* los fragmentos más significativos no podían haber sido fruto únicamente de los libros. En un episodio notable, se pregunta por qué William de Sens había resultado el único herido en el accidente que ocurrió durante la restauración de la catedral de Canterbury. Su respuesta, que

[31] A. Vaughan, *Signalman's Morning,* Londres, 1981, y *Signal man's Twilight,* Londres, 1983. Ambos en una edición conjunta, Londres, 1984; *ídem Isambard Kingdom Brunel,* próximo a aparecer.

había sido no sólo el contratista principal sino también el artesano más cualificado, nos revela cómo la división del trabajo no era entonces la de ahora. Este incidente aparece en un pasaje que muestra cómo Coleman recupera la cultura sumergida de los ensambladores, pasaje escrito gracias a su formación artesanal tradicional y que concluye con una exposición (de un tipo que jamás había encontrado en un libro) de sus propias destrezas. Describe el proceso práctico de fabricación de una ventana. Puede parecer vulgar, aunque útil, que nos enteremos de cómo se marcan y emplean los travesaños de madera con que el ensamblador traslada las medidas exactas del agujero de la pared a la estructura de la ventana. Pero su relato no se limita, sorprendentemente, a esto. Las técnicas de ensamblaje unen en una misma fraternidad a Williams de Sens, Villard de Honnecourt (el constructor medieval de catedrales, cuyos cuadernos de trabajos son, en cierta manera, los precursores directos de Coleman), los carpinteros anónimos del siglo XVIII, que trabajaron para Vanbrugh y John Wood el Joven (anónimos a no ser que sepamos buscar las marcas que dejaron escondidas en sus obras), los maestros artesanos que le enseñaron, y la nueva ventana en cuestión. La descripción de cómo se hace una ventana en la actualidad sitúa histórica y analíticamente todos los aspectos de trabajos que generalmente resultan invisibles, porque se hallan infravalorados [32].

Algunos historiadores creen que su tarea consiste en describir y quizás explicar por qué ocurrieron las cosas en el pasado. Esto es necesario pero no suficiente. La profesión de historiador exige otras dos características esenciales. La continuidad histórica ha de ser explicada, y para ello se requiere más atención que para el cambio, especialmente en las culturas orales. La tradición es un proceso que solamente está vivo mientras se reproduzca continuamente. Es efervescentemente vital, a pesar de su aparente inmovilidad. En segundo lugar, la tarea del historiador es inspirar al lector confianza en su capacidad metodológica. Para mostrarse consciente de los peligros de la tradición inventada, y, por tanto, de las explicaciones ofrecidas, el historiador debe también revelar lo que se hubiera sentido de haber estado allí: un bardo en la Grecia homérica, un aldeano en África antes de la llegada del hombre blanco, un cansado maquinista en un

[32] R. Coleman, *The Art of Work: An Epitaph to Skill,* London, 1988.

tren victoriano, un jefe de los asesores del sr. Reagan; si esto no es posible, hay que decirlo y explicar el porqué.

La historia oral, con su riqueza de detalles, su humanidad, su emoción frecuente, y siempre con su escepticismo sobre el quehacer histórico, se encuentra mejor preparada para estos componentes vitales de la tarea del historiador: la tradición y el recuerdo, el pasado y el presente. Sin acceso a estos recursos, los historiadores en las modernas sociedades industriales de alfabetización masiva, es decir, la mayoría de los historiadores profesionales, languidecerán encerrados en su propia cultura, como amantes abandonados, de pie bajo la parpadeante luz de un farol, en una oscura calle barrida por el viento.

Capítulo 7
HISTORIA DE LA LECTURA

Robert Darnton

Ovidio da consejos sobre cómo leer una carta de amor: «Unas palabras escritas en tablillas de abeto sondearán el vado; que una sirvienta de confianza escriba el mensaje. Léelo con atención y, al leerlo, averigua por sus términos si miente o si te corteja de corazón y enamorado.» Resulta extraordinario. El poeta romano podría ser uno de nosotros. Habla de un problema que podría darse en cualquier época, que parece existir fuera del tiempo. Al leer sobre la lectura en *El arte de amar* nos parece oír una voz que nos habla directamente a una distancia de dos mil años.

Pero si escuchamos más adelante, la voz suena extraña. Ovidio continúa recomendando técnicas para comunicarse con un amante a espaldas del marido:

> Que la casada tema al marido; que la vigilancia de la casada sea segura: eso es lo decente y eso mandan las leyes... Pero, con sólo tener una firme voluntad, aunque te vigilen tantos como ojos tenía Argos, los burlarás. Verás, ¿te podrá el guardián impedir que escribas cuando dispongas del tiempo del aseo; y cuando una cómplice puede llevarse las tablillas escritas ocultándolas bajo el ancho corsé, en el tibio seno; y cuando puede esconder el mensaje sujetándolo a su pantorrila y llevar las dulces palabras bajo su pie calzado? Si el guardián se precaviese contra estos sistemas, que tu cómplice ofrezca su espalda a tus escritos y lleve tus palabras en su cuerpo [1].

[1] Ovidio, *Ars Amatoria,* libro III, versos 469-72 y 613-26.

Se espera del amante que desnude a la sirvienta y lea su cuerpo —lo cual no es exactamente el tipo de comunicación que asociamos hoy a la correspondencia epistolar—. A pesar de su aire de fascinante contemporaneidad, *El arte de amar* nos catapulta a un mundo que apenas somos capaces de imaginar. Para comprender su mensaje debemos conocer algo sobre mitología romana, técnicas de escritura y vida doméstica. Deberíamos poder imaginarnos a nosotros mismos como la esposa o el patricio romano y apreciar el contraste entre moralidad formal y comportamientos de un mundo entregado a la exquisitez y al cinismo en un momento en que se predicaba el Sermón de la Montaña en una lengua bárbara, muy lejos del alcance de los oídos romanos.

Leer a Ovidio es enfrentarse al misterio de la lectura misma. Se trata de una actividad a la vez familiar y extraña que compartimos con nuestros antepasados, aunque nunca sea la misma que ellos experimentaron. Podemos disfrutar de la ilusión de salir fuera del tiempo para establecer contacto con autores que vivieron hace siglos. Pero, aunque sus textos hayan llegado hasta nosotros inalterados —cosa virtualmente imposible, habida cuenta de la evolución de su redacción material y de los libros en cuanto objetos físicos—, nuestra relación con ellos no puede ser la misma que la de los lectores del pasado. La lectura tiene su historia. Pero, ¿cómo podemos recuperarla?

Podríamos comenzar investigando la lista de lectores. Carlo Ginzburg encontró a uno, un humilde molinero friulano del siglo XVI, en los papeles de la Inquisición. En el interrogatorio por sospechas de herejía, el inquisidor preguntó a su víctima sobre sus lecturas. Menocchio respondió con una tirada de títulos y comentarios detallados sobre cada uno de ellos. Al comparar los textos y los comentarios, Ginzburg descubrió que Menocchio había leído una gran cantidad de relatos bíblicos, crónicas y libros de viaje del tipo de los que existían en muchas bibliotecas patricias. Menocchio no se limitaba a recibir los mensajes transmitidos a través del orden social. Leía con beligerancia, transformando los contenidos del material que tenía a su disposición en una visión del mundo radicalmente no cristiana. Se discute si esta visión puede remontarse, como pretende Ginzburg, a una antigua tradición popular; pero Ginzburg demuestra, sin duda, la posibilidad de estudiar la lectura como una actividad practicada por la gente común hace cuatro siglos [2].

[2] Carlo Ginzburg, *El queso y los gusanos* (Barcelona, 1981).

En mi investigación sobre el siglo XVIII en Francia tropecé con un sólido lector de clase media. Se trataba de un comerciante de La Rochelle llamado Jean Ranson, un rousseauniano apasionado. Ranson no sólo leía a Rousseau y lloraba, sino que incorporó las ideas de Rousseau al edificio de su vida cuando montó un negocio, se enamoró, se casó y educó a sus hijos. Lectura y vida corrían paralelas, como motivos centrales, en una abundante serie de cartas escritas por Ranson entre 1774 y 1785 que muestran cómo el rousseaunismo fue absorbido por las formas de vida de la burguesía provincial bajo el Antiguo Régimen. Tras la publicación de *La Nouvelle Héloïse*, Rousseau había recibido un torrente de cartas de lectores como Ranson. Fue, en mi opinión, la primera marea de correspondencia de admiradores en la historia de la literatura, aunque Richardson hubiera levantado ya algunas olas considerables en Inglaterra. El correo revela que los lectores respondían por toda Francia como lo hacía Ranson y que, además, sus respuestas se ajustaban a las solicitadas por Rousseau en los dos prólogos a su novela. Había enseñado a sus lectores cómo leerlo. Les había asignado funciones y les había ofrecido una estrategia para entender su novela. La nueva manera de leer funcionó tan bien que *La Nouvelle Heloïse* se convirtió en el mayor éxito de ventas del siglo, la fuente individual más importante de la sensibilidad romántica. Actualmente esta sensibilidad está agotada. Ningún lector moderno es capaz de llorar sin consuelo a lo largo de los seis volúmenes de *La Nouvelle Heloïse* como lo hicieron sus antecesores dos siglos atrás. Pero en su tiempo, Rousseau cautivó a toda una generación de lectores revolucionando la lectura misma [3].

Los ejemplos de Menocchio y Ranson nos hacen pensar que leer y vivir, crear textos y dar sentido a la vida estaban mucho más relacionados en la Edad Moderna que lo que lo están en la actualidad. Pero antes de saltar a las conclusiones, necesitamos revisar más archivos, comparar los informes de las experiencias de los lectores con las relaciones de lecturas que aparecen en sus libros y, cuando sea posible, con su conducta. Se cree que *Las penas del joven Werther* provocaron una oleada de suicidios en Alemania. ¿No sería la *Wertherfieber* un fruto maduro para el análisis? Los prerrafaelistas de Inglaterra ofrecen ejemplos similares de la imitación del arte por la vida, un te-

[3] Robert Darnton, «Readers Respond to Rousseau; the Fabrication of Romantic Sensitivity», en: Darnton, *The Great Cat Massacre and other Episodes of French Cultural History* (Nueva York, 1984), págs. 215-56.

ma cuyas huellas pueden seguirse desde *Don Quijote* hasta *Madame Bovary* y *Miss Lonelyhearts*. En cualquiera de esos casos la ficción podría cobrar vida y ser comparada con documentos —suicidios reales, diarios y cartas al editor—. La correspondencia de los autores y los documentos de los editores son fuentes de información ideales acerca de los lectores reales. Existen docenas de cartas en la correspondencia publicada de Voltaire y Rousseau y centenares en los papeles no publicados de Balzac y Zola [4].

En resumen, sería posible desarrollar una historia y una teoría de la respuesta del lector. Posible, pero no fácil. En efecto, los documentos no suelen mostrarnos a los lectores en plena actividad, amoldando sus mentes a los textos, y los documentos son también ellos textos que requieren así mismo interpretación. Pocos de ellos son lo suficientemente ricos como para proporcionarnos incluso acceso indirecto a los elementos cognitivos y afectivos de la lectura y algunos casos excepcionales no pueden ser suficientes para reconstruir los aspectos internos de esa experiencia. Pero los historiadores del libro han sacado ya a la luz una gran cantidad de información sobre la historia externa de la lectura. Tras haberla estudiado como un fenómeno social, son capaces de dar respuesta a muchas de las cuestiones sobre el «quién», el «qué», el «dónde» y el «cuándo» que pueden ser de gran ayuda para atacar los más difíciles «porqués» y «cómos».

Los estudios dedicados a saber quién leyó qué en distintos momentos son de dos tipos, macroanalíticos y microanalíticos. El macroanálisis ha florecido, sobre todo, en Francia, donde se nutre de la tradición vigorosa de la historia social cuantitativa. Henri-Jean Martin, François Furet, Robert Estivals y Frédéric Barbier han seguido el rastro de la evolución de los hábitos de lectura desde el siglo XVI hasta el presente, sirviéndose de series a largo plazo construidas a partir del *dépôt légal*, registros de privilegios de libros y la publicación anual de la *Bibliographie de la France*. En las curvas de sus gráficos pueden observarse muchos fenómenos enigmáticos como la decadencia del latín, el auge de la novela, la fascinación general por el mundo inmediato de la naturaleza y los remotos de países exóticos que se propagaron por el público cultivado entre la época de Descartes y la de Bouganville. Los alemanes han construido una serie estadística aún más amplia, gracias a una fuente de especial riqueza: los catálogos de las ferias de libros de Fráncfort y Leipzig, que se extienden desde mediados del siglo XVI hasta mediados del XIX. (El catálogo de Fráncfort se publicó sin interrupción desde 1564 hasta 1749 y el de Leipzig, que data del 1594, puede ser suplementado para el periodo posterior a 1797 por los *Hinrichsche Verzeichnisse*.) Aunque los catálogos tienen sus inconvenientes, ofrecen en términos generales un índice de la lectura en Alemania desde el Renacimiento; y, además, han sido explotados por una serie de historiadores del libro alemanes a partir de la publicación por Johann Goldfriedrich de su monumental *Geschichte des deutschen Buchhandels* en 1908 y 1909. El mundo de la lectura en Inglaterra no dispone de una fuente comparable; pero, para el periodo posterior a 1557, cuando Londres comenzó a dominar la industria de la impresión, los documentos de la London Stationers' Company han proporcionado a H. S. Bennett, W. W. Greg y otros abundante material que les permite rastrear la evolución del mercado del libro inglés. Aunque la tradición británica de la bibliografía no favorece la creación de estadísticas, existe una gran masa de información cuantitativa en los catálogos de títulos abreviados que arrancan de 1475. Giles Barber ha trazado algunas gráficas al estilo de las francesas a partir de los informes de clientes y Robert Winans y G. Thomas Tanselle han calculado las cifras de lectura en las primeras épocas de Norteamérica reelaborando la enorme *American Bibliography* de Charles Evans (18.000 entradas para el periodo de 1638-1783, que incluye, por desgracia, una población indeterminada de «fantasmas», citados en la bibliografía pero nunca publicados) [5].

[4] Como ejemplos de estos temas, ver Kurt Rothmann, *Erlauterungen und Dokumente. Johann Wolfgang Goethe: Die Leiden des Jungen Werthers*, (Suttgart, 1974), y James Smith Allen, «History and the Novel: *Mentalité* in Modern Popular Fiction», *History and Theory* 22 (1983), págs. 233-52.

[5] Como ejemplos de esta literatura, demasiado amplia para poderla citar aqui en detalle, ver Henri-Jean Martin, *Livre, pouvoirs et societé à Paris au XVIIe siècle (1598-1701)* (Ginebra, 1969), 2 vols.; Robert Estivals, *La Statistique bibliographique de la France sous la monarchie au XVIIIe siècle* (París y La Haya, 1965); Frédéric Barbier, «The Publishing Industry and Printed Output in Nineteenth-Century France», en: Kenneth E. Carpenter (ed.), *Books and Society in History*, Papers of the Association of College and Research Libraries Rare Books and Manuscripts Preconference, 24-28 June, 1980 Boston, Massachusetts (Nueva York y Londres, 1983), págs. 199-230; Johan Goldfriedrich, *Geschichte des deutschen Buchhandels* (Leipzig, 1886-1913, 4 vols); Rudolf Jentzsch, *Der deutsch-leteinische Büchermarkt nach den Leipziger Ostermesskatalogen von 1740, 1770 und 1800 in seiner Gliederung und Wandlung* (Leipzig, 1912); H. S. Bennett, *English Books & Readers 1558 to 1603* (Cambridge, 1965); Bennett, *English Books & Readers 1603 to 1640* (Cambridge, 1970; Giles Barber, «Books from the Old World and for the New: the British International Trade in Books in the Eighteenth Century», *Studies on Voltaire and the*

Todas estas compilaciones y cálculos han proporcionado ciertas guías para llegar a los hábitos de lectura, pero las generalizaciones parecen a veces demasiado generales para resultar satisfactorias. La novela, como la burguesía, parece estar siempre en ascenso; y las gráficas caen en los puntos esperados —sobre todo durante la Guerra de los Siete Años en Leipzig y durante la Primera Guerra Mundial en Francia—. La mayoría de los cuantificadores distribuyen sus estadísticas en categorías vagas como la de «artes y ciencias» y «*belles-lettres*», inadecuadas pata identificar fenómenos particulares como el Debate Sucesorio, el Jansenismo, la Ilustración o el renacimiento gótico —los temas que más han atraído la atención de los estudiosos de la literatura y los historiadores de la cultura—. La historia cuantitativa del libro tendrá que afinar sus categorías y precisar su enfoque antes de poder producir un impacto mayor en las tendencias del mundo académico.

No obstante, los cuantificadores han descubierto algunos modelos estadísticos significativos y sus logros podrían parecer aún más impresionantes si incrementaran sus esfuerzos por establecer comparaciones entre un país y otro. Por ejemplo, las estadísticas sugieren que el renacimiento cultural de Alemania en los últimos años del siglo XVIII estuvo vinculado a la fiebre casi epidémica de lectura, el llamado *Lesewut* o *Lesesucht*. El catálogo de Leipzig no alcanzó el nivel logrado antes de la Guerra de los Treinta Años hasta 1764, cuando incluyó 1.200 títulos de novedades publicadas. Con el arranque del *Sturm und Drang* llegó a los 1.600 títulos en 1770; luego, a los 2.600 en 1789 y a los 5.000 en 1800. Los franceses siguieron una pauta distinta. La producción de libros creció de forma constante durante un siglo a partir de la Paz de Westfalia (1648) —un siglo de gran literatura, desde Corneille a la *Encyclopédie*, que coincidió con la decadencia en Alemania—. Pero en los siguientes cincuenta años, cuando las cifras alemanas remontaron, el crecimiento francés resulta relativamente modesto. Según Robert Estivals, las solicitudes de autorización para publicar nuevos libros (*privilèges* y *permissions tacites*) llegaron a 729 en 1764, 896 en 1770 y sólo 527 en 1780; y los nuevos títulos presentados en el *dépôt légale* en 1800 sumaron la cifra de 700. No hay duda de que diversos tipos de documentos y modelos de medición pueden producir resultados diferentes y que las fuentes oficiales excluyen la enorme producción ilegal de libros en Francia. Pero, a pesar de sus deficiencias, las cifras indican un gran salto adelante en la producción literaria alemana tras un siglo de predominio francés. Alemania contaba también con un número mayor de escritores, aunque la población de las áreas de lengua francesa y alemana fuera más o menos la misma. Un almanaque literario alemán, *Das gelehrte Teutschland*, listaba 3.000 autores vivos en 1772 y 4.300 en 1776. Una publicación similar francesa, *La France Littéraire*, incluía 1.187 autores en 1757 y 2.367 en 1769. Mientras Voltaire y Rousseau entraban en la vejez, Goethe y Schiller vivían en plena creatividad literaria, más vigorosa de lo que podría creerse si se tiene en cuenta únicamente las historias de la literatura convencionales [6].

Las comparaciones estadísticas proporcionan también ayudas para trazar el mapa de las corrientes culturales. Tras presentar en tablas los privilegios de impresión en todo el siglo XVIII, Fançois Furet descubrió un declive del mercado en las antiguas ramas del saber, especialmente la literatura humanista y el latín clásico, que, según las estadísticas de Henri-Jean Martin, habían florecido un siglo antes. A partir de 1750 se impusieron géneros nuevos, como los libros clasificados bajo el epígrafe de «sciences et arts». Daniel Roche y Michel Marion señalan una tendencia similar al analizar los archivos notariales parisinos. Las novelas, los libros de viajes y las obras de historia natural tendieron a imponerse masivamente sobre los clásicos en las bibliotecas de nobles y burgueses ricos. Todos los estudios indican una caída importante en la literatura religiosa durante el siglo XVIII. Confirman, además, las investigaciones cuantitativas en otras áreas de la historia social —por ejemplo, las de Michel Vovelle sobre ritos funerarios, y los estudios de las ordenaciones de clérigos y las prácticas de enseñanza realizados por Dominique Julia [7].

Eighteenth Century 151 (1976), págs. 185-224; Robert B. Winans, «Bibliography and the Cultural Historian: Notes on the Eighteenth Century Novel», en: William L. Joyce, David D. Hall, Richard D. Brown y John B. Hench (eds.), *Printing and Society in Early America* (Worcester, 1983), págs. 174-85; y G. Thomas Tanselle, «Some Statistics on American Printing, 1764-1783», en: Bernard Bailyn y John B. Hench (eds.), *The Press & the American Revolution* (Boston, 1981), págs. 315-64.

[6] Estivals, *La Statistique bibliographique*, pág. 309; Paul Raabe, «Buchproduktion und Lesepublikum in Deutschland 1770-1780», *Philobiblin: eine Vierteljahrsschrift für Buch- und Graphiksammler* 21 (1977), págs. 2-16. Las estadísticas comparativas entre escritores se basan en mis propios cálculos.

[7] François Furet, «La "librairie" du Royaume de France au18e siècle», en: Furet *et al.*, *Livre et société dans la France du XVIIIe siècle* (Paris, 1965), págs. 3-32; Daniel Roche, «Noblesse et culture dans la France du XVIIIe: les lectures de la noblesse», en: *Buch*

Los análisis temáticos sobre la lectura en Alemania complementan a los franceses. Rudolf Jentzsch y Albert Ward descubrieron un fuerte descenso de libros en latín y un correspondiente incremento de las novelas en los catálogos de las ferias de Leipzig y Fráncfort. Según Eduard Reyer y Rudolf Schenda, a finales del siglo XIX, los tipos de préstamos en las bibliotecas alemanas, inglesas y norteamericanas cayeron en unas pautas llamativamente similares: del setenta al ochenta por ciento de los libros pertenecen a la categoría de ficción recreativa (novelas en su mayoría); el 10 por ciento eran historia, biografía y viajes, y menos de un uno pot cien entraban en la categoría de religión. El mundo de la lectura sc había transformado en poco más de dos siglos. El auge de la novela compensó un declive de la literatura religiosa y el momento crítico puede situarse, casi en todos los casos, en la segunda mitad del siglo XVIII, especialmente en la década de 1770, los años de la *Wertherfieber*. *Las penas del joven Werther* provocaron en Alemania una respuesta aún más espectacular que la de *La nueva Heloísa* en Francia o *Pamela* cn Inglaterra. Las tres novelas marcaron el triunfo de una nueva sensibilidad literaria y las últimas frases del *Werther* parecían anunciar el advenimiento de un nuevo público lector junto con la muerte de la cultura cristiana tradicional: «Handwerker trugen ihn. Kein Geistlicher hat ihn begleitet (Artesanos llevaron su cuerpo. No lo acompañó ningún clérigo).» [8]

Así, con toda su variedad y contradicciones ocasionales, los estudios microanalíticos sugieren ciertas conclusiones generales, algo parecido a la «eliminación de lo misterioso en el mundo». Suena demasiado cósmico como para tranquilizarnos. Quienes prefieran la precisión pueden recurrit al microanálisis, si bien éste suele caer en el extremo opuesto: un detalle excesivo. Disponemos de cientos de listas de libros de bibliotecas desde la Edad Media hasta el presente, más de lo que uno sería capaz de leer. Sin embargo, la mayoría estaríamos de acuerdo en que un catálogo de una biblioteca particular

und Sammler. Private und öffentliche Bibliotheken im 18. Jahrhundert. Colloquium der Arbeitsstelle 18. Jahrhundert Gesamthoschschule Wuppertal Universität Münster vom 26.-28. September 1977 (Heidelberg, 1979), págs. 9-27; Michel Marion, *Recherches sur les bibliothèques privées à Paris au milieu du XVIIIᵉ siècle (1750-1759)* (París, 1978); Michel Vovellc, *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIIIᵉ siècle. Les attitudes devant la mort d'après les clauses des testaments* (París, 1973).

[8] Jentzsch, *Der deutsch-lateinische Büchermarkt*; Albert Ward, *Book, Production, Fiction, and the German Reading Public 1740-1800* (Oxford, 1974); Rudolf Schenda, *Volk ohne Buch. Studien zur Sozialgeschichte der populären Lesestoffe 1700-1910* (Fráncfort, 1970), pág. 467.

puede servir de perfil de un lector, aunque nadie lea todos los libros que posee y sí muchos que nunca adquirió. Examinar el catálogo de la biblioteca de Monticello equivale a inspeccionar cómo estaba constituida la mente de Jefferson [9]. Y el estudio de las bibliotecas particulares tiene la ventaja de unir el «qué» con el «quién» de la lectura.

Los franceses han tomado la delantera también en este terreno. El ensayo de Daniel Mornet publicado en 1910, «Les enseignements des bibliothèques privées» demostró que el estudio de los catálogos de biblioteca puede generar conclusiones que desafían los lugares comunes de la historia literaria. Tras relacionar los títulos de quinientos catálogos de bibliotecas del siglo XVIII, descubrió sólo un ejemplar del libro que sería la Biblia de la revolución francesa, el *Contrato social* de Rousseau. Las librerías rebosaban de obras de autores completamente olvidados y no ofrecían un fundamento para vincular ciertos tipos de literatura (la obra de los filósofos, por ejemplo) con ciertas clases de lectores (la burguesía). Setenta años después, la obra de Mornet sigue resultando aún impresionante. Pero en torno a ella ha proliferado una extensa bibliografía. Actualmente disponemos de estadísticas sobre las bibliotecas de nobles, magistrados, sacerdotes, académicos, burgueses, artesanos e, incluso, criados domésticos. Los investigadores franceses han estudiado la lectura en los estratos sociales de diversas ciudades —el Caen de Jean-Claude Perrot, el París de Michel Marion— y regiones completas —la Normandía de Jean Quéniart, el Languedoc de Madeleine Ventre—. En su mayoría, se basan en *inventaires après décès*, registros notariales de libros de los legados de personas difuntas. Son, por tanto, víctimas de las tendencias sesgadas introducidas en esos documentos, que por lo general desprecian libros de poco valor comercial o se limitan a afirmaciones vagas como «una pila de libros». Pero el ojo del notario abarcaba en Francia un considerable campo, mucho más que en Alemania, donde Rudolf Schenda considera los inventarios lamentablemente inadecuados como guía pata los hábitos de lectura de la gente corriente. El estudio más completo del área alemana es probablemente el análisis de inventarios de Fráncfort del Meno a finales del siglo XVIII realizado por Walter Wittmann. Indica que el 100 por cien de oficiales de alra

[9] Sobre el modelo de Jefferson de una biblioteca mínima para un caballero educado pero no especialmente estudioso, ver Arthur Pierce Middleton, *A Virginia Gentleman's Library* (Williamsburg, 1952).

graduación, el 51 por cien de comerciantes, el 35 por cien de maestros artesanos y el 26 por cien de jornaleros poseían libros. Daniel Roche halló un modelo similar entre la gente corriente de París: sólo el 35 por ciento de los trabajadores asalariados y criados domésticos que aparecen en los archivos notariales en torno a 1780 poseían algún libro. Pero Roche descubre muchos indicios de familiaridad con la palabra escrita. En 1789 casi todos los criados podían firmar en los inventarios con su propio nombre. Una gran mayoría poseía escritorios perfectamente equipados con material de escribir y rebosantes de papeles familiares. La mayoría de los artesanos y tenderos pasaban varios años de su infancia en la escuela. Antes de 1789 París contaba con 500 escuelas primarias, una por cada 1.000 habitantes, todas ellas más o menos libres. Según la conclusión de Roche, los parisinos leían, pero la lectura no tomaba la forma de los libros mostrados en los inventarios. Estaba constituida por libros de rezos, pliegos de cordel, carteles, cartas personales e, incluso, las señales de las calles. Los parisinos leían a lo largo de la ciudad y de sus vidas, pero sus modos de lectura no dejaron pruebas suficientes en los archivos como para que el historiador pueda seguir de cerca su rastro [10].

Así, pues, deberá buscar otras fuentes. Las listas de suscripciones han sido una de las favoritas, si bien por lo general sólo representan a lectores más bien adinerados. En Gran Bretaña, desde finales del siglo XVII hasta principios del XIX, muchos libros se publicaron por suscripción y contenían listas de suscriptores. Los investigadores del Proyecto de Bibliografía Histórica de Newcastel upon Tyne han utilizado estas listas para trabajar en una sociología histórica de la lectura. Esfuerzos similares se llevan a cabo en Alemania, en particular entre estudiosos de Klopstock y Wieland. Una sexta parte, quizá, de las novedades publicadas en Alemania entre 1770 y 1810 lo fueron por suscripción; en este momento fue cuando esa práctica alcanzó su punto culminante. Pero incluso durante su *Blütezeit*, las listas de suscripción no nos proporcionan una perspectiva precisa de los lectores.

[10] Daniel Mornet, «Les Ensignements des bibliothèques privées (1750-1780)», *Revue d'histoire littéraire de la France* 17 (1910), págs. 449-96. Una visión general de la literatura francesa con referencias bibliogáficas, en Henri-Jean Martin y Roger Chartier (eds.), *Histoire de l'édition française* (París, 1982-), de la cual han aparecido los dos primeros volúmenes que cubren el periodo hasta 1830. El estudio de Walter Wittmann y otras obras relacionadas se discuten en Schenda, *Volk ohne Buch*, págs. 461-7. Sobre el lector común parisino, ver Daniel Roche, *Le Peuple de Paris. Essai sur la culture populaire au XVIIIe siècle* (París, 1981), págs. 204-41.

Dejan de lado nombres de muchos suscriptores, incluyen otros que actuaban como patronos, y no como lectores, y, en general, representan la actividad de compra de unos pocos intermediarios más bien que los hábitos de lectura del público instruido, según ciertas críticas devastadoras que Reinhard Wittmann ha dirigido contra los estudios de listas de suscripción. La obra de Wallace Kirsop sugiere que estas investigaciones podrían tener más éxito en Francia, donde la edición por suscripción floreció también a finales del siglo XVIII. Pero las listas francesas, al igual que las demás, dan preferencia a los lectores más ricos y los libros más selectos [11].

Los registros de las bibliotecas de préstamo ofrecen una oportunidad mejor para establecer relaciones ente los géneros literarios y las clases sociales, pero son pocas las que han sobrevivido. Las más notables son los registros de préstamo de la librería ducal de Wolfenbüttel, que se extienden de 1666 a 1928. Según Wolfgang Milde, Paul Raabe y John McCarthy, muestran una notable «democratización» de la lectura en la década de 1760: el número de libros prestados se duplicó; los prestatarios provenían de las capas sociales inferiores (entre ellos algunos porteros, lacayos y suboficiales del ejército); y los temas de lectura se ampliaron, llegando de los tomos eruditos a las novelas sentimentales (las imitaciones del *Robinson Crusoe* caían especialmente bien). Curiosamente, los registros de la Bibliothèque du Roi, en París, muestran un número de usuarios similar en ese momento —unos cincuenta por año, incluidas personas como Denis Diderot—. Los parisinos no podían llevarse los libros a casa, pero disfrutaban de la hospitalidad de unos tiempos de mayor sosiego. Aunque el bibliotecario les abría sus puertas sólo dos mañanas por semana, les ofrecía una comida antes de despacharlos. Hoy en día, las condiciones en la Bibliothèque Nationale son diferentes. Los bibliotecarios han tenido que aceptar una ley básica de la economía: ya no existe nada parecido a la comida gratis [12].

Los microanalistas han presentado otros descubrimientos —tantos, en realidad, que se enfrentan a los mismos problemas que los

[11] Reinhard Wittmann, *Buchmarkt und Lektüre im 18. und 19. Jahrhundert. Beiträge zum literarischen Leben 1750-1880* (Tubinga, 1982), págs. 46-68; Wallace Kirsop, «Le mécanismes éditoriaux», en: *Histoire de l'édition française* (París, 1984), vol. II, páginas 31-2.

[12] John A. McCarthy, «Lektüre und Lesertypologie im 18. Jahrhundert (1730-1770). Ein Beitrag zur Lesergeschichte am Beispiel Wolfenbüttels», *Internationales Archiv fur Sozialgeschichte der deutschen Literatur* 8 (1983), págs. 35-82.

macrocuantificadores: ¿cómo coordinarlos todos?—. La disparidad de la documentación —catálogos de subastas, registros notariales, listas de suscripción, registros de bibliotecas— no facilita la tarea. Las diferencias en las conclusiones pueden atribuirse a las peculiaridades de las fuentes, más que al comportamiento de los lectores. Y las monografías suelen a menudo anularse unas a otras: los artesanos aparecen en una como alfabetizados y en otra como analfabetos; la literatura de viajes parece ser popular entre algunos grupos en algunos lugares e impopular en otros. Una comparación sistemática de géneros, medios, tiempos y lugares se asemejaría a una conspiración de excepciones que intentaran demostrar la invalidez de las reglas.

Hasta el momento, sólo un historiador, autor de un único libro, ha sido lo suficientemente osado como para proponer un modelo general. Rolf Engelsing ha mantenido que a finales del siglo XVIII se produjo una «revolución de la lectura» (*Leserevolution*). Según Engelsing, desde la Edad Media hasta poco después de 1750, la gente leía «intensamente». Sólo poseían unos pocos libros —la Biblia, un almanaque, una o dos obras de devoción— y los leían y releían una y otra vez, habitualmente en voz alta y en grupo, de modo que una serie reducida de obras tradicionales se grababa profundamente en sus conciencias. Ya en 1800 las personas leían «extensivamente». Sus lecturas estaban constituidas por todo tipo de material, en especial publicaciones periódicas y noticiosas, las leían una sola vez y corrían al siguiente objeto. Engelsing no presenta muchas pruebas de su hipótesis. De hecho, la mayor parte de su estudio se refiere sólo a unos pocos ejemplos de ciudadanos de Bremen. Pero posee la atrayente simplicidad de un antes y un después y ofrece una fórmula manejable para contrastar modos de lectura en la historia europea muy temprana y muy tardía. Su principal inconveniente, creo yo, es su carácter lineal. La lectura no evolucionó en una dirección: la extensión, sino que asumió muchas formas diferentes entre los distintos grupos sociales en épocas diversas. Los hombres y las mujeres han leído para salvar sus almas, mejorar sus modales, arreglar sus máquinas, seducir a sus amados y amadas, tener noticia de sucesos de actualidad y, simplemente, para divertirse. En muchos casos, sobre todo entre el público de Richardson, Rousseau y Goethe, la lectura se hizo más intensiva, no menos. Pero los últimos años del siglo XVIII parecen representar un momento crítico, un tiempo en que se puso a disposición de un público más amplio más material de lectura, si se observa

la aparición de una masa de lectores que alcanzaría proporciones gigantescas en el siglo XIX con el desarrollo de la producción mecánica del papel, de las prensas a vapor, las linotipias y la erradicación casi general del analfabetismo. Todos estos cambios abrieron nuevas posibilidades no disminuyendo la intensidad sino aumentando la variedad [13].

Por tanto, debo confesar cierto escepticismo sobre la «revolución en la lectura». Sin embargo, un historiador norteamericano del libro, David Hall, ha descrito una transformación en los hábitos de lectura de los habitantes de Nueva Inglaterra entre 1600 y 1850 en términos casi exactamente iguales a los utilizados por Engelsing. Antes de 1800, en Nueva Inglaterra se leía un pequeño corpus de venerables «artículos estables» —la Biblia, almanaques, el *New England Primer*, *Rise and Progress of Religion* de Philip Doddridge, *Call to the Unconverted* de Richard Baxter— y su lectura se repetía una y otra vez, en voz alta, en grupos y con excepcional intensidad. A partir de 1800 se vieron inundados por nuevas clases de libros —novelas, periódicos, variedades recientes y entretenidas de literatura para niños— y los habitantes de Nueva Inglaterra las leían con voracidad, dejando a un lado un objeto en cuanto lograban encontrar otro. Aunque Hall y Engelsing nunca habían tenido noticia mutua, descubrieron un modelo similar en dos áreas muy diferentes del mundo occidental. Quizá, a finales del siglo XVIII, se dio un cambio de rumbo fundamental en la naturaleza de la lectura. Tal vez no fuera una revolución, pero marcó el final del Antiguo Régimen, el reino de Tomás de Kempis, Johann Arndt y John Bunyam [14].

El «dónde» de la lectura es más importante de lo que podría creerse, pues la situación del lector en su escenario puede darnos indicios sobre la naturaleza de su experiencia. En la universidad de Leyden cuelga un impreso de la biblioteca de la universidad fechado en 1610. Muestra los libros, pesados infolios, encadenados a altos estantes que sobresalen de las paredes en una serie determinada por las epígrafes de la bibliografía clásica: *Jurisconsulti, Medici, Historici*, etc,

[13] Rolf Engelsing, «Die Perioden der Lesergeschichte in der Neuzeit. Das statistische Ausmaß und die soziokulturelle Bedeutung der Lektüre», *Archiv für Geschichte des Buchwesens* 10 (1969), cols. 944-1002, y Engelsing, *Der Bürger als Leser. Lesergeschichte in Deutschland 1500-1800* (Suttgart, 1974).

[14] David Hall, «The Uses of Literacy in New England, 1600-1850», en: *Printing and Society in Early America*, págs. 1-47.

Los estudiantes aparecen desperdigados por la sala leyendo los libros en mostradores construidos a la altura de los hombros debajo de las estanterías. Leen de pie, protegidos del frío por gruesas capas y sombreros, con un pie posado sobre un apoyo para aliviar la presión del cuerpo. En la época del humanismo clásico, la lectura no debió de haber sido una actividad confortable. En los cuadros pintados un siglo y medio más tarde, *La Lecture* y *La liseuse* de Fragonard, por ejemplo, las personas lectoras aparecen reclinadas en tumbonas o sillones bien acolchados con las piernas apoyadas en escabeles. A menudo son mujeres que llevan faldas amplías conocidas en su época como *liseuses*. Suelen sostener entre sus dedos un delicado volumen en doceavo y sus ojos muestran una mirada soñadora. De Fragonard a Monet, quien también pintó una *Liseuse*, la lectura se traslada del tocador afuera del domicilio. El lector transporta los libros al campo y a las cimas de las montañas, donde, como Rousseau y Heine, puede entrar en comunión con la naturaleza. Algunas generaciones más tarde, en las trincheras de la Primera Guerra Mundial, donde los jóvenes tenientes de Gotinga y Oxford encontraban como podían un espacio para unos pocos delgados tomos de poesía, la naturaleza debió de parecer haberse dislocado. Uno de los libros más preciosos de mi pequeña colección particular es una edición de los *Hymnen an die Ideale Menschheit* de Hölderlin, con el nombre de «Adolf Noelle, Januar 1916, nord-Frankreich» —un regalo de un amigo alemán que intentaba explicar Alemania—. Aún no estoy seguro de haber entendido, pero creo que la comprensión general de la lectura habría avanzado si pensáramos más intensamente sobre su iconografía y sus requisitos, incluidos el mobiliario y la vestimenta [15].

El elemento humano del escenario debió de haber influido en la comprensión de los textos. No hay duda de que Greuze dio un toque sentimental al carácter colectivo de la lectura en su cuadro *Un père de famille qui lit la Bible à ses enfants*. Restif de la Bretonne hizo probablemente lo mismo con las lecturas de la Biblia en familia descritas en *La vie de mon père*: «Je ne saurais me rappeler, sans attendrissement, avec quelle attention cette lecture était écoutée; comme elle comuniquait à toute la nombreuse famille un ton de bonhomie et de fraternité (dans la famille je comprend les domestiques). Mon père

[15] Observaciones similares sobre el escenario de la lectura en Roger Chartier y Daniel Roche, «Les pratiques urbaines de l'imprimé», en: *Histoire de l'édition française*, vol. II, págs. 403-29.

commençait toujours par ces mots: "Recueillons-nous, mes enfants; c'est l'Esprit Saint qui va parler".» Pero, a pesar de todo su sentimentalismo, estas descripciones nacían de una suposición generalizada: para la gente común de la Europa moderna, la lectura era una actividad social. Tenía lugar en talleres, establos y tabernas. Casi siempre era oral, pero no necesariamente edificante. Es el caso del campesino de la taberna de pueblo descrito por Christian Schubart en 1786 con ciertos tintes de color rosa:

> Und bricht die Abendzeit herein,
> So trink ich halt mein Schöpple Wein;
> Da liest der Herr Schulmeister mir
> Was Neues aus der Zeitung für [16].

La institución más importante de la lectura popular en el Antiguo Régimen era una reunión en torno al hogar, conocida en Francia como la *veillée* y en Alemania como la *Spinnstube*. Mientras los niños jugaban, las mujeres cosían y los hombres reparaban las herramientas, uno del grupo capaz de descifrar un texto regalaría sus oídos con las aventuras de *Les quatre fils Aymon*, *Till Eulenspiegel* o alguna otra obra favorita del repertorio común de libros baratos y populares. Algunos de estos primitivos libros en rústica indicaban que estaban concebidos para ser captados por los oídos, mediante el recurso de comenzar con frases como «Lo que ahora vais a oír...». En el siglo XIX ciertos grupos de artesanos, sobre todo cigarreros y sastres, se turnaban en la lectura o contrataban a un lector para entretenerse mientras trabajaban. Aún hoy, muchas personas se enteran de las noticias oyéndolas leer a un locutor de televisión. La televisión es quizá una ruptura con el pasado menor de lo que generalmente se supone. En cualquier caso, para la mayoría de las personas a lo largo de la mayor parte de la historia, los libros han tenido más oyentes que lectores. Más que verse, se oían [17].

[16] Restif de la Bretonne, *La vie de mon père*, Ottawa, 1949, págs. 216-17. El poema de Schubart se cita en Schenda, *Volk ohne Buch*, pág. 465 y su traducción dice: Y cuando cae la tarde, / me bebo mi cuartillo de vino / y el señor maestro me lee en voz alta / alguna novedad del periódico.

[17] Sobre la literatura de cordel y su utilización pública en Francia, ver Charles Nisard, *Histoire des livres populaires ou de la littérature du colportage* (Paris, 1854, 2 vols.); Robert Mandrou, *De la culture populaire aux 17e et 18e siècles: la bibliothèque bleue de Troyes* (París, 1964); otros ejemplos de estudios académicos más recientes en la serie "Bibliothèque bleue", editada por Daniel Roche y publicada por Editions Montalba.

La lectura era más bien una experiencia privada de la minoría de personas instruidas que podían permitirse comprar libros. Pero muchos de ellos se hacían socios de clubs de lectura, *cabinets littéraires* o *Lesegesellschaften*, donde podían leer casi todo cuanto deseaban en un ambiente de compañía, por una pequeña cuota mensual. Françoise Parent-Lardeur ha seguido las huellas de la proliferación de estos clubes en París bajo la Restauración [18], pero se remontan hasta muy atrás en el siglo XVIII. Los libreros de provincias solían convertir sus existencias en biblioteca y cobraban por el derecho a frecuentarla. Buena luz, algunas sillas cómodas, unos pocos cuadros colgando de las paredes y suscripciones a media docena de periódicos bastaban para convertir casi cualquier lihrería en un club. Así era el *cabinet littéraire* anunciado por P. J. Bernard, un pequeño lihrero de Lunéville: «Une maison commode, grande, bien éclairée et chauffée, qui serait ouverte tous les jours, depuis neuf heures du matin jusqu'à midi et depuis une heure jusqu'à dix, offrirait dès cet instant aux amateurs deux mille volumes qui seraint augmentés de quatre cents par année.» En noviembre de 1779, el club contaba con 200 miembros, la mayoría de ellos oficiales de la *gendarmerie* local. Por la modesta suma de tres libras por año, tenían acceso a 5.000 libros, trece revistas y habitaciones especiales para conversar y escribir (ver apéndice).

Según Otto Dann, los clubs de lectura alemanes suministraron las bases sociales de una variada cultura burguesa en el siglo XVIII, cuando se desarrollaron a un ritmo sorprendente, sobre todo en las ciudades del norte. Martin Welke calcula que quizá uno de cada 500 alemanes adultos pertenecía a una *Lesegesellschaft* en 1800. Marlies Prüsener ha conseguido identificar más de 400 clubs y hacerse una idea de sus materias de lectura. Todos ellos contaban con una provisión básica de publicaciones periódicas complementadas por una serie desigual de libros, habitualmente de temas de gran peso, como la historia y la política. Al parecer eran más bien una versión seria de los cafés, que a su vez fueron también instituciones importantes para la lectura, extendidas por toda Alemania desde finales del siglo XVII. En 1760, Viena tenía al menos sesenta cafés que suministraban periódicos, revistas e infinitas ocasiones de debate político, tal como ocurría en Londres y Amsterdam desde hacía más de un siglo [19].

La mejor exposición sobre literatura popular en Alemania sigue siendo la de Schenda, *Volk ohne Buch*, aunque su interpretación haya sido puesta en duda por algunas obas recientes, sobre todo la de Reinhart Siegert, *Aufklärung und Volkslektüre exemplarisch dargestellt an Rudolph Zacharias Becker un seinem "Noth- un Hülfsbüchlein"* (Francfort, 1978). Un ejemplo de lectura en público entre trabajadores, en Samuel Gompers, *Seventy Years of Life and Labor. An Autobiography* (Nueva York, 1925), págs. 80-1.

[18] Françoise Parent-Lardeur, *Les cabinets de lecture. La lecture publique à Paris sous la Restauration* (París, 1982).

Sabemos ya bastante sobre las bases institucionales de la lectura. Disponemos de algunas respuestas para las cuestiones sobre el «quién», «qué», «dónde» y «cuándo». Pero se nos escapan los «porqués» y los «cómos». Aún no hemos vislumbrado una estrategia para entender los procesos internos por los que los lectores dan sentido a las palabras. Ni siquiera comprendemos la manera como nosotros mismos leemos, a pesar de los esfuerzos de psicólogos y neurólogos par seguir los movimientos de los ojos y cartografiar los hemisferios cerebrales. ¿Es diferente el proceso cognitivo en los chinos, que leen pictogramas, y en los occidentales, que analizan líneas? ¿Es distinto para los israelíes, que leen palabras sin vocales de derecha a izquierda y para los ciegos, que transmiten estímulos al cerebro a través de los dedos; para los habitantes del Asia suroriental, cuyas lenguas carecen de tiempos verbales y ordenan la realidad espacialmente, y para los indios americanos, cuyas lenguas no han sido puestas por escrito hasta épocas recientes gracias a los esfuerzos de eruditos extranjeros?; ¿para el devoto en presencia de la Palabra y para el consumidor que estudia las etiquetas en un supermercado? Las diferencias parecen no tener fin, pues la lectura no es una simple habilidad sino una manera de elaborar significado, que deberá variar entre culturas. Sería extravagante esperar hallar una fórmula capaz de dar razón de todas estas variantes. Pero habría de ser posible desarrollar una manera de estudiar los cambios en la lectura dentro de nuestra propia cultura. Quisiera proponer cinco maneras de abordar el problema.

En primer lugar, pienso que sería posible conocer más cosas acerca de los ideales y supuestos que dan razón de la lectura en el pasado. Podríamos estudiar cómo retratan la lectura las obras de ficción, autobiografías, escritos polémicos, cartas, pinturas y obras impresas contemporáneas a fin de descubrir algunas nociones básicas de lo que las personas creían que ocurría al leer. Consideremos, por

[19] Los estudios de Dann, Welke y Prüsener, junto con otras investigaciones interesantes, están recogidos en Otto Dann (ed.), *Lesegesellschaften und bürgerliche Emanzipation: ein europäischer Vergleich* (Múnich, 1981).

ejemplo, el gran debate en torno a la manía de la lectura en la Alemania del siglo XVIII. Quienes se lamentaban de la *Lesewut* no se limitaban a condenar sus efectos sobre la moral y la política. Temían además que dañara la salud pública. En un panfleto de 1795, J. G. Heinzmann enumeraba las consecuencias físicas de leer en exceso: «Propensión a los enfriamientos, dolores de cabeza, debilidad ocular, calenturas, gota, artritis, hemorroides, asma, apoplejía, enfermedades pulmonares, indigestión, oclusión intestinal, trastornos nerviosos, migrañas, epilepsia, hipocondría y melancolía». En el lado favorable del debate, Johann Adam Bergk aceptaba las premisas de sus oponentes pero disentía de sus conclusiones. Consideraba probado que nunca se debía leer inmediatamente después de comer o estando de pie. Pero con una disposición correcta del cuerpo, se podía transformar la lectura en una fuerza benéfica. El «arte del leer» exigía lavarse la cara con agua fría y pasear al aire libre, así como concentración y meditación. Nadie discutía la idea de que en la lectura se daba un componente físico, pues nadie distinguía claramente entre mundo físico y moral. Los lectores del siglo XVIII intentaban «digerir» los libros, absorberlos en la plenitud de su ser, en cuerpo y alma. La fisicidad del proceso aparece a veces en las páginas escritas. Los libros de la biblioteca de Samuel Johnson, actualmente en posesión de Mrs. Donald F. Hyde, están abarquillados y baqueteados, como si Johnson hubiera luchado con ellos a brazo partido [20].

A lo largo de la mayor parte de la historia de Occidente, y en especial en los siglos XVI y XVII, la lectura se consideraba sobre todo un ejercicio espiritual. Pero, ¿cómo se llevaba a cabo? Podríamos buscar una guía en los manuales de los jesuitas y en los tratados hermenéuticos de los protestantes. La lectura de la Biblia familiar tenía lugar en ambos bandos de la gran división religiosa. Y, como indica el ejemplo de Restif de la Bretonne, la Biblia se abordaba con temor reverencial, incluso por parte de algunos campesinos católicos. Bocaccio, Castiglione, Cervantes y Rabelais dieron pie a otro uso del conocimiento de las letras entre las elites. Pero para la mayoría de las personas, leer seguía siendo una actividad sagrada. Colocaba al lector en presencia de la Palabra y resolvía misterios santos. Como hipótesis de trabajo, parece válido afirmar que cuanto más nos remontamos en el tiempo, más nos alejamos de la lectura instrumental. El libro «manual de uso» no sólo es más escaso y el religioso más común, sino que la misma lectura es diferente. En la época de Lutero y e Ignacio de Loyola daba acceso a la verdad absoluta.

[20] Las observaciones de Heinzmann se citan en Helmut Kreuzer, «Gefährlichge Lesesucht? Bemerkungen zu politischer Lektürekritik im ausgehenden 18. Jahrhundert», en: Rainer Gruenter (ed.), *Leser und Lesen im 18. Jahrhundert Colloquium der Arbeitsstelle Achtzehntes Jahrhundert Gesamthochschule Wuppertal, 14-16. Oktober 1975* (Heidelberg, 1977). Las observaciones de Bergk están diseminadas a lo largo de su tratado, *Die Kunst Bücher zu Lesen* (Jena, 1799), que contiene también algunas reflexiones típicas sobre la importancia de «digerir» los libros: ver su portada y pág. 302.

En un plano mucho más trivial, se puede seguir el rastro de las ideas sobre la lectura a través de los anuncios y prospectos de libros. Así sucede, por ejemplo, con algunas observaciones típicas de un prospecto del siglo XVIII tomado al azar de la rica colección de la biblioteca de Newberry: un librero ofrece una edición en cuarto de los *Commentaires sur la coutume d'Angoumois*, una obra excelente, asevera, tanto por su tipografía como por su contenido: «El texto de la *Coutume* está impreso en *gros-romain*; los resúmenes que preceden a los comentarios están impresos en *cicéro* y los comentarios mismos en *Saint-Augustin*. Toda la obra está realizada en un papel muy hermoso fabricado en Angoulème.» [21] Actualmente ningún editor soñaría con mencionar el papel y el tipo de letra al anunciar un libro jurídico. En el siglo XVII, los anunciantes daban por supuesto que sus clientes se preocupaban por la calidad física de los libros. Compradores y vendedores compartían por igual una conciencia tipográfica actualmente casi extinguida.

También pueden ser reveladores los informes de los censores, al menos en el caso de los libros franceses en la Edad Moderna, cuando la censura estaba altamente desarrollada, aunque no fuera demasiado eficaz. Un libro de viajes típico, *Nouveau voyage aux isles de l'Amerique* (París, 1722), de J.-B. Labat, contiene cuatro «aprobaciones» impresas en todo su texto al lado del privilegio. Un censor explica que el manuscrito le picó la curiosidad: «Es difícil comenzar a leerlo sin sentir esa curiosidad benigna pero ávida que nos impulsa a seguir leyendo». Otro recomienda el libro por su «estilo simple y conciso», además de por su utilidad: «En mi opinión, nada es tan útil para los viajeros, los habitantes de ese país, los comerciantes y quienes estudian historia natural.» Y un tercero encontraba, simplemente, buena su lectura: «Sentí un gran placer leyéndolo. Contiene una multitud de cosas curiosas.» Los censores no se limitaban a acosar here-

[21] Newberry Library, caja Wing Z 45.18 ser.la, nº 31.

jes y revolucionarios, como tendemos a suponer al echar una mirada retrospectiva a la Inquisición y la Ilustración. Daban el cuño de aprobación real a una obra y, al hacerlo, suministraban al lector claves para su lectura. Sus valores constituían una pauta oficial por la que se ha de medir la lectura normal.

Pero, ¿cómo leían los lectores normales? Mi segunda hipótesis para abordar este problema se refiere a la forma en que se aprendía a leer. Al estudiar la alfabetización en la Inglaterra del siglo XVII, Margaret Spufford descubrió que una gran parte del aprendizaje tenía lugar fuera de la sala de clase, en los talleres y los campos, donde los trabajadores se enseñaban unos a otros. Dentro de la escuela, los niños ingleses aprendían a leer antes de aprender a escribir, en vez de adquirir las dos aptitudes a la par al inicio de su educación como hacen hoy. A menudo pasaban a engrosar la fuerza de trabajo antes de los siete años, al comenzar su instrucción en la escritura. Así, las cifras de alfabetización basadas en la capacidad para escribir son, quizá, demasiado bajas y entre las personas lectoras podría incluirse mucha gente incapaz de escribir su firma [22].

Pero para estas personas «leer» quería decir, probablemente, algo muy distinto a lo que significa hoy. En la Francia de la Edad Moderna, las tres disciplinas básicas se aprendían sucesivamente —primero la lectura, luego la escritura y después la aritmética—, igual que en Inglaterra y que, al parecer, en todos los demás países occidentales. Los manuales más comunes en el Antiguo Régimen —libros de las primeras letras como la *Croix de Jésus* y la *Croix de par Dieu*— comenzaban como los manuales modernos, con el alfabeto. Pero las letras tienen sonidos distintos. El alumno pronunciaba una vocal ante cada consonante y así la p se emitía como «ep» y no como «pe», según se hace hoy. Al decirlas en voz alta, las letras no se ligaban fonéticamente en combinaciones reconocibles por el oído como sílabas de una palabra. Así *p-a-t*, en *pater*, sonaba como «ep-a-ent». Pero, en realidad, la confusión fonética no importaba pues las letras se consideraban un estímulo visual para activar el recuerdo de un texto aprendido ya antes de memoria —además, el texto estaba siempre en latín—. Todo el sistema se basaba en la premisa de que los niños franceses no debían comenzar leyendo en francés. Pasaban directamente del alfabeto a las sílabas simples y, a continuación, al *Pater Noster*, el *Ave Maria*, el *Credo* y el *Benedicite*. Tras haber reconocido estas oraciones comunes, trabajaban con las respuestas litúrgicas impresas en libros corrientes. Al llegar aquí, muchos de los niños dejaban la escuela. Habían adquirido suficiente dominio de la palabra impresa como para cumplir con las funciones que de ellos esperaba la Iglesia —es decir, la participación en sus ritos—. Pero nunca habían leído un texto en una lengua inteligible para ellos.

[22] Margaret Spufford, «First Steps in Literacy: The Reading and Witing Experiences of the Humblest seventeenth-century Autobiographers», *Social History* 4 (1979), págs. 407-35, y Spufford, *Small Books and Pleasant Histories. Popular Fiction and its Readerships in Seventeenth-century England* (Athens, Georgia, 1981). Sobre las lecturas populares en Inglaterra en los siglos XIX y XX, ver R. K. Webb, *The British Working Class Reader* (Londres, 1955), y Richard Altick, *The English Common Reader: A Social History of the Mass Reading Public 1800-1900* (Chicago, 1957).

Algunos niños —no sabemos cuántos; quizá una minoría en el siglo XVII y una mayoría en el XVIII— continuaban en la escuela el tiempo suficiente como para aprender a leer en francés. Sin embargo, incluso entonces, la lectura solía reducirse a reconocer algo ya conocido, y no a un proceso de adquisición de nuevos conocimientos. Casi todas las escuelas estaban regentadas por la Iglesia y casi todos los libros escolares eran religiosos, por lo general catecismos y libros piadosos como la *Escole paroissiale*, de Jacques de Batencour. A comienzos del siglo XVIII, los Hermanos de las Escuelas Cristianas comenzaron a proporcionar el mismo texto a varios alumnos y enseñarles en grupo —un primer paso hacia la instrucción normalizada que se convertiría en regla cien años más tarde—. Al mismo tiempo, algunos tutores de hogares aristocráticos comenzaron a enseñar a leer directamente en francés. Desarrollaron técnicas fonéticas y ayudas audiovisuales, como las tarjetas ilustradas del abbé Berthaud y el *bureau typographique* de Louis Dumas. En 1789 su ejemplo se había extendido a algunas escuelas primarias progresistas. Pero la mayoría de los niños aprendían todavía a leer colocándose ante el maestro y recitando pasajes de cualquier texto que pudieran tener en sus manos, mientras sus compañeros de clase batallaban con un abigarrado conjunto de libritos en los bancos traseros. Algunos de estos «libros escolares» reaparecerían al anochecer en la *veillée*, pues eran éxitos populares de la *bibliothèque bleue*. Así, la lectura en torno al hogar tenía algo en común con la del aula: era una recitación de un texto que todos conocían previamente. En vez de abrir perspectivas ilimitadas de ideas nuevas, se mantenía probablemente en un circuito cerrado, exactamente allí donde la Iglesia postridentina deseaba confinarla. No obstante, «probablemente» es la palabra clave en esta frase. Al

leer los pocos manuales y las aún más escasas memorias de esta época que han sobrevivido no podemos ir más allá de conjeturar la naturaleza de la primitiva pedagogía. No sabemos lo que realmente ocurría en el aula. Y fuera lo que fuese, los lectores-oyentes campesinos pudieron haberse construido su propio catecismo, así como sus historias de aventuras, de una manera que se nos escapa por completo [23].

Si la experiencia de la gran masa de lectores queda fuera del alcance de la investigación histórica, los historiadores deberían ser capaces, en cambio, de captar algo de lo que significaba la lectura para las pocas personas que dejaron algún informe sobre ello. Un tercer enfoque podría comenzar con los relatos autobiográficos mejor conocidos —los de san Agustín, santa Teresa de Ávila, Montaigne, Rousseau y Stendhal, por ejemplo— y avanzar hacia fuentes menos conocidas. J.-M. Goulemot se ha servido de la autobiografía de Jamerey-Duval para mostrarnos cómo un campesino podía leer y escribir a su modo en el Antiguo Régimen, y Daniel Roche descubrió a un vidriero del siglo XVIII, Jacques-Louis Ménétra, que leía mientras recorría de forma característica toda Francia. Aunque no transportaba muchos libros en el saco que colgaba a sus espaldas, Ménétra intercambiaba continuamente correspondencia con sus compañeros de viaje y sus amantes, derrochaba unos pocos céntimos en pliegos de cordel en las ejecuciones públicas y hasta llegó a componer ripios para ceremonias y farsas que representó con otros trabajadores. Cuando contó la historia de su vida, dispuso su narración en forma picaresca, combinando la tradición oral (cuentos populares y fanfarronadas estilizadas propias de las charlas entre hombres) con géneros de la literatura popular (las novelillas de la *bibliothèque bleue*). A diferencia de otros autores plebeyos —Restif, Mercier, Rousseau, Diderot y Marmontel— Ménétra nunca tuvo un lugar en la República de las Letras. Pero mostró que éstas tenían un lugar en la cultura del hombre común [24].

[23] Este análisis se basa en las investigaciones de Dominique Julia, en especial en su colaboración «Livres de classe et usages pédagogiques», en: *Histoire de l'édition française*, vol. II, págs. 486-97. Ver también Jean Hébrard, «Didactique de la lettre et soumission au sens. Note sur l'histoire des pédagogies de la lecture» en: *Les textes du Centre Alfred Binet: L'enfant et l'écrit* 3 (1983), págs. 15-30.

[24] Jean-Marie Goulemot (ed.), Valentin Jamerey-Duval, *Mémoires. Enfance et éducation d'un paysan au XVIIIe siècle* (París, 1981); Daniel Roche (ed.), *Journal de ma vie Jacques-Louis Ménétra compagnon vitrier au 18e siècle* (París, 1982).

Este lugar podía ser marginal, pero los mismos márgenes suministran claves para comprender la experiencia de los lectores corrientes. En el siglo XVI las notas marginales aparecían impresas en forma de glosas que guiaban al lector a través de los textos de los humanistas. En el XVIII las glosas dieron paso a las notas a pie de página. ¿Cómo seguía el lector el juego entre texto y paratexto debajo o a un lado de la página? Gibhon creó un distanciamiento irónico desarrollando magistralmente notas al pie de página. Un estudio cuidadoso de los ejemplares anotados del siglo XVIII de *The Decline and Fall of the Roman Empire* podría revelarnos la manera como los contemporáneos de Gibbon percibían ese distanciamiento. John Adams cubrió sus libros de garabatos. Siguiéndolo a través de su ejemplar del *Discurso sobre el origen de la desigualdad*, de Rousseau, puede apreciarse qué opinaba de la filosofía radical de la Ilustración un revolucionario retirado en la austera atmósfera de Quincy, Massachussetts. En el texto de Rousseau leemos: «En este estado [el estado de naturaleza] no había ningún tipo de relación moral entre los hombres; no podían ser ni buenos ni malos y no tenían ni vicios ni virtudes. Por tanto, convienc suspender el juicio sobre su situación... hasta que hayamos examinado si entre los hombres civilizados hay más virtudes o vicios». Y Adams escribe al margen: «Sorpresa sobre sorpresa. Paradoja sobre paradoja. ¡Qué sagacidad tan asombrosa tiene Mr. Rousseau! Sin embargo, este petimetre elocuente, con su afectación de singularidad, ha provocado el disgusto de los hombres contra la superstición y la tiranía.»

Christiane Berkvens-Stevelinck ha encontrado un lugar excelente para cartografiar la República de las Letras en las acotaciones marginales de Prosper Marchand, el bibliófilo de Leyden en el siglo XVIII. Otros estudiosos han perfilado las corrientes de la historia de las letras intentando releer grandes libros tal como los leyeron grandes escritores, utilizando las anotaciones en objetos de coleccionista, como el ejemplar de Diderot de la *Encyclopédie* o el de los ensayos de Emerson propiedad de Melville. Pero la investigación no tenía por qué limitarse a los grandes libros; ni siquiera a los libros. Peter Burke estudia actualmente los graffiti de la Italia renacentista. Cuando aparecen garabateados en la puerta de un enemigo, suelen funcionar como insultos rituales que delimitaban las líneas de conflicto social que dividían vecindarios y clanes. Si se colgaban de la famosa estatua de Pasquino, en Roma, estos garabatos públicos daban el tono de

una cultura política callejera rica e intensa. Una historia de la lectura debería poder avanzar a grandes pasos desde la pasquinada y la Commedia dell'Arte hasta Molière, de Molière a Rousseau y de Rousseau a Robespierre [25].

Mi cuarta sugerencia se refiere a la teoría litetaria. Estoy de acuerdo en que puede parecer desalentadora, especialmente para el no iniciado. Se presenta arropada en etiquetas imponentes —estructuralismo, deconstrucción, hermenéutica, semiótica, fenomenología— y se va tan pronto como ha venido, pues las modas se desplazan una a otra con una rapidez desconcertante. Pero todas ellas están recorridas, sin embargo, por un interés que podría llevar a establecer cierta colaboración entre la crítica literaria y la historia del libro: el interés por la lectura. Tanto cuando desentierran estructuras profundas como cuando descomponen sistemas de signos, los críticos han tratado la literatura de forma creciente como una actividad más que como un cuerpo establecido de textos. Insisten en que el significado de un libro no está fijado en sus páginas sino que es construido por sus lectores. De ese modo, la respuesta del lector se ha convertido en el punto clave en torno al cual gira el análisis literario.

En Alemania este planteamiento ha conducido a un renacimiento de la historia literaria como *Rezeptionsästhetik* bajo la dirección de Hans Robert Jauss y Wolfgang Iser. En Francia ha adquirido un rumbo filosófico en la obra de Roland Barthes, Paul Ricoeur, Tzvetan Todorov y Georges Poulet. En los EE UU se encuentra aún en estadio de formación. Wayne Booth, Paul de Man, Jonathan Culler, Geoffrey Hartmann, J. Hillis Miller y Stanley Fish han suministrado los ingredientes para una teoría general, pero de sus debates no ha surgido acuerdo alguno. No obstante, toda esta actividad crítica apunta hacia una nueva textología y todos los críticos comparten un mismo modo de trabajo al interpretar textos específicos [26].

---

[25] Las noras al margen de Adam aparecen citadas en Zoltán Harazsti, *John Adams & the Prophets of Progress* (Cambridge, Mass., 1952), pág. 85. Sobre glosas y notas a pie de página, ver Lawrenee Lipking, «The Marginal Gloss», *Critical Inquiry* 3 (1977), págs. 620-31 y G. W. Bowersock, «The Art of the Footnote», *The American Scholar* 53 (1983-84), págs. 54-62. Sobre los manuscritos de Prosper Marchand, ver los dos artículos de Christian Berkvens-Stevelinck, «L'Apport de Prosper Marchand au "système des libraries de París"», y «Prosper Marchand, "trait d'union" entre auteur et éditeur», en: *De gulden Passer* 56 (1978), págs. 21-63 y 65-99.

[26] Para una visión general y bibliografías de estudios de crítica literaria sobre la respuesta del lector, ver Susan R. Suleiman e Inge Crosman (eds.), *The Reader in the Text: Essays on Audience and Interpretacion* (Princeton, 1980), y Jane P. Tompkins (ed.),

Consideremos, por ejemplo, el análisis que hace Walter Ong de las primera frases de *Adiós a las armas*:

> Al aeabar el verano de aquel año vivíamos en una casa situada en un pueblo que miraba a las montañas, más allá del río y la llanura. En el lecho del río había guijarros y cantos rodados que el sol secaba y blanqueaba, y el agua era clara y se movía rápida y azuleaba en los canales.

¿Qué año? ¿Qué río?, pregunta Ong. Hemingway no lo dice. Al emplear el artículo definido de forma heterodoxa —«el río», en vez de «un río»— y no menudear los adjetivos, da a entender que el lector no necesita una descripción detallada de la escena. Bastará con una alusión, pues se considera que el lector ya ha estado allí. El autor se dirige a él como si fuera un confidente y un compañero de viaje a quien le basta con un simple recuerdo para rememorar el fuerte destello del sol, el gusto áspero del vino y el hedor de los muertos en la Italia de la Primera Guerra Mundial. Si el lector pone alguna objeción —y podemos imaginar muchas respuestas como «soy una abuela de sesenta años y no sé nada sobre ríos italianos»— no podrá «captar» el libro. Pero si acepta el papel que le impone la retórica, su yo de ficción logrará alcanzar las dimensiones del héroe de Hemingway y será capaz de avanzar a través del relato como su compañero de armas [27].

La antigua retórica funcionaba habitualmente de la manera contraria. Suponía que el lector no sabía nada acerca del relato y necesitaba ser orientado por pasajes abundantemente descriptivos u observaciones introductorias. Así, por ejemplo, el comienzo de *Pride and Prejudice*:

> Es una verdad universalmente reconocida que un soltero poseedor de una buena fortuna deberá buscar mujer.
>
> Por muy poco que se conozcan los sentimientos u opiniones de un hombre así cuando entra a formar parte de un vecindario, esta verdad está tan bien fijada en las mentes de las familias que lo rodean que se le considera propiedad legítima de alguna de sus hijas.

Reader-Response Criticism: from Formalism to Post-Structuralism (Baltimore, 1980). Una de las obras más influyentes desde esta corriente de la crítica literaria es Wolfgang Iser, *The Implied Reader: Patterns of Communication in Prose Fiction from Bunyam to Beckett* (Baltimore, 1974).

[27] Walter J. Ong, «The Writer's Audience Is Always a Fiction», *PMLA* 90 (1975), págs. 9-21.

«Querido Mr. Bennet», dijo a éste su esposa cierto día, «¿ha oído que por fin hay un inquilino en Netherfield Park?»

Este tipo de narración progresa de lo general a lo particular. Sitúa al principio el artículo indefinido y ayuda al lector a orientarse gradualmente. Pero siempre lo mantiene a distancia, pues se supone que entra en la historia como un extraño y que lee para su instrucción, su diversión o algún propósito elevado. Como sucede con la novela de Hemingway, para que la retórica funcione habrá de desempeñar su papel; pero el papel es completamente diferente.

Los escritotes han ideado muchos otros modos de iniciar a los lectores en sus relatos. Una vasta distancia separa «Call me Ishmael», de Melville, de la oración de Milton para ayudar a «justificar la acción de Dios en los hombres». Pero cualquier narración presupone un lector y toda lectura comienza a partir de un protocolo inscrito en el texto. El texto puede recortarse a sí mismo y el lector actuar, quizá contra el carácter de la obra o extraer sentidos nuevos de palabras comunes: de ahí las infinitas posibilidades de interpretación propuestas por los deconstructivistas y las originales lecturas que han configurado la historia de la cultura —como, por ejemplo, la lectura que hacía Rousseau de *El Misántropo*, o la de Kierkegaard del *Génesis, 22*—. Pero, al margen de lo que cada cual haga de ella, la lectura ha reaparecido como el hecho central de la literatura.

Siendo así, ha llegado el momento de que confluyan la teoría literaria y la historia de los libros. La teoría puede revelar los límites de las posibles respuestas a un texto —es decir, a las limitaciones retóricas que dirigen la lectura sin determinarla—. La historia puede mostrar qué lecturas se dieron de hecho —es decir, dentro de los límites de un cuerpo de pruebas imperfecto—. Al prestar atención a la historia, el crítico literario podría evitar el peligro del anacronismo; a veces, en efecto, da por sentado que los ingleses del siglo XVII leían a Milton y Bunyan como si fueran compañeros suyos en la docencia universitaria. Al tener en cuenta la retórica, los historiadores podrán encontrar claves de conducta que, en caso contrario, resultarían quizá incomprensibles, como por ejemplo las pasiones suscitadas por obras que van de *Clarissa* a *La Nouvelle Héloïse* y de *Werther* a *René*. Quisiera, por tanto, defender una doble estrategia que combinaría el análisis textual con la investigación empírica. De este modo sería posible comparar a los lectores implícitos de los textos con los lectores

reales del pasado y, fundándonos en estas comparaciones, desarrollar una historia, además de una teoría, de la respuesta del lector.

Este tipo de historia se reforzaría por medio de un quinto modo de análisis basado en la bibliografía analítica. Al estudiar los libros como objetos físicos, los bibliógrafos han demostrado que la disposición tipográfica de un texto puede determinar en buena medida su sentido y la forma en que era leído. En un estudio notable de Congreve, D. F. McKenzie ha mostrado que el procaz dramaturgo neoisabelino, conocido por nosotros por las ediciones en cuarto de finales del siglo XVII, experimentó un renacimiento tipográfico en su vejez y reapareció como el autor digno y neoclásico de las *Obras completas* en tres volúmenes en octavo publicadas en 1710. Fueron escasos los cambios de palabras de una a otra edición, pero una modificación en el diseño de los libros dio a sus obras teatrales un aire totalmente nuevo. Añadiendo divisiones escénicas, agrupando los personajes, trastocando algunas líneas y presentando *liaisons des scènes*, Congreve ajustó sus viejos textos al nuevo modelo clásico derivado del teatro francés. El paso de volúmenes en cuarto a libros en octavo supone trasladarse de la Inglaterra isabelina a la georgiana [28].

Roger Chartier ba encontrado consecuencias más sociológicas en la metamorfosis de un clásico español, la *Historia de la vida del Buscón* de Francisco de Quevedo. La novela iba dirigida originalmente a un público selecto, tanto en España, donde apareció por primera vez en 1626, como en Francia, donde se publicó en una traducción elegante en 1633. Pero a mediados del siglo XVII los editores Oudot y Garnier de Troyes comenzaron a publicar una serie de ediciones baratas en rústica que hicieron de ella durante doscientos años el principal producto de la literatura popular conocida como la *bibliothèque bleue*. Aquellos editores populares no dudaron en remendar el texto pero, sobre todo, se centraron en el diseño del libro, lo que Chartier llama la «mise en livre». Fracturaron el relato en unidades simples, abreviando frases, subdividiendo párrafos y multiplicando el número de capítulos. La nueva estructura tipográfica supuso una nueva forma de leer y un nuevo público: la gente sencilla, que carecía de posibilidades y tiempo para abarcar grandes tiradas de la narración. Los episodios cortos adquirieron autonomía. No fue necesario unirlos por me-

[28] D. F. McKenzie, «Typography and Meaning: The Case of William Congreve», en: Giles Barber y Bernhard Fabian (eds.), *Buch und Buchhandel in Europa am achtzehnten Jahrhundert* (Hamburgo, 1981), págs. 81-126.

dio de complejos temas secundarios y desarrollo de personajes, pues ofrecían el material preciso para llenar una *veillée.* Así, el libro mismo pasó a ser una colección de fragmentos más que un relato continuo y pudo ser recompuesto por cada lector-oyente a su manera. Con todo, sigue siendo un misterio la manera como se produjo esta «apropiación», pues Chartier limita su análisis al libro en cuanto objeto físico. Muestra, sin embargo, la forma en que la tipografía se abre a la sociología, cómo el lector implícito del autor se transforma en el lector implícito del editor, descendiendo en la escala social del Antiguo Régimen y penetrando en el mundo que en el siglo XIX se reconocería como «le grand public» [29].

Algunos aventurados bibliógrafos e historiadores del libro han comenzado a especular sobre las tendencias a largo plazo en su evolución. Mantienen que los lectores responden más directamente a la organización física de los textos que a las circunstancias sociales del entorno. Así, practicando una especie de arqueología textual, podría quizá aprenderse algo sobre la historia remota de la lectura. Aunque no nos es posible saber con precisión cómo leían los romanos a Ovidio, podemos suponer que, como muchas inscripciones romanas, el verso no tenía puntuación, párrafos o espacios entre palabras. Las unidades de sonido y sentido se acercaban probablemente más a los ritmos del habla que a las unidades tipográficas —cíceros, palabras y líneas— de la página impresa. La página misma en cuanto unidad del libro no se remonta más allá del siglo III o IV. Anteriormente, para leer un libro había que desenrollarlo. Sólo cuando las páginas unidas (el *codex*) sustituyeron al rollo (*volumen*) pudieron los lectores trasladarse atrás y adelante con facilidad a lo largo del libro y los textos se dividieron en segmentos que podían ser marcados e indexados. Sin embargo, todavía mucho después de que los libros hubieran adquirido su forma moderna, la lectura siguió siendo una experiencia oral realizada en público. En un momento no precisado, quizá en algunos monasterios del siglo VII y, sin duda, en las universidades del XIII, se comenzó a leer en silencio y a solas. La tendencia hacia la lectura silenciosa supuso, quizá, una adaptación intelectual mayor que

[29] Roger Chartier, *Figures de la gueuserie* (París, 1982). Ver también las reflexiones generales de Chartier en su ensayo, «Une histoire de la lecture est-elle possible? Du livre au lire: quelques hypothèses», publicado en las actas del Colloque de Saint-Maximin, octubre 1982.

la del paso al texto impreso, pues hizo de la lectura una experiencia individual e interior [30].

La imprenta supuso, desde luego, una diferencia, pero fue probablemente menos revolucionaria de lo que habitualmente se cree. Algunos libros tenían portadas, índices de contenidos y alfabéticos, paginación y editores que producían copias múltiples en sus escritorios para un público lector amplio antes de la invención de los tipos móviles. En el primer medio siglo de su existencia, el libro impreso siguió siendo una imitación del manuscrito y, sin duda, era leído por el mismo público y de manera idéntica. Pero a partir del 1500 el libro impreso, el panfleto, el pliego de cordel, el mapa y el cartel llegaron a nuevos tipos de lectores y estimularon formas de lectura distintas. El nuevo libro, cada vez más normalizado en su diseño, más barato de precio y ampliamente distribuido, transformó el mundo. No sólo suministraba más información, sino que proporcionaba un modo de entender, una metáfora básica para dar sentido a la vida.

Así, durante el siglo XVI el hombre tomó posesión de la Palabra. Durante el siglo XVII comenzó a decodificar el «libro de la naturaleza». Y en el XVIII aprendió a leerse a sí mismo. Gracias a los libros, Locke y Condillac estudiaron la mente como *tabula rasa* y Franklin escribió un epitafio para su tumba: [31]

El cuerpo de
B. Franklin, Impresor,
Como la cubierta de un Libro viejo,
Con su contenido desencajado,
Y despojado de Inscripciones y Dorados
yace aquí, Alimento de Gusanos.

[30] Paul Saenger, «Manières de lire Médiévales», *Histoire de l'édition française,* vol I, pp. 131-41, y Saenger, «From Oral Reading to Silent Reading», *Viator* 13 (1982), págs. 367-414. Podemos encontrar, por supuesto, casos excepcionales de individuos que leían para sí mucho antes del siglo XVII; el más famoso de ellos es san Ambrosio, tal como aparece descrito en las *Confesiones* de san Agustín. Un análisis más extenso de la lectura y la historia primitiva del libro, en Henri-Jean Martin, «Pour une histoire de la lecture», *Revue française d'histoire du livre,* nueva serie, n.º 16 (1977), págs. 583-610.

[31] Sobre la historia a largo plazo de la idea del mundo como libro de lectura, ver Hans Blumenberg, *Die Lesbarkeit der Welt* (Francfort, 1981). El epitafio de Franklin no aparece, en realidad, sobre su lápida sepulcral. Probablemente lo escribió en 1728, en sus tiempos de impresor joven, cuando era un agudo interlocutor del club Junto: ver *The Papers of Benjamin Franklin,* Leonard W. Labaree (ed.) (New Haven, 1959-), vol. I, págs. 109-11. Las frases difieren ligeramente en cada uno de los tres textos autógrafos.

Pero la Obra no se perderá;
Pues, tal como él creyó,
Volverá a aparecer
En una Edición nueva y más elegante
Corregida y mejorada
Por el Autor

No quisiera excederme en la metáfora, pues ya Franklin la forzó hasta la muerte, sino volver más bien a un punto tan simple que podría pasársenos por alto. La lectura tiene una historia. No fue siempre y en todas partes la misma. Podemos pensar en ella como un proceso lineal consistente en extraer información de una página; pero, si lo examinamos más en detalle, estaremos de acuerdo en que la información puede cribarse, clasificarse e interpretarse. Los esquemas interpretativos pertenecen a las configuraciones culturales, que han sufrido enormes cambios con el paso del tiempo. Dado que nuestros antepasados vivían en mundos intelectuales diferentes, debieron de haber leído de manera distinta y la historia de la lectura podría ser tan compleja como la historia del pensamiento. Tan compleja, de hecho, que los cinco pasos propuestos aquí podrían llevarnos en direcciones dispares o hacernos dar vueltas indefinidamente en torno al problema sin penetrar en su núcleo. No hay rutas directas ni atajos, pues la lectura no es algo diferenciado, como una constitución o un orden social, que pueda rastrearse a través del tiempo. Se trata de una actividad que implica una relación peculiar —por una parte, el lector; por otra, el texto—. Aunque lectores y textos han variado según las circunstancias sociales y tecnológicas, la historia de la lectura no debería reducirse a una cronología de tales variaciones. Habría de ir más allá y abordar el elemento relacional en el mismo corazón del asunto: ¿cómo construyen los lectores cambiantes textos mudables?

La cuestión parece abstrusa, pero es mucho lo que de ella depende. Pensemos cuántas veces el leer ha cambiado el curso de la historia: Lutero y su lectura de Pablo; Marx y su lectura de Hegel; Mao y su lectura de Marx. Estos puntos destacan en un proceso más profundo y amplio: el esfuerzo interminable del hombre por encontrar sentido en el mundo circundante e interior. Si pudiéramos entender cómo ha leído, podríamos aproximarnos a la comprensión de cómo daba sentido a la vida. Y de esa manera, una manera histórica, seríamos capaces de satisfacer algo de nuestro propio anhelo de sentido.

Apéndice: un *Cabinet littéraire* de provincias en 1779

La siguiente circular nos ofrece una visión poco frecuente de un *cabinet littéraire*, o club de lectura, de la Francia anterior a la Revolución. Fue enviada por P. J. Bernard, librero de Lunéville, a los oficiales de la *gendarmerie* local en septiembre de 1779. Bernard deseaba convencer a los *gendarmes* de que se hicieran miembros de su *cabinet*, por lo que insistía en su utilidad para los oficiales militares. Sin embargo, es probable que se pareciera a otros establecimientos similares esparcidos por toda la Francia de provincias. La circular proviene del expediente de Bernard conservado en los documentos de la Société typographique de Neuchâtel, en la Bibliothèque publique et universitaire de Neuchâtel, Suiza. No hemos modernizado ni corregido su ortografía.

A Messieurs les Gendarmes

Messieurs,

Le Sr. Bernard, propriétaire du Cabinet Littéraire de la Gendarmerie, autorisé par Monsieur le Marquis d'Autichamp, a l'honneur de vos représenter qu'encouragé par le suffrage de ses abonnés, il désireroit fonder un établissement plus étendu et plus utile.

Il voudroit qu'au moyen d'uu abonnement certain & invariable, Messieurs les Gendarmes trouvassent chés lui tous les secours littéraires qu'ils peuvent désirer. Une maison commode, grande, bien eclairée & chauffée, qui seroit ouverte tous le jours, depuis neuf heures du matin jusqu'à midi & depuis une heure jusqu'à dix, offriroit, dès cet instant, aux amateurs, deux mille volumes qui seroit augmentés de quatre cens par année. Les livres seroint à la disposition de Messieurs les Gendarmes, qui cependant ne pourront les sortir de la bibliothèque.

Le Sr. Bernard s'engage à se procurer par chaque ordinaire:

Deux Journaux de Linguet
Deux Mercures
Deux Journaux militaires
Deux Journaux des affaires de l'Amerique & de l'Anglaterre
Deux Esprits des journaux
Deux Courriers de l'Europe
Deux Gazettes de France
Deux Gazettes de Leyde
Deux Gazettes de La Haye
Deux Gazettes de Bruxelles
Deux Courriers du Bas Rhin
Deux Courriers de Deux-Ponts
Deux Bulletins

Auxquels seront joints les ouvrages & instruments de mathématiques, les cartes géographiques, les ordonnances militaires, & et tout ce qui concerne un officier.

Le Sr. Bernard aussi sensible au plaisir d'être utile qu'à son intérêt particulier, se bornera pour chaque abonuement à trois livres par an.

Voilà quel sera l'ordre de sa maison:

Un salle au rais de chaussée sera destinée pour la conversation, ainsi qu'une chambre au premier étage; & les autres seront abandonnées aux lecteurs des gazettes, des ouvrages de littérature, etc.

Il ne sera question d'aucun jeu quelconque, sous tel prétexte que ce soit.

La reconnaissance que le Sr. Bernard a vouée à la Gendarmerie, lui fait saisir tous les moyens de lui être agéable. Il se flate que Messieurs les Gendarmes voudront bien jetter sur son projet un coup d'oeil favorable & le mettre à portée d'ajouter aux obligations qu'il leur a deja l'hommage d'une éternelle reconnaissance.

N. B. Le Sr. Bernard prie ceux de ces Messieurs les Gendarmes qui lui seront favorables de vouloir bien lui accorder leur signature.

Capítulo 8
HISTORIA DE LAS IMÁGENES

Ivan Gaskell

Material visual

Aunque el material de fuentes utilizado por los historiadores es de muchos tipos, su preparación les lleva, por lo general, a sentirse mucho más cómodos con los documentos escritos. En consecuencia, suelen estar mal adaptados para tratar el material visual y muchos de ellos utilizan las imágenes de forma meramente ilustrativa, pudiendo parecer ingenuos, triviales o ignorantes a los profesionales que se ocupan de cuestiones visuales. Naturalmente, no siempre es así. Algunos historiadores han hecho aportaciones valiosas a nuestra idea del pasado —y al lugar que ocupa en ella el material visual— utilizando imágenes de forma sutil y específicamente histórica. No obstante, el punto de vista del historiador apenas se tiene en cuenta cuando se analizan imágenes en un contexto más amplio. Esto no tiene por qué seguir así si se pone a los historiadores al corriente de algunos de los intereses que rigen el pensamiento y la práctica de quienes manejan material visual. Es lo que espero hacer en el presente capítulo analizando una selección de obras recientes dedicadas a un campo de investigación tremendamente amplio.

Antes de seguir adelante, y para evitar posibles malentendidos, definiré cómo empleo los términos. Por historia entiendo el discurso elaborado por los historiadores y no «el pasado». Por arte, aquellos

artefactos y, a veces, conceptos asociados con ellos, generados por quienes han sido calificados de artistas, bien por sí mismos, bien por sus contemporáneos o, retrospectivamente, por otras personas. (Habrá que incluir también los medios desarrollados por los artistas para eludir el arte en cuanto artefacto, entre los que aparecería sobre todo el arte representado, si bien no lo analizaremos aquí.) No obstante, mi exposición no se limita al arte, aunque no conozco una palabra única que describa la amplia gama de material visual al que deseo referirme. Este material incluye el arte como acabo de definirlo pero también, en primer lugar, los constituyentes del entorno visual producido por el hombre que son o han sido objeto de estima por razones distintas a las de su fin práctico evidente (si es que lo tienen), bien intencionadamente y desde un principio (por ejemplo, la silla no diseñada simplemente para servir de asiento) o bien retrospectivamente (el «objeto hallado» o «coleccionable», revestido de un nuevo significado intencional); en segundo lugar, aquellos constituyentes del entorno visual producido por el hombre que poseen un carácter primariamente comunicativo, incluido el diseño gráfico y la fotografía. Quisiera bautizar esta masa un tanto nebulosa —que incluye el arte— con la expresión de «material visual».

Este capítulo se titula «Historia de las imágenes», y no «Historia del arte» debido, precisamente, a mi deseo de tratar cuestiones relativas al material visual más allá de los límites del arte y también dentro de ellos. De hecho, la distinción entre arte y otros materiales visuales evoca no sólo problemas de terminología, sino también la condición relativa o privilegio de los distintos tipos de material. La historia del arte se ocupa en gran medida únicamente del arte y de la percepción de jerarquías cualitativas dentro de él, si bien este aspecto discriminatorio de la disciplina ha sido cada vez más criticado por algunos especialistas en los últimos años. Sin embargo, tanto la historia del arte como otras formas de estudio del material visual son en gran parte y legítimamente ahistóricas. (En el presente ámbito, creo que merece la pena señalar que la historia del arte no es una subdisciplina de la historia.)

Por otra parte, muchas de las obras interpretativas dedicadas al arte y otros materiales visuales no adoptan forma escrita o toman además alguna otra forma. De hecho, muchas de las personas más profundamente interesadas por el análisis del material visual desconfían del discurso académico o incluso lo rechazan, junto con la pretensión de precedencia interpretativa que a menudo se le otorga. Son igualmente importantes, si no más, la presentación e interpretación implícita de tal material por parte de museos y galerías, en exposiciones y en el mismo arte.

Para la definición en la práctica de lo que constituye el material visual y —cosa igualmente importante— de sus fronteras y jerarquías internas, hay en la cultura occidental tres instituciones de fundamental importancia ligadas entre sí. Tales instituciones son: en primer lugar, los marchantes, personal de las salas de subastas y coleccionistas; en segundo, el personal de museos y galerías públicas y, tras ellos, los funcionarios que trabajan en fondos públicos; en tercero, historiadores del arte del mundo académico, editores y (como miembros subalternos) críticos. Aunque algunos miembros de cada grupo particular pretenderán mantenerse a distancia de los demás, existe un intercambio considerable entre los tres en muchos planos, desde el de las ideas e hipótesis al del dinero. De hecho, los dos primeros son claramente interdependientes (por ejemplo, el promotor de una exposición podría oscilar entre ambos). Fuera de esta tríada central, y con una influencia limitada sobre ella, se puede situar a los artistas y profesores de escuelas de arte. Su práctica casi no tiene efectos inmediatos en el análisis del material visual premoderno que se da en el seno de la tríada y, en cierto sentido, ejerce una influencia limitada en el debate sobre las cuestiones planteadas en la actualidad. La actividad de los artistas puede ser olvidada muy fácilmente y no les es posible contar con una voz eficaz e independiente, pues trabajan, y en cierta medida son tratados, como propiedad de los miembros de la tríada.

Es difícil formular un análisis de la opinión común sobre la que se fundamenta la constitución jerárquica del «material visual» debido a la complejidad del material mismo y a la falta de un auténtico acuerdo. Sin embargo, las páginas siguientes podrían servir a modo de esbozo orientativo general. En el seno de este amplio cuerpo de material, se ha de hacer una primera distinción entre «arte» y «otros». Dentro del «arte» se da una distinción basada en criterios humanistas renacentistas de origen clásico entre «bellas artes» (como expresión de la invención individual humana) y artes decorativas o aplicadas, términos que han sido sustituidos en parte por el de «diseño» cuando nos referimos a la edad contemporánea.

Aparte de lo anterior aparece una actividad cuya condición ha cambiado algo hasta hacerse ambigua: la arquitectura. Los autores

del Renacimiento italiano, como Leon Battista Alberti y Giorgio Vasari, siguieron al arquitecto y teórico romano Vitrubio y concibieron la arquitectura como la cumbre de las artes visuales, debido a su combinación de constituyentes funcionales y abstractos que daban pie a la inventiva individual. En muchos análisis históricos posteriores se insiste menos en la función práctica o social de los edificios que en la invención al tratar las estructuras y planteamientos relacionados con ellas casi exclusivamente como vehículos para la expresión artística del individuo, planteamiento que en última instancia deriva también de Vitrubio (*De architectura*, II, ii). Por otro lado, la práctica actual de la arquitectura se ve generalmente como el ámbito de una profesión aparte cuyos miembros y críticos tienden a considerar ambigua la definición de la relación entre apreciaciones prácticas y expresivas. Hay cierta tendencia a tratar la práctica actual de la arquitectura no como una de las bellas artes (como pudo ser concebida cuando Miguel Ángel esculpía, pintaba y diseñaba edificios a un mismo tiempo), sino como un diseño a gran escala, aun manteniendo algunos rastros del prestigio de su anterior asociación, en parte gracias al trabajo de los historiadores del arte que escriben sobre arquitectura.

También entre «arte» y «otros», en una posición cuyo rango sigue, curiosamente, sin definirse, si bien de manera muy distinta de la arquitectura, se halla la fotografía. Aunque la gama de imágenes que su técnica es capaz de generar no sea, en cierto sentido, muy grande, su ámbito de importancia cultural es considerable, al ser tratada, por un lado, como recurso transparente para transmitir información y, por otro, como un medio artístico opaco. El impacto cultural de la fotografía en los últimos ciento cincuenta años, tanto en sí misma como en forma de imágenes visuales en movimiento, derivada de ella, ha sido inmenso y ha alterado por completo el entorno visual y los medios de intercambio e información de una gran parte de la población del mundo. La fotografía ha transformado sutil, radical y directamente la disciplina de la historia del arte y la práctica de todos los miembros de la tríada definida más arriba, al margen de si sus objetos de interés fueron creados antes o después de su invención. Casi todos la utilizamos a diario en forma de ilustraciones, recursos mnemotécnicos o sustitutos de los objetos representados por su medio. Sin embargo, la mayoría de los miembros de esas ptofesiones han evitado explícitamente tener en cuenta las consecuencias de la fotografía tanto en lo que afecta a su propia obra como en una escala mayor.

La categoría inadecuadamente designada como «otros» está definida en buena medida en la práctica por los museos y la actividad comercial. El interés por el pasado local ha convertido desde hace mucho los museos en depósitos de objetos. Además de las obras de arte, arqueología e historia natural que caracterizaban los museos locales fundados en Gran Bretaña en los años que siguieron a la Ley de Museos de 1845, han acabado exponiéndose artículos domésticos anticuados que recuerdan prácticas, hábitos y hasta relaciones sociales pasadas. Un interés mayor por la «cultura popular» desde la década de 1970 ha otorgado a estos artefactos un significado realzado, de orientación más estrictamente histórica, debido a los cambios en las técnicas de exhibición. Todo este campo fue promovido desde la periferia de los estudios folclóricos hasta darles un lugar en el estudio revitalizado de la cultura popular, relacionado estrechamente con ciertos procesos actuales en historiografía expuestos en Gran Bretaña por la obra de Peter Burke *Popular Culture in Early Modern Europe* (1978). El nuevo rango concedido al estudio de los restos materiales de sectores no elitistas de las sociedades anteriores se resume, por lo que respecta a su exhibición, en la pródiga construcción del Musée National des Arts et des Traditions Populaires, de París. Hay allí vitrinas que contienen útiles agrícolas o herramientas artesanales que muestran las variantes regionales y el valor de la artesanía anónima, mientras que la sala de la imprenta es un almacén de pliegos de cordel e impresos de baratillo publicados para el consumo popular desde el siglo XVI en adelante.

La participación del comercio en esta amplia variedad del «otro» material visual no está, sin duda, definido por la participación académica en debates sobre la significación cultural de tales objetos. De becho, el impacto del comercio en este terreno del entorno visual y la idea que la personas se hacen del pasado es probablemente más considerable que el de los trabajos eruditos del equipo de los museos y los historiadores sociales. Las principales casas de subastas han realizado incluso esfuerzos considerables por desarrollar el campo conocido como "coleccionables" (tapaderas de potes de strass, estampillas de cajetillas de cigarros, juguetes,etc.). En este terreno se observa la colusión de distintos intereses. En primer lugar, apela a cierto sentido del orden y sirve de equivalente recreativo de técnicas co-

merciales de análisis e intercambio; pero, a diferencia de los intereses comerciales de los coleccionistas, promete un resultado final completo y cerrado. Las colecciones de sellos son su paradigma. En segundo lugar, los «coleccionables» apelan a otro impulso comercial: el incremento del valor por la consecución de series completas definidas y la expectativa de una recuperación de la inversión. En tercer lugar, el coleccionismo está postulado por la idea implícita de que el conocimiento de los objetos es evidentemente finito: la posibilidad de interpretación no forma parte del panorama intelectual. En cierta ocasión visité una casa de campo paladiana muchas de cuyas habitaciones estaban vacías de mobiliario y decoración, pero tenían los suelos completamente cubiertos de teteras. Las teteras, diferentes todas ellas entre sí, aparecían apretadas una contra otra en los pasillos y algunas partes de las escaleras impidiendo el paso. Para el propietario no se trataba de una disposición que expresara algo o invitase a la interpretación, sino simplemente de una cuestión de conveniencia. En cuarto lugar —y esto es lo más importante para el historiador—, este tipo de coleccionismo implica una relación particular con el pasado. Dos de sus componentes son la nostalgia basada en las cualidades de sinécdoque percibidas en un objeto (un juguete con cajas de cerillas que evoca, por ejemplo, una infancia en la década de 1950) y la supuesta adherencia de una cualidad inmutable debida al contacto personal con un individuo o individuos famosos o respetados (un par de botas propiedad de Elvis Presley o del primer duque de Wellington, por ejemplo). De hecho, cuando se institucionaliza esta actitud con resabios de magia simpática, tal como ocurre en realidad de forma cada vez más extendida, podríamos preguntarnos si es posible establecer una distinción entre, pongamos por caso, Graceland y Apsley House, pues ambas suponen una actitud profundamente antianalítica respecto de un pasado dominado por grandes hombres cuya esencia puede conocerse por el examen atento de los objetos de los que se rodearon.

Tras haber hecho algunas incursiones en la extensa masa de material visual (el «arte», elementos de rango no definido, como la arquitectura y la fotografía, y lo «otro», incluidas ciertas categorías de artefactos y «coleccionables»), la llegada al lugar de encuentro de todos estos fenómenos en la presentación institucionalizada del héroe (Presley, como «el rey»; Wellington, como el «duque de hierro») puede ser el punto al que referir el problema de cómo puede insti-

tuirse el conocimiento del material visual de modo que se aplique a diversos fines (entretenimiento, propaganda, enriquecimiento y relación entre el presente y el pasado). Intentaré explorar sólo tres de los varios aspectos teóricos, refiriéndome a publicaciones recientes escogidas: la autoría, la canonicidad y la interpretación.

Autoría

El intento de establecer una autoría no es simplemente consecuencia de los valores del mercado del arte, como mantienen ciertos escépticos (es decir, el hecho de que una pintura de Van Gogh valdrá incomparablemente más que otra que parezca ser de Van Gogh pero no lo sea). Más bien es una consecuencia de la concepción del artista y de la relación de éste (y muy raramente de ésta) con el arte, tal como la percibe la tradición occidental. Como corolario, la autoría de materiales visuales no considerados arte (productos artesanales o industriales) se considera en general como algo de poca repercusión, a pesar de que el desarrollo del «diseño» como estrategia para incorporar los elementos inmediatamente explotables del «arte» para propósitos directamente comerciales esté llevando a una transferencia parcial de la prerrogativa del artista al diseñador. Sin embargo, difícilmente será éste el terreno de debate en el campo del arte, sobre todo en el subgrupo de la pintura y dibujo anteriores a la modernidad (los llamados «antiguos maestros»).

El conocimiento pericial —la técnica que sirve en general para proponer la autoría de obras individuales de arte— es «el ello del ego en historia del arte», según lo formuló Gary Schwartz en una crítica reciente [1].

Muchos historiadores del arte cuyas opiniones están muy lejos del radicalismo, reconocen la inseguridad intelectual de las bases del conocimiento pericial y se centran en otros terrenos de la investigación (iconografía, patrocinio). Los apologistas del conocimiento pericial no consiguen ocultar sus contradicciones internas. En 1985 la casa de subastas Sotheby de Londres y el museo Fitzwilliam de la universidad de Cambridge colaboraron para presentar la «Primera

[1] «Connoisseurship: the penalty of ahistoricism», *International Journal of Museum Management and Curatorship* 7 (1988), págs. 261-8.

exposición Sotheby Fitzwilliam». Su tema era *Los logros de un perito: Philip Pouncey*, quien durante su larga carrera ha trabajado tanto en museos como en el mercado del arte y se ha interesado ante todo por los dibujos del Renacimiento italiano. Al describir la obra de Pouncey en la introducción al catálogo de la exposición [2], John Gere hablaba de la «claridad, esmero, concisión y exactitud de expresión, atención a los matices del pensamiento, distinción entre hipótesis y hechos y lo que es pertinente e inoportuno y la expresión del acuerdo y el desacuerdo en términos graduados» en Pouncey. Gere continúa: «Mr Pouncey es un estudioso... para quien... la exactitud no es una virtud sino un deber». Sin embargo, en la página siguiente, Gere revela las pautas curiosamente dobles del experto, afirmando que «una cosa es hacer una atribución satisfactoria y otra muy distinta explicarla satisfactoriamente»; más adelante describe cómo Pouncey recurría a los ademanes para responder a este problema: «Después incluso de treinta años, sigue siendo inolvidable su manera de demostrar la "correggiosidad" del n.º 19 de la presente exposición adoptando la pose del San Sebastián del dibujo.» Para muchos historiadores del arte, la incapacidad de expresión que permite que la pantomima y —lo que es más serio— «breves anotaciones en los soportes de los dibujos» sean el principal modo de expresión del perito (descrita por Gere como «el monumento tangible de la obra más notable de su vida [de Pouncey]»), está indisolublemente unida al autoritarismo, renuncia a la argumentación racional y apela a la reputación personal. Muchos encuentran difícil aceptar la pura afirmación como conocimiento académico. En consecuencia, varios historiadores y teóricos radicales del arte descalifican abiertamente el conocimiento pericial como una actividad intrínsecamente conservadora y provista de anteojeras que se limita a reforzar el mercado del arte y a eludir los problemas importantes centrándose en minucias particulares e insignificantes. A su vez, muchos peritos muestran escasa consideración por los historiadores del arte, cuyas reflexiones se interesan por asuntos distintos del de la autoría. Se da, pues, una polarización ideológica.

El conocimiento pericial merece ser analizado más de cerca y no descalificado. En la introducción citada más arriba, Gere da una definición excelente del concepto tradicional de pericia que merece la pena citar por entero. (Para facilitar una posterior referencia, numero los criterios propuestos por Gere.)

> El concimiento pericial, en el sentido técnico de identificación de los autores de obras de arte, no es exactamente una ciencia en el sentido de sistema racional de deducción a partir de datos verificables; tampoco es exactamente un arte. Se encuentra en algún punto entre ambos y requiere una combinación especial de calidades intelectuales, algunas más científicas que artísticas y otras más artísticas que científicas: [1] una memoria visual para las composiciones y detalles compositivos, [2] un conocimiento exhaustivo de la escuela o periodo en cuestión, [3] la consideración de todas las respuestas posibles, [4] sentido de la calidad artística, [5] capacidad para valorar las pruebas y [6] cierta facultad de empatía con el proceso creativo de cada artista en particular y [7] una idea favorable del mismo como personalidad artística individual.

Si se acepta que el conocimiento del perito constituye una actividad necesaria (como lo acepto yo mismo, si bien en calidad de medio para una multiplicidad de fines y no en cuanto fin en sí misma), los criterios 1, 2 y 5 parecen fuera de discusión. El número 3, sin embargo, es un imposible racional, tal como está planteado, y espero no perjudicar a Gere al sugerir que la calidad propuesta por él queda comprendida, a mi entender, dentro de lo racionalmente posible en sus dos primeros criterios. Podría pensarse que el número 4 elude varias cuestiones capitales, pero, no obstante, sería aceptable en las circunstancias presentes. Los problemas reales se encuentran en los números 6 y 7; este último, en particular, sería básico para el conocimiento del perito tal como se concibe en general. La idea de que todo artista individual se revela de una manera única por rasgos estilísticos inconscientes que el perito es capaz de reconocer, constituye el fundamento mismo de la pericia. Gere admite que «el conocimiento pericial de los dibujos italianos se basa casi por entero en evidencias estilísticas internas»; así pues, al interesado sólo le queda la sutilización y el análisis de incongruencias percibidas dentro de un conjunto de argumentos definidos de forma circular. Se trata, en esencia, de un sistema cerrado y autoprobatorio y, por tanto, según puede demostrarse, una mera ficción. (No niego, sin embargo, que una ficción pueda expresar una verdad.) Por otra parte, la afirmación que esconden los números 6 y 7 no es demostrable en sí misma. Podemos imaginar que los parámetros estilísticos que delimitan la obra de un artista particular pueden ser considerablemente más amplios

[2] *The Achievement of a Connoisseur. Philip Pouncey. Italian Old Master Drawings*, por Julien Stock y David Scrase (Fitzwilliam Museum, Cambridge, 1985) (sin números de págs.)

de lo que permitiría el mantenimiento de un sistema de conocimiento pericial basado en la diferenciación ostensible entre nimiedades inexplicables. Si se parte de la base de semejanzas y diferencias observadas, pueden establecerse diversas agrupaciones de obras, pero ello no parece causa necesaria ni suficiente para atribuir al mismo artista aquellas que muestren características similares. Hacerlo así equivale a aceptar un sistema arbitrario no reconocido y que no corresponde necesariamente a la realidad. Quizá esta aceptación sea inevitable; pero, en primer lugar, propongo que quienes practican este sistema reconozcan su tango; en segundo lugar, que cualquier pretensión respecto a su relación con el mundo se examine con cuidado en casos individuales, y, en tercer lugar, que se tengan en cuenta las investigaciones recientes relativas a la percepción y el conocimiento.

En la actualidad se están haciendo grandes esfuerzos por eludir este problema evitando reconocer explícitamente su existencia. Al guardar silencio acerca del mito del «ojo» refinado y sutil que funciona de una manera reconocida explícitamente como algo muy próximo a la intuición, los nuevos peritos depositan su fe en el examen técnico y científico. La evolución de las prácticas de la conservación y la aplicación de técnicas científicas al análisis de los componentes de las obras de arte, en especial los óleos, han hecho posible esta actitud. Dentro de este tipo de problemas, el que probablemente ha atraído más la atención del público en los últimos años se refiere no a un objeto de arte en cuanto tal, sino a un elemento de material visual cuya categoría incierta como reliquia auténtica o imagen humana ha suscitado un amplio interés: la Sábana de Turín. En 1988 se analizaron simultáneamente algunos fragmentos de la misma en tres laboratorios de Suiza, Gran Bretaña y EE UU mediante técnicas de datación por carbono y los resultados sugieren que el material es más bien de origen tardomedieval que paleocristiano. Esta experiencia podría hacernos pensar que la práctica secular del examen y certificación o rechazo posterior de supuestas reliquias por parte de funcionarios eclesiásticos podría muy bien considerarse el antecedente intelectual del trabajo pericial de nuestros tiempos.

Entre los proyectos actuales de peritación, el Rembrandt Project es uno de los destacados. Durante más de veinte años, un pequeño grupo de estudiosos holandeses ha examinado, en un trabajo de colaboración, las pinturas atribuidas a Rembrandt van Rijn, amasando

una considerable cantidad de información técnica. Se halla en curso de publicación un catálogo cronológico de obras aceptadas (que tiene en cuenta otras dudosas y algunas rechazadas por el equipo y aceptadas en un primer momento)[3]. Sin embargo, la premisa básica de todo el proyecto, es decir, la hipótesis de que es deseable y posible definir un corpus de obras producidas por el mismo Rembrandt, distintas de las de sus discípulos, ayudantes, seguidores e imitadores contemporáneos, parece cada vez más cuestionable. Es interesante observar que tanto ese deseo como su viabilidad parecen ahora notablemente menos seguros que lo que debieron de parecer a los iniciadores del Proyecto, lo cual se debe en buena medida y de forma impremeditada el trabajo del equipo mismo. La cuestión planteada ahora es: si el «rembrandt» es producto de un taller que incluía un número de miembros fluctuante y donde la única constante es la persona de Rembrandt, ¿es conveniente, incluso, intentar identificar las pinturas exclusivas de Rembrandt, suponiendo que tal cosa sea posible, dadas las limitaciones de las técnicas de peritación que en este caso sólo pueden apoyarse en pruebas estilísticas y técnicas internas? Sin embargo, somos culturalmente reticentes a abandonar o, al menos, matizar, la noción del artista como un creador esencialmente individual cuya única actividad («el proceso creativo») y carácter («la personalidad artística») podría discernir el observador empático (cfr. los criterios 6 y 7 de Gere citados más arriba).

Gran parte del examen técnico consiste, en realidad, en una búsqueda intensificada de las huellas singulares del artista: su toque, sus abreviaturas personales. Aunque el lugar de la obra dentro de categorías más amplias, como la fecha aproximada o el probable lugar de producción, pueden establecerse con provecho, los resultados suelen confirmar más bien las aseveraciones negativas que las positivas («el análisis ha mostrado que no se han empleado materiales anacrónicos para una pintura del siglo XVII»). El análisis comparativo puede establecer pautas de prácticas de taller. Por ejemplo, es improbable que en el taller de Rembrandt se preparara un lienzo sin una clara doble base discernible en las secciones transversales de la capa de pintura realizadas para el examen microscópico. Todas las técnicas disponibles, desde la autorradiografía hasta el análisis de difracción de rayos

[3] J. Bruyn, B. Haak, S. H. Levie, P. J. J. van Thiel y E. van de Wetering, *A Corpus of Rembrandt Paintings*, vol. 1 *1625-1631* (1982), vol. 2 *1631-1634* (1986), vol. 3 *1634-1639* (1989).

X, pueden utilizarse y de hecho se utilizan para establecer parámetros dentro de los cuales poder analizar las obras mediante procesos legítimos de comparación y exclusión. No obstante, el propósito principal de la interpretación de tales resultados por historiadores del arte y directores de museos sigue siendo determinar o desautorizar el corpus de un artista concreto. El proceso de toma de decisiones periciales se mantiene fundamentalmente sin cambios y la única diferencia es que el perito dispone de más datos. No obstante, el significado de este hecho raras veces es lo bastante preciso para sus requerimientos.

Actualmente, el empleo de análisis técnicos se multiplica sin que se tengan debidamente en cuenta las implicaciones epistemológicas. Algunas de las hipótesis de trabajo publicadas por el Rembrandt Research Project han sido puestas en duda últimamente como resultado del examen técnico y científico de los fondos de Rembrandt de la National Gallery de Londres: se trata del examen más exhaustivo llevado a cabo hasta el momento de un conjunto de obras asociadas al taller de Rembrandt [4]. De él se deduce que la información técnica extensa y detallada utilizada por el Rembrandt Research Project resulta inadecuada en el momento actual. Siendo así, ¿dónde hay que detenerse y en qué punto pueden tomarse decisiones? La autorradiografía por activación de neutrones (que revela, efectivamente, la disposición de los constituyentes del cuadro en una serie de imágenes radiografiadas) es una técnica de la que no dispuso el equipo de la National Gallery; ahora bien, varias pinturas atribuidas a Rembrandt, bastantes como para proporcionar material comparativo, han sido analizadas de este modo. Un examen similar de los cuadros de la National Gallery, ¿echaría por tierra las hipótesis de atribución recientemente publicadas por ella? ¿No deberían examinarse, más bien, las limitaciones del conocimiento pericial —por más amplios que sean los datos técnicos de que dispone el perito— y emprender a continuación todo el proyecto de especulación atributiva partiendo de una nueva base en la que las hipótesis se reconozcan como tales y la opinión no se presente como conocimiento seguro?

El problema de la condición epistemológica del conocimiento derivado de la actividad pericial se agudiza cuando esa información,

[4] *Art in the Making. Rembrandt*, por David Bonford, Christopher Brown y Ashok Roy (National Gallery, Londres. 1988-9).

incierta por necesidad, se utiliza para construir argumentaciones complejas en historia del arte ligadas al conocimiento establecido por procesos más dignos de confianza (por ejemplo, deducciones derivadas de fuentes que se corroboran mutuamente). Si se atribuye a la prueba del examen pericial una importancia igual a la que se apoya en pruebas establecidas de forma más segura en esas estructuras, vacilarán las estructuras mismas. Se ha de tener más en cuenta la calidad de la naturaleza de la prueba que la calidad de una prueba en circunstancias particulares. Según ello, la prueba pericial no puede ser, por su misma naturaleza, tan persuasiva como algunas otras formas de prueba. El hecho de reconocerlo no desembocaría en el rechazo o exclusión de las pruebas del perito sino, más bien, en su utilización adecuada y circunspecta.

Las cuestiones sobre el peso relativo de los distintos tipos de pruebas no se plantean del mismo modo al considerar aquellas formas de argumentación donde sólo entra en juego el conocimiento pericial. Sin embargo, el reconocimiento de las limitaciones epistemológicas de la pericia serían difícilmente provechosas para los intereses creados del mundo del arte. También es improbable que se cargue el acento en otros aspectos, pues las obras de arte funcionan como objetos individuales (y no como componentes indeterminados) en el contexto que las determina: el mercado y su asociado subordinado, el museo. Dentro de este contexto resulta muy deseable que no se ponga en duda la condición de cada objeto individual. En consecuencia, la falta de conocimiento se compensa habitualmente presentando en forma de conocimiento seguro una opinión reforzada por la reputación y la autoridad. Admitir ignorancia se considera demasiado a menudo un fallo culposo, actitud que tiñe las prácticas en este terreno. (Sólo aquellos a quienes se atribuye una gran autoridad pueden hacer declaraciones ocasionales de ignorancia: su juiciosa proclamación confirma esa posición de gran autoridad.) Los implicados se juegan demasiado: rango, prestigio (tanto individual como institucional) y, sobre todo, dinero, como para reconocer este estado de cosas. Como en cualquier otro mercado capitalista, la confianza y la credulidad marchan a la par. Aquellos cuyo principal medio de cambio son las ideas y no los dólares cuentan con una considerable desventaja.

Desde el punto de vista de quienes se interesan por la relación entre presente y pasado, habremos de señalar que la definición de las prácticas de otros tiempos establecida únicamente por el conoci-

miento pericial debe considerarse una ficción, por más persuasiva que resulte cuando está bien argumentada. Deberíamos advertir también que los razonamientos que conceden un peso excesivo al conocimiento pericial en historia del arte deberían tratarse con mucha precaución, pues probablemente contendrán aspectos débiles, cuando no auténticos defectos. Una de las consecuencias de aceprar este criterio será probablemente que la cuestión de la autoría individual resultará menos urgente que antes. Pero, si aceptamos que los cambios en la práctica de los artistas son el resultado, al menos en parte, de decisiones intencionalmente motivadas y tomadas por individuos y difundidas luego a través de la «influencia» (que puede abarcar la imitación y la emulación), la cuestión de la autoría individual no quedará relegada del todo.

Canonicidad

La distinción retóricamente exagerada entre conocimiento y opinión en el apartado anteriot está, pot supuesto, lejos de ser la adecuada para un análisis de los procedimientos críticos e históricos relativos al análisis del material visual. No es sencillo deshacer el enredo entre conocimiento y opinión, como mantenía Frank Kermode en *Forms of Attention* (1985) al examinar la formación y perperuación de cánones tanto en la litetatura como en las artes visuales. Kermode demostró que, más que el juicio crítico tefinado, la opinión y la moda mal informadas pueden crear las circunstancias en que se «redescubra» un attista y se admita su obra en el canon de objetos materiales sometidos al examen reiterado de universitarios y críticos. Kermode describía el caso de Sandro Boticelli, cuyas pinturas fueron ignoradas en buena parte entre el siglo XVI y los últimos años del XIX. El autor mantenía convincentemente que ni el interés de Herbert Horne, que contribuyó de manera considerable a definir el corpus de obtas de Boticelli mediante su competencia pericial y la investigación atchivística [5], ni Aby Warburg, quien examinó cierros aspectos de la obra de Boticelli en el contexto de sus propias teorías sistemáticas de

[5] *Alessandro Filipepi called Sandro Boticelli, Painter of Florence* (1908); nueva edición con una introducción de John Pope-Hennessy (1980).

la historia cultural [6], se habrían sentido estimulados de no haberse producido un cambio en la cultura del público que propició un gusto por la obra atribuida a este pintor. Tanto Horne como Warburg navegaban, en efecto, en la ola del *fin-de-siècle*. La consecuencia fue que la obra de Boticelli se distinguió convenientemente (en términos generales) de la de sus contemporáneos, discípulos e imitadores y se definió una «personalidad artística» [7].

Las pinturas de Boticelli calificadas de obras maestras, sobre todo *El nacimiento de Venus* y *La Primavera* (ambas en la Galleria degli Uffizi, en Florencia) se han unido al grupo totémico de imágenes masivamente reproducidas, conocidas de un público amplio a través de muchas formas de reproducción. *La Primavera* ha sido divinizada como el «mayor tesoro», sin paliativos, de la Galleria degli Uffizi y su figura central femenina aparece en la cubierta de la guía del visitante publicada en numerosas lenguas. En 1982 concluyó una larga y amplia restauración de este cuadro. A continuación se mostró al público como el clímax de la exposición *Metodo e scienza. Operatività e ricerca nel restauro* (Palazzo Vecchio, Florencia, 1982-3), siendo exhibida sola en una babitación oscura, impresionantemente iluminada como una pantalla cinematográfica, en un espectáculo pensado para inspirar respeto. La entrada en el catálogo de esta exposición (págs. 207-50) era la más larga que se haya dedicado en este tipo de publicaciones a la descripción técnica de un cuadro particular. Ya hemos visto que la información técnica se utiliza al servicio del conocimiento pericial. Sin embargo, la presentación al público de hallazgos técnicos, a pesar de su carácter racionalizador, es a la vez (entre otras cosas) el principal medio moderno de realzar la mística y categoría de una obra de arte, al otorgarle un trato especial. Mientras cien años antes los visitantes de los Uffizi esperaban admirar la *Venus de' Medici* como su «mayor tesoro», la sala de Boticelli ha ocupado ahora el lugar de la Tribuna (a pesar de su reciente restauración historicista) como meta última del peregrinaje artísrico popular y *La Primavera* ha sido elegida como su pieza central. Esto, al menos en parte, es un proceso perfec-

[6] *Sandro Botticelli's «Geburt der Venus» und «Frühling». Eine Untersuchung über die Vorstellungen von der Antike in der italienischen Frührenaissance* (1893).

[7] Ronald Lightbown, *Sandro Boticelli. Life and Works and Complete catalogue*, 2 vols. (1978); es actualmente el texto de consulta.

tamente calculado en el que el equipo directivo de la galería ha desempeñado, como es sabido, un papel destacado [8].

Podemos ver, pues, cómo, al considerar la canonicidad, se suscitan ciertas cuestiones complejas entreveradas unas con otras. Dos de ellas están íntimamente imbricadas con la deuda que mantiene la historia del arte con su reconocido texto fundacional: *Las vidas de los artistas,* de Giorgio Vasari [9]. Se trata, en primer lugar, de su coincidencia con los estudios literarios en el hecho de tratar predominantemente como unidad de interés básica la obra total de un individuo. Según hemos visto, este planteamiento está sostenido por los postulados que constituyen la base de gran parte del conocimiento pericial. En segundo lugar, el canon basado en la autoría se perpetúa, entre otros medios, escribiendo al modo de Vasari. El canon está también sometido a modificación: el mismo Vasari sentó el precedente en la segunda edición de sus *Vidas.* Se añaden artistas a medida que se desarrollan sus carreras, con un sesgo nacional o sin él (por obra de Van Mander, de Bellori, de Piles....). En ocasiones, se descartan algunos artistas, o las «escuelas» en que se agrupan (como Guido Reni y el Bolognese del siglo XVII), o se descubren otros (como Boticelli o, más recientemente, Caravaggio). Estos cambios afectan a modificaciones en las instituciones artísticas: el mercado y el museo y son afectados por ellas. Una manera de tratar tales modificaciones y calibrar en un momento cualquiera las disparidades entre las actitudes académicas hacia «el canon» y un estado de cosas más amplio y público (expresado principalmente por el coleccionismo) es el terreno de estudio desarrollado considerablemente en los últimos años: la historia del gusto.

El principal estudioso de la historia del gusto es Francis Haskell. Las obras de Haskell *Rediscoveries in Art. Some Aspects of Taste, Fashion and Collecting in England and France* (1976) y (en colaboración con Nicholas Penny) *Taste and the Antique.The Lure of Classical Sculpture, 1500-1900* (1981) han ayudado a que se cayera en la cuenta de que los cánones de apreciación de la superioridad artística son histórica-

[8] Así se vio, claramente, durante la mesa redonda entre los directores de algunas de las galerías más importantes de Europa y Estados Unidos, junto con otros estudiosos, que cerró la conferencia de 1982 sobre la historia y futuro de los Uffizi. Posteriormente se publicó una transcripción editada en Paola Barocchi y Giovanna Ragioneri (eds.), *Gli Uffizi. Quattro secoli di una galleria,* (1983), vol. 2, págs. 557-635.

[9] Principalmente en su segunda edición, *Le vite de' più eccelenti pittori, scultori ed architettori* (1586).

mente contingentes y están determinados por una multiplicidad de factores, algunos de los cuales no tienen en principio nada que ver con cuestiones artísticas. Haskell trata la vida de los objetos después de las circunstancias de su creación (objeto de la historia del arte interesada en la recuperación, que analizaremos más adelante) y antes de sus posibles efectos en el presente (materia de la crítica). Sin embargo, esta obra, lejos de corroborar una actitud histórica frente a las circunstancias en que opera el arte, ha contribuido a llevar a cabo toda una reconsideración crítica de la presentación del arte del pasado en los museos. Este proceso, observable en las instituciones de arte públicas, puede verse como una concepción de la canonicidad esencial y, a veces, explícitamente no modernista. Por ejemplo, sería difícil imaginar el renacimiento de un interés serio por el arte académico francés del siglo XIX sin la obra, entre otras, de Francis Haskell y Albert Boime [10], que culminó con la elaboración de un siglo XIX no modernista en el nuevo Musée d'Orsay, en París. La teleología en que se fundamentaba el proyecto modernista (y que concedía retrospectivamente el privilegio de la crítica a Courbet, Manet, los impresionistas y Cézanne) no se mantiene ya sin vacilación. Los nombres de Couture, Gérôme y Bouguerau pueden adquirir condición de canónicos para una nueva generación de visitantes del museo.

El desarrollo de la historia del gusto ha ayudado también a sancionar una actitud regresiva ante las colecciones. Los administradores y personal directivo de los museos están menos dispuestos a argumentar en contra de la aceptación de donaciones o legados de colecciones con la condición aneja de que se muestren íntegras y no dispersas entre los fondos del museo, como sus directivos consideren oportuno. Se han dado pasos para que las colecciones abiertas al público en su medio original vuelvan a su disposición primitiva. Quizá el ejemplo más logrado en Gran Bretaña sea la Wallace Collection, en Londres, que, en cualquier caso, es una colección «muerta»: nada puede serle añadido ni quitado, ni siquiera temporalmente en forma de préstamo. Sin embargo, una manera tan acrítica de abordar la cuestión puede llevar a una falta de conciencia crítica de la función social de las colecciones como monumentos a un hombre (o a veces una mujer) supuestamente grande y, en mi opinión, es deber de los

[10] Albert Boime, *The Academy and French Painting in the Nineteenth Century* (1971); *ídem., Thomas Couture and the Eelectic Vision* (1980).

directores tratar esto como una cuestión en sí misma o, al menos, reconocer su naturaleza problemática. La subordinación de la obra de arte individual a un esquema general es inherente a cualquier disposición de una galería, pero cuando esta disposición se elige de manera acrítica por ser ilustrativa del gusto de un individuo y se instaura como disposición permanente y no temporal, parece como si a tal proyecto le fuera consustancial un autoritarismo petrificador.

La situación es aún peor cuando la supuesta recuperación de la disposición original se produce en una colección cambiante y, además, es una falsificación. El ejemplo más sobresaliente de este planteamiento es la última renovación de la National Gallery de Escocia, en Edimburgo, criticada por Caroline Elam en un editorial de la revista de arte conservadora *Burlington Magazine* [11]. El motivo ostensible de la restauración de la autenticidad decimonónica queda desmentido por la arcaización artificial de la ampliación del entresuelo construido en la década de 1970, realizado, según la detallada descripción de Elam, con «rodapiés de mármol, dados, cornisas, alfombras pseudovictorianas, otomanas orladas de pana y entelados de pared en seda de Lión de colores estridentes... que arrebatan el color incluso a los Van Goghs». La autora observó que las pinturas que cuelgan en hileras dobles y triples en las galerías principales imponen la «necesidad de usar prismáticos para ver los cuadros colocados en las alturas». En conclusión, Elam propone que «la moda actual favorable a la decoración auténtica y la colocación historicista de los cuadros en las paredes no es más que una manifestación de la inseguridad contemporánea respecto de los valores estéticos cuando nos acercamos al segundo milenio.»

El desarrollo de la historia del gusto implica una nueva actitud hacia la canonicidad que, paradójicamente, une un nuevo eclecticismo crítico —algunos dirían acrítico— que desafía implícitamente el canon teleológico de la historia del arte, con una actitud que puede fomentar una petrificación autoritaria de las colecciones individuales hasta producir un nuevo criterio de canonicidad. Aquí intervienen también otras fuerzas que modifican o socavan tanto el canon como la noción de canonicidad. Algunas de ellas giran en torno a los conceptos de interpretación, significado e intención.

[11] «The hanging's too good for them», *Burlington Magazine* 131 (1989), págs. 3-4.

Interpretación

De los cánones definidos por la autoría y la colección pasaré ahora al significado y la interpretación pictórica. Una vez más volveremos a encontrarnos también aquí con algunos temas conocidos. «Si se impone el historicismo», escribía Caroline Elam en su editorial del *Burlington Magazine* mencionado más arriba, «la obra individual de arte queda bloqueada en su época y no puede irrumpir hasta encontrarse con la mirada contemporánea». La presentación directa del material visual se ve cada vez más afectada por la aplicación de criterios de «historia del gusto». Sin embargo, en el discurso académico esto no tiene mucho lugar; más bien, las líneas de batalla corren (en sentido amplio) entre la recuperación histórica (el intento por interpretar el material visual como probablemente lo fue en el momento de su realización, bien por su autor, bien por sus contemporáneos o bien por ambos) y diversos tipos de compromiso directamente crítico, a menudo irreconciliables. Entre éstos se cuenta en primer lugar el planteamiento que admite la posibilidad de un acceso directo, intuitivo, a la «personalidad artística» y al «proceso creativo» (con los que ya nos hemos encontrado en la sección dedicada al conocimiento pericial); en segundo lugar, un interés teóricamente comprometido y postestructuralista con la hermenéutica visual, y en tercero, un enfoque que subraya la continuidad esencial del arte, de modo que el arte de cualquier periodo del pasado no podría entenderse al margen del contexto de su relación con la práctica actual en el arte y, por extensión, en cualquier medio visual.

Estos conflictos interpretativos se han visto crecientemente politizados en los últimos años. En una artículo apasionado titulado «The Death of British Art History» [12] el historiador académico del arte Michael Rosenthal pàsaba revista a las connotaciones políticas de ciertos acontecimientos artísticos mundiales en el contexto de la denuncia contra los universitarios británicos por su incapacidad para emprender un debate cultural y político amplio. Rosentahl reexaminaba el entusiasmo desatado en 1982 por la exposición en la Tate Gallery de la obra del paisajista inglés Richard Wilson. En el catálogo de la exposición misma, escrito por David Solkin, se hizo un intento, discreto y absolutamente académico en sus formas, de situar

[12] *Art Monthly*, n.° 125 (abril 1989), págs. 3-8.

los paisajes ideales de Wilson en el contexto social y cultural de su creación y consumo originales [13]. Varios órganos de opinión influyentes, como el *Daily Telegraph* en un artículo de opinión, denunciaron esto como subversión marxista. Dos años antes, el estudioso de la literatura John Barrell había publicado un análisis histórico con planteamientos similares sobre la pintura de temas rurales del siglo XVIII en su obra *The Dark Side of the Landscape. The Rural Poor in English Painting 1730-1840.* Barrell examinaba la ideología implícita en la representación de los labradores en los cuadros de Thomas Gainsborough, George Morland y John Constable, sugiriendo que la condición de aquéllos se muestra no como algo socialmente determinado sino natural. El autor oponía una mitología nostálgica a una apelación a la historia, aduciendo que «deberíamos reconsiderar una idea de la naturaleza por la que parece "natural" que algunas personas hayan de trabajar y otras no» [14]. El libro de Barrell, al no ser más que un texto académico y, además, no especialmente bien informado sobre la función de la tradición artística en la generación de imágenes pudo ser ignorado por las instituciones mercantiles y museísticas. Podemos estar de acuerdo con Michael Rosenthal en que los escritos académicos son, a fin de cuentas, una actividad social marginal en Gran Bretaña. Neil McWilliam y Alex Potts explicaron con agudeza por qué la aportación de Solkin a la historia social del arte no fue sencillamente ignorada de forma similar [15]: Solkin quebrantó las reglas introduciéndose en la institución de la «prestigiosa exposición de antiguos maestros presentada en una de las principales galerías nacionales». McWilliam y Potts continuaban: «Aun tratándose de tesoros culturales bastante desvaídos, como el disfrute inglés del paisaje y el supuesto gusto y refinamiento de la época georgiana, había que defenderlos si eran amenazados en un terreno donde todavía parecían vagamente dignos de fe.»

La consideración histórica del material visual no se limita a la atribución de significado ideológico, como el que descubrían, con razón o sin ella, Barrell y Solkin. El significado, en la época de su reali-

[13] *Richard Wilson The Landscape of Reaction*, por David Solkin (Tate Gallery, Londres, 1982).

[14] Pág. 164.

[15] En la nueva sección introductoria a su artículo «The Landscape of Reaction: Richard Wilson (1713?-1782) and his Critics», en: *The New Art History*, A. L. Rees y Francesco Borzello (eds.) (1986), págs. 106-19 (publicado originalmente en *History Workshop* 16, (1983), págs. 171-5).

zación, va más allá de una conformidad a menudo inconsciente con la ideología sociopolítica del consumidor hasta abarcar modos de percepción que no son capaces de provocar una atención políticamente motivada en el momento presente. Su explicación cuenta con una historiografía larga y eminente, examinada en un contexto más amplio de la historia del arte por Michael Podro en *The Critical Historians of Art* (1982). Uno de los más destacados cultivadores de este tipo de historia de recuperación del arte es Michael Baxandall cuyo libro *Painting and Experience in Fifteenth Century Italy* (1972) lleva el elocuente subtítulo de *A Primer in the Social History of Pictorial Style.* Baxandall intenta ir más allá del simple análisis iconográfico. En su obra podemos leer: «Algunos de los recursos intelectuales con que una persona ordena su experiencia visual son variables y gran parte de estos recursos variables son culturalmente relativos, en el sentido de estar determinados por la sociedad que influyó en su experiencia.» La tarea del historiador es, por tanto, recuperar el «ojo de la época»: la manera de ver culturalmente específica de, por ejemplo, los escultores alemanes en madera de tilo en los primeros años del siglo XVI y sus clientes, como lo intentó Baxandall en *The Limewood Sculptors of Renaissance Germany* (1980). Otros estudiosos han aplicado sus versiones propias de los planteamientos de Baxandall a otras culturas visuales; una de las más controvertidas es el análisis del arte holandés en el siglo XVII realizado por Svetlana Alpers en *The Art of Describing* (1983). Alpers mantenía que una característica de los holandeses del siglo XVII era el intento de conocer el mundo taxonómicamente haciendo una descripción pictórica detallada que incluyera la cartografía, la microscopía y la transcripción de representaciones realistas de la realidad observada. Según ella, esto debería tener precedencia sobre cualquier ilusión o alegoría en la interpretación del material visual holandés, opinión que suscitó un debate caluroso con otros estudiosos de la materia [16]. Este debate demostró que la especulación sobre procesos cognitivos ya superados puede ser más polémica que el intento por aclarar el significado pictórico original de

[16] Sobre la reacción hostil hacia Alpers del principal iconologista holandés, Ed de Jongh, ver su reseña en *Simiolus* 14 (1984), págs. 51-9. Otros consideraron que mi recensión había sido favorable a Alpers, pero en realidad es crítica, aunque no «tome partido»: *Oxford Art Journal* 7, n.° 1 (1984), págs. 57-60. Una visión general, en Egbert Haverkamp-Begemann, «The state of research in northern baroque art», *Art Bulletin* 69 (1978), págs. 510-19, en especial págs. 510-11.

obras particulares comparando unas imágenes visuales con otras y con textos contemporáneos, procedimiento considerado actualmente ortodoxo por los académicos, aunque no por los rectores de los museos y del mercado del arte.

Todas estas formas de historia del arte de carácter recuperacionista son atacadas en la actualidad desde tres direcciones importantes. Algunas de las personas interesadas por la hermenéutica visual ponen en tela de juicio la idea de que el significado cultural pueda codificarse en materiales visuales y ser decodificado más tarde por un posterior intérprete hasta producir un «significado» apropiado. Hans Belting, por ejemplo, señalaba en *Das Ende der Kunstgeschichte?* (1983) cómo este proceso aparentemente simétrico de codificación y descodificación degenera en el «juego de sociedad humanista» de la iconología del Renacimiento, por la que las imágenes pictóricas se consideran interpretables en referencia a textos literarios aparentemente equivalentes (que solían ser programas propuestos por los eruditos humanistas para su traducción a términos pictóricos en esquemas decorativos). Por otra parte, el modelo de la interpretación pictótica derivado de la distinción de Erwin Panofsky entre niveles preiconográficos, iconográficos e iconológicos [17] quedó superada teóricamente hace tiempo por la constatación de que la denotación es en última instancia indistinguible de la connotación y que hasta el significado más sencillo (por ejemplo, la imagen de una pipa para significar «pipa») es culturalmente contingente. (Ver, por ejemplo, la sección introductoria de *S/Z* de Roland Barthes, 1970 y *Ceci n'est pas une pipe*, de Michel Foucault, 1973). La postura quizá más interesante adoptada en la actualidad es que el material visual del pasado, y en concreto su arte, sólo puede ser interpretado correctamente por la creación de nuevo material visual —el arte como parte de un campo de conducta representacional— rigurosamente disciplinado en lo conceptual. El teótico de la cultura y el artista pueden acabar siendo

[17] Erwin Panofsky, «Introductory» en: *Studies in Iconology. Humanistic Themes in the Art of the Renaissance* (1939) [hay ed. cast., , *Estudios sobre iconología,* Alianza Editorial, Madrid, 1989[8]], e *id.*, «Iconography and Iconology; an Introduction to the Study of Renaisance Art», en: *Meaning in the Visual Arts* (1955) [hay cd. cast., *El significado en las artes visuales,* Alianza Editorial, Madrid, 1991[6]. Lo «preiconográfico» se refiere al reconocimiento del observador de un objeto o acto representado; lo «iconográfico», al lugar de una representación dentro de un conjunto de convenciones en vistas a reproducir significado específico reconocible (por ejemplo, los atributos individuales de los santos); lo «iconológico» se refiere a la actuación innovadora o singular sobre el asunto, dentro de parámetros culturalmente contingentes, en vistas a generar significación implícita que requiere para su elucidación una respuesta imaginativa por parte del observador.

una misma cosa (por ejemplo, Victor Burgin, artista, escritor teórico y académico, cuya obra fue acertadamente descrita por Chris Miller como «la réplica al abuso ideológico de "apropiarse la imaginería" de la publicidad» [18] y entre cuyas publicaciones se cuentan *Between*, 1986, y *The End of Art Theory. Criticism and Postmodernity*, 1986).

La historia de la recuperación del arte encuentra ciertas críticas también en fuentes más ortodoxas de la historia del arte entre las cuales se cuenta Michael Baxandall. En *Patterns of Intention. On the Historical Explanation of Pictures* (1985), Baxandall describe cómo utilizó Giorgio Vasari lo que probablemente es una ficción histórica con el fin de hacer aceptar una opinión puramente crítica sobre la aparición de los drapeados en pinturas de Piero della Francesca:

> «Piero era muy aficionado a realizar modelos de escayola que podía cubrir con telas húmedas dispuestas con muchos pliegues y utilizarlos después para trazar dibujos o con otros propósitos similares.»... Cualquier lector atento de Vasari aprende a reconocer en este tipo de observaciones un juego de sus armas deductivas: es improbable que dispusiera para la práctica descrita de unas pruebas así, que hoy en día nos harían sentirnos felices ante una afirmación hecha con tanta contundencia. Pero esto no importa. El carácter generalizador propio de Vasari presenta su observación como lo que es: una verdad crítica, por así decirlo, según se ve al compararla, por poner un ejemplo, con el ángel blanco del centro del *Bautismo de Cristo*; ningún lector contemporáneo de Vasari habría tenido una falsa sensación de su historicidad. De hecho, la agilidad de movimientos de Vasari entre lo crítico y lo histórico es envidiable; pero nosotros vivimos en tiempos más musculados por lo que respecta a estas materias y si yo dijera ahora algo así, tan contundentemente, sobre Piero, el lector tendría todo el derecho a esperar que dispusiese de una certeza adicional de algún tipo que me sería imposible presentar. (pág. 117)

En su ensayo sobre el conocimiento pericial, Gary Schwartz señalaba que «los historiadores del arte, preparados desde el principio para avanzar y retroceder entre las maneras histórica y ahistórica de abordar el arte, nunca parecen advertir la contradicción fundamental existente entre ellas» [19]. Del texto de Baxandall podría deducirse que esta contradicción puede eliminarse reconociendo que la veracidad histórica es contingente y que la aplicación de criterios históricos al estudio del material visual genera ficciones que no son por necesidad epistemológicamente discernibles de los comentarios críticos ahistóricos. El hecho de situar el análisis artístico en un marco histórico

[18] *European Photography* 8 n.° 3 (1987), pág. 47.
[19] G. Schwartz, «Connoisseurship» (1988), pág. 265.

equivale, por tanto, a lo que Baxandall califica de «gusto especial»: ni la recuperación histórica ni la valoración crítica son consustancialmente mejores; de hecho, en la medida en que la recuperación histórica se basa en criterios contingentes, no es más que una forma especial de valoración crítica. Podría, por tanto, sugerirse que la crítica comprometida abiertamente con los intereses culturales y sociales de la actualidad y que no pretende tener un acceso indemostrable a las «verdades» universales y perpetuas será probablemente menos capaz de inducir a error a los espectadores y lectores que las exposiciones puramente históricas en apariencia. Tal vez sólo nos sea dado conocer el arte del presente, una parte del cual es lo que sobrevive del pasado y nos proporciona tan sólo el acceso más insignificante y menos fidedigno a ese pasado. El significado del material visual cambia; las interpretaciones difieren al atravesar fronteras cronológicas y culturales: las que nos son conocidas podrían muy bien ser las generadas por nosotros mismos.

Considerablemente más problemáticos que las dudas expresadas y planteadas por los historiadores del arte de tendencia histórica son los intentos de interpretar el pasado como fácilmente accesible por la vía de la respuesta emocional al material visual o por la de la «industria del patrimonio», en la que se suele explotar la «respuesta emocional instantánea». La crítica más acerada contra el desarrollo del «patrimonio» como factor social y progresivamente politizado en los últimos años es la obra de Robert Hewinson *The Heritage Industry. Britain in a Climate of Decline* (1987). Quiero mencionar tan sólo dos puntos expuestos por el libro de Hewinson: el concepto de «patrimonio» es profundamente antianalítico e implica que la historia, como proceso de cambio, ha terminado —o debería haberlo hecho—. La creación de un público capaz de contemplar el pasado sólo en función de la nostalgia y el patriotismo contribuye a confirmar la docilidad política.

El material del patrimonio es un «tesoro» y su paradigma la mansión rural, la *country house*. La mansión rural está revestida de una mística no sólo social sino también estética. Así, por ejemplo, en la contraportada del catálogo de la magna exposición *The Treasure Houses of Britain. Five Hundred Years of Private Patronage and Art Collecting* (National Gallery of Art, Washington DC, 1985-6) encontramos la afirmación de que «la mansión rural como obra de arte colectiva es una de las aportaciones más importantes de Gran Bretaña a la civilización occidental». Esta exposición fue descrita en el *Economist* como «un desvergonzado argumento para la venta del patrimonio británico» [20]. Otros intentan pedir dinero de forma menos directa; inspirando simpatía al sugerir que la mansión rural es una institución amenazada, cosa que suelen hacer en términos políticos ligeramente velados. Las palabras iniciales del primer ensayo del catálogo de la exposición sobre el National Heritage Memorial Fund montada en el British Museum en 1988-9, *Treasures for the Nation. Conserving our Heritage*, dicen: «Apenas pasa una semana sin que veamos el anuncio de los subastadores sobre la venta inminente y la disolución de alguna gran propiedad.» Continuando con la cita de W. G. Hoskins, Marcus Binney prosigue: «Los contratistas de derribos se apoderan de la casa, cuyo parque se ve invadido y removido», etc. Esta mitología de la destrucción patrocinada por los grandes de los museos como Roy Strong (en la exposición y su catálogo *The Destruction of the Country House*, Victoria & Albert Museum, Londres, 1974) y políticos como Patrick Cormack (*Heritage in Danger*, 1976) constituye una adecuada cortina de humo tras la cual pueden seguir actuando el poder y los privilegios. En *The Latest Country Houses* (1984) John Martin Robinson revelaba que en Gran Bretaña se habían construido más de doscientas nuevas mansiones rurales desde la Segunda Guerra Mundial. Para quienes gozan de una fortuna particular es simplemente una medida de prudencia política (y podría proporcionarles ventajas fiscales) desempeñar el papel de guardianes del «patrimonio nacional», una parte del cual se muestra al público como el compendio del buen gusto y de un pasado invariablemente «bueno» que debería preservarse para siempre de forma acrítica. No hay interpretación sino mera acumulación que sanciona un *status quo* social y estético.

La fotografía es el medio visual en el que, según suele creerse, los acontecimientos del pasado son más accesibles a través de la respuesta emocional. Esto es así porque la fotografía mantiene una relación material, causal, con su tema. Nuestra respuesta considera, en parte, la fotografía como una huella real de un acontecimiento. Los apologistas del periodismo fotográfico llegan incluso a sugerir que la información sobre cualquier suceso transmitido por una fotografía nos da un conocimiento vital del mismo. De hecho, el pasado reciente se conoce cada vez más gracias a imágenes instantáneas y en parte for-

[20] Citado por Robert Hewison, *The Heritage Industry* (1987), pág. 52.

tuitas. Según palabras del director de prensa Harold Evans, «nuestra impresión de los acontecimientos más importantes y complejos puede ser moldeada permanentemente por un sólo fotógrafo de noticias» —observación citada en el panel introductorio de la exposición *Eyewitness. 30 Years of World Press Photography,* en el National Museum of Photography, Film and Television, Bradford (1989). Sin embargo, ciertos puntos son hoy evidentes y han sido repetidos continuamente, sobre todo en las exposiciones permanentes de este museo: el instante congelado no tiene por qué decir al observador nada, o muy poco, sobre el suceso que se produce en el tiempo; las fotografías están sujetas a muchas formas de manipulación (la supresión de personas; las máscaras y los virados para influir en la interpretación del observador) y el significado fácilmente legible suele a menudo estar generado por combinación con algún pie. Pies diferentes para la misma fotografía producen con frecuencia significados radicalmente distintos o incluso contradictorios. La información cierta proporcionada por una fotografía podrá ser de utilización tangencial en la exposición analítica de un acontecimiento del pasado, pero, al conservar un detalle que de otro modo quizá fuera ignorado, se pueden abrir perspectivas nuevas a una curiosidad acerca del pasado que no tendrá por qué ser estrictamente histórica. ¿Por qué, por ejemplo, la mujer que recibió el juramento presidencial de Lyndon Johnson en el avión de la fuerza aérea Número Uno el 22 de noviembre de 1963, tras el asesinato de John Kennedy, coloca su pulgar sobre el meñique de la mano con la que sostenía la Biblia, como se puede ver en la fotografía del suceso realizada por Cecil Stoughton?

Uno de los terrenos de debate más interesantes acerca de la fotografía de prensa y documental se refiere a la importancia del fotógrafo en los acontecimientos que ilustra. Podría afirmarse que no es posible seguir manteniendo el concepto de «ojo inocente» y que la cámara es siempre una presencia indiscreta. Una fotografía como la de Sadayuki Mikami que presenta el duelo de los parientes de los pasajeros muertos en el vuelo 007 de las Líneas Aéreas Coreanas, realizada en septiembre de 1983 sobre una barca en el punto donde el avión se hundió en el mar, podría interpretarse en el sentido de que su tema es la intromisión: las lentes se abren paso hacia los rostros llorosos de los parientes, entre los que está, por deducción lógica, la del realizador de la fotografía. ¿Se introduce la bayoneta en el estómago de la víctima por la presencia de un fotógrafo (Micahel Laureat), o habría sucedido así en cualquier caso? ¿O quizá la presencia del fotógrafo disuadió a los posibles asaltantes de clavar otras bayonetas en otros estómagos? Sea cual fuere la respuesta, en cualquier caso es difícil no ver en el fotógrafo un participante.

Historia

De todo cuanto precede el lector deducirá, quizá, que no creo que el historiador se halle en la mejor posición para tratar las imágenes visuales: como es natural, se ocupará ante todo de interpretar el pasado, y no de la práctica visual actual y de las cuestiones críticas. Sin embargo, los historiadores han planteado cuestiones referentes al material visual en términos válidos que pueden recordarnos a quienes nos interesamos principalmente por la crítica y los asuntos culturales de actualidad que cualquier material del pasado es potencialmente admisible como prueba para el historiador.

La obra de Bob Scribner *For the Sake of Simple Folk. Popular Propaganda for the German Reformation* (1981) es un ejemplo de los efectos tonificantemente igualitarios que la mirada de un historiador puede producir en una masa de material —xilografías alemanas del siglo XVI— que los historiadores del arte sólo serían capaces de tratar de forma jerárquica, según la idea que se hicieran de sus méritos artísticos. Scribner intentó dilucidar las convenciones iconográficas y formales que permitían que la propaganda gráfica en favor y en contra de la reforma religiosa fuera comprendida por el pueblo llano. Por su parte se supone que la imaginería revela el alcance de su comprensión cultural y las nociones que en ella aparecen (el Anticristo, el mundo del revés) y a las que los reformadores podían remitirse. El autor cree conveniente tratar las obras de Durero y los Cranach en el mismo plano que los impresos de sus contemporáneos, que los historiadores del arte dejarían de lado por considerarlos groseros y de poco interés intrínseco; aunque, cuando se evalúa el éxito de la imaginería (en función de la imitación o emulación de motivos y recursos visuales) debería tenerse en cuenta también la calidad, la habilidad artística y la función de la tradición visual existente, como se harían con los mercados probablemente distintos para imágenes de diferente calidad.

Un segundo ejemplo de libro en que un historiador utiliza refina-

damente el material visual es la obra de Simon Schama *The Embarrassment of Riches. An Interpretation of Dutch Culture in the Golden Age* (1987). En su descripción de las costumbres y creencias sociales de los holandeses de clase media relativas a la identidad nacional, honradez doméstica, deberes de la mujer y los criados de la casa y crianza de los hijos, Schama se sirve de un amplio abanico de materiales entre los que se cuenta la poesía, corografía, relatos de viajes, documentos notariales, informes de la cotte, impresos y pinturas. Al hacerlo así, ha demostrado estar al tanto de los debates sobre historia del arte relativos a la interpretación del arte holandés y ha expuesto lo que definí en otro lugar como «un reordenamiento magistral del anticuarismo anecdótico del siglo XIX guiado por orientaciones antropológicas a la luz de los estudios modernos de historia e historia del arte» [21].

Aunque espero sinceramente que los historiadores presten cada vez más atención al material visual, lamento que hayan sido pocos los que hasta la fecha hayan demostrado ser suficientemente conscientes de los problemas que necesariamente comporta hacer frente a semejante material o de la preparación inevitablemente requerida para ello. La contribución al estudio del matcrial visual para la que el historiador podría estar mejor preparado es el análisis de su producción y consumo en cuanto actividades sociales, económicas y políticas. Un terreno donde los historiadores ya han hecho considerables progresos está relacionado con una forma especial de consumo de imágenes: la destrucción deliberada de ellas o iconoclastia. Para la mayoría de los historiadores, la iconoclastia seguirá siendo una cuestión marginal pues los objetos afectados no sobreviven o son curiosidades dañadas [22]. Esto, no obstante, no disuadirá al historiador de la religión o al historiador social. Los historiadores sociales han tomado la iniciativa en el estudio de la iconoclastia durante la Reforma, pues se trataba de una actividad que a menudo parece dar acceso no sólo a una teoría de las elites sino también a ideas (sobre todo referentes a la magia de la imagen) y comportamientos (relacionados con el carnaval y la fiesta) no letrados, populares. Esto ha llevado a una tendencia a tratar la iconoclastia como un fenómeno invariante en el que se ha prestado atención a factores comunes a casos diversos más que a las

[21] *Burlington Magazine* 130 (1988), págs. 636-7.
[22] David Freedberg es una excepción; por ejemplo, su obra *Iconoclasts and their Motives* (1985).

diferencias entre ellos. Actualmente, los historiadores atienden cada vez más a lo que se denomina micropolítica, o estudio de los acontecimientos individuales, a cuya luz están aprendiendo a modificar los marcos teóricos, lo cual permite atender más a los detalles. Esta actitud puede observarse, por ejemplo, en la colaboración de Lee Wandel sobre la iconoclastia en Zúrich, presentada por la autora en un simposio celebrado en la Herzog August Bibliothek de Wolfenbüttel en 1986 [23]. Este simposio significó, además, una disposición para reunir especialistas de diferentes disciplinas —historiadores de la literatura, de la sociedad, de la religión y del arte— a fin de debatir el fenómeno de la iconoclastia desde puntos de vista complementarios.

La obra del economista John Michael Montias nos ofrece un ejemplo menos impresionante, pero no menos satisfactorio, de lo que el historiador puede hacer para situar el material visual en un contexto socioeconómico de producción y consumo. Su escrito *Artists and Artisans in Delft. A Socio-economic Study of the Seventeenth Century* (1982) recuerda a los lectores que la pintura artística era una cuestión de posibilidades financieras determinadas por la pertenencia a una clase, tanto para los compradores como para los pintores. Montias, además de seguir el rastro de las fortunas de los pintores de Delft, describió la organización capitalista protoindustrial de sus impresores y ceramistas. A diferencia de los profesionales de estos dos últimos oficios, los pintores necesitaban poca inversión de capital; sin embargo, Montias descubrió que, lejos de ser una profesión abierta, los gastos de los seis años de aprendizaje limitaban eficazmente la entrada únicamente a los hijos de los artesanos, notarios, abogados y los mismos pintores que gozaban de mayor prosperidad. Los niños sostenidos por el patrocinio de la Cámara de Huérfanos, en cambio, tenían más posibilidades de acabar como aprendices de un ceramista y, aunque se incluyeran en el mismo gremio que los pintores, era improbable que dejaran las filas de un proletariado naciente.

En conclusión, pues, podemos ver que ninguna profesión tiene, o, según creo, debería tener el monopolio sobre la interpretación del material visual, incluida la historia de las imágenes. Si los historiadores tienen mucho que aprender en este terreno, tienen también importantes puntos que enseñat. Se han visto inexactitudes mucho peo-

[23] «Iconoclasts in Zurich», en: *Bilder und Bildersturm im Spätmittelalter und in der frühen Neuzeit*, ed. Bob Scribner y Martin Warnke, *Wolfenbütteler Forschungen* 46, (1990), págs. 125-41.

res en la práctica de quienes tratan el arte de manera profesional. Los historiadores del arte se han acostumbrado a que se les diga que muchos de ellos no han estudiado aún con seriedad las cuestiones planteadas por la semiótica, la comunicación de masas y la teoría de los medios, por no hablar de si han llegado a informarse acerca de cómo abordar la fotografía, el arte de la actuación, el cine, la televisión y el vídeo. Podría parecer, por ejemplo, que el historiador del arte y el director de museo se refugian en problemas aparentemente más inmediatos: el perfeccionamiento, aplicación posterior y transmisión de técnicas analíticas de probada garantía entre las que se cuentan el conocimiento pericial, la definición precisa de los cánones y diversas formas de interpretación pictórica. Aunque adoptemos una postura crítica, creo que no deberíamos impacientarnos, sin más, con quienes practican estas técnicas. No sólo sirven al mercado y los museos. Ciertas cuestiones que pueden suscitarse a la luz de intereses actuales (y de un futuro no previsto) sólo pueden responderse con su ayuda.

Entre tanto y de momento vivimos en un clima intelectual de fragmentación, de desistematización del conocimiento, tal como la describe Jean Baudrillard [24], en la que las versiones del pasado se reciclan constantemente y son un presente potencialmente permanente, reutilizable de manera intercambiable a modo de unidades de información. Nuestra relación con el pasado no está ya definida primeramente por la historia sino, más bien, por una multiplicidad de prácticas, muchas de las cuales se fundan en lo visual y están sujetas a análisis en función de la «visualidad» y la «mirada expandida» [25], en las que los historiadores (y muchos historiadores del arte) se sienten por lo general lejos de su medio familiar: la publicidad, la televisión, la fotografía de prensa, la arquitectura y ciertas zonas del arte. Las palabras clave son ahora «fragmento» y «ruina» [26], ninguna de las cuales se mencionaban en el manual cultural de mediados de la década de

[24] «La précession des simulacres», *Simulacres et Simulation* (1981).

[25] Por ejemplo, Norman Bryson, «The gaze in the expanded field», en: *Vision and Visuality*, ed. Hal Foster (1988).

[26] Por ejemplo, Douglas Crimp, «On the Museums's Ruins», en: *Postmodern Culture*, Hal Foster (ed.) (1985), y Arthur Kroker y David Cook, *The Postmodern Scene. Excremental Culture and Hyper-Aesthetics* (1986): «Excursos sobre el (Post) Nouveau. El cuerpo en ruinas... ciencia en ruinas... teoría en ruinas... filosofía en ruinas... historia en ruinas...»

1970, la obra de Raymond William *Keywords. A Vocabulary of Culture and Society* (1976). Y el lector atento advertirá que a lo largo de este capítulo no he utilizado ni una sola vez el término «postmoderno».

Capítulo 9
HISTORIA DEL PENSAMIENTO POLÍTICO

Richard Tuck

Durante la década de 1960 varios historiadores del pensamiento político (muchos de ellos relacionados con la universidad de Cambridge, por grata y oportuna coincidencia) publicaron una serie de reflexiones de carácter general sobre su actividad profesional. Tres de estos ensayos lograron cierta fama duradera —«The History of Political Thought: A Methodological Enquiry», de John Pocock [1], «The Identity of the History of Ideas», de John Dunn [2], y «Meaning and Understanding in the History of Ideas», de Quentin Skinner [3]—. De estos tres, el de Skinner fue el que dio pie a un mayor número de debates, debido en parte a su extensión y alcance mucho mayores, pero también en buena medida a que, a diferencia de Pocock y Dunn, se planteó objetivos muy precisos y les dio nombre. El objetivo principal, uno de los defendidos con más entusiasmo por quienes escribieron después, fue descrito por Skinner en el siguiente pasaje:

> Comenzaré considerando la metodología dictada por la pretensión de que el *texto* en sí debería constituir el objeto autosuficiente de la investigación y la comprensión.

[1] En: *Philosophy, Politics and Society,* serie II, Peter Laslett y W. G. Runciman (eds.) (Oxford, 1962), págs. 183-202.

[2] En: *Philosophy* 43 (1968), págs. 85-104; reimpreso en Dunn, *Political Obligation in its Historical Context* (Cambridge, 1980), págs. 13-28.

[3] En: *History and Theory* 8 (1969), págs. 3-53; reimpreso en James Tully (ed.), *Meaning and Context* (Oxford, 1988), págs. 26-67.

> En efecto, este supuesto es el que guía todavía el mayor número de estudios, el que suscita las cuestiones filosóficas de más alcance y el que da lugar al mayor número de confusiones. El planteamiento mismo está ligado lógicamente, en la historia de las ideas tanto como en los estudios más estrictamente literarios, a una forma particular de justificación de la forma en que se lleva a cabo el estudio en sí. Es característico oír decir que el interés de estudiar obras antiguas de filosofía (o literatura) debe residir en que (según una expresión famosa) contienen «aspectos intemporales», en forma de «ideas universales», o, incluso, una «sabiduría perenne» de «aplicación universal».
>
> Ahora bien, el historiador que adopta este punto de vista se compromete ya, de hecho, con la cuestión de cómo lograr de la mejor manera una comprensión de esos «textos clásicos». En efecto, si todo el interés de tal tipo de estudio está en la recuperación de las «preguntas y respuestas intemporales» planteadas en los «grandes libros», demostrando así su constante «pertinencia», no debería ser meramente posible sino esencial para el historiador centrarse, sin más, en lo que cada uno de los autores clásicos ha *dicho* sobre cada uno de esos «conceptos fundamentales» y «cuestiones perdurables». En resumen, el objetivo habrá de ser proporcionar una «re-cuperación de los escritos clásicos, sin tener en cuenta la circunstancia de la evolución histórica, en cuanto tentativas importantes y perennes para establecer proposiciones universales acerca de la realidad política». Sugerir, en cambio, que el conocimiento de la circunstancia social es condición necesaria para comprender los textos clásicos equivale a negar que contienen de hecho elementos de interés intemporal y perenne y, por tanto, a quitar toda importancia al estudio de lo que dijeron (pág. 30).

En las notas a pie de página de este pasaje se cita un tropel de politólogos (norteamericanos en su mayoría): Peter Merkl, Hans J. Morgenthau, Mulford Q. Sibley, William T. Bluhm, G. E. G. Catlin, Andrew Hacker, R. G. McCloskey, Karl Jaspers, Leonard Nelson, Charles R. N. McCoy, Leo Strauss y Joseph Cropsey [4].

Aunque Dunn no presenta una lista comparable de personas, es claro que pensaba en sus planteamientos cuando el año anterior se quejaba de que

> pocas ramas de la historia de las ideas se han escrito como historia de una actividad. En distintos momentos se han analizado complicadas estructuras de ideas, dispuestas de manera lo más aproximada posible (a menudo más aproximada de lo que permite la evidencia) a sistemas deductivos, y se ha seguido el rastro de su morfología a lo largo de siglos. Ciertas construcciones cosificadas de las ideas más accesibles de una gran personalidad se han comparado con las de otro gran hombre; de ahí la misteriosa tendencia de muchas publicaciones, sobre todo en la historia del pensamiento político, a reducirse en su composición a las proposiciones de grandes libros que recuerdan al autor otras proposiciones de otros grandes libros... (pág. 15).

[4] *Ibíd.*, págs. 291-2.

Como alternativa a esta situación Skinner y Dunn insistían en que la manera adecuada de leer un texto histórico es considerarlo un producto histórico en el que las intenciones reales del autor (en la medida en que pueden reconstruirse razonablemente) deberían ser nuestra guía principal para saber por qué el texto adoptó la forma concreta que tiene (aunque, naturalmente, ninguno de los dos daba por supuesto que esa intención fuera una guía *suficiente*: también se han de reconocer y explicar los fallos).

A pesar de que la intención principal de Pocock no fue argumentar de esta manera, su ensayo de seis años antes podría sumarse a la misma causa y Skinner ha reconocido siempre generosamente la influencia de Pocock, junto con la de R. G. Collingwood, Alasdair Macintyre y Peter Laslett. El ensayo de Pocock fue, en efecto, una llamada dentro de la profesión de la historia de las ideas para tomar en serio, como material que se debía entender y explicar, el conjunto completo de escritos y otras producciones disponibles sobre política procedentes de una determinada sociedad —lo que él denominaba «estereotipos» y «lenguajes» y que, posteriormente bautizó con el término «paradigmas»—. Su propia obra *The Ancient Constitution and the Feudal Law* (1957) había sido una ilustración brillante de lo que quería decir: que los filósofos políticos más importantes sólo podían leerse sobre un telón de fondo de prácticas lingüísticas (en su caso, la práctica de los supuestos históricos dentro de la tradición del derecho consuetudinario) históricamente concreto y especificado con suficiente detalle y que sólo de ese modo podía captarse su originalidad o convencionalismo. Es cierto, reconocía Pocock, que

> de la misma manera como el lenguaje utilizado en el debate político va adquiriendo una ereciente generalidad teórica, así también la capacidad persuasiva de los argumentos del pensador se apoya menos en su éxito al invocar los símbolos tradicionales que en la coherencia racional de las afirmaciones que se ve obligado a hacer en algunos terrenos del discurso político donde se consideran posibles declaraciones de una amplia generalidad teórica. Antes o después, nuestro historiador deberá abandonar aquí su papel de estudioso del pensamiento como lenguaje de una sociedad y transformarse en estudioso del pensamiento en cuanto filosofía —es decir, en su capacidad para hacer afirmaciones generales inteligibles... [Pero, dado que el historiador habría abordado a su filósofo *a través* de un estudio de lenguaje en sentido más amplio,] podrá considerar ahora el nivel de abstracción en que tiende a hacerle operar el lenguaje del pensador y el nivel de abstracción en que le llevan a utilizar su lenguaje las preocupaciones del pensador. En este momento puede precisar algo el sentido de aqnella expresión vaga: todo pensador actúa dentro de una tradición, y estudiar las demandas planteadas mutuamente por el pensador y la tradición (págs. 200-1).

Este caso de la década de 1960 se ha contado ya muchas veces; los estudiantes disponen de abundantes resúmenes sobre las cuestiones tratadas en aquel debate metodológico en las facultades [5]. Hemos leído muchas respuestas ligeramente hostiles contra Dunn, Pocock y Skinner y algunas réplicas defensivas de los jefes de departamento. Pero para quienes pertenecemos a una generación más bien joven, para quienes esta pelea posee la calidad curiosamente remota que siempre tienen los asuntos de los hermanos mayores, lo enigmático estaba siempre en comprender en qué podría haber consistido un estudio *no* histórico (en el sentido de Dunn) de la historia de las ideas. Para nosotros era obvio que (según lo expuso Collingwood treinta años atrás de forma arrolladora), si alguien desea entender la historia de algo, deberá realizar la pertinente tarea de investigar las pruebas y descubrir qué hacían las personas estudiadas.

> «¡Por Dios!», dice Hamlet, «¿Piensas que soy más fácil de hacer sonar que una flauta?» Aquellos eminentes filósofos, Rosencrantz y Guildenstern, se creen, *tout bonnement*, capaces de descubrir de qué trata el *Parménides* con sólo leerlo; pero, si los llevaran a la puerta sur de Housesteads y les dijeran, «Por favor, distingan aquí los diversos periodos de construcción y expliquen qué pretendían los constructores en cada uno de los periodos», protestarían, «Créame, no puedo». ¿Piensan que el *Parménides* es más fácil de entender que un pequeño fuerte romano en ruinas? ¡Por Dios! [6]

Si esto era tan obvio en 1939, ¿por qué fue necesario volverlo a decir en 1969, si bien acompañado de un conjunto de consideraciones filosóficas diferentes?

De entre los comentaristas de esos problemas, sólo Gunnell ha tratado esta cuestión, viéndola (correctamente) como un asunto referente al carácter de las ciencias políticas a mediados del siglo XX. Pero, la respuesta concreta que dio Gunnell a la cuestión fue menos plausible y quisiera proponer otra distinta. Como parte de su planteamiento de la materia, Gunnell esbozó una historia en la que el desarrollo del «conductismo» en las ciencias políticas durante las décadas de 1950 y 1960 habría desembocado en un ataque contra la historiografía del pensamiento político, considerada como actividad de escasa importancia. Gunnell citaba a David Easton en 1951 lamentándo-

[5] Los mejores son John Gunnell, *Political Theory. Tradition and Interpretation* (Cambridge, Mass., 1979), Conal Condren, *The Status and Appraisal of Classical Texts* (Princeton, NJ, 1985) y James Tully (ed.), *Meaning and Context* (Oxfod, 1988).

[6] R. G. Collingwood, *An Autobiography* (Oxford, 1970), págs. 39-40.

se de que el pensamiento político tradicional de Occidente hubiera sido sustituido por estudios de historia del pensamiento político, actividad que vivía «parasitariamente» de ideas del pasado y no intentaba ya ni proporcionar una ciencia política propiamente empírica ni construir «un marco de referencia valorador» (pág. 4).

El término «conductismo» representaba aquí [7] una noción amplia de ciencia política empírica caracterizada por estudios (a menudo cuantitativos) de las leyes generales cuasicientíficas del comportamiento humano y una separación rigurosa entre hechos y valores —«la valoración ética y la explicación empírica implican dos tipos de proposiciones que, en pro de la claridad, deberían distinguirse analíticamente» (Gunnell, pág. 7)—. Gunnell consideró que el principal punto de la crítica de Easton a la historia del pensamiento político era una invitación implícita a que la ciencia política empírica se convirtiera en el modo de pensamiento dominante en política; según sus conjeturas, «la respuesta de los historiadores de la teoría política a la crítica de los conductistas en cuanto a la importancia de estudiar la tradición no consistía solamente en reafirmar su pertinencia tanto para la ciencia política como para la política en general, sino en mantener, además, que en ese momento era absolutamente crucial» (pág. 26). La idea de una gran tradición en el debate político en Europa occidental, mantenía Gunnell, se había convertido ahora en el *locus* de una crítica de la actitud moderna representada por Easton y otros como él; su repudio de la historia del pensamiento político se había transformado en un antagonismo histórico entre una manera de pensar en política susceptible de expresarse sólo en el lenguaje de la civilización tomado de los textos clásicos, de Platón a Marx, y otra expresada en la pseudociencia del análisis de sistemas o cualquier otra cosa a favor de la cual se manifestara la teoría «conductista». Ciertos escritores como Strauss, Voegelin o Arendt eran para Gunnell los principales ejemplos de teóricos que se adherían a esta idea de la tradición —y, naturalmente, al menos en el caso de Strauss, la existencia de esa tradición y la irreductibilidad de sus contenidos a algún objetivo sencillo y un conjunto moderno de afirmaciones era de hecho capital para una visión política.

Gunnell explicaba, por tanto, el movimiento contra el que se dirigían los ataques de Skinner, Dunn y Pocock como una respuesta a la hostilidad de la ciencia política de postguerra a la historiografía del pensamiento político y como una afirmación de la permanente idoneidad de una ciencia política no cuantitativa y no conductista. Había, no obstante, dos problemas en la exposición de Gunnell. El primero era su hipótesis de que el primer blanco de Skinner y demás era la idea de una «tradición» y, en consecuencia, criticó sus observaciones sobre metodología como un error en su visión de lo fundamental de la crítica a la modernidad y la ciencia política moderna implícita en los escritos de personas como Strauss (pág. 24). De hecho, según hemos visto, aunque sus observaciones eran aplicables a Strauss o Arendt, los objetivos reales de su crítica explícita eran mucho más los autores rutinarios de la década de 1960 que escribían sobre la historia del pensamiento político desde un punto de vista científico convencional, como Merkl y Hacker.

El segundo problema de la exposición de Gunnell consistía en que él mismo reconoció y documentó exhaustivamente el hecho de que el tipo de escritos sobre historia del pensamiento político atacado por Easton era a su vez hijo de una perspectiva positivista y virtualmente «conductista» de la política que se remontaba al menos a los primeros años del siglo XX. Hay varios ejemplos impresionantes de esto; uno de los mejores es la obra de George Catlin (uno de los autores elegidos por Skinner para sus ataques en 1969), autor de una historia de los filósofos políticos [8] y, además, algunas sorprendentes obras positivistas sobre la posibilidad de un estudio genuinamente «científico» de la política. En consecuencia, según admitía Gunnell, «es difícil discernir en esta literatura, remontándonos a los últimos años de la década de 1940, la fuente que inspiró a Easton el retrato del carácter del saber académico en la historia de la teoría política y de las intenciones e intereses de donde surgió» (pág. 21); esto hace que tanto la acometida conductista contra la historia del pensamiento político en la década de 1950 como la vengativa insistencia en una gran tradición por parte de los antipositivistas resulten un tanto inmotivadas.

El error de Gunnell, y el de muchos otros que han escrito sobre estas cuestiones, consistió en no tomarse en serio las afirmaciones de conductistas como Easton, para quienes el estudio de la política de-

[7] Como reconocía el mismo Easton: ver David Easton, *A Framework of Political Analysis* (Englewood Cliffs, NJ, 1965), págs. 19-22,

[8] George Catlin, *A History of the Political Philosophers* (Londres, 1950).

bía implicar hechos y valores, pero que unos y otros pertenecen a ámbitos lógicamente distintos —la distinción entre hechos y valores, que se remonta (en su forma fuerte) a Kant y constituye un fundamento esencial para las modernas ciencias humanas—. Es cierto que la mayoría de los profesionales de las ciencias humanas consideraban su práctica profesional diaria como la exploración del polo de los «hechos», en esta distinción, pero todos ellos reconocían en sus momentos más reflexivos que también había que generar de algún modo «valores» políticos. El rasgo más llamativo de las ciencias políticas angloamericanas (y sobre todo norteamericanas) en la primera mitad del siglo XX es la combinación de este reconocimiento con un empeño muy débil por considerar realmente cómo podían aparecer o justificarse los valores. Podríamos describir la situación como un kantismo sin la teoría ética de Kant, a pesar de que los implicados en ella acostumbraban a describirla como humeísmo [9] —es decir, la aceptación de la distinción lógica entre afirmaciones empíricas y de valor, pero rechazando la deducción trascendental de la moralidad que se encuentra en los *Fundamentos para una metafísica de la moral.*

Era muy normal que estos profesionales de las ciencias humanas dieran por sentado que, de alguna manera más o menos especificada, quienes decidían eran «los ciudadanos».

La belleza está en el ojo de quien la capta es un aforismo que nos recuerda que los juicios sobre lo que es peor o mejor implican valoraciones *subjetivas.* Pero esto no niega que la nariz de una persona pueda ser *objetivamente* más corta que la de otra. De manera similar, en una situación económica dada hay elementos de realidad válidos, por más difícil que resulte reconocerlos y aislarlos. No existe una teoría económica para los republicanos y otra para los demócratas, una para los trabajadores y otra para los empresarios, una para los rusos y otra para los chinos. La mayoría de los economistas —¡no todos!— están totalmente de acuerdo en muchos principios fundamentales en lo referente a precios y empleo.

Esta afirmación no significa que los economistas coincidan estrechamente en el terreno de la *política.* El economista A podría ser favorable al pleno empleo a toda costa. El economista B podría no considerarlo de importancia tan vital como la estabilidad de los precios. Ciertas cuestiones básicas referentes a los objetivos correctos o incorrectos que deben perseguirse no pueden establecerse en cuanto tales de forma meramente científica. Pertenecen al mundo de la ética y los «juicios de valor». Los ciudadanos son quienes deciden en última instancia estas cuestiones. Lo que puede hacer el experto es señalar las alternativas factibles y los costos verdaderos que podrían suponer las distintas decisiones. Pero todavía la razón ha de dar al corazón lo que pertenece al ámbito de éste. En efecto, como dijo Pascal, el corazón tiene razones que la razón nunca conocerá [10].

Este notable pasaje ilustra cómo los profesionales de las ciencias humanas de comienzos del siglo XX pensaban que los valores son asunto esencialmente del corazón más que de la razón y que no podían tener una base sistemática y racional. Pero todos los hombres los poseen y en cuanto «ciudadanos» harán uso de ellos en sus decisiones. A partir de esta opinión, tenía, evidentemente, cierta importancia que la ciudadanía no tomara sus valores al azar, cogiéndolos del aire. Pero no podría derivarlos de una deducción trascendental; y el principal propósito del estudio de la historia del pensamiento, según lo dejaban bien claro los libros de texto uno tras otro, era suministrar al lector (por lo general un estudiante universitario norteamericano, quien se consideraba, por tanto, antes que nada futuro ciudadano) un conjunto de posibles actitudes políticas que no habría sido capaz de generar por su cuenta (eran la obra del «genio»), pero a los que sí podría responder y entre los cuales podría elegir de forma mesurada y bien orientada.

De hecho, llama la atención cuántos de estos libros de texto estaban muy dispuestos a manifestarse en favor de cualquier declaración sobre la verdad o falsedad de las teorías políticas que examinaban: Sabine decía expresamente que «difícilmente puede decirse que una teoría política, tomada en conjunto, sea verdad» [11]. No se suponía que los autores estudiados por ellos hubiesen transmitido una visión clara de alguna teoría verdadera (en esto, los historiadores del pensamiento político de comienzos del siglo XX diferían de los historiadores de las ciencias de la naturaleza contemporáneos suyos), sino que habían establecido las fuentes de una tradición de pensamiento político específicamente occidental en la que se suponía que participaba el lector al reflexionar sobre el conjunto de ideas expuestas en el libro de texto [12].

Es importante reconocer que esta opinión negaba la existencia de teorías políticas auténticamente universales u objetivamente ver-

[9] George Sabine, *A History of Political Thought* (3ª ed., Londres, 1983), pág. v.

[10] Paul Samuelson, *Economics* (Englewood Cliffs, NJ, 1976), págs. 7-8; un libro de texto compuesto principalmente en las décadas de 1950 y 1960.

[11] Sabine, *Philosophical Theory*, pág. v.

[12] Esta parece haber sido, por ejemplo, la opinión de Peter Merkl —ver sus observaciones en *Political Continuity and Change* (Nueva York, 1967), págs. 26-56.

daderas pero afirmaba la universalidad o, al menos, la pertinencia de las cuestiones tratadas por los grandes textos —y eso era lo que constituía su constante utilidad—. Debemos distinguir esta actitud de la de escritores como Strauss o Hans Morgenthau, quienes (explícitamente en contra de sus colegas de los departamentos universitarios norteamericanos de ciencias políticas) insistían en la existencia de verdades en teoría política «al margen de tiempo y lugar» [13]. Todas estas opiniones daban a entender que los textos debían estudiarse por sí solos, pues representaban la respuesta dada por «grandes mentes» a un conjunto de problemas permanentes tan conocidos del estudiante universitario norteamericano de la década de 1950 como del ciudadano de la polis griega; pero una de esas opiniones adoptaba una actitud más bien neutral ante los méritos de las diversas respuestas, interesándose sólo por situarlas en la cultura ética más amplia de Occidente, mientras que la otra daba una respuesta clara y propia a los problemas perennes. En general, era menos probable que el último punto de vista se interesase por la historia de la teoría política pues tenía un criterio de rectitud moral transhistórico (y Morgenthau fue, por tanto, muy crítico con la disciplina) [14]. Strauss, sin embargo, fue un caso especial por su convicción (que ya he señalado) de que este critetio sólo era accesible a las personas inmersas en el estudio de la tradición y sus textos.

Según las pautas de una cultura política a largo plazo, la primera de estas dos opiniones era un planteamiento curiosamente descomprometido y mandarinesco de la importancia de los valores en la vida política y se puede pensar que fue su carácter insatisfactorio el punto sobre el que llamó la atención Easton en su artículo de 1951 [15]. Se pensaba en la posibilidad de inculcar a los ciudadanos un conjunto heterogéneo de valores educándolos en una serie concreta de textos razonables y no demasiado exóticos que divergían entre sí de una manera intelectualmente estimulante. Este conjunto heterogéneo podría después hacerse compatible en el seno de la sociedad mediante algún tipo de proceso institucional en el que los ciudadanos decidirían acerca de los principios por los que su sociedad se habría de regir. La mayoría de los autores de los «grandes textos» habría

[13] Hans Morgenthau, *Dilemmas of Politics* (Chicago, 1958), pág. 39.
[14] *Ibid.*, pág. 24.
[15] David Easton, «The Decline of Modern Political Theory», *Journal of Politics* 13 (1951), págs. 36-58.

pensado que semejante opinión era un absurdo punto de vista de los principios políticos, pero para convencer del absurdo a los politólogos ingleses y norteamericanos hizo falta una demostración clara desde el interior de la fortaleza de las modernas ciencias humanas. Esta demostración fue suministrada por Kenneth Arrow [16] (curiosamente, en el mismo año del artículo de Easton) con su famoso «teorema» en el que probaba la inexistencia de un método de procedimiento neutral para integrar los valores individuales en un conjunto de principios sociales que no infringiera algunos supuestos absolutamente obvios y fundamentales que se plantearían probablemente casi todos los ciudadanos (como, por ejemplo, que ningún miembro de la ciudad habría de ser un dictador para el resto). El corolario de la obra de Arrow fue que quienes creían que una burocracia neutral de expertos en ciencias políticas tendría en cuenta de alguna manera a sus ciudadanos en vistas a tomar una decisión efectiva acerca de los valores que habrían de aplicarse en el proceso político, perdieron ahora su seguridad.

La obra de Arrow, que tuvo una especial influencia tras la segunda edición revisada de su obra *Collective Choice and Individual Values* aparecida en 1963, impresionó a los más duros de los politólogos «duros» por su rigor metodológico y los convenció de que debían revisar sus vagas hipótesis sobre el carácter social de los valores. De este modo encajaba en una opinión en desarrollo a mediados de la década de 1960 (sobre todo en EE UU) según la cual la filosofía política de tipo aparentemente tradicional debería escribirse de nuevo. Pienso que no es una coincidencia que el exponente más destacado de una nueva filosofía política, John Rawls, se considerase a sí mismo y fuera visto en buena medida como una especie de kantiano, pues el camino más plausible a tomar para salir del kantismo tosco imperante en Norteamérica en la primera parte de este siglo era el de la construcción de un kantismo nuevo y refinado. Pero, si en el paisaje ético de la ciencia política norteamericana no tenía ya sentido una pluralidad de valores fundamentados de manera indeterminada, quedaba socavada la función tradicional de la historia del pensamiento político en esa cultura. Esto fue lo que sintieron Dunn y Skinner al final de los años sesenta y su polémica contra la historia tradicional del pensamiento político coincidió con un sentimiento claro de la posibi-

[16] Kenneth Arrow, *Social Choice and Individual Values* (Londres, 1951).

lidad, al menos, de una filosofía política moderna y sistemática. Skinner lo dijo con precisión: [17]

> Quisiera insistir sólo en una cosa: siempre que se afirma que lo fundamental del estudio histórico de este tipo de cuestiones es que podemos aprender directamente de las respuestas dadas, nos encontramos con que, en culturas o periodos distintos, las aparentes respuestas parecerán por lo general tan diferentes en sí mismas que difícilmente podrán ser de utilidad ni siquiera para seguir pensando en cuestiones tan pertinentes como qué es «lo mismo» en el sentido del que se trata. O por decirlo más directamente: debemos aprender a pensar por cuenta propia.

La «nueva» historia del pensamiento político era, pues, la contrapartida de la «nueva» filosofía política del mundo anglosajón de las décadas de 1970 y 1980: había transferido la carga de educar a los ciudadanos en los valores políticos a los pasillos de la universidad y a los despachos de los filósofos que, una vez más, estaban dispuestos a asumirla.

Curiosamente (considerando la teoría de Gunnell, según la cual Strauss, Voegelin o Arendt eran los principales objetivos de esta nueva historia), escritores como Strauss y sus seguidores estaban, según hemos visto, mejor situados para oponerse a esta renuncia que los aliados de los positivistas, como Merkl. La afirmación de que sólo hay, de hecho, una única filosofía política verdadera que únicamente se obtendrá por la lectura esotérica de grandes textos (la afirmación más recordada de cuantas se asocian a la persona de Strauss), no es una imposibilidad *lógica* (como tampoco lo es la de la existencia de una fuente infalible de doctrina moral que se encontraría en la margen derecha del Tíber). En cierto sentido, tanto Strauss como Rawls intentaban suministrar a sus lectores una filosofía política única y válida, si bien empleaban diferentes métodos para generarla. La pervivencia institucional del straussismo en los departamentos norteamericanos de ciencias políticas no es, por tanto, en absoluto sorprendente.

Habría que decir que el ideal de una nueva filosofía política que proporcionaría a la moderna Norteamérica (y, por extensión, a sociedades en situación similar) un conjunto de valores parece mucho menos plausible en 1990 que en 1970. Veinte años de impresionante actividad filosófica han servido en gran parte para subrayar la

[17] En: Tully, *Meaning and Context*, pág. 66.

naturaleza dispar de los valores modernos, a pesar de cierta pasmosa complacencia al respecto por parte de algunos teóricos liberales. Una vez más, como antes de la obra de Arrow, lo que se persigue es una teoría que dé cabida a un pluralismo radical de valores (aunque nadie supone en la actualidad que «los ciudadanos» vayan a decidir la cuestión o deban hacerlo). En estas circunstancias, no sería sorprendente que la gente acabara creyendo que la reflexión sobre una literatura política preexistente fuera la manera de pensar en valores políticos e introducir en la abigarrada población de una sociedad liberal un equilibrio intelectual amplio; de hecho, ésa es, más o menos, la propuesta de Richard Rorty (a pesar de que la literatura que le parece pertinente es mucho más extensa que la cubierta por Sabine). Aunque la retórica con que Rorty habla de «ironía» es (como corresponde) difetente del tímido relativismo de escritores como Sabine, no está clara la existencia de un abismo intelectual tan grande como podría suponer [18].

El caso que he expuesto se refiere claramente a los teóricos en lengua inglesa y en él tiene una función crucial la decadencia de la teoría política en esra lengua a principios del siglo XX y su renacimiento a finales de la década de 1960. Las cuestiones debatidas en las tradiciones intelectuales de Francia y Alemania, distintas de la anterior, tuvieron (al principio) poca influencia en estos debates de los años sesenta y Skinner, Dunn y Pocock siempre se han resisrido ligeramente a cualquier intento por vincular su obra con la de teóricos como Hirsch (quien se inspiró en estos debates) o Koselleck. La razón principal de ello fue que, desde su punto de vista, la cuestión importante que debía establecerse era la similitud metodológica entre la historia de las ideas y la de otras actividades humanas. Esto era lo que constituía el meollo de los repetidos intentos de Skinner por analizar las declaraciones teóricas como «actos de habla» y tratarlos, por tanto, de la misma manera como los historiadores más superficiales trataban otros tipos de «actos». La cuestión más amplia de cómo podemos comprender históricamente la actividad humana en general no fue su principal interés.

En Europa continental, sin embargo, ésta fue la cuestión clave, y el hecho de que la historia humana consistiera tanto en actos como

[18] Ver, en especial, Richard Rorty, *Contingency, Irony, and Solidarity* (Cambridge, 1989), págs. 80-1.

en declaraciones se daba habitualmente por supuesto. Dilthey, por ejemplo, dejó claro en su escrito *Construcción del mundo histórico en las ciencias humanas* que «comprensión» e «interpretación», los temas principales de la tradición hermenéutica, se refieren a tres tipos de «expresión»: «conceptos, juicios y estructuras mentales más amplias», «acciones» y «expresiones emotivas» [19]. Su guía (o, mejor, la de Hegel) fue seguida por todos cuantos participaron en Alemania en el debate sobre hermenéutica. La controversia metodológica en Inglaterra era sólo tangencial a la desarrollada en Europa continental, pues la equiparación de Skinner entre declaración y acción podría encontrar acomodo (por ejemplo) *o bien* en el campo de Habermas *o bien* en el de Gadamer. De hecho, con sus referencias explícitas a Collingwood, dicha equiparación representaba una recuperación patente de un antiguo respeto por la hermenéutica germánica.

Por esta razón, según ha observado recientemente David Hollinger [20], la crítica de Skinner desde un punto de vista postestructuralista (como las acusaciones derridaístas de David Harlan [21]) no dan en el blanco, pues si hemos de tener una historia deconstruida de las ideas, habremos de tener, por la misma razón, una historia deconstruida de *todo* y Skinner sería probablemente feliz con tal conclusión, suponiendo que la premisa sea verdadera —algo sobre lo que, estrictamente hablando, su metodología es neutral—. Por otra parte, su práctica profesional y algunas de sus observaciones expresas sugieren que defiende al menos la posibilidad de adquirir algún tipo de comprensión auténtica de lo logrado por los agentes históricos; o que, en vistas a hacer algo con otros seres humanos (opinión mantenida, *inter alia*, por autores como Davidson), una comprensión de estas características es una hipótesis de procedimiento de tal profundidad que poner en tela de juicio su autenticidad significa simplemente adoptar ese tipo de opinión escéptica radical con la que en realidad nadie puede vivir [22].

Podemos ahora ver por qué la historia del pensamiento político escrita realmente sobre este trasfondo metodológico ha parecido a

[19] W. Dilthey, *Selected Writings*, H. P. Rickmann (ed.) (Cambridge, 1976), pág. 219.

[20] «The Return of the Prodigal: The Persistence of Historical Knowing», *American Historical Review* 94 (1989), págs. 610-21.

[21] «Intellectual History and the Return of Literature», *American Historical Review* 94 (1989), págs. 581-609.

[22] Quentin Skinner, «A Reply to my Critics», en: Tully, *Meaning and Context*, sobre todo págs. 238 y 246-8.

menudo a sus detractores mucho menos original y sorprendente de lo que habían esperado a partir de los manifiestos metodológicos. Un historiador moderno del pensamiento político considerará aceptable cualquier prueba que un historiador razonable aceptaría como parte de una explicación de por qué un agente histórico hizo algo, y con frecuencia no habrá un método claro y único para determinar lo que cuenta como prueba pertinente. Un buen ejemplo de ello nos lo proporciona una cuestión que los historiadores del pensamiento político se ven obligados habitualmente a tratar: la de si existe o no una diferencia sustancial entre obras producidas por un mismo autor en diferentes momentos de su vida. Es el problema de la llamada *coupure épistemologique* de las exposiciones althusserianas de Marx; es también el problema de las relaciones entre el *Príncipe* y los *Discursos* de Maquiavelo, entre las distintas redacciones de la teoría política de Hobbes, entre los escritos primeros y posteriores de Locke sobre la tolerancia, entre la *República* y las *Leyes* de Platón, etc. (Como muestra esta lista, apenas hay teóricos de importancia en quienes esto no constituya un problema importante.)

Es evidente que algunas lecturas de los textos en cuestión los pondrían de acuerdo, mientras que otras exigirían un tratamiento por separado. La perspectiva de un acuerdo podría justificar de por sí, en parte, una lectura particular, pero también podría justificarla la expectativa de una separación —explicaría, por ejemplo, por qué un autor habría abordado dos veces la misma materia—. *A priori* no se puede presuponer ninguna de las dos posibilidades (y, por lo que a esto se refiere, la coherencia entre textos podría concebirse como algo distinto de la coherencia *dentro de* un texto, teniendo en cuenta que algunos han supuesto que el peso de la prueba recae sobre quienes piensan que un texto es internamente incoherente). Pero es difícil ver qué podría ser apropiado como argumento *a posteriori*. Ni la prueba externa ni la interna podrían resolver la cuestión. Lo que importa como prueba interna cambiará si la calidad interpretativa nos exige que demos por supuesta la coherencia entre las obras, mientras que, si falta una afirmación clara, inequívoca y fiable del autor mismo sobre la relación entre sus obras (y no conozco a ningún gran teórico que haya hecho declaraciones de este tipo), la prueba externa no echará por tierra ninguna lectura razonable de las mismas.

No hay ninguna teoría sobre la interpretación de textos que considere este caso, pues lo que aquí está en juego es la identidad misma

de un texto. Según una opinión posible el texto es el conjunto completo de afirmaciones hechas por un autor sobre un tema (en especial si las obras en cuestión fueron en algún momento presentadas a la par por el autor —como en el caso cierto de Maquiavelo—); según otra opinión, el texto es toda obra nombrada y ligada pot separado. Todavía, según otra opinión, el texto es cualquier declaración tomada por separado. ¿Por qué una obra escrita a lo largo de muchos años (como *El capital*) se ha de contemplar más como una unidad que varias piezas separadas escritas en un lapso de tiempo más corto (como los ensayos de Mill sobre libertad y utilitarismo)?

Lo importante de estas observaciones no es poner en tela de juicio la posibilidad de un escritura inteligente y sensible de la historia del pensamiento político sino hacer hincapié en que, finalmente, el historiador deberá emitir algún juicio sobre la manera de contar su relato particular, sin que le sea posible justificarlo de manera definitiva frente a otro conjunto de juicios diferentes, lo cual parece razonable como forma de comportamiento de un ser humano en estas circunstancias. Las cualidades intelectuales que hacían de alguien un buen historiador antes de 1969 son las que lo hacen bueno después de 1969 y no debería haber sido una sorpresa que las mejores historias sobre pensamiento político escritas en las décadas de 1970 y 1980 hayan llevado sus compromisos metodológicos (en términos generales) con bastante ligereza. Lo que, sin embargo, no se tomó a la ligera fue la convicción de que lo que escribían era historia y no la exposición de un conjunto de valores para los ciudadanos de finales del siglo XX.

Capítulo 10
HISTORIA DEL CUERPO

Roy Porter

> Dije que no somos leños ni piedras; eso está muy bien. Debería haber añadido que tampoco ángeles —me gustaría que lo fuéramos—, sino hombres revestidos de cuerpos y regidos por nuestras imaginaciones.
>
> LAURENCE STERNE, *Tristram Shandy*.

La resurrección del cuerpo

En un libro provocativo [1], Leo Steinberg ha llamado la atención sobre dos hechos. En primer lugar: en una tradición pictórica que floreció en el Renacimiento, solía representarse a Cristo tocándose el pene o, si no, dirigiendo de alguna otra manera la atención hacia él. En segundo lugar: los historiadores del arte han ignorado siempre este llamativo modo de representación pictórica. Steinberg explica el significado doctrinal del gesto: con él se pretendía señalar la humanidad del Hijo, el hecho de haber sido engendrado, no creado. Pero el autor tiene un interés no menor por indagar el punto ciego de los historiadores del arte. La sexualidad del cuerpo de Cristo se hace, por así decirlo, «invisible» debido a que los estudiosos actúan de forma característica dentro de las tradiciones interpretativas para las que los significados intelectuales, espirituales e ideales adquieren una prioridad automática sobre los asuntos puramente materiales, corpóreos o sensuales.

La observación de Steinberg es de aplicación más amplia. Hasta hace poco, la historia del cuerpo ha sido por lo general descuidada y

[1] Leo Steinberg, *The Sexuality of Christ in Renaissance Art and Modern Oblivion* (Nueva York, 1983).

no es difícil ver por qué. Por un lado, los componentes clásicos y, por otro, los judeocristianos de nuestra herencia cultural propusieron cada uno por su lado una visión del hombre fundamentalmente dualista, entendida como una alianza a menudo incómoda de mente y cuerpo, psique y soma; y ambas tradiciones, a su manera diversa y por diferentes razones, han realzado la mente o alma y despreciado el cuerpo [2]. Es éste un aspecto plenamente conocido de la metafísica de nuestra civilización que no necesitamos desarrollar aquí. Se sitúa en estratos profundos y ejerce un poder omnipresente: incluso los autores que han intentado rescatar el cuerpo del olvido o la infamia han perpetuado, a pesar de todo, las viejas jerarquías. Así, como sugiere el epígrafe de mi colaboración, a mediados del siglo XVIII Laurence Sterne teivindicaba a los «hombres» contra el reproche de no ser puramente espirituales («ángeles»), pero sólo hasta el punto de decir que los hombres son seres «*revestidos* de cuerpos», formulación que preserva el dualismo tradicional y hace del cuerpo algo secundario y casi accidental [3]. Sterne no dice que los hombres *son* sus cuerpos, a la manera como las actuales feministas pueden hablar de *Nuestros cuerpos, nuestros yoes* [4].

Esta última observación denota que en la actualidad se están haciendo intentos por derribar las antiguas jerarquías culturales que han favorecido a la mente sobre el cuerpo y, en razón de la analogía, han sancionado sistemas completos de relaciones de poder entre gobernantes y gobernados. No hay duda de que se está dando este proceso de clarificación y es fácil señalar los profundos cambios culturales ocurridos durante la última generación que han trastornado la desconfianza tradicional platónico-puritana hacia el cuerpo: [5] la revolución sexual y la «permisividad» en general, el capitalismo consumista, las críticas planteadas tanto por la «contracultura» de los años sesenta como por el feminismo de los setenta, etc. [6]. Esta revolución cultural ha contribuido también claramente —como sngiere el caso del libro de Steinberg— a dar una nueva dirección a los intereses académicos, alejándolos de subdisciplinas idealistas bien asentadas, como la historia de las ideas, y orientándolos hacia la exploración de la «cultura material», uno de cuyos órganos es la historia del cuerpo.

Esta nueva empresa se ha beneficiado de numerosos estímulos. Gracias a su materialismo intrínseco, el marxismo ha constituido una matriz fructífera y ciertas obras escritas en esta tradición, como el libro de Mijail Bajtin *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento*, han ofrecido modelos influyentes para ver el cuerpo como el foco de resistencia popular y de crítica a las ideas oficiales [7]. Con sus ambiciones de construir una historia total y sus simpatías por el proyecto de una historia científicamente fundamentada, los estudiosos del grupo de los *Annales* han fomentado la investigación de todos los aspectos de la vida material, de la cuna a la sepultura [8]. La antropología cultural ha proporcionado a los historiadores, tanto en la teoría como en la práctica, lenguajes para analizar los significados sociales del cuerpo, en especial en la circunstancia de los sistemas de intercambio social [9]; y de forma similar, la sociología [10], y sobre todo la sociología médica [11], ha animado a los historiadores a tratar el cuerpo

[2] Es, por supuesto, una manera muy simplista de presentar una situación extremadamente complicada. Sobre los fundamentos de estas herencias culturales, ver Bennett Simon, *Mind and Madness in Ancient Greece* (Ithaca, 1978); E. R. Dodds, *The Greeks and the Irrational* (Berkeley y Londres, 1951) [hay ed. cast., *Los griegos y lo irracional*, Alianza Editorial, Madrid, 1989[6]]; y, para el cristianismo, F. Bottomley, *Attitudes to the Body in Western Christendom* (Londres, 1979).

[3] Sobre Sterne, ver Roy Porter, «Against the Spleen», en: Valerie Grosvenor-Myer (ed.), *Laurence Stern: Riddles and Mysteries* (Londres y Nueva York, 1984), 84-99; J. Rodgers, «Ideas of Life en *Tristram Shandy*: Contemporary Medicine» (tesis de Filosofía, University of East Anglia, 1978),

[4] Una introducción a las perspectivas feministas contemporáneas, en Susan Brownmiller, *Femininity* (Londres, 1984).

[5] Se trata de un menosprecio realzado, naturalmente, por la beatería tradicional, la censura expurgatoria, etc. Ver P. Fryer, *Mrs. Grundy: Studies in English Prudery* (Londres, 1963); M. Jaeger, *Before Victoria* (Londres, 1956).

[6] Sobre las interpretaciones críticas de estos procesos eomo meras modifieaciones, en realidad, como «desublimación represiva», dentro del sistema existente, ver Herbert Marcuse, *One Dimensional Man* (Londres, 1964) [hay ed. cast., *El hombre unidimensional*, Barcelona, 1990[3]]; C. Lasch, *The Culture of Narcissism* (Nueva York, 1979).

[7] Ver M. Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento* (Alianza Editorial, Madrid, 1990[4]); A. Schmidt, *The Concept of Nature in Marx* (trad. ingl., Londres, 1971).

[8] Ver Peter Burke, «Revolution in Popular Culture», en: Roy Porter y Mikulás Teich (eds.), *Revolution in History* (Cambridge, 1986), págs. 206-25.

[9] Ver, como ejemplo de investigación, Peter Burke, *The Historical Anthropology of Early Modern Italy* (Cambridge, 1987); son también extraordinariamente útiles Micahel McDonald, «Anthropological Perspectives on the History of Science and Medicine», en: P. Corsi y P. Weindling (eds.), *Information Sources in the History of Science and Medicine (Londres, 1983), 61-80.*

[10] B. S. Turner, *The Body and Society: Explorations in Social Theory* (Oxford, 1984). El libro de Turner es el intento más decidido de crear una sociología del cuerpo. En el ensayo de Virginia Woolf, «On being ill», en: *Collected Essays*, vol. IV (Londres, 1967), 193-203, se propone un análisis sugerente del olvido del cuerpo en la literatura. Sobre los problemas de Virginia Woolf con la «corporeidad», ver S. Trombley, *«All that Summer She Was Mad» Virginia Woolf and her Doctors* (Londres, 1981).

[11] El estudio general mejor y más actualizado es el de Bryan S. Turner, *Medical Power and Social Knowledge* (Beverly Hills y Londres, 1987).

como la encrucijada entre el yo y la sociedad. El feminismo académico ha abordado asuntos habitualmente desatendidos o abolidos relativos a la generación de la experiencia [12]. También es importante el desarrollo masivo en la última generación de la demografía histórica, que nos ha hecho ver las escuetas estadísticas de la vida, el «nacimiento, la copulación y la muerte» como la clave para comprender todos los aspectos de clase, cultura y conciencia [13].

Es evidente, sin embargo, que no podemos esperar echar descuidadamente todos estos ingredientes al puchero de los estudios académicos y encontrarnos con la aparición automática de una historia del cuerpo en forma de plato perfectamente condimentado. La naturaleza y contenidos de la historia del cuerpo y los métodos con que ha de obtenerse son por sí mismos manzanas de discordia.

Planteamientos

Los estudiosos han advertido que sería groseramente simplista suponer al cuerpo humano una existencia intemporal como objeto natural y no problemático, con necesidades y deseos universales, afectados de forma diversa por la cultura y la sociedad («reprimido» en unas épocas y «liberado» en otras, etc.). Es evidente la inutilidad de esta tosca división entre naturaleza y cultura; sería, además, una concepción errónea —¡y un sarcasmo!— dar nuevo aliento al viejo dualismo mente/cuerpo intentando estudiar la historia («biológica») del cuerpo independientemente de las consideraciones («culturales») de la experiencia y su expresión en la lengua y la ideología [14].

La observación está bien planteada. No hay duda de que deberemos considerar el cuerpo como ha sido experimentado y expresado dentro de los sistemas culturales concretos, tanto privados como pú-

[12] El ensayo de Joan Scott en este mismo volumen presenta una bibliografía dedicada a esta cuestión.

[13] Arthur Imhof se ha señalado por sus intentos de relacionar la demografía histórica técnica con cuestiones más amplias de la existencia social. Ver, por ejemplo, su artículo «Methodological Problems in Modern Urban Geography: Graphic Representations of Urban Mortality 1750-1850», en: Roy Porter y Andrew Wear (eds.), *Problems and Methods in the History of Medicine* (Londres, 1987), págs. 101-32.

[14] La interpretación psicofisiológica del cuerpo es, naturalmente, importante por sí misma. Ver Jonathan Miller, *The Body in Question* (Londres, 1978). Continúa abierto el debate sobre si los puntos de vista sociobiológicos pueden ilustrar la investigación histórica.

blicos, que a su vez han cambiado con el paso del tiempo [15] Si los cuerpos se nos presentan sólo al percibirlos (por decirlo de manera más bien berkeliana), la historia de los cuerpos deberá incluir la de su percepción. Pero seguramente alguien podría objetar que, si esto es así, ¿no significará que la historia del cuerpo constituye, a fin de cuentas, un proyecto en la historia de las ideas o *l'histoire des mentalités* —referente a las representaciones del cuerpo como algo distinto de (por ejemplo) las del trabajo o el poder—? De hecho, se ha intentado construir en esencia la historia del cuerpo como explicación de sus «representaciones» en el «discurso», recurriendo a técnicas postestructuralistas y deconstruccionistas de análisis textual [16]. Creo, no obstante, que existe un peligro real en llevar demasiado lejos este rechazo teórico del positivismo vulgar.

Algunas de las investigaciones más brillantes de la anatomía del cuerpo son obra de críticos literarios y estudiosos de orientación similar comprometidos en el análisis del discurso y la deconstrucción texrual, descomponiendo «representaciones» cambiantes del yo corporeizado. Pero el alegre abandono del empirismo por la teoría y la hermenéutica tiene sus propias trampas, en especial el riesgo de extrapolaciones descontextualizadas derivadas de la utilización acrítica de cuerpos de prueba no representativos. Un ejemplo de obra que ha caído en esta trampa es el libro de Francis Barker *The Tremulous Private Body*, que constituye un intento atrevido de interpretar la historia del cuerpo —en realidad, su «disolución»— a lo largo de cinco siglos [17]. Mediante una lectura «deconstruccionista» de lo que parece una muestra de textos clave escogida al azar de obras de la gran cultura (*Hamlet*, *La lección de anatomía* de Rembrandt, los *Diarios* de Pepys, etc.) Baker propone la tesis general de que el cuerpo, que en otros tiempos había sido un objeto público, se privatizó —haciéndose el lugar de la vergüenza narcisista— en el seno de la cultura burguesa. De hecho, según él, el cuerpo «desapareció» por completo como instrumento de erotismo, siendo desplazado por el «libro». Son conclusiones muy fuertes para derivarlas de unos pocos textos exa-

[15] W. I. Watson, «Wby Isn't the Mind-Body Problem Ancient?», en: Paul K. Feyerabend y Grover Maxwell (eds.), *Mind, Matter and Method* (Minneapolis, 1966), 92-102; L. J. Rather, *Mind and Body in Eighteenth Century Medicine* (Londres, 1965).

[16] Ver R. Barthes, *Le Plaisir du Texte* (París, 1973); J. Derrida, *Writing and Difference* (Londres, 1978).

[17] F. Barker, *The Tremulous Private Body* (Londres, 1984).

minados en un magnífico aislamiento del análisis del tejido de la historia en general. Más aún, Baker tiene tal fe en su método de lectura hermética, textual e inmediata que ignora sistemáticamente las investigaciones de otros estudiosos —característica que, según ha mostrado J. R. R. Christie, convierte, entre otras cosas, en una insensatez de su explicación del cuadro de Rembrandt [18].

Otras interpretaciones recientes de la historia del cuerpo, inspiradas principalmente en los preceptos del análisis textual, parecen, así mismo, susceptible de crítica. *The Female Body in Western Culture*, un volumen de ensayos que abarca desde el «Génesis a Gertrud Stein» concede el primer puesto a lo que el editor denomina «(re)escritura del cuerpo» y subraya cómo se debe ver el cuerpo no precisamente como «carne y sangre» sino como una «construcción simbólica» [19]. No está mal. Sin embargo, un excesivo número de sus colaboradores parte del supuesto, apoyado por el libro de Barker, de que el esclarecimiento sutil de un pequeño corpus de textos clásicos proporcionará una visión privilegiada de los problemas y paradojas de la experiencia en general. Se trata de una suposición dudosa, si no arrogante. Así, uno de los ensayos: «Silencios que hablan: El suicidio femenino», pasa del examen de lo que ciertos novelistas nos dicen sobre la conciencia corporal de sus heroínas suicidas a ofrecernos conclusiones generales acerca de la experiencia de las suicidas en la realidad, sin tener en cuenta un conjunto importante de investigaciones empíricas de testimonios de mujeres suicidas auténticas que contradicen, en realidad, las conclusiones presentadas [20].

Otro ejemplo de este tipo igualmente insatisfactorio es la obra de Elaine Scarry *The Body in Pain* (con el modesto subtítulo de *The Making and Unmaking of the World*) [21]. Mediante una combinación de análisis filosófico y literario, Scarry examina las representaciones intelectuales, artísticas y culturales del dolor físico desde la Biblia hasta el presente, pasando por Marx. El propósito de su sustancioso texto es

[18] Las conclusiones de Barker han sido magníficamente rebatidas por J. R. R. Christie, «Bad News for the Body», *Art History* 9 (1986), págs. 263-70.

[19] S. R. Suleiman (ed.), *The Female Body in Western Culture* (Cambridge, Massachusetts, 1986), 2 (introducción del editor).

[20] Margaret Higonnet, «Speaking Silences: Women's Suicide», en S. R. Suleiman (ed.), *The Female Body*, págs. 68-83; muchas de sus afirmaciones sobre los suicidios de mujeres abandonadas por hombres contradicen el cuidadoso análisis empírico de Olive Anderson, *Suicide in Victorian and Edwardian England* (Oxford, 1987).

[21] Elaine Scarry, *The Body in Pain. The Making and Unmaking of the World* (Nueva York y Londres, 1985).

establecer que es esencial al dolor ser «inexpresable». Esta conclusión se nos ofrece no sólo como una interpretación novedosa, sino como una visión privilegiada de «un terreno de la experiencia humana conocido de todos pero entendido sólo por unos pocos». Sin embargo, los relatos reales del dolor (que, lejos de ser «inexpresable», aparece a menudo expresado con precisión y elocuencia), transmitidos profusamente por la gente corriente del pasado, contradicen el selecto elitismo de Scarry. Como es natural, para quien aspire a la exégesis intelectual más elevada, la investigación empírica, como el cuerpo mismo, podría parecer grosera y utilitarista. Sin embargo, para los historiadores interesados por cómo las personas reales sentían el dolor, una obra como la de Barbara Duden *Geschichte unter der Haut* —un análisis pionero de las experiencias de la enfermedad de unas dos mil mujeres en la Alemania de principios del siglo XVIII, tal como se han conservado gracias a los informes tomados por su médico, el doctor Storch— nos ofrece un punto de partida iluminador [22].

Los estudiosos sensibles tienen razón al insistir en la complejidad conceptual de la historia del cuerpo. Pero es, por lo menos, de igual importancia evitar flotar en la estratosfera del análisis del discurso y desentenderse de los materiales más cotidianos y tangibles de que se dispone. De hecho, no necesitamos ser tan despectivos sobre las posibilidades de investigar la historia del cuerpo recurriendo a triviales métodos empíricos. Es evidente que sobre muchas cuestiones nuestra información es irremediablemente escasa. ¿Qué posturas adoptaban las personas para el coito en el siglo XVI o en el XVIII? [23] Apenas lo sabemos. Los relatos de diarios y cartas de primera mano mantienen en general silencio —y cuando hablan, son probablemente poco representativos—; hay, además, razones obvias para un sano escepticismo respecto a la utilización del testimonio de fuentes tales como los impresos pornográficos o los manuales de consejos [24]. Por otra parte, aunque dispongamos de abundantes fuentes, éstas requieren una interpretación sutil y aun así pueden ser engañosas. Cuando lee-

[22] Barbara Duden, *Geschichte unter der Haut* (Stuttgart, 1987). Duden muestra también cómo el grupo de mujeres estudiado por ella veía sus cuerpos como algo dinámico y poderoso, como el gran centro de la creación de vida.

[23] Ver la discusión de este asunto en la introducción de G. S. Rousseau y Roy Porter (eds.), *Sexual Underworlds of the Enlightenment* (Manchester, 1987).

[24] Una introducción a estas fuentes en R. Maccubbin (ed.), *Unauthorized Sexual Behavior during the Enlightenment* (número especial de *Eighteenth Century Life*, mayo 1985).

mos en los registros de admisión de los hospitales de los siglos XVIII y XIX que un motivo habitual de admisión de mujeres en las salas para enfermos era la «histeria», no suele estar nada claro qué sucedía con exactitud físicamente, si es que sucedía algo; podrían haber experimentado una parálisis parcial, somática o psicosomática; podían, simplemente, padecer una sobrecarga de trabajo o una deficiencia de alimentación (a pesar del estereotipo corriente, la «histeria» eta un estado mucho más propio de las personas pobres de que de las ricas). Esto podría ser un ejemplo de cómo la etiqueta de enfermedad servía de poco más que de contraseña administrativa para conseguir la admisión. Sería una empresa arriesgada esperar que nuestros registros de diagnóstico médico nos proporcionaran una historia epidemiológica fiable y objetiva de las enfermedades [25].

No obstante, a pesar de estas dificultades, se ha conservado una enorme cantidad de información suficientemente segura como para permitirnos construir un perfil digno de crédito de las estadísticas vitales de los cuerpos en el pasado. En muchas partes de la Europa, desde la Edad Moderna en adelante, se trata, sobre todo, de registros de bautismos y enterramientos, a partir de los cuales los estudiosos han ideado técnicas para extraer indicios fiables de los cambios en las tasas de nacimiento y muerte, fecundidad, fertilidad, crisis de mortalidad por enfermedades, etc.; las leyes de pobres y los registros de hospitales nos abren igualmente las puertas a una historia de la salud y la enfermedad y de las víctimas de la dureza del trabajo [26]. Pero, además, se han conservado archivos privados que aportan indicadores sumamente delicados.

Existen, por ejemplo, abundantes libros de admisión de orfanatos y escuelas y listas de reclutamiento del ejército y la armada para un lapso de varios siglos. Todos ellos nos permiten conocer la edad y estatura de algunas decenas de miles de individuos. Los que se han conservado en Inglaterra han sido elaborados a fin de suministrar un perfil colectivo de la proporción entre edad y estatura de los niños y jóvenes, que cambia con el paso de las generaciones. Planteando preguntas controladas a estos datos corporales se pueden hacer extrapolaciones sobre cambios, tanto cualitativos como cuantitativos, en la

[25] Ver G. Risse, «Hysteria at the Edinburgh Infirmary», *Medical History* 32 (1988), págs. 1-22.

[26] Ver la obra elásica de de E. A. Wrigley y R. S. Schofield, *The Population History of England 1541-1870* (Londres, 1982).

ingestión de alimentos, sobre capacidades físicas, etc. Para comprobar las transformaciones en el nivel real de vida, las proporciones físicas pueden ser un índice más fiable que los salarios [27].

Del mismo modo, contamos con un registro fotográfico del aspecto físico de las personas que en la actualidad se remonta a casi un siglo y medio. Una vez más, no hay necesidad de criticar los errores de interpretación que podrían derivar de una confianza ingenua en la veracidad de las imágenes visuales. La cámara, por supuesto, miente; o, más exactamente, las fotografías no son instantáneas de la realidad sino que constituyen, como la pintura, artefactos culturales que transmiten signos codificados de manera complicada a «lectores» informados [28].

Pero esta reserva se aplica a algunas fotografías más que a otras. Las fotografías para las que se posa captan la manera como las personas quieren ser recordadas, relimpias y acicaladas con sus mejores ropas de domingo. Pero a los fotógrafos victorianos les encantaba también tomar instantáneas «documentales» callejeras de carácter casual que captaban a la gente en sus movimientos y gestos cotidianos y, en consecuencia, registraban aspectos como el del lenguaje del cuerpo y el espacio social suministrando más información que cualquier texto impreso. El archivo fotográfico revela y confirma muchos datos acerca de las transformaciones físicas de la condición humana en la época moderna (envejecimiento, deformidades, malnutrición, etc.) así como lo que Goffman ha denominado la «presentación del yo» (lenguaje corporal, gestos y apropiación del espacio físico) [29]. Curiosamente, las fotografías no están todavía muy explotadas como recurso histórico.

La indagación de la historia del cuerpo no se limita, pues, simplemente a desmenuzar estadísticas vitales sobre aspectos físicos ni es tampoco un conjunto de métodos para decodificar «representaciones». Más bien es una invitación a dar sentido a la interacción entre

[27] Roderick Floud, Kenneth Wachter y Annabell Gregory, *Height, Health and History* (Cambridge, 1990).

[28] Sobre los problemas de interpretación de tales pruebas ver D. M. Fox y C. Lawrence, *Photographing Medicine: Images and Power in Britain and America since 1840* (Springfield, Conn., 1988). Interpretaciones valiosas en David Piper, *The English Face* (Londres, 1957), y *Personality and the Portrait* (Londres, 1972).

[29] Ver E. Goffmann, *Stigma, Notes on the Management of Spoiled Identity* (Hardmonsworth, 1968); *íd., The Presentation of Self in Everyday Life* (Londres, 1959); *íd., Strategic Interaction* (Oxford, 1970); *íd., Interaction Ritual* (Londres, 1972).

ambos aspectos. Si en el mundo que ya no es el nuestro los ricos miraban a los pobres hacia abajo, este gesto era tanto físico como simbólico: los «grandes» (sobre todo, sus «excelencias») eran característicamente algunos centímetros más altos —ventaja realzada además por el atavío imponente —ropaje y tratamiento— con que podían permitirse adornar sus cuerpos.

Dada la abundancia de pruebas disponibles, es notable la ignorancia en que seguimos sobre la manera en que individuos y grupos sociales han experimentado, controlado y proyectado sus yoes corporeizados. ¿Cómo ha entendido la gente el misterioso nexo entre el «yo» y sus extensiones? ¿Cómo han tratado el cuerpo en cuanto intermediario entre el yo y la sociedad? Algunas tradiciones intelectuales podrían resultar fructíferas para la promoción de estas indagaciones.

Los sociólogos del cuerpo consideran aún valiosa la obra de Weber, pues una de las fuerzas duraderas de su explicación de la ética protestante reside en la revelación de cómo lo que podríamos considerar obligaciones doctrinales más bien abstractas («descorporeizadas») (las cuestiones relativas a la salvación y la justificación) se internalizan de tal manera que tienen implicaciones profundas para el control y disciplina personales del cuerpo [30]. La psicohistoria de molde freudiano ha aludido, por otra parte, a una cadena de consecuencias completamente opuestas, mostrando cómo ciertas actitudes hacia el mundo en general son comúnmente proyecciones de la manera en que las personas realizan sus propias funciones corporales, revelando así las luchas internas entre la conciencia —y, sobre todo, el inconsciente— y su expresión física. Aunque gran parte de la psicohistoria sigue estando viciada por un reduccionismo edípico dogmático y es groseramente especulativa, su integración temática de lo interno y lo externo, lo privado y lo público es altamente sugerente [31].

Además, algunos otros planteamientos en el seno de la sociología parecen merecer una especial atención de parte de los historiadores.

[30] Sobre la construcción del yo, ver P. M. Spacks, *Imagining a Self* (Cambridge, Mass., 1976), en especial el cap. V; J. N. Morris, *Versions of the Self* (Nueva York, 1966); S. D. Cox, *«The Stranger Within Thee»: The Concept of Self in Late Eighteenth Century Literature* (Pittsburgh, 1980); J. O Lyons, *The Invention of the Self* (Carbondale, 1978).

[31] Ver Lloyd DeMause, *The News Psychohistory* (Nueva York, 1975). David, E. Stannard, *Shrinking History: On Freud and the Failure of Psychohistory* (Nueva York y Oxford, 1980) ha afirmado que la psicohistoria es mera palabrería.

La fenomenología y la etnometodología han ofrecido programas para el análisis de los «encuentros íntimos» interpersonales que (a diferencia, por ejemplo, del funcionalismo parsoniano) se interesan como es debido por la acción del cuerpo en cuanto órgano de comunicación: hablamos con nuestros cuerpos. También se han llevado a cabo valerosos intentos por aplicar estos métodos a exposiciones sistemáticas y públicas de yoes sociales en comunidades históricas concretas, como por ejemplo en el análisis de Rhys Isaac de los estilos de vida en la Virginia colonial [32]. Aun así, el frente de investigación está, en el mejor de los casos, lleno de lagunas. Algunos pocos terrenos individuales han sido objeto de atención, pero la mayoría permanecen en la sombra.

En el centro de esta colaboración me ceñiré a ciertas zonas problemáticas particulares para resaltar los campos potencialmente fructíferos para una historia del cuerpo y evaluar las consecuencias de la investigación actual.

Cuerpo y mente

Es de esencial importancia comprender el lugar subordinado atribuido al cuerpo en los sistemas de valores religiosos morales y sociales de la cultura europea tradicional. Mucho antes de Descartes la *mentalité* occidental estaba ya imbuida de un dualismo fundamental: ser humano significaba ser una mente corporeizada o, según la fórmula de sir Thomas Browne, «anfibia». Se trata de un dualismo que muchos pensadores consideran paradójico y engañoso debido a la radical incomprensibilidad de los puntos de encuentro entre mente y carne. No obstante, este dualismo ha sido una fuerza que ha configurado profundamente el uso lingüístico, los esquemas de clasificación, la ética y los sistemas de valores. A la mente y al cuerpo se les han asignado tradicionalmente atributos y connotaciones distintas. La mente es preceptivamente superior a la materia. Ontológicamente, por tanto, la mente, la voluntad, la conciencia o el yo han sido designados guardianes y rectores del cuerpo y el cuerpo debería ser su servidor. Sin embargo, este esquema tiene un corolario fundamental:

[32] Ver, por ejemplo, Rhys Isaac, *The Transformation of Virginia 1700-1800* (Chapel Hill, 1981).

cuando el cuerpo se rebela, como un siervo revoltoso, los culpables no son necesariamente los puños, los pies o los dedos, sino las facultades nobles, cuyo deber era precisamente el de controlarlos. Este es un hecho que crea una profunda tensión en todos los sistemas de control personal (p.ej., los regímenes de educación o castigo) [33].

En asuntos de más importancia, la subordinación jerárquica del cuerpo a la mente degrada sistemáticamente al cuerpo; sus apetitos y deseos se consideran ciegos, salvajes, anárquicos o (dentro del cristianismo) radicalmente pecaminosos; puede ser visto como la prisión del alma. Así, el cuerpo cae fácilmente en la culpa cometiendo actos malvados o criminales. Sin embargo, debido a su misma naturaleza (por ser imperfecto e incluso bestial), puede, paradójicamente, ser excusado con facilidad (la debilidad de la carne). La mente (el yo, la voluntad, o el alma), en cambio, debido a su oficio más noble, está obligada a elevarse por encima de tales desórdenes, de esa «guerra civil» interna; cuando se implica en esos hechos, la voluntad, libre y noble desde el punto de vista ideal, parece tanto más culpable. La cuestión de cómo atribuir con precisión honor y culpa, deberes y responsabilidades, a la mente y al cuerpo, respectivamente, ha sido crucial para la valoración del hombre como ser racional y moral dentro de sistemas de teología, ética, política y jurisprudencia, tanto teóricas como prácticas [34].

En el siglo XVII una mujer padece alucinaciones; su conducta es errática y chocante. Sus contemporáneos coincidirán en considerarla enferma, en que es víctima de la melancolía o está lunática. Pero, ¿de qué tipo de afección se trata? Podría ser un desorden de su mente. En tal caso, se la consideraría probablemente como una forma de posesión demoníaca [35]. Pero la noción de intromisión demoníaca era claramente peligrosa (en el caso de una sospecha de brujería podría requerir un juicio o implicar, más en general, una condena). Había, pues, buenas razones para proponer un diagnóstico diverso: la «locura» podría considerarse, en cambio, de origen somático, producida quizá por una herida en la cabeza o un malestar intestinal (melancolía (literalmente, exceso de «bilis negra»). A su manera, resultaba, por supuesto, humillante recibir un diagnóstico de desarreglo intestinal (Swift, Pope y otros satíricos se burlaban de los sedicentes poetas geniales de su tiempo diciendo que no estaban poseídos por el soplo de la inspiración sino que, simplemente, padecían flatulencia); pero, a diferencia de la posesión satánica, la enfermedad somática tenía a su favor la salvedad de no poner en peligro automáticamente el destino espiritual de la persona, su alma inmortal. Al analizar estas cuestiones, los historiadores perspicaces de la locura, como por ejemplo Michael MacDonald, han demostrado los peligros de anacronismo. Lo que para el pensamiento del siglo XX podía muy bien ser signo de «mente enferma» y pertenecer, por tanto, a las regiones de la psiquiatría, podría haber sido leído trescientos años antes como una «intemperancia física»; las fronteras del cuerpo son fluidas [36].

[33] Así, cualquier forma de materialismo provoca dilemas sobre la responsabilidad personal. Para la Ilustración, ver Lester Crocker, *An Age of Crisis: Man and World in Eighteenth Century French Thought* (Baltimore, 1959).

[34] Roger Smith, *Trial by Medicine: Insanity and Responsibility in Victorian Trials* (Edimburgo, 1981).

[35] D. P. Walker, *Spiritual and Demonic Magic from Ficino to Campanella* (Londres, 1958); Keith Thomas, *Religion and the Decline of Magic* (Harmondsworth, 1978).

Los problemas de la responsabilidad relativa del cuerpo y el alma enmarañan los intentos de explicar y reprimir el desorden. En los procesos por brujería de los siglos XVI y XVII era fundamental determinar si los fenómenos de posesión eran debidos a enfermedad, engaño o a Satanás. Y la tendencia, fuertemente apoyada por la profesión médica, insistía cada vez más en las causas orgánicas de lo que ahora llamaríamos «enfermedad mental». Así se garantizaba a la voluntad una coartada y se excusaba al cuerpo más fácilmente si estaba enfermo, precisamente porque era más «bajo» de lo que habría sido la mente.

Pasados algunos siglos, las ideas sobre las responsabilidades relativas de mente y cuerpo han cambiado notablemente. En la época victoriana, tanto los no entendidos como los profesionales se sentían más inclinados a atribuir el «desorden mental» a desarreglos de la conciencia. Con la decadencia de la fe literal en Satanás y en el fuego del infierno y la conclusión de los juicios por brujería —en resumen, gracias a cierto grado de secularización— aventurar este tipo de diagnóstico no suscitaba ya aquellos espectros. De hecho, la aparición de las psicoterapias creó un nuevo optimismo en la prognosis: las enfer-

[36] Sobre las circunstancias intelectuales y culturales de estas concepciones de la locura, ver Michel Foucault, *Histoire de la folie à l'âge classique*, Gallimard, 1976 [hay ed. cast., *Historia de la locura en la época clásica*, 2 vols., Madrid, 1979], Michel Macdonald, *Mystical Bedlam. Madness, Anxiety and Healing in Seventeenth Century England* (Cambridge, 1981); sobre este punto es fundamental G. S. Rousseau, «Psychology», en: G. S. Rousseau y Roy Porter (eds.), *The Ferment of Knowledge* (Cambridge, 1980).

medades de la mente podían ser tratadas y sanadas (según pretendían los psiquiatras progresistas) más fácilmente que las del cuerpo. Obviamente, la nueva tendencia a culpar a la locura de los desórdenes de la conciencia podía conllevar formas claras de estigmatización y censura (todos tenemos el deber de dominar nuestra mente). Sin embargo, se desarrollaron nuevos sentimientos de simpatía. Las sociedades extremadamente individualistas y sometidas a fuertes presiones (se explicaba) creaban grandes expectativas y penosas responsabilidades; la gran vida de la gran sociedad generaba gran ansiedad. Así, en circunstancias apropiadas, los desarreglos mentales o, como más tarde se los llamó, las crisis nerviosas, podían suponer la inmunidad social y provocar simpatía y hasta distinción. De esta manera, el paso de algunos siglos testimoniaba cambios profundos en el dibujo de la mente y el cuerpo y de la recomposición de sus relaciones, con enormes implicaciones para las normas públicas y la terapia.

No debemos mezclar estos cambios explicativos con el progreso real de la ciencia médica: ningún adelanto científico «demostró» las funciones respectivas de mente y cuerpo en el control de las acciones. Más bien se habrían de ver como hitos de reorientación cultural que pensaban de nuevo los atributos de la mente y el cuerpo. Este punto, que se aplica a revisiones culturales de mayor alcance, está igualmente hermanado con el problema de la interpretación de episodios particulares.

Pensemos en Freud. En su primera práctica psiquiátrica, Freud llegó a la conclusión de que muchas de sus pacientes neuróticas habían sufrido agresiones sexuales en su infancia; eso era lo que le contaban. Por razones complejas, algunas profesionales y otras personales, Freud abandonó esta interpretación, adoptando en cambio la idea de que los relatos de aquellas mujeres no eran, a fin de cuentas, recuerdos sino más bien fantasías enraizadas en el inconsciente en torno a sucesos traumáticos que en realidad nunca habían ocurrido. Al desarrollar así una teoría de los deseos reprimidos, Freud dio a luz el psicoanálisis. De esta manera pasó de una explicación somática (la agresión real) de la etiología del trastorno mental a otra situada, sin más, «en la mente» y propuso un tratamiento igualmente psiquiátrico, la «curación por el habla». La inmensa mayoría de los comentadores, desde Ernest Jones en adelante, han elogiado a Freud por su intuición supuestamente profunda al apartar la atención de la vida del cuerpo y dirigirla a la de la conciencia. Nosotros, sin embargo,

consideramos que este elogio refleja el privilegio profundamente arraigado de lo intelectual sobre lo físico. La interpretación del cambio de Freud en sus explicaciones es una cuestión bastante más complicada [37].

Así, las relaciones mente/cuerpo no son «dadas» sino que dependen de la cultura. Este relativismo aparece ejemplificado por una notable distinción cultural comparativa entre la experiencia occidental y china en la atribución de la enfermedad, obtenida por el historiador y antropólogo de la medicina Arthur Kleinman. Un americano del siglo XX se siente «deprimido»; no consultará a un médico de medicina general sino a un psicoterapeuta; el diagnóstico será: trastorno psiquiátrico, alguna forma de neurosis; el tetapeuta investiga la historia de su vida para hacer que vuelva a ser feliz. La persona equivalente en China, encambio, atribuye un malestar comparable a algún desorden y causa físicos. Su médico confirma que la enfermedad es orgánica (podría llamarse «neurastenia») y le receta medicinas. Al chino, al ser calificado como víctima de una dolencia somática, se le permite asumir el «papel de enfermo» y puede, por tanto, atraer simpatías y atenciones. En cambio, si, como su contrapartida en Norteamérica, hubiera afirmado alguna forma de trastorno mental, se habría admitido una terrible y extenuante confesión de algún defecto y desvío del carácter que habría traído consigo estigmas y menoscabo [38].

En otras palabras, como demuestra el análisis de Kleinman de las construcciones contrapuestas, somática y psiquiátrica, del «trastorno mental», el «cuerpo» no puede ser tratado por el historiador como algo biológicamente dado, sino que se ha de considerat mediado por los sistemas de signos culturales. La distribución de funciones y responsabilidades entre cuerpo y mente, cuerpo y alma, difiere notablemente según los siglos, clases, circunstancias y cultura, y las sociedades poseen a menudo una pluralidad de interpretaciones con

[37] Sobre Freud, ver H. F. Ellenberger, *The Discovery of the Unconscious: the History and Evolution of Dynamic Psychiatry* (Nueva York, 1971) [hay ed. cast., *El descubrimiento del inconsciente,* Madrid, 1976]; R. W. Clark, *Freud: The Man and the Cause* (Londres, 1982) [hay ed. cast., *Freud. El hombre y su causa,* Barcelona, 1985], Frank J. Sulloway, *Freud: Biologist of the Mind* (Nueva York, 1979), y J. M. Masson, *The Assault on Truth: Freud's Supresion of the Seduction Theory* (Nueva York, 1983) [hay ed. cast., *El asalto a la verdad,* Barcelona, 1985].

[38] Arthut Kleinman, *Social Origins of Distress and Disease. Depression, Neurasthenia and Pain in Modern China* (New Haven, 1986). Ver también Carney Landis y Fred Mettler, *Varieties of Psychopathological Experience* (Nueva York, 1964). Una discusión más amplia del «papel de enfermo» en D. Mechanic, «The Concept of Illness Beaviour», *Journal of Chronic Disease* 15 (1962), 189-94.

trapuestas. El enjuiciamiento de cada caso particular es asunto discutible.

Muchas cosas dependen de esas atribuciones, por ejemplo en las cuestiones prácticas de la culpabilidad legal. Los historiadores de la medicina forense, como Roger Smith, han aclarado los dilemas. Un hombre mata a otro de un golpe. ¿Se ha de considerar responsable al propietario de ese cuerpo? Sí, si su «mente» dirigió el golpe, es decir, si hubo una *mens rea*, una intención culposa; no, diría un jurado de los siglos XVIII o XIX, si estaba fuera de sí, a consecuencia, quizá, de una enfermedad psíquica.

Sin embargo, en el caso de que se mantenga la culpabilidad, ¿cómo se ha de practicar la reparación? Hasta los últimos siglos, ésta se dirigía principalmente contra el cuerpo, mediante el castigo corporal o la pena capital. No obstante, una vez más, entraron en juego sistemas cambiantes de valores; los reformadores penales, sobre todo a partir de los últimos años del siglo XVIII, sostuvieron que era más «noble» o más «humano» no castigar al cuerpo sino corregir o reformar la mente: en palabras de Mably, «el castigo ha de golpear el alma y no el cuerpo». Según han destacado de modo particular Michel Foucault y Michael Ignatieff, la intención terapéutica que sostiene la moderna ciencia de las penas marca otro hito más en el cambio de condición del cuerpo que, al exonerar a la carne, sólo sirve para reiterar su inferioridad [39].

Tomemos otro ejemplo. Un hombre es muerto no por el golpe asestado por otra persona sino por un microorganismo difundido por un portador. ¿Se ha de considerar al portador moral o criminalmente responsable del daño o desgracia provocado por su cuerpo? Este caso ha constituido un problema enormemente complicado y fundamental en la política de regulación de las poblaciones de alta densidad por parte de las burocracias médicas, ya desde las epidemias de la peste bubónica en la Edad Media. Sin embargo, lo que resulta notable, según han subrayado últimamente algunos historiadores de la salud pública, es la escasa responsabilidad que los sistemas jurídico-políticos de Occidente han atribuido a los individuos por los estragos que sus cuerpos han provocado en la salud. A pesar de la aparición durante los dos últimos siglos de sociedades de bienestar

[39] Ver M. Foucault, *Surveiller et pinir: naissance de la prison*, Gallimard, 1989 [hay ed. cast., *Vigilar y castigar*, Madrid, 1990⁷]; M. Ignatieff, *A Just Measure of Pain* (Londres, 1978).

público «controladas», las cuestiones relativas a la salud se han confiado, sorprendentemente, a las relaciones contractuales de carácter privado, basadas en la confianza entre el individuo y su médico. (La utopía de Samuel Butler *Erewhon*, donde estar enfermo es un crimen —si bien la criminalidad se excusa como enfermedad— nos presenta un contraste llamativo.) A pesar de la «medicación de la vida» han sido pocas las coacciones impuestas por la salud. Así, por ejemplo, la exigencia legal de la vacunación antivariólica se introdujo durante un breve tiempo en la Inglaterra victoriana pero, al encontrarse con una violenta oposición, la legislación quedó diluida; otro tanto puede decirse del tratamiento obligatorio de las enfermedades venéreas [40]. Esta solución encarna, sin duda, cierto sentimiento de propiedad del cuerpo inalienable e individual, resueltamente propuesta en las formulaciones secularizadas de la filosofía política liberal desde el siglo XVII en adelante. Las actitudes y obviedades en la aplicación de la ley, en la filosofía política y en la administración social sólo podrán entenderse plenamente si se comprenden antes su enraizamiento en las doctrinas relativas a la propiedad y privacidad del cuerpo. [41]

La regulación del cuerpo

Existe un estereotipo cultural profundamente arraigado —entusiástico en Rabelais [42], denostado en la teología cristiana— que presenta el cuerpo como un anarquista, el rey de la juerga, emblema de los excesos en la comida, la bebida, el sexo y la violencia —la encarnación del principio que Freud intelectualizó más tarde en el «ello»—. Los historiadores han investigado recientemente los intentos de ciertos grupos sociales dominantes por restringir, reprimir y reformar los excesos del cuerpo. Estas estrategias han adoptado, como es natural, formas distintas.

Los estudiosos han centrado su atención principalmente en reformas de carácter autopunitivo que cumplían con las aspiraciones de

[40] W. M. Frazer, *History of English Public Health 1834-1939* (Londres, 1950), págs. 70-72, 106-112; P. McHugh, *Prostitution and Victorian Social Reform* (Londres, 1981) y J. Walkowitz, *Prostitution and Victorian Society* (Cambridge, 1980).

[41] Los aspectos públicos y privados se estudian en R. Sennett, *The Fall of Public Man* (Cambridge, 1976) [hay ed. cast., *El declive del hombre público*, Barcelona, 1978].

[42] M. Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento* (Alianza Editorial, Madrid, 1990⁴).

un mejor autocontrol, relacionado con la educación y disciplina del hogar. Los manuales de conducta, tanto religiosa como civil, destilados por las imprentas desde el siglo XVI, dieron gran importancia al sometimiento y obediencia del cuerpo y al cultivo de las buenas formas, la decencia y el decoro. Foucault ha mantenido que el interés creciente por una buena salud y una larga vida surgido de la Ilustración es un nuevo síntoma de esa misma actitud [43]. Vigarello ha hecho hincapié en la importancia dada a la socialización del cuerpo anárquico por medio de la higiene, la limpieza y el vestido y Norbert Elias, en particular, ha estudiado «el proceso civilizatorio» visible en el desarrollo de los controles corporales (cuerpos limpios, ropa limpia, conversación limpia, mentes limpias). Por otra parte, las investigaciones de Schama sobre la pureza y la disciplina del cuerpo entre los calvinistas holandeses ilustra la eficacia (tanto social como psicológica) de estas estrategias para crear un *cordon sanitaire* contra las amenazas a la moral y la religión —el papismo y la corrupción—, consideradas sucias, peligrosas y contaminantes [44].

Conceptos como conversación decente, delicadeza y gazmoñería evocan automáticamente a los victorianos, pero el victorianismo es de fecha muy anterior a quienes llevan su nombre. Thomas Bowdler era georgiano y fue Wesley quien situó la Limpieza al lado de la Divinidad, y la compostura adecuada del cuerpo en una sociedad de buenos modales nunca fue tan elogiada como en la época de Addison, Steele y Mandeville. En obras como *The Virgin Unmask'd*, Mandeville exploraba de manera provocativa los significados ambivalentes de una represión corporal en la que el hecho de velar la carne podía llegar a ser más excitante que el desvelarla [45].

El autocontrol físico ha casado perfectamente con el deseo de controlar los cuerpos de los demás para conseguir un mejor orden social y religioso-moral. Destacados historiadores de la Francia de la Edad Moderna, como Muchembled, Flandrin y Delumeau, han insistido de manera especial en el empeño de las autoridades religiosas y

[43] Ver M. Foucault, *Histoire de la sexualité I. La volanté de savoir*, Gallimard, 1976 [hay ed. cast., *Historia de la sexualidad I. La voluntad de saber*, Madrid, 1989[6]]; J.-L. Flandrin, *Un temps pour embrasser* (París, 1983).

[44] Ver, en general, N. Elias, *El proceso de la civilización*, Madrid, 1988, y, más en concreto, S. Schama, «The Unruly Realm: Appetite and Restraint in Seventeenth Century Holland», *Daedalus* 108 (1979), 103-23.

[45] Sobre las opiniones de la primera época georgiana, ver Fenella Childs, «Prescriptions for Manners in Eighteenth Century Courtesy Literature» (tesis doctoral en Filosofía, Oxford, 1984).

civiles por regular los cuerpos de la gente corriente mediante la persuasión, la prescripción y, en última instancia, la coerción física [46]. Muchembled, sobre todo, ha sostenido que en la cultura rural tradicional y cuasipagana, el cuerpo gozaba de una posición elevada en cuanto instrumento poderoso y que sus partes y productos —la sangre, las heces, el pene y el útero— poseían poderes mágicos. Aunque fuera vulnerable al hambre, la enfermedad y la muerte, el cuerpo era también la fuerza vital dionisíaca oculta tras el tumulto y los excesos orgiásticos. Esta contracultura carnavalesca del cuerpo fue, sin embargo, progresivamente sometida a una vigilancia sistemática y una represión eficaz a través de instrumentos como los procesos por brujería, los tribunales eclesiásticos y la confesión, intensificados por la Contrarreforma y la introducción de una nueva moral sexual que insistía en el matrimonio y la legitimidad.

La Inglaterra de la Edad Moderna fue también testigo de movimientos paralelos dirigidos por los puritanos en favor de la reforma religiosa de la moral y las costumbres [47], emprendidas con cierto éxito. Los demógrafos históricos han demostrado que las cifras de bastardía fueron notablemente más bajas en la época de los Estuardo que en periodos posteriores, en el medio más secular de la primera nación industrial, lo que da una posible idea de la eficacia de la disciplina moral [48]. La Inglaterra georgiana presenció nuevos ataques contra una cultura del cuerpo de carácter anárquico mediante la regulación de los deportes cruentos y los combates de boxeo, una nueva desaprobación del duelo y los intentos de los empresarios capitalistas por inculcar a sus trabajadores el trabajo regular y la disciplina horaria [49].

Los cuerpos plebeyos constituían por tradición el polo receptor de la coerción física: el látigo, la picota, las galeras. Pero, como subrayaba de manera particular Foucault, los cuerpos de las personas se vieron también sometidos a una nueva tecnología política del cuerpo

[46] Jacques Donzelot, *La policie des familles*, Minuit, 1977 [hay ed. cast., *La policía de las familias*, Valencia, 1990[2]]; Jean-Louis Flandrin, «Amour et marriage», *Dix-huitième Siècle*, 12 (1980), 163-76. Ver también M. Bajtin, *La cultura popular en la Edad Media y en el Renacimiento* op. cit.; y J. Starobinski, «The Body's Moment», en: *Montaigne: Essays in Reading* (Yale French studies, nº 64, 1983), págs. 273-305.

[47] K. Wrightson, *English Society 1580-1680* (Londres, 1982); E. J. Bristow, *Vice and Vigilance: Purity Movements in Britain since 1700* (Dublín, 1977).

[48] P. Laslett (ed.), *Bastardy and its Comparative History* (Londres, 1980).

[49] R. Malcolmson, *Popular Recreations in English Society 1700-1850* (Cambridge, 1973).

y, según se esperaba, fueron regenerados por ella —las rutinas de la fábrica, el entrenamiento escolar, las fatigas del campo de desfile, los castigos del reformatorio—. Desde la domesticación de los pañales y la limpieza corporal en el hogar doméstico, hasta el ejército o la fábrica, pasando por la escolarización, el Estado se esforzaba por fabricar súbditos dóciles y una fuerza de trabajo obediente mediante la disciplina sistemática de los cuerpos de las personas [50]. Según los historiadores de nuestro siglo, la lógica del capitalismo no ha relajado un tanto esta insistencia constante sobre el cuerpo disciplinado, calificada de «protestante», y un «ascetismo secular» hasta fechas recientes; el imperativo se ha desplazado últimamente de la «mano» productiva, maquinal y sometida a una disciplina férrea, al cuerpo como consumidor, rebosante de apetencias y necesidades, cuyos deseos hay que avivar y estimular [51].

El hecho de centrar la atención sobre el problema del cuerpo —en sus peligros y disciplina, en su capacidad de impureza, a pesar de su poder productivo— ayuda a entender los numerosos procesos divergentes estudiados demasiado a menudo de forma aislada y anacrónica con las anteojeras de las disciplinas modernas. Como ha mantenido Catherine Gallagher, estamos malinterpretando a Malthus si, por ejemplo, lo tratamos simplemente como el padre fundador de la demografía moderna [52]. En realidad, propuso un nuevo e impresionante enigma sobre el bienestar moral de la política de los cuerpos. Tradicionalmente, el cuerpo sano era el garante del Estado saludable: lo producía y lo reproducía. Pero, replicaba Malthus, debido a su alta potencia reproductiva, el cuerpo sano podría, en realidad, acabar siendo el enemigo del Estado. De este modo, el cuerpo privado y el público entrarían en pugna. O, como subrayaba E. P. Thompson, si sólo la vemos en función de la racionalidad económica y desde la

[50] Las obras más pertinentes de Foucualt son *Histoire de la folie á l'âge classique*, op. cit.; *Les mots et les choses: une archéologie des sciences humaines*, Gallimard, 1966; *L'Archeologie du savoir*, Gallimard, 1987; *Naissance de la clinique*, PUF; 1988; *Histoire de la sexualité*, op. cit.; *Surveiller et punir: naissance de la prison*, Gallimard, 1989; [hay ed. cast., *Vigilar y castigar*, Madrid, 1990[6]. Ver también C. Gordon (ed.), *M. Foucault: Power/Knowledge* (Brighton, 1980), en especial el ensayo «Body/Power», págs. 55-62.

[51] M. Featherstone, «The Body in Consumer Culture», *Theory, Culture & Society* 1 (1982), págs. 18-33.

[52] Para una discusión de los intereses más amplios de Malthus, ver Patricia James, *Population Malthus: His Life and Times* (Londres, 1979), cap. II, 4ª parte; y R. M. Young, «Malthus and the Evolutionists: The Common Context of Biological and Social Theory», *Past and Present* 43 (1969), págs. 109-45.

perspectiva de los heroicos capitanes de la industria, nos olvidamos de la mitad de la significación de la búsqueda de una disciplina horaria en las fábricas, que, más bien, formaba parte de un empeño más amplio por dominar a las personas mediante el control de sus cuerpos [53].

De manera similar, una historia de la educación que se centre con exclusividad en el logro de aptitudes como la de la lectura y la escritura olvidará una de las principales funciones de las escuelas pobres, de caridad o elementales en el pasado: la imposición, la obediencia física o la educación como proceso para doblegar a los niños [54]. Así mismo, sería estrecho de miras evaluar los objetivos de inspectores de salud e higienistas pensando sólo en contaminación y sistemas de saneamiento: su interés se dirigía en medida no menor a la suciedad moral y la regulación del contagio y la contaminación sexual [55]. Del mismo modo, los ritos de la medicina junto al lecho del enfermo o en el hospital no pueden explicarse plenamente por los logros de la ciencia médica. Otras cuestiones más amplias relativas a los tabúes corporales y el decoro dictaban también la naturaleza y límites del examen diagnóstico, el tratamiento quirúrgico y la aparición de nuevas especialidades intervencionistas y sensibles a las características sexuales, como la de la obstetricia masculina [56].

Estas cuestiones de más alcance muestran por qué la política del cuerpo exige atención por sí misma. Al analizar la demografía histórica, la historia de la educación, la de la medicina, etc., a través de una visión limitada, aislada y estrecha, suele ocurrir con demasiada frecuencia que se pasen por alto tales cuestiones.

No obstante, sigue sin estar claro hasta qué punto es exacto el cuadro trazado por historiadores como Muchembled, para quienes las culturas populares del cuerpo han sido eliminadas con éxito en nombre del Estado terapéutico supervisor y de los dictados de la ra-

[53] E. P. Thompson, «Time, Work-Discipline and Industrial Capitalism», *Past and Present* 37 (1967), págs. 56-97.

[54] Sobre los aspectos más amplios de la educación, ver B. Haley, *The Healthy Body and Victorian Culture* (Cambridge, Mass., 1978).

[55] Virginia Smith, «Physical Puritanism and Sanitary Science: Material and Inmaterial Beliefs in Popular Physiology 1650-1840», en: W. F. Bynum y Roy Porter (eds.), *Medical Fringe and Medical Orthodoxy 1750-1850* (Londres, 1986), págs. 174-97.

[56] Ver R. L. Engle y B. J. Davis, «Medical Diagnosis, Present, Past and Future», *Archives of Internal Medicine* 112 (1963), págs. 512-43.

cionalidad capitalista. Quizá los deseos hayan superado con mucho a los logros. La cultura elitista no parece baber aplastado a la cultura popular sino que más bien se ha separado de ella, desarrollando su lenguaje, ritos y refinamientos corporales propios distintos, desmaterializados y expresivos [57]. El folclore popular, las costumbres sexuales (p.ej., la tradición de las relaciones sexuales seguidas por el matrimonio o el embarazo) y la magia médica popular han demostrado una resistencia inmensa contra el adoctrinamiento y la infiltración desde arriba.

Además, la política de control del comportamiento del cuerpo ante las amenazas planteadas por las enfermedades epidémicas y «la sexualidad peligrosa» fueron de una enorme complejidad. En Inglaterra, las aspiraciones del movimiento de salud pública e higiene en los primeros años de la época victoriana, unidas al utilitarismo y a la persona de Edwin Chadwick, eran directas y de carácter estatal. En París, sin embargo, no se puede hallar una alianza semejante entre el gobierno central y la red de alcantarillado. Pero, incluso en Inglaterra, el propósito de controlar los cuerpos mediante una medicina estatal fracasó rápidamente, naufragando contra los escollos de los grupos de presión que competían con aquélla, entre ellos los puristas y feministas, enojados por los intentos de los legisladores varones por controlar los cuerpos de las mujeres mediante la doble pauta tradicional. La idea superficialmente atrayente de que el incremenro del poder del Estado se ha orientado hacia la subordinación social del cuerpo resulta ser en general ingenua y poco convincente [58].

Sexo, género y cuerpo

Si la sociedad europea ha sido patriarcal en la *longue durée* y aún lleva sus marcas, ¿hasta qué punto el patriarcado mismo fue un síntoma directo o una consecuencia de la diferenciación entre cuerpos masculinos y femeninos —una diferencia no simplemente biológica sino instituida dentro de las relaciones sociales—? La razón de la su-

[57] Sobre estas divisiones, ver P. Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe* (Londres, 1978) [hay ed. cast., *La cultura popular en la Europa moderna*, Alianza Editorial, Madrid, 1991]; H. C. Payne, «Elite versus Popular Mentality in the Eighteenth Century», *Studies in Eighteenth Century Culture* 8 (1979), págs. 201-37.

[58] La introducción mejor y más reciente es la de Frank Mort, *Dangerous Sexualities: Medico-Politics in England since 1830* (Londres, 1987).

bordinación tradicional de las mujeres a los hombres, ¿fue principal y esencialmente física, debida a que los constantes embarazos impuestos por maridos egoístas en épocas anteriores a la anticoncepción eficaz las encadenaban a los hijos y el hogar, a un envejecimiento prematuro, al agotamiento y, a menudo, a la muerte por enfermedades perinatales y que, además, las encerraban en una cultura de gueto exclusivamente femenina, teñida de sangre menstrual y contaminación del parto? Así ha razonado Edward Shorter en su *History of Women's Bodies* [59], concluyendo que, a lo largo del siglo pasado, las mujeres se emanciparon de sus cadenas principalmente biológicas con el advenimiento de las ideas del embarazo sano, la anticoncepción y la legalización del aborto, que, al conceder a las mujeres el control de su propia fertilidad, abrieron el camino a la «familia moderna», la «familia igualitaria» e, incluso, a la sociedad posfamiliar.

De lo que no se puede dudar es de que médicos, teólogos y filósofos, tradicionalmente varones, atribuían la subordinación de las mujeres a su condición biológica inferior en el esquema de la creación. Según Aristóteles y sus seguidores, las mujeres son varones deficientes o monstruosos, seres cuyos genitales (previstos para estar situados fuera del cuerpo) no han logrado emerger por falta de calor y fuerza. Con su naturaleza, más fría y débil, y sus genitales retenidos en su interior, las mujeres estaban dotadas fundamentalmente para engendrar hijos más que para una vida de razón y actividad en el foro ciudadano. Las mujeres eran criaturas de vida privada; los hombres, de vida pública [60].

Thomas Laqueur ha mantenido que esta conceptualización biomédica de la naturaleza de la mujer se vio minada y relegada hacia finales del siglo XVIII [61]. El género femenino dejó de verse exactamente como una versión inferior del varón, pasando a considerarse en cambio esencialmente diferente pero complementaria. Los fisiólogos sostuvieron en ese momento que el aparato reproductor sexual femenino era radicalmente distinto del de los hombres, opinión confirma-

[59] E. Shorter, *The Making of the Modern Family* (Londres, 1976).

[60] J. Morsink, *Aristotle on the Generation of Animals* (Washington, 1982).

[61] T. Laqueur, «Orgasm, Generation and the Politics of Reproductive Biology», en: C. Gallagher y T. Laqueur (eds.), *The Making of the Modern Body* (Berkeley y Los Angeles, 1987), págs. 1-41. Cfr. Pierre Darmon, *Le Mythe de la procréation à l'age baroque* (París, 1977).

da por el descubrimiento de la función de los ovarios y la naturaleza del ciclo menstrual. Esto, a su vez, indicó la inexistencia de razones biológicas serias para que las mujeres fueran seres activamente sexuales (es decir, eróticos): contrariamente a lo afirmado por el dogma médico clásico, las mujeres no necesitaban un estímulo sexual para concebir, simplemente servirían de receptáculos del semen. Había nacido la mujer «victoriana», pasiva y desexualizada (aunque, con la venia de Laqueur, hemos de subrayar que Peter Gay y otros historiadores han defendido que, en este sentido, las mujeres victorianas no eran en absoluto «victorianas»; sería un gran error confundir con la realidad ciertas prescripciones acerca de la conducta femenina correcta) [62].

Laqueur intenta relacionar esta «creación del cuerpo moderno» con el cambio de posición de la mujer en la sociedad. La mujer, desexualizada, se convirtió en el ángel de la casa, dócil, frágil, desapasionada; y su explicación encaja, así, bellamente con otros análisis recientes de la aparición de «mundos separados» para las funciones del hombre y la mujer en el hogar [63]. Al mantener que la ciencia no brota de una lógica pura del descubrimiento sino que da una forma articulada a las presiones ideológicas y sociales, Laqueur niega que la nueva imagen del género fuera el producto de una investigación científica autónoma. Pero de esta manera nos encontramos con el problema del huevo y la gallina. ¿Aceptaremos (como se deduce de la argumentación de Laqueur y de muchas estudiosas feministas) que las fuerzas culturales —es decir, la ideología patriarcal traducida a poder institucional— fueron las principales responsables del encierro de las mujeres en casas de muñecas? Si es así, urge demostrar por qué los años inmediatamente anteriores y posteriores a 1800 se habrían de considerar claves en la transformación de la posición social de la mujer.

¿O deberíamos, más bien, sumarnos, siguiendo a Shorter, a una versión más «materialista» en la que las trabas *biológicas* (los numerosos embarazos, etc.) explicarían principalmente la ancestral servidumbre de la mujer, mientras que las innovaciones biomédicas (anticoncepción, aborto, etc.) habrían hecho más por la emancipación

[62] P. Gay, *The Bourgeois Experience, Victoria to Freud.* Vol I. *A Sentimental Education*, vol. II. *The Tender Passion* (Nueva York, 1984-1986).

[63] Leonore Davidoff y Catherine Hall, *Family Fortunes. Men and Women of the English Middle Class 1780-1850* (Londres, 1987).

femenina que la agitación de las feministas? Pero, si aceptamos (con Shorter) el motor biomédico de la historia, ¿cómo podremos explicar por qué el fantasma del patriarcado continúa con la vara de mando incluso hoy, después de haberse alcanzado (supuestamente) la emancipación biológica?

La respuesta es, quizá, que no necesitamos morir en los cuernos de una falsa dicotomía: la idea de que las explicaciones de la identidad del género deberán ser exclusivamente socioculturales o biocientíficas. Las explicaciones dadas por Foucaulr y otros acerca de la transformación del discurso sobre el sexo en el siglo XIX nos indican de hecho una vía de escape [64]. Foucault insistía, con razón, en que la idea extendida de que el sexo, del que se habló supuestamente tan sin reservas en el «libre» siglo XVIII [65], quedó silenciado en el furtivo siglo XIX es absolutamente falsa. Pero sí había cambiado el centro de atención.

Algunos planteamienros anteriores, como el que encontramos en el manual popular *Aristotle's Master-piece* consideraban fundamentalmente el coito como la acción de los cuerpos, de acuerdo con las urgencias y apetitos de la naturaleza, destinados principalmente a garantizar la perpetuación de la especie [66]. En cambio, el discurso del siglo XIX sobre la sexualidad prestaban una enorme atención a los desórdenes sexuales, la anormalidad y las desviaciones. Sobre todo, elaboró una psicopatología de las perversiones sexuales, vinculándolas con prácticas como la masturbación y con condiciones como la histeria. El sexo quedó, así, psiquiatrizado en el «espacio» de una construcción teórica nueva: la «sexualidad» [67].

Este análisis ilustra y ayuda a resolver el dilema planteado por los análisis divergentes de Shorter y Laqueur. Podría parecer que

[64] M. Foucault, *Histoire de la sexualité*, op. cit.

[65] Sobre la afirmación de la Ilustración de que lo erótico es lo saludable, ver J. Hagstrnm, *Sex and Sensibility: Erotic Ideal and Erotic Love from Milton to Mozart* (Londres, 1980); Roy Porter, «Mixed Feelings: the Enlightenment and sexuality in Britain», en: P. G. Boucé (ed.), *Sexuality in Eighteenth Century Britain* (Manchester, 1982), págs. 1-27.

[66] Roy Porter, «Spreading Carnal Knowledge or Selling Dirt Cheap? Nicolas Venette's *Tableau De L'Amour Conjugal* in Eighteenth Century England», *Journal of European Studies*, 14 (1984), págs. 233-55; P. G. Boucé, «Aspects of sexual tolerance and intolerance in eighteenth century England», *British Journal for Eighteenth-Century Studies* 3 (1980), 180.

[67] Un aspecto de esta nueva psiquiatría sexual, en E. H. Hare, «Masturbatory Insanity: The History of an Idea», *Journal of Mental Science*, 108 (1962), págs. 1-25.

nuestra atención, al dirigirse a las diferentes concepciones de la mujer en el siglo XIX, no debería centrarse ni en la historia biomédica de sus cuerpos de forma literal ni, principalmente, en el cambio de las presiones en el seno del matrimonio y la familia, sino más bien en el desarrollo de una nueva metafísica de lo femenino. Esta metafísica tuvo su origen en una psicofisiología de la maternidad y estuvo estrechamente asociada a lo que Elaine Showalter ha denominado correctamente «la enfermedad femenina» (que, en última instancia, era la enfermedad de ser mujer) [68]. Este nuevo discurso, consagrado finalmente en la teoría psicoanalítica freudiana, recuperó de hecho el antiguo biologismo («la anatomía es un destino»), pero lo disfrazó con un nuevo traje de moda (a fin de cuentas, la envidia del pene tenía su sede precisamente en la mente). No hay que olvidar que, en el caso de Freud mismo, ese discurso aspiraha a la liberación de las mujeres (si no del hombre, sí de sus propias neurosis) [69]. Esta es la razón de que, a pesar del tono digerible de las afirmaciones de Shorter, la emancipación «biológica» haya tenido una importancia un tanto débil para las mujeres de este siglo ante la aparición de otras disciplinas —las variantes del psicoanálisis, que suministraban racionalizaciones nuevas a la inferioridad (neurosis) de las mujeres [70].

Un plan de trabajo

Acabo de examinar tres terrenos capitales donde nuestro conocimiento del cuerpo, tanto en la realidad como en sus representaciones, es crítico con interpretaciones más amplias del cambio social. En cada uno de ellos se ha desencadenado ya el debate historiográfico. A manera de coda a este repaso a grandes rasgos, señalaré otras siete ramas de la historia del cuerpo que merecen un examen atento, mencionando en las notas las obras destacadas que hayan aparecido ya.

1. *El cuerpo como condición humana.* Las religiones, filosofías y literaturas del mundo son unánimes al hablar de la condición humana, del nacimiento, la copulación y la muerte [71]. Pero, ¿hasta qué punto es específica y directa la relación (¿reflejo?, ¿compensación?) que mantienen las doctrinas religiosas o talantes artísticos de una época particular con las experiencias reales del ser vivo y corpóreo? [72] Por ejemplo, la cultura obsesionada con la muerte, denominada por Huizinga «el ocaso de la Edad Media», ¿fue una respuesta refleja a las realidades de las epidemias de peste bubónica que barrieron la Europa del siglo XIV? O, siguiendo a Camporesi, ¿habríamos de ver en los elementos macabros de la cristiandad tardomedieval —la fascinación por Cristo clavado en la cruz, los cuerpos incorruptibles de los santos, etc.— una expresión de una amor vibrante por la vida y un interés absorbente por la carne? O, por referirnos a un periodo posterior, ¿existe un vínculo auténtico —como sugiere Imhoff— entre la garantía reciente de una existencia temporal más segura y prolongada y, por otro lado, una fe en decadencia en la inmortalidad personal? Sirviéndonos de la fórmula de Imhof, la expectativa de vida, que en otros tiempos era infinita, se ha reducido en la actualidad a llegar a septuagenarios [73].

2. *La forma del cuerpo.* En el arte, la escritura creativa, la ciencia y la medicina, pero también en los proverbios [74], los clichés y las metáforas, el cuerpo adopta una forma visual o visualizada. Es delgado o gordo, hermoso o feo; es el espejo del universo, parangón para los animales, quintaesencia del polvo —cualquier representación pictórica nos cuenta su historia y contiene un sistema de valores—. Pocos historiadores han prestado hasta el momento gran atención al lenguaje en cuanto vehículo de mensajes ocultos acerca del cuerpo (según se contiene, por ejemplo, en las metáforas de la vida y la muerte). Aún son menos los historiadores generales, por oposición a los historiadores especializados en arte, que hayan meditado en profundidad sobre el significado de las imágenes auténticamente visuales

[68] Elaine Showalter, *The Female Malady* (Nueva York, 1985).

[69] Juliet Mitchell, *Psychoanalysis and Feminism* (Nueva York, 1974) [hay ed. cast., *Psicoanálisis y feminismo,* Madrid, 1976²] intenta aunar psicoanálisis y feminismo. Opiniones mucho más escépticas en Charles Bernheimer y Claire Kahane (eds.), *In Dora's case: Freud, Hysteria, Feminism* (Nueva York, 1985).

[70] Puntos de vista generales y útiles sobre historiografía del sexo, en Jeffrey Weaks, *Sex, Politics and Society* (Londres, 1981); Micahel Ignatieff, «Homo Sexualis», *London Review of Books* (marzo, 4-17, 1982), págs. 8-9.

[71] Sobre actitudes ante la muerte, ver J. McManners, *Death and the Enlightenment* (Oxford, 1981). P. Ariès, *The Honour of our Death* (Harmondsworth, 1981); y W. F. Bynum, «Health, Disease and Medical Care», en: G. S. Rousseau y Roy Porter, *The Ferment of Knowledge* (Cambridge, 1980), 211-54.

[72] Ver la discusión de este interrogante en J. Broadbent, «The Image of God, or Two Yards of Skin», en: J. Benthall y T. Polhemus (eds.), *The Body as a Medium of Expresion* (Londres, 1975), págs. 305-26.

[73] P. Camporesi, *The Incorruptible Flesh: Bodily Mutation and Mortification in Religion and Folklore* (trad. ingl., Cambridge, 1988).

[74] Sobre proverbios, ver F. Loux, *Sagesses du corps* (París, 1978).

de los cuerpos como pruebas históricas (en retratos, imágenes funerales —«anatomías»— o, incluso, en álbumes de instantáneas). Los historiadores suelen utilizar con excesiva frecuencia la prueba visual como mera «ilustración» y no como objeto susceptible de explicación. Es de primordial importancia integrar mejor las fuentes escritas y visuales [75].

3. *La anatomía del cuerpo.* Los cuerpos son objetos para la mirada externa; se enfrentan al mundo exterior. Pero también son subjetivos, parte integrante del yo interno. Sin embargo, curiosamente, la mayoría de las exposiciones de la historia del yo [76], de la psicología personal y del carácter tienen poco que decir sobre cómo las personas han entendido sus propios cuerpos o se han relacionado con ellos. Necesitamos saber mucho más sobre la manera en que los individuos y culturas particulares han atribuido, en general, significado a sus miembros y órganos, a su constitución y a su carne. ¿Cuál es la topografía emocional y existencial de la piel y los huesos? ¿Qué quería decir la gente cuando hablaba, literal y figuradamente, de su sangre [77], su cabeza o su corazón, sus entrañas, sus espíritus y sus humores? ¿Cómo encarnaban estos órganos y funciones las emociones, la experiencias y los deseos? ¿Qué relación mantenían los significados privados y públicos, las connotaciones subjetivas y médicas? ¿Cuándo se sentía una persona vieja o joven (o de corazón juvenil) y qué significaba la sucesión de estas edades y etapas? ¿Y qué pensaba la gente de sus cuerpos, sus dolores y sufrimientos cuando se sentían enfermas? El cuerpo es el principal sistema de comunicación, pero los historiadores han prestado poca atención a sus códigos y claves (los antropólogos tendrían aquí mucho que enseñarnos) [78].

[75] Sobre el importante campo de la fisiognomía, ver G. Tyler, *Physiognomy in the European Novel* (Princeton, 1982); M. Shortland, «The Body in Question. Some Perceptions, Problems and Perspectives of the Body in Relation to Character c.1750-1850» (tesis doctoral de Filosofía, universidad de Leeds, 1985).

[76] Ver nota 30.

[77] Richard M. Titmuss, *The Gift Relationship: From Human Blood to Social Policy* (Nueva York, 1971); más en general, sobre las resonaneias metafóricas del cuerpo, C. G. Helman, «Feed a Cold, Starve a Fever': Folk Models of Infection in an English Suburban Community, and their Relation to Medical Treatment», *Culture, Medicine and Psychiatry* II (1978), págs. 107-37; *íd., Culture, Health and Illness* (Bristol, 1984); J. B. Loudon (ed.), *Social Anthropology and Medicine* (Londres, 1976).

[78] J. Lane, «The Doctor Scolds Me: The Diaries and Correspondence of Patients in Eighteenth-Century England», en: Roy Porter (ed.), *Patients and practitioners*, págs. 207-47.

4. *Cuerpo, mente y alma.* He aludido más arriba al hecho de que los territorios de la mente y el cuerpo no están aún fijados —sobre todo por la biología—, sino que plantean límites sujetos a debate dentro de sistemas particulares de valores, juicios y deberes. Este sentimiento del yo, una totalidad dividida en facultades y oficios distintos, un cuerpo dotado de mente y una mente encarnada, a menudo hostiles entre sí, ha sido, obviamente, el centro de teorías éticas, códigos de jurisprudencia, programas pedagógicos y, más en general, concepciones de la posición del hombre en la naturaleza. De hecho, podría decirse que las relaciones mente/cuerpo, y más aún las de cuerpo/alma, no sólo constituyen un problema *dentro* de la ética y la teología, sino que *generan* el impulso mismo para sus profundas especulaciones sobre el fondo del misterio. Los vínculos y separaciones entre mente y cuerpo, experiencia y lesiones, no son, sin duda, menos fundamentales para la historia de la enfermedad y la medicina, según lo atestiguan ciertas condiciones «psicosomáticas» como la histeria [79] y la hipocondría [80]. Debemos recordar que las filosofías e ideologías acerca del hombre y su naturaleza se refieren por lo general a una metafísica del cuerpo humano a menudo no establecida [81].

5. *Sexo y género.* Gracias a las estudiosas feministas, la constitución y reconstitución del sexo y el género forman parte de las poquísimas áreas de análisis del cuerpo —en concreto, del cuerpo femenino, atractivo y al mismo tiempo contaminado; deseable, pero peligroso— que han sido objeto de una indagación minuciosa. Resulta aquí absolutamente imposible analizar el alcance de los temas abiertos por estos estudios, o incluso enumerarlos en las notas [82].

[79] Sobre la histeria, ver I. Veith, *Hysteria, the History of a Disease* (Chicago, 1963).

[80] Sobre la hipocondría, ver C. Moore, *Backgrounds of English Literature 1700-1760* (Minneapolis, 1953); O. Doughty, «The English Malady of the Eighteenth Century», *Review of English Studies* 2 (1962), págs. 257-69; E. Fischer-Homberger, «Hypochondriasis of the Eighteenth Century - Neurosis of the present Century», *Bulletin of the History of Medicine* 46 (1972), págs. 391-401; Roy Porter, «The Rage of Party: a Glorious Revolution in English Psychiatry?», *Medical History* 27 (1983), págs. 35-50.

[81] L. J. Rather, *Mind and Body in Eighteenth Century Medicine* (Londres, 1965); W. I. Matson, «Why Isn't the Mind-Body Problem Ancient?», en: Paul K. Feyerabend y Grover Maxwell (eds.), *Mind, Matter and Method* (Minneapolis, 1966).

[82] Ver Carroll Smith-Rosenberg y Charles Rosenberg, «The Female Animal: Medical and Biological Views of Woman and Her Role in Nineteenth-Century America», en: Judith W. Leavitt (ed.), *Women and Health in America* (Madison, 1984), págs.

Vale la pena que señalemos una importante conclusión que parece estar saliendo a la luz; se trata del hecho de que la opinión feminista no ha adoptado una actitud única y uniforme ante la política del cuerpo femenino en relación con una sociedad existente o reformada. Por ejemplo, muchas mujeres militantes buscaron la emancipación sexual; otras pensaron que la manera de avanzar era emanciparse del sexo. Muchas feministas abogaron por la identidad esencial entre hombres y mujeres, unidos por el atributo común de la razón; otras se basaron en los rasgos singulares del cuerpo femenino (p.ej., su capacidad reproductiva). Hay que abandonar definitivamente la idea de un «movimiento» feminista único y progresista.

Lo que sigue ignorándose lastimosamente es la historia de la virilidad y la masculinidad (considerada demasiado a menudo como normal y, por tanto, normativa y no problemática). Existen algunas señales de que, por fin, está situación está cambiando [83].

6. *El cuerpo y la política del cuerpo.* Los historiadores del pensamiento y la literatura política han investigado desde hace ya tiempo la metáfora de la política del cuerpo y los conceptos asociados a ella y derivados de ella, como el de «los dos cuerpos del rey» —si bien con frecuencia lo han hecho de manera un tanto impaciente, ansiosos por ver cómo estas viejas metáforas abandonaban la escena y daban paso a un lenguaje de la política más riguroso desde el siglo XVII en adelante— [84]. Mucha menos atención se ha prestado a la manera en que la autoridad política ha tratado en la realidad el cuerpo individual. Los objetivos altamente retóricos de la política, los derechos del hombre, se expresan habitualmente en términos abstractos, intelectuales (libertad de expresión, libertad de conciencia). Sin embargo, tras ellos se esconden presunciones sobre libertades e inmunidades físicas fundamentales, entre ellas la importante del *habeas corpus.* No obstante, seguimos sumidos en una llamativa ignorancia por lo que respecta a las circunstancias y racionalizaciones bajo las cuales los Estados se han adueñado de los cuerpos en la recluta militar, en tiempos de peste [85] y, por supuesto, en la esclavitud, y los han reglamentado. Hay aquí un amplio campo para que los historiadores políticos y los politólogos se muestren más sensibles ante las realidades del poder producidas por el ejercicio de la autoridad del Estado sobre los cuerpos de sus súbditos [86].

12-27; Nancy F. Cott, «Passionlessness: an Interpretation of Victorian Sexual Ideology, 1790-1850», *ibíd.*, 57-89, Carl N. Degler, «What Ought to Be and What Was: Women's Sexuality in the Nineteenth Century», *ibíd.*, 40-56; L. J. Jordanova, «Natural Facts: a Historical Perspective on Science and Sexuality», en: *Nature, Culture and Gender,* Caroline MacCormack y Marilyn Strathern (eds.) (Cambridge 1980), págs. 42-69.

[83] Ver Brian Easlea, *Science and Sexual Oppression* (Londres, 1981); Jeffrey Weeks, *Sex, Politics and Society* (Londres, 1981); Lesley Hall, «"Somehow Very Distasteful": Doctors, Men and Sexual Problems Between the Wars», *Journey of Contemporary History* 20 (1985), págs. 553-74; *íd.*, «From *Self Preservation* to *Love Without Fear.* Medical and Lay Writers of Sex Advice from William Acton to Eustace Chesser», *Society for the Social History of Medicine Buletin* 39 (1986), págs. 20-3.

[84] W. Greenleaf, *Order, Empiricism and Politics* (Oxford, 1964): Otto Gierke, *Political Theories of the Middle Age* (trad. ingl. con introducción de F. W. Maitland, Cambridge 1958); Paul Archambault, «The Analogy of the "Body" in Rennaissance Political Literature», *Bibliothèque d'Humanisme et Renaissance* 29 (1967), págs. 21-63; Ernst Kantorowicz, *The King's Two Bodies* (Princeton, 1957) [hay ed. cast., *Los dos cuerpos del rey,* Alianza Editorial, Madrid, 1985]; G. J. Schochet, *Patriarchalism in Political Thought* (Oxford, 1975).

7. *El cuerpo, la civilización y sus insatisfacciones.* La historia es un proceso de civilización inacabado —una lucha, nos dicen los antropólogos, dirigida a afirmar la diversidad entre hombre y naturaleza—. Sin embargo, la historiografía de la civilización se ha centrado durante demasiado tiempo en los artefactos de la cultura superior. Falta un tipo distinto de historia de la socialización. Venimos al mundo desnudos, pero pronto se nos reviste no sólo de ropas sino de las prendas metafóricas de códigos morales, tabúes, prohibiciones y sistemas de valor que ligan la disciplina a los deseos, la educación al control. La historia del vestido, de la limpieza, de la comida, de los cosméticos, se ha dejado durante demasiado tiempo en manos de especialistas relativamente desinteresados por las cuestiones más amplias de las funciones a las qne servían esos objetos y actividades al transformar a individuos y sociedades en cultura [87].

[85] Sobre el control médico, ver R. Palmer, «The Church, Leprosy and Plague in Medieval and Early Modern Europe», en: Shiels, *Church and Healing*, págs. 79-100; A. W. Russell (ed.), *The Town and State Physician in Europe from the Middle Ages to the Enlightenment* (Wolfenbüttel, 1981); D. Armstrong, *Political Anatomy of the Body: Medical Knowledge in Britain in the Twentieth Century* (Cambridge, 1983).

[86] Sobre mujeres y poder médico, ver Roy Porter, «A Touch of Danger: The Man-midwife as Sexual Predator», en: G. S. Rousseau y Roy Porter (eds.), *Sexual Underworlds of the Enlightenment* (Manchester, 1987); J. N. Clarke, «Sexism, Feminism and Medicalism: A Decade Review of Literature on Gender and Illness», *Sociology of Health and Illness* 5 (1983), págs. 62-82; I. K. Zola, «Medicine as an Institution of Social Control», *Sociological Review* 20 (1972), págs. 487-504; B. B. Schnorrenberg, «Is Schildbirth any Place for a Woman? The Decline of Midwifery in Eighteenth Century England», *Studies in Eighteenth Century Culture* 10 (1981), págs. 393-408.

[87] Para algunos puntos de vista más amplios sobre la comida, ver P. Pullar, *Con*

El objetivo de este artículo no ha sido proponer una nueva industria doméstica dedicada a tejer un gigantesco tapiz de la historia del cuerpo, sino a dirigir una llamada de atención sobre la presencia suprimida del cuerpo —ignorada u olvidada demasiado a menudo— dentro de muchas otras ramas más prestigiosas del saber académico. Una conciencia más atenta socavaría el pertinaz esnobismo idealista sostenido por aquellos de quienes Nietzsche dijo que «desdeñaban el cuerpo» y contribuiría a su resurrección.

suming Passions: Being an Historic Inquiry into certain English Appetites (Boston, Massachusetts, 1970); B. S. Turner, «The Government of the Body: Medical Regimens and the Rationalization of Diet», *British Journal of Sociology* 33 (1982), págs. 254-69; *íd.*, «The Discourse of Diet», *Theory, Culture and Society* 1 (1982), 23-32. Sobre el arreglo corporal, ver R. Brain, *The Decorated Body* (Londres, 1979). Comentarios ilustrativos, en John O'Neill, *Five Bodies: the Human Shape of Modern Society* (Ithaca, 1985).

Capítulo 11

HISTORIA DE LOS ACONTECIMIENTOS Y RENACIMIENTO DE LA NARRACIÓN

Peter Burke

Narración frente a estructura

La historiografía, al igual que la historia, parece repetirse —con variantes— [1]. Mucho antes de nuestra época, en el periodo de la Ilustración, la hipótesis de que la historia escrita habría de ser una narración de acontecimientos fue ya objeto de ataques. Entre sus atacantes se contaban Voltaire y el teórico social escocés John Millar, quien escribió sobre la «superficie de los acontecimientos, que atrae la atención del historiador vulgar». Desde este punto de vista, la llamada «revolución copernicana» en historiografía, encabezada por Leopold von Ranke a principios del siglo XIX, parece más bien una contrarrevolución, en el sentido de que volvió a situar los acontecimientos en el centro de la escena [2].

A comienzos del siglo XX se lanzó un nuevo ataque contra la historia de los acontecimientos. En Gran Bretaña, Lewis Namier y R. H. Tawney, cuyos puntos en común eran pocos, propusieron casi al mismo tiempo que los historiadores, más que narrar los acontecimientos,

[1] Este artículo fue en origen una conferencia; la presente versión está muy en deuda con los comentarios de varios de sus oyentes, de Cambridge a Campinas y de Tel Aviv a Tokyo. Doy las gracias en particular a Carlo Ginzbug, Michael Holly, Ian Kershaw, Dominick LaCapra y Mark Phillips.

[2] En «Ranke the Reactionary», *Syracuse Scholar* 9 (1988), págs. 25-30, intento fundamentar este razonamiento.

debían analizar las estructuras. En Francia, el rechazo de lo que se denominó peyorativamente «historia de los acontecimientos» (*histoire événementielle*), por contraposición a la historia de las estructuras, fue un componente importante de la plataforma de la denominada «escuela de los *Annales*», desde Lucien Febvre hasta Fernand Braudel, quien, al igual que Millar, consideró los acontecimientos como la superficie del océano de la historia, significativa sólo por su capacidad para revelar corrientes más profundas [3]. Si la historia popular siguió fiel a la tradición narrativa, la académica se interesó cada vez más por los problemas y las estructuras. El filósofo francés Paul Ricoeur tiene, sin duda, razón al hablar del «eclipse» de la narración histórica en nuestro tiempo [4].

Ricoeur continúa argumentando que toda la historia escrita, incluida la denominada «estructural», asociada a Braudel, adopta por necesidad cierto tipo de forma narrativa. De manera similar, Jean-François Lyotard ha descrito ciertas interpretaciones de la historia, sobre todo las marxistas, como «gran narración» [5]. El problema que plantean estas caracterizaciones, al menos para mí, es que diluyen el concepto de narración hasta hacerle correr el peligro de resultar indiscernible de la descripción y el análisis.

Sin embargo, no continuaré aquí estos razonamientos, pues prefiero centrarme en la cuestión más concreta de las diferencias en lo que podría denominarse el grado de narratividad entre algunas obras contemporáneas de historia y otras. Durante algunos años ha habido indicios de una vuelta del relato bistórico en un sentido muy estricto. Incluso algunos historiadores asociados a los *Annales* se han movido en esta dirección —por ejemplo, Georges Duby, quien ha publicado un estudio de la batalla de Bouvines, y Emmanuel Le Roy Ladurie, cuyo *Carnaval* trata de los acontecimientos ocurridos en la pequeña ciudad de Romans durante los años 1579 y 1580— [6]. La actitud explícita de estos dos historiadores no está muy alejada de la de Braudel. Duby y Le Roy Ladurie se centran en unos sucesos particulares

[3] F. Braudel, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II* (México, 1976[2a]), prólogo.

[4] P. Ricoeur, *Temps et récit*, Seuil, 1983 [hay ed. cast., *Tiempo y narración*, 3 vol., Madrid, 1987].

[5] J.-Lyotard, *La condition post-moderne* (París, 1979) [hay ed. cast., *La condición post-moderna*, Cátedra, Madrid, 1989[4]].

[6] G. Duby, *Le Dimanche de Bouvines, 27 juillet 1214*, Gallimard, 1973 [hay ed. cast., *El domingo de Bouvines*, Alianza Editorial, Madrid, 1988]; E. Le Roy Ladurie, *Carnival* (trad. ingl. Londres, 1980).

no por sí mismos sino por lo que revelan de la cultura en que se produjeron. Sea como sea, el hecho de que dediquen libros a acontecimientos concretos hace pensar en cierta distancia respecto de la posición de Braudel y, en cualquier caso, Le Roy Ladurie ha analizado en otro lugar la importancia de lo que él llama el «acontecimiento generador» (*événement matrice*) que destruye las estructuras tradicionales y las sustituye por otras nuevas [7].

La nueva tendencia, que ha comenzado a afectar a otras disciplinas, sobre todo a la antropología social, fue discutida por el historiador británico Lawrence Stone en un artículo sobre «El renacimiento de la narración», que fue objeto de considerable atención [8]. Stone afirmaba no estar haciendo otra cosa que «intentar trazar el mapa de los cambios observados en la moda histórica» sin emitir juicios de valor. En este sentido, algunas de las obras históricas más conocidas aparecidas en la década de 1980 confirmaron sus observaciones; es el caso, por ejemplo, de *Citiziens*, de Simon Schama, un estudio sobre la Revolución francesa publicado en 1989 y que se describe a sí mismo como un retorno «a la forma de las crónicas del siglo XIX» [9].

En cualquier caso, es difícil no sentir el pesar de Stone por lo que él llama «el cambio de rumbo... del modo analítico al descriptivo» en historiografía. El título de su artículo, así como sus razonamientos, han tenido influencia: han conrribuido a hacer de la narración histórica una cuestión debatida [10].

Más exactamente, la narración histórica ha pasado a ser materia de al menos dos debates producidos independientemente, a pesar de su pertinencia mutua. Uno de los principales objetivos de este capítulo es aunar ambos [11]. En primer lugar, nos encontramos con la conocida y larga campaña que opone a quienes afirman, como Braudel,

[7] E. Le Roy Ladurie, «Event and Long-Term Social History», trad. ingl. de B. y S. Reynolds en su obra *Territory of the Historian* (Hassocks, 1979), págs. 111-32.

[8] L. Stone, «The Revival of Narrative», *Past and Present* 85 (1979), págs. 3-24; cfr. E. J. Hobsbawm, «Some Comments», *Past and Present* 86 (1980), págs. 3-8. Cfr. J. Boon, *The Anthropological Romance of Bali* (Cambridge, 1977) y E. M. Bruner, «Ethnography as Narrative», en: *The Anthropology of Experience*, V. Turner y E. Bruner (ed.) (Urbana y Chicago, 1986), cap. VI.

[9] S. Schama, *Citiziens* (Nueva York, 1989), pág. xv.

[10] Cfr. B. Bailyn, «The Challenge of Modern Historiography», *American Historical Review* 87 (1982), págs. 1-24.

[11] Cfr. Ricoeur; M. Phillips, «On Historiography and Narrative», *University of Toronto Quarterly* 53 (1983-4), págs. 149-65; y H. Kellner, *Language and Historical Representation* (Madison, 1989), en especial el cap. XII.

que los historiadores deberían tomarse más en serio las estructuras que los acontecimientos, y quienes siguen creyendo que el trabajo de los historiadores es contar una historia. En esta campaña, ambos bandos se hallan ahora atrincherados en sus posiciones, pero cada uno de ellos ha hecho aceptar al otro ciertos importantes puntos [12].

Por un lado, los historiadores estructurales han mostrado que el relato tradicional pasa por alto aspectos importantes del pasado de los que es incapaz de dar razón, desde el marco económico y social hasta la experiencia y modos de pensar de la gente corriente [13]. En otras palabras, la narración no es en historiografía más inocente de lo que lo es en la ficción. En el caso de una narración de acontecimientos políticos, es difícil evitar insistir en los hechos y decisiones de los dirigentes a expensas de los factores que eludieron su control, pues proporcionan una línea narrativa clara. Por lo que respecta a entidades colectivas —Alemania, la Iglesia, el partido Conservador, el pueblo, etc.—, el historiador narrativo se ve forzado a elegir entre omitirlos del todo o personificarlos, y estoy de acuerdo con Huizinga en que la personificación es una figura de dicción que los historiadores deberán procurar evitar [14]. Difumina las distinciones entre dirigentes y seguidores y estimula a los lectores que hacen interpretaciones literales a suponer un acuerdo entre grupos que a menudo estuvieron enfrentados.

En el caso concreto de la historia militar, John Keegan ha señalado que la narración tradicional de las batallas es equívoca por «centrarse en los líderes» y por su «reducción de los soldados a peones» y se impone abandonarla [15]. La dificultad de hacerlo podría ilustrarse con el caso del conocido estudio de Cornelius Ryan sobre el Día D [16]. Ryan se dispuso a escribir sobre la guerra de los soldados, más que sobre la de los generales. Su historia es una prolongación de su obra como corresponsal de guerra: sus fuentes son principalmente orales. Su libro transmite muy bien la «sensación» de la batalla en

[12] Un análisis desde diferentes puntos de vista en *Theorie und Erzählung in der Geschichte*, ed. J. Kocka y T. Nipperdey (Múnich, 1979).

[13] Esta última observación está bien presentada en E. Auerbach, *Mimesis* (Madrid, 1983), caps. II y III (donde se estudia a Tácito y Amiano Marcelino).

[14] J. Huizinga, «Two Wrestlers with the Angel», en: *Men and Ideas* (trad. ingl., Londres, 1960). Cfr., en cambio, la defensa de la personificación en Kellner (especialmeute en el cap. V, sobre Michelet).

[15] J. Keegan, *The Face of Battle* (1976: Harmondsworth, ed. de 1978), págs. 61ss. [hay ed. cast., *El rostro de la batalla*, Madrid, 1990].

[16] C. Ryan, *The Longest Day* (Londres, 1959).

ambos bandos. Es vívido y dramático —de hecho está organizado, a la manera de un drama clásico, en torno a las tres «unidades de lugar (Normandía), tiempo (6 de junio de 1944) y acción—. Por otra parte, el libro está fragmentado en episodios separados. Las experiencias de los distintos participantes no están cohesionadas. La única manera de hacerlas coherentes parece ser la imposición de un esquema desde «arriba», volviendo así a la guerra de los generales de la que autor intentaba escapar. El libro de Ryan ilustra el problema más claramente que muchos otros, pero el problema no es sólo suyo. Este tipo de sesgo es quizá inherente a la organización narrativa.

Quienes abogan por la narración han señalado, por otra parte, que el análisis de estructuras es estático y, por tanto, ahistórico en cierto sentido. Por tomar el ejemplo más famoso de historia estructural de nuestro tiempo, aunque el *Mediterráneo* de Braudel deja lugar tanto a los acontecimientos como a las estructuras, se ha señalado a menudo que el autor no se esfuerza por dar a entender qué lazos podrían existir entre las tres escalas temporales por las que se interesa: el plazo largo, el medio y el corto. En cualquier caso, el *Mediterráneo* de Braudel no es un ejemplo extremo de historia estructural [17]. A pesar de sus observaciones en el prólogo sobre la superficialidad de los acontecimientos, Braudel acabó por dedicarles varios cientos de páginas en la tercera parte de su estudio. Sus seguidores han tendido, sin embargo, a empequeñecer su proyecto (no sólo en el sentido geográfico) en su intento de imitarlo. El formato actualmente clásico de estudio regional a la manera de los *Annales* comprende una división en dos parte, *structure* y *conjoncture* (en otras palabras, tendencias generales) y deja poco espacio a los acontecimientos en sentido estricto.

Los historiadores de estos dos campos, el estructural y el narrativo, difieren no sólo en la elección de lo que consideran significativo en el pasado, sino también en sus modos preferidos de explicación histórica. Los historiadores narrativos tradicionales tienden a exponer sus explicaciones —lo cual no es precisamente accidental— en función del carácter y la intención particulares; se trata de explicaciones como: «Las órdenes llegaron tarde de Madrid, pues Felipe II no pudo decidir qué hacer», en otras palabras, como dirían los filósofos, «la ventana se rompió porque Pérez arrojó una piedra contra ella».

[17] Ricoeur (1983) llega incluso a afirmar que se trata de una narración histórica con un «casi argumento» (págs. 298ss).

Los historiadores estructurales, por su parte, prefieren explicaciones que adoptan la forma siguiente: «La ventana se rompió porque el cristal era frágil», o (citando el famoso ejemplo de Braudel): «Las órdenes llegaron tarde de Madrid, porque los barcos del siglo XVI necesitaban vatias semanas para cruzar el Mediterráneo». Según señala Stone, el denominado renacimiento del relato tiene mucho que ver con una desconfianza creciente en el segundo modo de explicación histórica, criticado a menudo por reduccionista y determinista. Una vez más, el reciente libro de Schama es un buen ejemplo de esta tendencia. El autor explica que ha «decidido presentar estos argumentos en forma de relato», pues la revolución francesa fue «mucho más el producto de la acción humana que del condicionamiento estructural» [18].

Esta larga guerra de trincheras entre historiadores narrativos y estructurales ha ido demasiado lejos. Comparando dos estudios sobre la India en el siglo XIX aparecidos en 1978 y centrados en lo que acostumbra a denominarse el «Motín Indio» de 1857, conocido ahora como la «gran rebelión», se puede llegar a tener cierta idea de los costes del conflicto, de la pérdida de capacidad de comprensión histórica que implica [19]. Christopher Hibbert presentó un relato tradicional, una histotia de grandes vuelos, con capítulos titulados «Motín en Meerut», «El motín se extiende», «El asedio de Lucknow», «El asalto», etc. Su libro es colorista y hasta emocionante, pero también superficial, en el sentido de que no logra dat al lector mucha idea de por qué ocurrieron los sucesos (quizá por que está escrito desde el punto de vista de los británicos, que se vieron cogidos por sorpresa). Por otro lado, Eric Stokes ofrece un análisis cuidado de la geografía y la sociología de la rebelión, sus variantes regionales y sus circunstancias locales, pero elude una síntesis final. Si alguien lee los dos libros, uno tras otro, quizá se sienta asediado, como yo me sentí, por el fantasma de un posible tercer libro que podría integrar la natración y el análisis y relacionar más estrechamente los sucesos locales con los cambios estructurales en la sociedad.

Ha llegado el momento de investigar la posibilidad de una vía para escapar de este enfrentamiento entre narradores y analistas. Podría comenzarse criticando ambos bandos por la falsa presunción, co-

[18] Schama (1989), pág. xv.

[19] C. Hibbert, *The Great Mutiny* (Londres, 1978); E. Stokes, *The Peasant and the Raj* (Cambridge, 1978).

mún a los dos, de que la distinción entre acontecimientos y estructuras es algo sencillo. Tendemos a utilizar el término «acontecimiento» de manera más bien laxa para referirnos no sólo a los sucesos ocurridos en unas pocas horas, como la batalla de Waterloo, sino también a acaecimientos como la Revolución francesa, un proceso que se extendió durante varios años. Podría ser útil emplear los términos «acontecimiento» y «estructura» para referirnos a los dos extremos de una gama total de posibilidades, pero no deberíamos olvidar la existencia de la parte central de dicha gama. Las razones de la tardía llegada de las órdenes de Madrid no tienen por qué reducirse a la estructura de las comunicaciones en el Mediterráneo o a la incapacidad de Felipe II para decidirse en una ocasión concreta. El rey pudo haber sufrido de una indecisión crónica y la estructura de gobierno por medio de consejos haber frenado aún más el proceso de toma de decisiones.

De esta vaguedad en la definición se sigue que deberíamos obrar como ha sugerido Mark Phillips y «pensar en la existencia de la diversidad de modos narrativos y no narrativos a lo largo de un continuo» [20]. Tampoco habríamos de olvidarnos preguntar por la relación entre acontecimientos y estructuras. Trabajando en este ámbito central podríamos ir más allá de las dos posiciones opuestas hasta alcanzar una síntesis.

Narrativa tradicional frente a narrativa moderna

Las opiniones expresadas en el segundo debate podrían suponer una útil contribución a esta síntesis. Este segundo debate comenzó en los Estados Unidos en la década de 1960 y hasta el momento no ha sido tomado tan en serio como se merece por historiadores de otras partes del mundo, quizá porque parece «meramente» literario. No se interesa por la cuestión de si se ha de escribir o no en forma narrativa, sino por el problema de en qué forma de narrativa se ha de escribir. El historiador del cine Siegfried Kracauer parece haber sido el primero en sugerir que la ficción moderna, más en particular la «descomposición de la continuidad temporal» en Joyce, Proust y Virginia Woolf, ofrece un reto y una oportunidad a los narradores histó-

[20] Phillips, «On Historiography» (1983-4), pág. 157.

ricos [21]. Un ejemplo aún más nítido de esta descomposición es, por otra parte, la obra de Aldous Huxley *Ciego en Gaza* (1963), novela compuesta por entradas cortas, fechadas a lo largo del periodo entre 1902 y 1934 y en un orden que, al margen de su lógica, es decididamente no cronológico.

Hayden White despertó más interés que Kracauer cuando acusó a la profesión histórica de menospreciar las intuiciones literarias de su propia época (entre ellas cierto sentido de discontinuidad entre los sucesos del mundo exterior y su representación en forma narrativa) y de seguir viviendo en el siglo XIX, el gran periodo del «realismo» literario [22]. En esta misma línea, Lionel Gossman se ha lamentado de que «no es fácil para nosotros hoy en día ver quién puede ser, como escritor, el Joyce o el Kafka de la historiografía moderna» [23]. Tal vez. De todos modos, el historiador Golo Mann parece haber aprendido algo de la práctica narrativa de su padre, el novelista. No es del todo fantasioso comparar el relato que hace Golo Mann de los pensamientos del viejo Wallenstein con el famoso capítulo de *Lotte en Weimar* que evoca del flujo de la conciencia en Goethe y es, al parecer, un intento por superar a Joyce. En su estudio, que él califica de «auténtica novela», Golo Mann sigue las reglas de la demostración histórica y aclara estar ofreciendo una reconstrucción hipotética. A diferencia de la mayoría de los novelistas no pretende leer la mente de su héroe sino sólo sus cartas [24].

En contra de White y Gossman no defiendo que los historiadores estén obligados a embarcarse en experimentos literarios por la sencilla razón de que vivan en el siglo XX o a imitar a escritores concretos porque sus técnicas sean tevolucionarias. La razón de buscar

[21] S. Kracauer, *History: the Last Things before the Last* (Nueva York, 1969), págs. 178ss.

[22] H. V. White, «The Burden of History», *History and Theory* 5 (1966), reimpreso en *íd.*, *Tropics of Discourse* (Baltimore, 1983), págs. 27-50. Para una defensa filosófica de la continuidad entre narración y acontecimiento relatado, ver D. Carr, «Narrative and the Real World: an Argument for Continuity», *History and Theory* 25 (1986), págs. 117-31.

[23] L. Grossman, «History and Literature», en: *The Writing of History*, R. H. Canary y H. Kozicki (eds.) (Madison, 1978), págs. 3-39.

[24] G. Mann, *Wallenstein* (Fráncfort, 1971), págs. 984ss; 993ss; T. Mann, *Lotte in Weimar* (1939), cap. VII. Cfr. G. Mann, «Plädoyer für die historische Erzählung», en: Kocka y Nipperdey (1979), págs. 40-56. En especial, su afirmación de que el relato histórico no excluye el reconocimiento de la teoría.

nuevas formas literarias es sin duda la conciencia de que las formas antiguas son inadecuadas para los propósitos del autor.

Los historiadores harán bien, probablemente, en evitar algunas de esas innovaciones. Entre ellas incluiría, por más útil que pueda ser, la invención del flujo de conciencia de algún personaje, por las mismas razones que han llevado a los historiadores a rechazar el recurso clásico famoso del discurso inventado. Otros experimentos, sin embargo, inspirados por una serie más amplia de escritores modernos que los mencionados ofrecen, tal vez, soluciones a ciertos problemas con los que los historiadores pugnan desde hace tiempo. Se trata, en concreto, de tres.

En primer lugar, siguiendo el modelo de los novelistas que cuentan sus relatos desde varios puntos de vista habría la posibilidad de hacer más inteligibles las guerras civiles y otros conflictos. Es evidente que este tecurso, tan eficaz en manos de Huxley, William Faulkner, en *El ruido y la furia* (1931), y Lawrence Durrell, en *El cuarteto de Alejandría* (1957-60) —por no mencionar las novelas epistolares del siglo XVIII—, no ha sido tomado con suficiente seriedad por los historiadores, a pesar de que podría ser útil modificarlo para tratar puntos de vista colectivos así como individuales. Un recuso así permitiría una interpretación del enfrentamiento a la manera de un conflicto entre interpretaciones. Para hacer que las «voces diversas y opuestas» de los muertos se oigan de nuevo, el historiador necesita, como el novelista, practicar la heteroglosia (*supra*, pág. 19) [25].

Curiosamente, en el mismo momento en que este ensayo entraba en prensa, se ha publicado una obra de estas características. Richard Price presenta su estudio de Surinam en el siglo XVIII en forma de un relato con cuatro «voces» (simbolizadas en cuatro familias tipográficas): la de los esclavos negros (transmitida por sus descendientes, los samaraka), la de los administradores holandeses, la de los misioneros moravos y, finalmente, la del historiador mismo [26]. El objeto de este ejercicio es precisamente mostrar y, al mismo tiempo, establecer las diferencias de perspectiva entre el pasado y el presente, la Iglesia y el

[25] Cfr. G. Wilson, «Plots and Motives in Japan's Meiji Resstoration», *Comparative Studies in Society and History* 25 (1983), págs. 407-27, que utiliza la terminología de Hayden White, pero se interesa esencialmente por la multiplicidad de los puntos de vista de los agentes. N. Hampson, *The Life and Opinions of Maximilian Robespierre* (Londres, 1976), ofrece un diálogo entre diversas interpretaciones modernas de la Revolución francesa.

[26] R. Price, *Alabi's World* (Baltimore, 1990).

Estado, los negros y los blancos, las incomprensiones y la lucha por imponer definiciones individuales de la situación. Será difícil imitar este *tour de force* de reconstrucción histórica, pero Price merecería inspirar un buen rimero de estudios.

En segundo lugar, el número de historiadores conscientes de que su obra no reproduce «lo que realmente ocurrió» sino que la presenta desde una perspectiva particular aumenta progresivamente. Las formas narrativas tradicionales son inadecuadas para transmitir este certeza. Los narradores históricos necesitan encontrar una manera de hacerse visibles en su relato, no por complacencia consigo mismos sino a modo de advertencia al lector de que no son omniscientes o imparciales y que también son posibles otras interpretaciones además de la suya [27]. En una muestra notable de autocrítica, Golo Mann ha sostenido que el historiador necesita «intentar dos cosas diferentes a un tiempo»: «nadar con la corriente de los acontecimientos» y «analizarlos desde la posición de un observador posterior y mejor informado», combinando los dos métodos «de forma que produzcan una apariencia de homogeneidad, sin que la narración vaya por otro camino» [28].

Una vez más, el libro de Price nos ofrece una posible solución al problema, dando a su propia aportación el calificativo de una «voz» entre otras. Merece la pena tener también en cuenta otras soluciones. Los teóricos de la literatura han discutido últimamente el recurso de ficción del «nada fidedigno narrador en primera persona» [29]. Este recurso puede ser también de cierta utilidad para los historiadores, con tal de que se ponga de manifiesto la falta de fiabilidad. Hayden White a sugerido que el relato histórico se atiene a cuatro tipos de trama básicos: la comedia, la tragedia, la sátira y la novela. Ranke, por ejemplo, elige (consciente o inconscientemente) una forma de escribir historia «organizada como comedia», en otras palabras, siguiendo un «movimiento ternario... desde una situación de paz aparente, pasando

[27] El problema fue ya discutido por Thierry y Michelet. Ver G. Pomata, «Overt and Covert Narrators in Nineteenth-Century Historiography», *History Workshop* 27 (1989), págs. 1-17.

[28] Prólogo a la traducción al inglés de su *Wallenstein* por C. Kessler (Londres, 1976). Mann confiesa que «en su propio libro predomina el primer planteamiento». Podemos encontrar otro buen ejemplo de lo defendido por Mann en T. H. Breen, *Imagining the Past: East Hampton Histories* (Reading, Mass., 1989).

[29] W. Riggan, *Picaros, Madmen, Naifs and Clowns: the Unreliable First-Person Narrator* (Norman, 1981).

por la manifestación de un conflicto hasta llegar a su resolución mediante el establecimiento de un orden social auténticamente pacífico» [30]. Si la foma de concluir un relato ayuda a determinar la interpretación del lector, merecería la pena seguir el ejemplo de algunos novelistas, como John Fowles, y proporcionar finales alternativos. Una historia narrativa de la Primera Guerra Mundial, por ejemplo, daría una impresión, si el relato concluye en Versalles en 1919, y otra si la narración se extiende hasta 1933 o 1939. De este modo, los diferentes finales harán la obra más «abierta», en el sentido de animar a los lectores a llegar a sus propias conclusiones [31].

En tercer lugar —y este es el tema principal del presente capítulo— un nuevo tipo de narración podría abordar mejor que el antiguo las demandas de los historiadores estructurales, dando una sensación mejor del fluir del tiempo que la que suelen dar por lo general sus análisis.

Narraciones densas

Hace algunos años el antropólogo Clifford Geertz acuñó el término «descripción densa» para designar una técnica que interpreta una cultura ajena mediante la descripción precisa y concreta de determinadas prácticas o sucesos, en su caso la de las peleas de gallos en Bali (cfr. cap. V) [32]. La narración, como la descripción, podría calificarse de más o menos «fluida» o «densa». En el polo fluido del espectro tenemos la mera observación de un libro de anales, como los de la Crónica Anglosajona donde se lee: «En este año Ceowulf perdió su reino.» En el otro extremo hallamos relatos (demasiado escasos hasta el momento) construidos deliberadamente para soportar una gran peso interpretativo.

El problema que querría analizar aquí es el de cómo hacer una narración lo suficientemente densa como para tratar no sólo la serie

[30] H. White, *Metahistory* (Baltimore, 1973), págs. 176ss.

[31] Cfr. Torgovnick, *Closure in the Novel* (Princeton, 1981), y U. Eco, «The Poetics of the Open Work», en su obra *The Role of the Reader* (trad. ingl., Londres, 1981). cap. I. Phillips, «On Historiography» (p. 153), predice un desplazamento hacia una narrativa histórica más abierta.

[32] C. Geertz, «Thick Description: Towards an Interpretative Theory of Culture», y «Deep Play: Notes on the Balinese Cockfight», en: *The Interpretation of Cultures* (Nueva York, 1973).

de acontecimientos e intenciones conscientes de sus agentes, sino también las estructuras —intuiciones, modos de pensamiento, etc.—, tanto si dichas estructuras actúan como freno de los acontecimientos o como acelerador. ¿Cómo sería una narración así?

A pesar de referirse a la retórica, estas cuestiones no son en sí retóricas. Es posible analizarlas en función de textos, de relatos producidos por novelistas o por historiadores. No es difícil encontrar novelas históricas que se esfuerzan por solucionar estos problemas. Podríamos comenzar con *Guerra y paz*, pues puede decirse que Tolstoi compartía la opinión de Braudel sobre la futilidad de los acontecimientos; pero, en realidad, son muchas las novelas famosas interesadas por los cambios estructurales más importantes en una sociedad concreta, considerándolos en función de su impacto en las vidas de unos pocos individuos. Un ejemplo destacado ajeno a la cultura occidental es el de la obra de Shimazaki Toson *Antes del alba* (1932-6) [33]. El «alba» del título es la modernización (industrialización, occidentalización) del Japón y el libro trata de los años inmediatamente anteriores y posteriores a la restauración imperial de 1868, cuando no era en absoluto claro qué camino iba a seguir el país. La novela muestra con vívido detalle cómo «los efectos de la apertura del Japón al mundo se hacían sentir en las vidas de cada individuo» [34]. Para esto, el autor escoge a uno de ellos, Aoyama Hanzo, dueño de una casa de postas en un pueblo de la carretera principal entre Kioto y Tokio. Su trabajo pone a Hanzo en contacto con los acontecimientos, pero éste no se limita a observarlos. Es miembro del movimiento de Aprendizaje Nacional, entregado a una solución auténticamente japonesa de los problemas del Japón. El argumento de la novela es en gran parte el relato del impacto de los cambios sociales en un individuo y su familia, punto subrayado por las interrupciones que Toson introduce de vez en cuando en su relato para contar los principales acontecimientos de la historia del Japón desde 1853 hasta 1886.

Los historiadores podrían aprender algo de las técnicas narrativas de novelistas como Tolstoi y Shimazaki Toson, pero no lo suficiente como para resolver todos sus problemas literarios. Dado que los historiadores no gozan de libertad para inventar sus personajes, ni siquiera sus palabras y pensamientos, es improbable que puedan con-

[33] Shimazaki Toson, *Before the Dawn* (Honolulu, 1987).
[34] *Ibíd.*, pág. 621.

densar los problemas de una época en un relato de una familia, como han hecho a menudo los novelistas. Podríamos esperar que las denominadas «novelas de no ficción», desde *A sangre fría*, de Truman Capote (1965), hasta *El arca de Schindler*, de Thomas Keneally (1982), quien pretende «utilizar la textura y recursos de la novela para contar una historia auténtica», tuvieran algo que ofrecer a los historiadores. Sin embargo, estos autores no dan una solución al problema de las estructuras. Parece como si los historiadores hubieran de desarrollar sus propias «técnicas de ficción» para sus «obras veraces» [35].

Afortunadamente, los autores de algunas obras de historia recientes han reflexionado también sobre problemas de este tipo y sus estudios esbozan una respuesta, o más exactamente, varias respuestas de entre las cuales podría ser útil distinguir cuatro. Uno de los modelos tiene muchas posibilidades de ponerse de moda, mientras que los otros tres están representados por poco más de un libro cada uno.

La primera respuesta podría describirse como «micronarración» (en la línea del nuevo término «microhistoria»). Es la exposición de un relato sobre gente corriente en su escenario local. En cierto sentido, esta técnica es un lugar común entre los novelistas históricos; así ha sucedido desde los tiempos de Scott y Manzoni, cuya obra *Los novios* (1827) fue atacada en su momento por elegir como tema «la crónica miserable de un obscuro pueblo» (de la misma manera como se ha atacado recientemente a la historia desde abajo y la microhistoriamás) [36].

Sin embargo, los historiadores no han adoptado la micronarrativa hasta hace muy poco. Algunos ejemplos recientes muy conocidos son los de la descripción de Carlo Cipolla sobre el impacto de la peste de 1630 en la ciudad de Prato, en la Toscana, y el relato de Natalie Davis sobre Martin Guerre, un hijo pródigo del siglo XVI que regresó a su hogar en el sur de Francia encontrándose con que su lugar en la granja —así como su lecho conyugal— había sido ocupado por un intruso que pretendía ser el mismo Martin [37].

[35] W. R. Siebenschuh, *Fictional Techniques and Factional Works* (1983), analiza cómo se realizó esto en el pasado, refiriéndose en especial a la vida de Johnson escrita por Boswell. Cfr. R. W. Rader, «Literary Form in Factual Narrative: the Example of Boswell's Johnson», en: *Essays in Eighteenth-Century Biography*, P. B. Daghlian (ed.) (Bloomington, 1968), págs. 3-42.
[36] Citado en *Letteratura Italiana*, A. Asor Rosa 5 (ed.) Turín, 1986), pág. 224.
[37] C. Cipolla, *Cristofano and the Plague* (Londres, 1973); N. Z. Davis, *The Return of Martin Guerre* (Cambridge, Massachusetts, 1973) [hay ed. cast., *El regreso de Martin Guerre*, Barcelona, 1984].

La reducción de escala no adensa de por sí una narración. Lo importante es que los historiadores sociales han vuelto a la narración como medio de iluminar las estructuras —actitudes ante la peste e instituciones para combatirla, en el caso de Carlo Cipolla; estructura de la familia campesina en el sur de Francia, en el de Natalie Davis, etcétera—. Más exactamente, lo que deseaba hacer Natalie Davis era describir no tanto las estructuras mismas, cuanto las esperanzas y sentimientos de «los campesinos»; la manera en que experimentaban la relación entre marido y mujer, padres e hijos; la forma en que sentían «las trabas y posibilidades de sus vidas» [38]. El libro puede leerse simplemente como un buen relato y una vívida evocación de unos cuantos individuos del pasado, pero la autora hace referencias repetidas y deliberadas a los valores de la sociedad. Al analizar, por ejemplo, por qué la mujer de Martin, Bertrande, reconoció al intruso como su marido, Davis comenta la condición de las mujeres en la sociedad rural francesa y su sentido del honor, reconstruyendo las limitaciones dentro de las que se movían.

Por otra parte, los comentarios son deliberadamente discretos. Como explica la autora: «He decidido presentar mis argumentos... tanto por el ordenamiento de la narración, la elección del detalle, la voz y la metáfora literaria, como por el análisis tópico». Su objetivo era «encajar esta historia en los valores y hábitos de la vida y leyes rurales de la Francia del siglo XVI, utilizarlos para ayudar a comprender los elementos centrales del relato y servirme de él para comentar esos valores y hábitos» [39]. La historia de Martin podría considerarse un «drama social» en el sentido en que emplean el término los antropólogos; un suceso que revela conflictos latentes e ilumina así las estructuras sociales [40].

La micronarrativa parece haberse afianzado; son cada vez más los historiadores que adoptan esta forma. En cualquier caso, sería un error considerarla una panacea. No proporciona una solución a todos los problemas subrayados anteriormente y genera otros propios, sobre todo el de vincular la microhistoria y la macrohistoria, los detalles locales con las tendencias generales. Pienso que el libro de

[38] Davis, *Martin Guerre*, pág. 1.

[39] N. Z. Davis, «On the Lame», *American Historical Review* 93 (1988), págs. 575-573.

[40] Sobre este concepto, V. Turner, *Dramas, Fields and Metaphors* (Ithaca, 1974), cap. I.

Spence *Gate of Heavenly Peace* es una obra ejemplar porque aborda de manera directa este problema.

Jonathan Spence es un estudioso de la historia de China interesado desde hace mucho por experimentar con la forma literaria. Uno de sus primeros libros fue una biografía del emperador K'ang-Hsi, o más bien un retrato del emperador —en realidad, una especie de autorretrato, un intento por explorar la mente de K'ang-Hsi elaborando algo así como un mosaico o montaje a partir de las observaciones personales dispersas entre los documentos oficiales, disponiéndolas bajo epígrafes como «hijos» o «envejecimiento»—. El efecto guarda cierta semejanza con unas *Memorias de Adriano* a lo chino. Es difícil pensar en un estudio que merezca mejor la denominación de «historia desde arriba» que el autorretrato de un emperador, pero Spence publicó a continuación un ensayo conmovedor de historia desde abajo. *La muerte de la mujer Wang* es una muestra de microhistoria a la manera de Cipolla o Davis, con cuatro relatos contados, o cuatro imágenes pintadas, para revelar las condiciones de vida en la provincia de Shangtung en los turbulentos años de finales del siglo XVII. Más recientemente, en *The Memory Palace of Matteo Ricci*, Spence organizó su relato del famoso misionero jesuita en China en torno a varias imágenes visuales, a expensas de la sucesión cronológica, produciendo un efecto que recuerda la novela de Huxley, *Ciego en Gaza*.

The Gate of Heavenly Peace, por otra parte, parece más bien una obra de historia convencional, un relato de los orígenes y desarrollo de la Revolución china de 1895 a 1980 [41]. Una vez más, sin embargo, el interés del autor por la biografía y las instantáneas históricas se reafirma y su libro está construido en torno a un pequeño número de individuos, sobre todo el estudioso Kang Youwei, el soldado universitario Shen Congwen y los escritores Lu Xun y Ding Ling. Estos individuos no desempeñaron un papel protagonista en los acontecimientos revolucionarios. Desde este punto de vista, podrían compararse con lo que el crítico húngaro Georg Lukács denominó el «héroe mediocre» en las novelas de sir Walter Scott; un héroe cuyo carácter ordinario permite al lector ver con más claridad la vida y los conflictos sociales de la época [42]. En el caso de Spence, los protago-

[41] J. Spence, *Emperor of China* (Londres, 1974); *La muerte de la mujer Wang* (Madrid, 1990); *The Gate of Heavenly Peace* (Londres, 1982); *The Memory Palace of Matteo Ricci* (Londres, 1985).

[42] G. Lukács, *The Historical Novel* (trad. ingl., Londres, 1962), págs. 30ss.

nistas fueron elegidos porque, como da a entender el autor, «describen sus esperanzas y penas con una sensibilidad especial» y también porque sus experiencias personales «ayudan a definir la naturaleza de los tiempos en que vivieron». Están vistos como personas más bien pasivas que activas. De hecho el autor habla de «la intromisión de acontecimientos externos» en sus personajes [43]. Su preocupación por varios individuos implica un interés por puntos de vista múltiples o por la multivocidad, pero —a diferencia del libro de Price, examinado más arriba— esta multivocidad queda por debajo de la superficie del relato.

Este tipo de presentación de la historia de China suscita problemas. Las intersecciones entre varios individuos amenazan con confundir al lector; lo mismo ocurre con las vueltas atrás y adelante entre lo que podría llamarse el tiempo «público», el tiempo de acontecimientos como la Larga Marcha o la Revolución de 1949, y el tiempo «privado» de los personajes principales. Por otra parte, Spence transmite de fotma vívida y conmovedora la experiencia de vivir (o, en realidad, de no lograr vivir) a lo largo de estos años turbulentos. Entre sus pasajes más memorables se halla su relato de la revolución de 1911 desde el punto de vista de un niño, en el recuerdo de Shen Congwen, la reacción de Lu Xun ante la masacre de estudiantes en una manifestación en Pekín en 1926 y los ataques oficiales a Ding Ling en 1957, tras la supresión del movimiento de las «Cien Flores».

Podría haber otras formas de relacionar más estrechamente la estructura con los acontecimientos mejores que las utilizadas en general por los historiadores. Un método posible consiste en escribir la historia hacia atrás, como lo hicieron B. H. Sumner en su *Survey of Russian History* (organizada por temas) o Norman Davies en su reciente historia de Polonia, *Heart of Europe* (1984), un relato centrado en lo que el autor llama «el pasado en el presente de Polonia» [44]. Comienza con «El legado de la humillación: Polonia desde la segunda Guerra Mundial» y retrocede a través de «El legado de la derrota», «El legado del desencanto» (1914-39), «El legado del magisterio espiritual» (1795-1918), etc. El autor da a entender en cada momento que

[43] Spence (1982), pág. xiii.
[44] N. Davies, *Heart of Europe: a Short History of Poland* (Oxford, 1984).

es imposible comprender los acontecimientos narrados en un capítulo sin conocer lo que los precedió.

Esta forma de organización tiene sus dificultades, sobre todo el problema de que, aunque los capítulos están dispuestos en orden inverso, cada uno de ellos ha de ser leído hacia adelante. La gran ventaja del experimento es, por otro lado, la de permitir, y hasta forzar al lector, a sentir la presión del pasado sobre individuos y grupos (la presión de las estructuras o los acontecimientos congelados, o, como diría Ricoeur, «sedimentados», en estructuras). Davies no explota esta ventaja tanto como podría. No realiza un esfuerzo serio por relacionar cada uno de los capítulos con el que viene «después» de él. Es difícil imaginar que su planteamiento retrogradiente pueda ponerse tan de moda como la microhistoria. En cualquier caso, es una forma de narración muy digna de ser tomada en serio.

Un cuarto tipo de análisis de la relación entre estructuras y acontecimientos se puede encontrar en la obra de un antropólogo social americano, que completará el círculo haciéndonos regresar a los *Annales*. El antropólogo es Marshall Sahlins especialista en Hawai y Fidji y extremadamente interesado por el pensamiento moderno francés (desde Saussure a Braudel y desde Boudrieu a Lévi-Strauss), pero se toma el acontecimiento con más seriedad que cualquiera de estos pensadores [45]. En sus estudios de encuentros entre culturas en el Pacífico, Sahlin hace dos observaciones diferentes pero complementarias.

En primer lugar, sugiere que los acontecimientos (sobre todo la llegada de Cook a Hawai en 1778) «tienen rasgos culturales distintivos», es decir, «ordenados por la cultura», en el sentido de que los conceptos y categorías de una cultura particular configuran el modo en que sus miembros perciben e interpretan todo cuanto ocurre en su tiempo. Los hawaianos, por ejemplo, vieron en el capitán Cook una manifestación de su dios Lono, por su evidente poder y porque llegó en la época del año asociada a las apariciones del dios. El suceso puede ser estudiado, por tanto (como sugiere Braudel), como una especie de papel de tornasol que revela las estructuras de la cultura.

No obstante, Sahlins (en oposición a Braudel) mantiene también

[45] M. Sahlins, *Historical Metaphors and Mytical Realities* (Ann Arbor, 1981), y *Islands of History* (Chicago, 1985). Cfr. P. Burke, «Les îles anthropologiques et le territoire de l'historien», en: *Philosophie et histoire*, ed. C. Deschamps (París, 1987), págs. 49-66.

la existencia de una relación dialéctica entre acontecimientos y estructuras. Las categorías peligran cada vez que se utilizan para interpretar el mundo cambiante. «La cultura se reordena» en el proceso de incorporación de acontecimientos. El final del sistema *tabú*, por ejemplo, fue una de las consecuencias estructurales del contacto con los británicos. También lo fue el nacimiento del comercio internacional. En más de un sentido, es cierto que Cook no dejó Hawai como lo había hallado. Sahlins nos ha contado una historia con moraleja o, quizá, con dos moralejas. La destinada a los «estructuralistas» es que deberían reconocer el poder de los acontecimientos, su lugar en el proceso de «estructuración». Por otra parte, los defensores de la narración son estimulados a examinar la relación entre los acontecimientos y la cultura en que suceden. Sahlins ha ido más allá de la famosa yuxtaposición de Braudel entre acontecimientos y estructuras. De hecho, ha resuelto, o disuelto, virtualmente la oposición binaria entre estas dos categorías.

En resumen. He intentado mantener que historiadores como Tawney y Namier, Febvre y Braudel estuvieron justificados en su rebelión contra una forma tradicional de narración histórica mal adaptada a la historia estructural que ellos consideraban importante. La historiografía se vio enormemente enriquecida por la expansión de sus temas y por el ideal de «historia total». Sin embargo, muchos estudiosos piensan ahora que la historiografía ha quedado también empobrecida por el abandono de la narración y ya se ha emprendido una búsqueda de nuevas formas de relato que sean apropiadas a las nuevas historias que los historiadores nos contarían. Entre estas nuevas formas se halla la micronarración, la narración hacia atrás y los relatos que se desplazan atrás y adelante entre mundos públicos y privados o presentan los mismos acontecimientos desde múltiples puntos de vista.

Si buscan modelos de narración que yuxtapongan las estructuras de la vida ordinaria y los acontecimientos extraordinarios y la perspectiva desde abajo a la perspectiva desde arriba, los historiadores deberían seguir el buen consejo de atender a las obras de ficción del siglo XX, incluido el cine (las películas de Kurosawa, por ejemplo, o de Pontecorvo o Jancsó). Es quizá significativo que uno de los estudios más interesantes sobre narración histórica sea obra de un historiador del cine (la publicación de Kracauer citada anteriormente). El recurso a múltiples puntos de vista es fundamental en la película *Rashomon* de Kurosawa [46]. Está implícito en *El rojo y el blanco*, de Jancsó, un relato de la guerra civil rusa en el que ambos bandos alternan en la captura del mismo pueblo.

En cuanto a Pontecorvo, podría decirse que no se ha limitado a contar una historia sobre individuos con traje de época, sino que ha hecho del proceso histórico el tema mismo de sus películas [47]. Es interesante ver cómo Jonathan Spence utiliza el lenguaje del «montaje» y que *El regreso de Martin Guerre* apareció casi al mismo tiempo como historia y como película, después de que Natalie Davis y Daniel Vigne trabajaran juntos sobre el tema [48]. Las escenas retrospectivas, los montajes paralelos y la alternancia de escena y relato son técnicas cinematográficas (o, en realidad, literarias) que pueden emplearse de manera superficial más para deslumbrar que para iluminar, pero también podrían ayudar a los historiadores en su difícil tarea de revelar las relaciones entre acontecimientos y estructuras y presentar puntos de vista múltiples. Si estos procesos continúan desarrollándose, tendrán derecho a ser considerados no como un simple «renacimiento» de la narración, en palabras de Stone, sino como una forma de regeneración.

46 El relato original de Akutagawa no adopta este recurso.
47 G. Pontecorvo, *La batalla de Argel* (1966); *Queimada* (1969).
48 N. Z. Davis, J.-C. Carrière, D. Vigne, *Le retour de Martin Guerre*, op. cit.

ÍNDICE TEMÁTICO

3412765

En este final de siglo, el panorama historiográfico aparece como un universo en continua expansión y fragmentación. Así, la selección de artículos que conforma el presente libro parece demostrar la diversidad de FORMAS DE HACER HISTORIA. Frente al paradigma tradicional, se plantean nuevos sujetos del pasado —la gente corriente (Jim Sharpe), las mujeres (Joan Scott), etc.— y otros asuntos, como el cuerpo (Roy Porter) o la lectura (Robert Darnton). Los objetos tradicionales de la investigación histórica han conocido un enfoque diferente: la historia del pensamiento político acusa el impacto del predominante relativismo cultural (Richard Tuck) y la tan denostada narración de acontecimientos experimenta un insospechado renacimiento (Peter Burke). Se buscan otras clases de testimonios y pruebas aparte de los documentos escritos, recurriéndose, por ejemplo, a las fuentes orales (Gwyn Prins) o al material visual en su más amplio sentido (Ivan Gaskell). La escala de las investigaciones también conoce tamaños no tradicionales (Giovanni Levi). Asimismo, las grandes transformaciones de nuestra sociedad han expandido el universo histórico, restando sentido a las convencionales visiones eurocentristas (Henk Wesseling). Toda esta diversidad de perspectivas amenaza la comunicación entre los diferentes grupos de historiadores. Como señala el compilador, PETER BURKE, la intención de esta obra es precisamente contribuir a evitar la disgregación, facilitando el conocimiento de las tendencias historiográficas que han cobrado mayor auge a partir de los años ochenta.

Alianza Editorial

ISBN 84-206-2765-8



Cubierta: Ángel Uriarte
Ilustración: Benedicto XIV llegando a
Santa María la Mayor